3 1761 05303389 0

682 (27)

OBRAS DE

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Vol. 3.

380186
11.5.40

POESIA

MÉXICO
Estab. Tipográfico de la Oficina
Impresora del Timbre
1896

NATIONAL MUSEUM OF NATURAL HISTORY

EL compromiso fué contraído sobre la tumba del poeta. No creo poder cumplirlo; mis fuerzas, de suyo escasas para tamaña empresa, están como enervadas por la proximidad casi material de nuestro amigo, porque la catástrofe, inesperada no, por desdicha, pero sí súbita, nos ha desconcertado moralmente á quienes lo quisimos como él enseñaba á querer; porque lo sentimos junto á nosotros caliente todavía de juventud y de cariño; su alma sollozante y afligida vaga en la atmósfera que respiramos. Como impregnan los átomos de oro de sus versos nuestro ambiente poético, al grado de modificar, esfumándolas, todas las líneas de nuestro horizonte espiritual, así los ecos despertados por sus sordos y suavísimos lamentos se dilatan de corazón en corazón y entran, desde hoy, en los componentes de nuestra ecuación personal y se reflejan en todos los aspectos del dolor, de la pasión humana, cuando tenemos la serenidad de contemplarlos. Ese carácter de sugestión es el sello de la obra poética de Manuel Gutiérrez Nájera, y sería necesario alejarse bien de ella, para poder juzgarla. Hoy no, porque estamos bajo el sortilegio de sus cantos. Perdurará esa influencia mágica, y probablemente quienes lo conocimos y lo amamos, no estaremos en aptitud de juzgar nunca á este maravilloso difundidor de sentimiento y de música en las últimas horas de nuestro expirante siglo.

Un día, cuando estábamos al frente de una publicación lite-

raria, hace siete ú ocho años, hablamos Manuel y yo de sus versos y creo que también de los míos.—No, le decía, no haré un prólogo, pero sí desearía *bosquejar una sicología* de Ud.; no acertaré, pero ahí quedará dicho cuanto de Ud. pienso y siento y por qué le admiramos tanto y por qué le queremos más.

Los pactos celebrados así, entre dos versos y dos risas, en cualquier rincón de la vida, de improviso surgen de una tumba, solemnes y graves. Entonces hay que acatarlos, precisa cumplirlos..... ¿Podré?

Acabo de leer sus versos uno á uno. Tornaré á leerlos, los leeré siempre. Haré de ellos una selección, me compondré mi florilegio; con voluptuosa devoción paladearé las exquisitas gotas de alma derramadas en esos vasos de cristal etéreo, y viviré así en larga, en perenne comunión con él.

Analizar esta emoción será, lo presiento, una tarea casi imposible para mí. Guardan las poesías de mi amigo la forma de su cadáver que cubren todavía como una mortaja; de lejos parecen cinceladas en pleno mármol virgíneo, nítido, pero de cerca ¡viven y sufren tanto! ¿No es verdad que bajo su inmaculada blancura corre y bulle en imperceptible red de venas palpitantes la pálida y rítmica sangre del dolor y de las lágrimas? ¿Cómo proceder así á un estudio que sería casi una vivisección? Dejémosle envuelto en la túnica sutil y vaporosa de sus versos alegres; revistámosle con el tisú de oro de sus versos tristes, y cubierto con el manto de la gloria, que es la púrpura regia de los poetas, guardémosle, respetemos su sueño y que sus despojos

custodi la Chimera
ne la purpurea sera,

como D'Annunzio dice.

Me contentaré con darme el espectáculo, soberbio por variado, por romancesco, del viaje de esta alma, pura y flébil como un aliento de niño, como la *animula vagula blandula* del poeta imperial, á través de silenciosas borrascas subjetivas más terribles que las que estrellan á los álbatros contra las rocas y rompen las alas de las águilas.

Su vida es un idilio trágico del que sólo conocemos la música: los versos del poeta. Resulta un poema con notas alegres, humorísticas, satíricas, y á pesar de eso, y por eso quizás, ine-

fablemente triste. Hay que seguirlo paso á paso y estudiar la metamorfosis de este espíritu de elección. Como en todos los poetas que han tenido una madre muy dulce, muy amante y muy piadosa, el alma de Manuel en sus primeros gorjeos no es más que una prolongación del alma materna; son versos de nido los primeros versos suyos; mas de nido colgado en la alta ventana de colores de la Iglesia. Los místicos suspiros de su madre pasan á través de su arpa *(La Cruz, María, Dios, La Fe de mi infancia).* *

Estos fervores de creyente, más aún, de devoto, muy sinceros, aunque algo convencionales, y en los que, á vuelta de una que otra estrofa gallarda y rica, se advierte el afán de conformarse á los modelos venerados de la poesía sagrada con visos de erótica y romántica, que fué el encanto de la generación del segundo tercio de este siglo; estos arrebatos de adoración católica, apenas indican la futura personalidad poética de Gutiérrez Nájera, el más delicadamente sensual y elegante de nuestros líricos; pero ya entusiasmaba, ya suscitaba fe y nuevos anhelos. Y por cierto no sólo en los jóvenes; D. Anselmo de la Portilla,—el eximio escritor hispano-mexicano, osaré decir, tanto identificó el fervor ingenuo de su corazón español con todas las esperanzas y aspiraciones de nuestra literatura vernácula,—lo presentó al mundo de las letras mexicanas como un precocísimo poeta de estro y de porvenir.

Debió de ser esto, en la casa de Manuel, motivo de gratísima satisfacción y orgullo; cuántos besos y cuántas bendiciones habrán llovido sobre aquella cabeza de quince años, dorada aún. Porque si su madre era una alma vibrante siempre de emoción religiosa y de ternura (y las madres así tienen siempre hijos poetas) su padre tenía la pasión literaria, el culto de los buenos versos y también los componía y dedicaba sus ocios á piezas dramáticas que, al fin de su vida, sometía al impecable buen gusto de su hijo, quien las oía conmovido é influía tal vez, con tacto exquisito y respetuoso, en que no pasaran, de la lectura entre íntimos, á la escena.

---

* Estas poesías aparecieron con las fechas de 1876-77-78; estamos seguros de que otras muchas del mismo género escribió Manuel antes de las publicadas aquí; pero éstas, si no se distinguen por la absoluta espontaneidad de la inspiración, sí nos revelan al versista ya casi dueño de su arte.

Si hubo un poeta de raza y de medio, fué Gutiérrez Nájera seguramente; tenía en la sangre el germen y respiraba la atmósfera apropiada á su desarrollo precoz. La sociedad católica en México, que, muertos Carpio y Pesado, no veía despuntar ningún sucesor de aquellos grandes salmistas en su horizonte, porque Arango y Segura eran acrisolados versificadores más bien como resultado de una cultura literaria selecta y superior, que por temperamento y genio; la sociedad católica que atravesaba una crisis aguda de descomposición y recomposición á consecuencia del triunfo definitivo del liberalismo, miró en Gutiérrez Nájera á su *niño sublime* como dijo Chateaubriand de Hugo, y esperó verle tremolar, al son de incomparables himnos, los *vexilla regis* de la religión y del arte.

Dos cosas debieron de inquietarles: el erotismo y el francesismo que, en forma de tendencia, aun no de afición decidida, denunciaba en sus composiciones el flamante versista. ¿Pero hay algo más sensual que la prosa de Chateaubriand, que por su sola música produce una sensación material de deleite y por su espíritu convierte al genio del cristianismo en la fuente misma del arte en lo más humano, es decir, en lo más pagano de su acepción; y no era él el último Padre de la Iglesia, en opinión de muchos poetas ortodoxos? Gutiérrez Nájera en su erotismo balbuciente é indistinto todavía, de imitación con frecuencia, que era el acento genuino y daba el tono á sus composiciones, no se mostraba rebelde á la tradición cristiana. Pero ese erotismo debe de rigor vestir el ropaje clásico y ser más ó menos latinizante ó helenizante, para no ser un pecado; es decir, debe, tratándose del sentimiento humano más hondo y de donde brota en raudal inagotable la savia misma de la poesía eterna, debe, decimos, procurar hacerse pasar á los ojos del lector como un juego armonioso, como una imitación sin substancia de los antiguos; debe, en suma, disimularse y ponerse el rótulo clásico. Lo inquietante era que en las estrofas de Gutiérrez Nájera, resonaban á veces notas de pasión muy penetrante y dulce, si real y voluptuosa como ninguna, y no había en ellas ni actitud clásica, ni decoración mitológica.

¡Y el francesismo! En un estudio, demasiado rápido é incompleto, por insuficientemente informado, de nuestra literatura nacional en los tres primeros cuartos de este siglo, pero así y todo, el más acertado y de mayor alcance de cuantos sobre el mismo tema se han escrito, el Sr. Menéndez y Pelayo reprocha á los

novísimos poetas mexicanos su devoción, que él llama hiperbólicamente superstición, por la literatura francesa del cuño más reciente.* Puede ser justo el reproche, aunque lo merecemos todos acá y allá. El espíritu francés en literatura, por el asombroso poder de irradiación del genio de ese pueblo, por la *asimilabilidad*, permítaseme la palabra, de sus creaciones ó transformaciones, por su ligereza misma, por el carácter de su gusto estético, qué se yo, por idéntica causa á la que hace que sus modas se avengan mejor á todos los tipos humanos, y su cocina á todos los estómagos; el alma francesa, que es el traje de la humanidad latina desde hace dos siglos, traje que viste el Sr. Menéndez, como su cuerpo las levitas francesas, aunque parezca no darse cuenta de ello, esa literatura, repetimos, ha sido el jugo nutritivo de las letras españolas en los últimos tiempos. Lo extraño es que el insigne escritor no se haya explicado el fenómeno y no lo haya comprendido inevitable.

Ningún pueblo, engendrado por otro en la plenitud de su cultura, y á quien se haya transmitido la herencia forzosa de la lengua, las costumbres y la religión, ha podido crearse á la par de su personalidad política una personalidad intelectual ó literaria; esto ha sido, cuando ha sido, obra lenta del tiempo y de las circunstancias. Decirnos irónicamente á los hijos americanos de España que nuestra literatura nacional *no parece todavía*, no es ni de buenos parientes ni de buenos críticos. ¿Opina el ilustre académico que la historia de nuestra literatura no revela la evolución hacia cierta forma característica y que marque distintamente al grupo mexicano entre los de habla española? Sí, sí ha habido evolución, y para ello la asimilación ha sido necesaria; imitar sin escoger, casi sin conocer, primero; imitar escogiendo, reproducir el modelo, después, esto es lo que se llama asimilarse un elemento literario ó artístico, esto hemos hecho. ¿Y á quién podíamos imitar? ¿Al seudo-clasicismo español de principios del siglo? Era una imitación del francés. ¿Al romanticismo español del segundo tercio? También era una imitación francesa. Y los imitamos, sin embargo: Quintana y Gallegos, el Duque de Rivas y García Gutiérrez, Espronceda y Zorrilla, han sido los maestros de nuestros padres.

Pero después la imitación ha sido más directa. Como aprendemos el francés al mismo tiempo que el castellano; como en fran-

* Prólogo del primer tomo de la Antología de poetas hispano-americanos

cés podíamos informarnos y todos nos hemos informado, acá y allá, de las literaturas exóticas; como en francés, en suma, nos poníamos en contacto con el movimiento de la civilización humana y no en español, al francés fuimos más derechamente. Y eso es lo que puede encontrarse en el estado actual de nuestro desenvolvimiento intelectual. Gutiérrez Nájera fué de los que más pronto acudieron á esas fuentes, sin paciencia para esperar el delgado escurrimiento del acueducto español. Pero había en ello un peligro, hubo un mal. El habla española, el vehículo con que ahora y siempre expresamos nuestras ideas, se alteró profundamente, no para traducir necesidades de nuestro espíritu, sino exigencias facticias de nuestra retórica. Precisamente el servicio del admirable poeta que aquí memoramos, fué poner su ejemplo, como impulso, para acentuar el movimiento que nos llevaba al conocimiento íntimo de la reina de las literaturas latinas en nuestra época, y defender la lengua de España, como el vaso único en que debíamos beber el vino nuevo. Pensamientos franceses en versos españoles, hé aquí su divisa literaria, podríamos decir, transformando la de Andrés Chenier. Y algo logró andando los años; su propósito no abortó; el lenguaje castellano, no acicalado ni lamido, pero sí castizo y rico, tomó con él, principalmente, carta de naturalización en nuestra literatura: los poetas *de los últimos barcos*, que dice Daudet, tuvieron á honor expresarse en el mejor castellano que les fué posible, por imitarlo, por imitar, no ya sus versos, sino su prosa, por desdicha inimitable, en donde expresaba con un colorido y una gracia maravillosos, todos los sentimientos, todos los anhelos y hasta los caprichos y las veleidades del alma moderna, en un idioma generalmente puro y sano.

Justo es decir que en esta tarea Gutiérrez Nájera halló colaboradores de primer orden: Pérez Galdós y Alarcón, leídos y releídos, lo mismo ayer que hoy, el primero sobre todo, renovaban el lenguaje y el estilo de nuestros noveladores y las aficiones de los lectores; Valera, gracias á la milagrosa facultad de vencer fácilmente todas las dificultades de la lengua, se dejaba paladear con fruición íntima por todas las personas de buen gusto y por cuantos dudaban que pudiera aclimatarse en el español, enfático y preciso de suyo, el etéreo *esprit* francés. (Lo cierto es que, sólo Valera allá y Gutiérrez Nájera acá, lo han logrado, aunque por maneras distintas). El mismo Sr. Menéndez y Pelayo, pasmo de los doctos y encanto del público ilustra-

do, que le perdona sus aberraciones de sectario, en gracia de su buena fe infantil casi, de su esfuerzo, inusitado entre los polemistas neo-católicos, por ser imparcial y justo, y, sobre todo, de su talento en perpetua y sorprendente ascensión, contribuía á poner de moda entre nosotros el gusto por el castellano de buena cepa, tan distinto del relamido, solemne y estrecho de los clásicos de principios del siglo, y del desatinado y galicista de los románticos que les sucedieron.

Con estos conspicuos escritores, y antes que ellos y por encima de ellos, compartían nuestra admiración casi absoluta (no sé por qué apunto esta reticencia), Castelar en prosa, y Becquer, Campoamor, Echegaray y Núñez de Arce, en verso.—El primero, el único que en la historia literaria de nuestro siglo puede ser comparado con Víctor Hugo, no por el estilo ni por la obra, sino por la opulencia infinita de la elocución y por el don de pensar exclusivamente en imágenes, ese podía influir en nuestro espíritu, fascinarlo ó hipnotizarlo (y de hecho Castelar ha tenido á la América latina pendiente de su prodigioso verbo durante más de un cuarto de siglo), pero no influía en nuestra lengua; desafiaba su elocuencia toda imitación que resultaba ridícula y fría. Los otros eran poetas y los poetas con su vocabulario reducido y sus artificios retóricos, influyen en la dirección general del alma poética de una sociedad, se reflejan en el estilo de los poetas coetáneos suyos; pero no acrisolan el idioma; es esa obra de los prosistas. Mas ese reinado de los poetas fué la preparación del cambio benéfico que en nuestra literatura, que antes alardeaba de incorrecta y desdeñaba la gramática, se va acentuando desde hace algún tiempo.

Reinado dijimos, y lo fué, lo es en cierto modo todavía. Becquer nos retuvo largo tiempo bajo la magia semi-germánica de sus estrofas casi sin contorno, pero medidas por el ritmo de una música interior indefiniblemente melancólica y que parecía más adecuada al doloroso idealismo de la lírica moderna; Echegaray, otro gran poeta lírico, al través de los trágicos casos de conciencia de sus violentos dramas paradójicos y soberbios, fué también admirado, aplaudido, como que sus versos aceleraban las palpitaciones del corazón y enfermaban de emoción y de lágrimas; Núñez de Arce era y es el más estimado, el más amado; la nívea probidad del alma de este gran representante del *parnasismo* español, se transparentaba en el fondo de la clarísima corriente de su elocuencia poética, corriendo por las canales de

mármol blanco de un verso indeficientemente sonoro y puro. A él se levantaron todas las almas, se tendieron todas las manos, se ofrecieron todas las coronas; aun tiene entre nosotros templos escondidos, en que se adora el arte y en que el autor de *Raimundo Lulio* y de *La Pesca*, ocupa el mismo lugar que dos ó tres libros supremos de la humanidad y es el breviario estético de mujeres muy elegantes, en la más noble acepción de la palabra, y de alma superior. Y, con todo, Campoamor es quizás más delicado, más sicológico, más trascendental; menos serio, pero así, risueño é irónico, su sonda baja más y trae más nuevos ejemplares de pasión y de dolor del fondo del alma humana. Sí, estos inspirados fueron reyes, fueron soles; satélites suyos habrían sido la mayor parte de nuestros poetas, si la atracción de la literatura francesa y las otras literaturas exóticas que, á través de la francesa conocíamos, no nos hubiera marcado una órbita cuya curva no puede ser determinada todavía.

Puede afirmarse que los diez ó doce primeros años de la vida literaria de Gutiérrez Nájera (76–88) fueron un viaje perpetuo por entre todas estas influencias, acercándose á todas, reflejándolas todas, nadando en las aguas de los autores nuevos, encantado, admirado, *sugerido*, y mostrando á veces en la superficie de las olas, como el escualo de Heredia, su aleta relampagueante de esmeralda y oro.

En aquel decenio se reveló prosista singularísimo, sin punto de comparación dentro de las letras españolas de hoy, por la fulguración perpetua, pero suavísima, como la de las noctílucas, de su frase, y por su estilo, muy complicado, muy fino, saturado de poesía y de una inexpresable facultad de efusión íntima, familiar y acariciadora que parecía tocar en lo amanerado, pero que sorteaba el escollo con un movimiento lleno de gracia y de gusto.

En su prosa, comentario perpetuo de su alma lírica y amorosa, puesto como un bordado de hadas sobre la trama de los acontecimientos mundanos que su deber de cronista le obligaba á narrar, fué en donde nuestro Manuel formó su estilo, creó su personalidad literaria y llegó á la plena conciencia de su fuerza y de su arte. Entonces se hizo popular entre la sociedad inteligente y la sociedad de los salones, el seudónimo de *El Duque Job*, que iba tan bien á su modestia y á su nobleza literaria, y

que concertaba tanto con la conciencia que había en los dos grupos sociales, que él unía con inimitable donaire, de que aquel joven escritor era realmente un príncipe del país azul de la fantasía, un mago que pintaba en abanicos de encaje y seda figuras y paisajes deliciosos, rodeados de infinito y de ensueño.

Pero dejemos al prosista á un lado: ¿nos será dado estudiarlo un día? Sin ese estudio, tal vez lo dijimos antes, la figura en pie del *Duque* no puede colocarse sobre el pedestal. Sigamos brevemente al poeta; sus versos, menos frecuentes que al principio, más artísticos, obra de quien conoce y penetra los más recónditos secretos de la técnica, emergen de su prosa periodística y abren en los remansos de la precipitada corriente, como los nelumbios del Nilo, sus grandes flores, á manera de estrellas vivas engarzadas en cristal. Flores, eso eran sus versos, sí; y su obra poética, en conjunto, es la flor más bella, la más perfumada, la flor de otoño del romanticismo mexicano. En los elementos de su savia, en el jugo que la colora, se pueden encontrar elementos selectos de todas las producciones poéticas que, aquí y allende el mar, le eran anteriores de cerca, y en la poesía de toda la generación que á Gutiérrez Nájera sucede, está deshojada como en una copa de vino generoso la corola de esa flor.

Flor de romanticismo dijimos, y es verdad. Es verdad, primero, que toda nuestra literatura poética, desde 1830 es romántica. La forma de las obras realistas es la que ha influído sobre nosotros, no la tendencia, el espíritu no, ó muy poco; románticos hemos sido y seremos largo tiempo á pesar de las transformaciones que sufren las escuelas de nuestros maestros de ultramar. No hemos logrado nunca *hacer poesía* puramente objetiva; en cada uno de nuestros versos vaciamos todo nuestro sentimiento, toda nuestra personalidad; no hemos hecho más que poesía subjetiva. Tarde han venido algunas tentativas heroicas, pudiéramos decir, dado nuestro temperamento, para salir del antiguo cauce é impersonalizar la emoción; para hacer, en suma, un poco de realismo indiferente en verso (pienso en los *Poemas crueles*). Es dudoso que se haya logrado producir otra cosa que espléndidos ejemplares de poesía psico-patológica. La flamante poesía descriptiva de Pagaza, Othón, Delgado, Valenzuela y de un grupo de jóvenes refinados artistas, resulta

semiobjetiva apenas, por sus fines ó religiosos, ó eróticos, ó morales. Véase la regia silva de Gutiérrez Nájera: *Tristísima nox;* allí se tiene una muestra de poesía objetiva; allí hay sorprendentes adivinaciones de la naturaleza, y, sin embargo, ¡cuánto de su alma femenina y dolorosa hay esparcido en esa sombra; cuánto lirismo espolvorea de oro las alas de esa gran mariposa negra!

La poesía individualista, en que predomina, no el lirismo, como se ha dicho (porque el lirismo, según mi profesor de literatura francesa, no es un género, es un estado del ánimo que puede ser común á diversos géneros de poesía), sino lo que caracteriza más al individuo, aquello por lo que puede su personalidad distinguirse más de las otras, en suma, la sensibilidad, más bien que la inteligencia, es lo que llamamos *romanticismo.* Esta poesía de la sensibilidad ó, en términos de poetas, *el sentimentalismo*, es la de Gutiérrez Nájera. Su lirismo sentimental, hasta cuando retoza y ríe, es por esencia elegiaco; tómese un centenar de las composiciones aquí publicadas, y con la mayor parte de ellas se puede formar un ramillete de elegías, blancas, perfumadas y tristes como las últimas flores de un jardín que vá á morir. Tal florilegio podría intitularse *Amor y lágrimas*, y este solo nombre sería una reminiscencia del apogeo romántico.

Mas la *elegía* de Manuel, verdadero canto de flauta (eso fué la primitiva elegía helénica) por su doliente y sutil dulzura, no por ser la revelación en rimas musicales de un alma, deja de ser de su tiempo y de indicar la indeterminable transición entre el romanticismo y el realismo puro, que hoy el misticismo de las escuelas nuevas irisa con los colores espectrales en que se descompone la luz que viene del sol de ultratumba. Canto de amor ó de dolor, ó de ambas cosas, como suele, es muelle hasta la languidez, sensual hasta la delectación, como los de su maestro Musset; pero, alguna vez, va más allá, y, desde el vértice de su tristeza, contempla nuestro poeta el fragmento de mundo, de vida universal que nos es dado conocer, como un sector de sombra y desesperanza que corta y mide las dos líneas de espíritu y materia que forman el ángulo de nuestra existencia, y entonces Manuel es pesimista, y su poesía expresa tan acertadamente el tormento de muchos,

sí, de muchos, que se impersonaliza casi y deja de ser romántica para ser eterna.

Riamos del pesimismo con los Dumas, con los Nordau; riamos, la vida es buena; la prueba es que nos asimos á ella furiosamente ¡ay! sí. Pero porque ó es un instinto, es decir, por lo menos intelectual que hay en nosotros, ó por el deber, por la vida de los demás. «¡El pesimismo de los jóvenes poetas es una actitud, no es un sentimiento!» dicen los flamantes espirituales discípulos de Pangloss. ¡Así pues, la pérdida del rumbo en pleno océano (porque la ciencia sólo sirve, y admirablemente, eso sí, para la navegación costanera por los litorales de lo conocido), la intuición invencible de la inmensidad de lo desconocido, la ocultación de la antiquísima estrella polar que se llamaba la Religión, el enloquecimiento de la aguja de marear que se llamaba la conciencia libre, no son motivo de suprema angustia, no son capaces de trascender á toda nuestra sensibilidad y de enlutar la lira, como asombran el alma con la más densa de las sombras! ¡Y eso no es digno de ser llorado y clamado en sollozos y gritos inmortales! ¡Ah! si todo esto es *una actitud*, es la actitud en que nos ha colocado la civilización, la actitud de Laoconte, entre los anillos de las serpientes apolíneas.

El sublime elegista mexicano tenía un hilo de oro atado al pie y apenas aleteaba en la noche del pesimismo (*To be*, *El Monólogo del incrédulo*, *Ondas muertas*, *Almas huérfanas*), volvía á su romántico nido, tapizado con el plumón de todos los ensueños, entibiado con el calor de todos los amores, y desde ahí seguía entonando inefables melodías lacrimosas y divinas. Divinas, sí (*Pax animæ*, *Non omnis moriar*, *A Cecilia*, *etc.*, *etc.*), divinas sin hipérbole, porque del levantamiento volcánico, producido en su corazón por el dolor y el desencanto (*Mis enlutadas*, *Castigadas*, *Mariposas*, *La serenata*, *Después*), de la lava petrificada y decorada de cácteas espinosas floreadas de copas de sangre, surgían cimas muy altas, muy serenas, muy níveas, en esas cimas en que los antiguos colocaban á los dioses, desde donde los modernos ven el cielo más insondable, más negro, pero más fulgurantes las estrellas.

Un poeta atormentado por el deseo de la felicidad y la sed de la verdad, es una tragedia que pasa cantando por la masca-

rada humana; eso era Manuel, eso era esa alma enferma de ideal, que, como alguno dijo de la de Joubert, estaba encerrada y cohibida por un cuerpo cualquiera, encontrado por casualidad. En la felicidad llegó á creer al fin de su vida, al calor del hogar, y hay en sus versos algo como un eco de la inmortal súplica de Fausto al Tiempo, al fugitivo instante: «¡Oh! detente, eres tan hermoso!»..... .. Mas la ansiedad por comprenderlo todo (el ensueño de Goethe) tornaba á inquietarlo, á impulsarlo, y de antemano se sentía vencido, y la Musa murmuraba á su oído las palabras de Shelley (á quien Manuel adoraba): «Duerme, duerme; olvida tu pena; mi mano posa sobre tu frente, mi espíritu sobre tu cerebro, mi piedad sobre tu corazón, pobre amigo..... Duerme, y con ese sueño que es igual al de la muerte, al de la nada, olvida tu vida y el amor, olvida que debes despertar para siempre, olvida la salud perdida y los divinos sentimientos que murieron durante la breve mañana de tu juventud y..... olvídame, porque no podré jamás ser tuya.» ¡Oh! no, la Musa, el arquetipo de belleza y de bien, que pugnamos por realizar en la vida, es como esas mujeres que se dan, pero no se entregan; es la deliciosa visión de nuestra aurora rosada y azul, que, al fin, en plena vida, se torna pura sombra, absoluta

«sombra, la sombra sin orillas, esa
esa que no ve, que no acaba,
la sombra en que se ahogan los luceros,
esa es la que busco para mi alma.»

La sombra que el poeta buscaba, es la eterna, es la de la tumba. Parémonos en su umbral; está muy alto. Del otro crepúsculo ¡ay! no tan lejano, (¡la vida del *Duque* fué tan breve, en la brevedad normal de la vida!) del crepúsculo místico, de la penumbra del templo, emerge el astro y podemos seguir su curva de luz; Becquer, Campoamor, luego todos los poetas franceses de la moderna, de la nueva y la novísima generación, desde los de la Carabela romántica, hasta los del último barco, desde Hugo, Lamartine y Musset hasta Richepin, Rollinat y Verlaine, pasando por Gauthier, Baudelaire y Coppée, todos han ido marcando como constelaciones el trazo de la órbita del astro; de estas constelaciones, las que han brillado más en el cielo de Gutiérrez Nájera han sido Campoamor y Musset; como en su prosa, se reflejan el estilo de Gauthier y Paul de

St. Víctor y el fraseo limpio y cristalino de D. Juan Valera, que, de cuando en cuando, tiene un delicioso dejo arcaico, como la canción del rey de Thulé, en el *Fausto* de Gounod.

En los últimos seis ú ocho años, dueño ya por completo de sí mismo, no con el estilo de sus maestros, pero sí con uno que sus maestros no habrían repudiado y que era único en nuestra literatura, el poeta, *el Duque Job*, había logrado realizar en sus escritos lo que había soñado: amalgamar el espíritu francés y la forma española. En plena marcha hacia el ideal, por el imperio adquirido ya de su genio y de su expresión, vino el impío y súbito truncamiento de la muerte.

Como se calcula y define la revolución de un cometa por los elementos de su curva, así pudiéramos figurarnos lo que Gutiérrez Nájera iba á ser; se presiente lo que iba á decir, lo que iba á cantar. Y yo creo que iba á ser el gran poeta religioso de la aurora del siglo latino-americano; digo religioso y quiero decir cristiano; no, cierto, un cristiano á la manera de los Pesado y los Carpio, ni á semejanza de nuestro pindárico Prieto que es más bien deísta que cristiano y que adora en Cristo al pueblo divinizado, sino un cristiano sereno y delicado, profundamente piadoso al sentirse en contacto con la miseria y el dolor social y con la duda y la desesperanza individual; un cristianismo sin secta; éste habría sido el fondo de sus poemas postrimeros. Y habría ganado muchas almas, no por la sublimidad trágica de sus *De profundis* y sus *Dies iræ*, sino por la tierna y balsámica unción de sus *Ave maris stella* y de sus *Te Deum*. Verdad es que el carácter elegante y exquisito de sus versos, no le habría dado influencia sobre las masas, y nunca hubiera sido popular, pero sí habría hecho vibrar como cuerdas de lira, las fibras de corazones agonizantes en la aristocracia de los *intelectuales*, y éstos son los que necesitan una fe y un ideal, no el pueblo que los tiene sencillos, absurdos y divinos.

Pero no; todo concluyó en pleno día y en pleno esfuerzo; la obra de Gutiérrez Nájera continúa, pero en la de los otros que vinieron después que él y reflejan y refractan á la vez su influencia luminosa. Porque puede decirse, que él fué un gran suscitador de vocaciones poéticas, y puede agregarse, que el enjambre de cantores (hablo de los verdaderos) que pueblan hoy los aires con sus notas, aquí y acaso en toda la América española, despertó en su nido y voló, gracias al mágico prestigio de la voz de Manuel.

¿Y qué había en el fondo de esa alma selecta, cuál era su facultad ingénita, la que sirve de clave á su elegancia, á su ternura, á su amorosa y melancólica inspiración? Una muy difícil de explicar, imposible de definir y concretar, pero que todos comprendemos al nombrarla: *la gracia;* especie de sonrisa del alma que comunica á toda producción no sé qué ritmo ligero y alado, que penetrando en ondulación impalpable, como la luz, por todas las ramificaciones nerviosas del estilo, les presta cierta suerte de magia singular que produce en el espíritu una impresión parecida á la de la dificultad vencida sin esfuerzo, lo que se torna delectación y encanto. Este don de la Gracia en nuestro poeta se transparenta á través de todos los temas de sus admirables composiciones en prosa ó verso; ó lúgubre, ó serio, ó humorístico, ó clásico, ó satírico ó tierno, todo trabajo suyo es, por efecto de la gracia, diáfano, aéreo, imponderable; su risa, sus lágrimas, sus acentos patrióticos, su crítica de arte, sus cuentos regocijados ó tristes, hasta sus artículos políticos, todo, desde la crónica de un salón hasta un estudio sobre Hamlet, desde los versos de espuma de Champagne á la *Duquesita* hasta los trinos de infinita suavidad del *Non omnis moriar*, todo deja ver esa irradiación particular de la personalidad del poeta; son como los *rayos x* de Rœntgen que, á través de un muro, hacen fluorescer la placa fotográfica.

La distinción, el primor, la elegancia del estilo, no son más que manifestaciones de la gracia nativa del hombre, que es la cualidad que mejor prepara á la educación del gusto, esa otra facultad indefinible compuesta de equilibrio, de proporción y de armonía. El buen gusto del *Duque* era supremo; sus *Odas breves*, verdaderas ánforas del Céramico, lo demuestran bien; cuantos conocimos á Manuel sabemos que podía producir indefinidamente esos ejemplares de arte inmaculado; esas joyas, dignas algunas de la *Anthología*, eran juegos para él.

Y la facultad soberana, que da toda su variedad y movimiento á la obra artística de Gutiérrez Nájera, constituye también su unidad; la imaginación ponderada como la de un ateniense, la delicadeza del sentimiento, la ternura del corazón, son sin duda las condiciones sicológicas y morales que permiten emplear de un modo fecundo este don de los dioses. Esos eran los signos distintivos del carácter de Manuel.

O yo ó algún otro se encargará más tarde de trazar la biografía sicológica de nuestro amigo. La perfecta *imanación* de

su alma, que ejercía sobre cuantos lo trataban el magnetismo irresistible de la bondad y de la pureza de sentimiento, redimidas, intactas de una juventud arrojada en flor á todas las sensaciones y expuesta al contacto de todos los fangos, este será un problema. Será el otro, el porqué de la conservación de la viripotencia mental y estética de un intelecto exprimido hasta el martirio en una labor perenne que duró diez ó doce años en que un hombre, maravillosamente acondicionado para soñar y cantar, se convirtió en el forzado del periodismo y dió en pasto á la prensa en series indefinidamente renovadas, ya estudios de literatura superior, ya esmaltes, y camafeos, y orfebrerías poéticas en que apuraba su pericia artística, sin agotar ni mermar siquiera la savia de su instinto estético, que quedaba impoluta y virgen después de los derroches de fuerza y de luz del incansable escritor, ya artículos serios de polémicas políticas y juguetes cotidianos impregnados de ática ironía y regocijado humorismo. ¿Cómo pudo ser esto? Hé ahí el secreto de una vida y una muerte.

¡Pobre Manuel! Nunca le fué dado vivir consigo, realizar el *secum esse secumque vivere* de Marco-Tulio; nunca. Y por eso sentía, por momentos, una infinita lasitud instantáneamente combatida con enérgicos y traidores estimulantes. Y este hombre que había vivido cien vidas por la intensidad de sus *cerebraciones* y de sus sentimientos, encontró incólumes su corazón y su fe para formar un hogar, para coronar de flores inmortales la frente de la amada y para lograr, á fuerza de cariño, que su alma angélica transmigrase al alma de su pequeña Cecilia, un serafín á quien nuestro infortunado Martí consagró su última adorable canción. Yo he visto esa alma palpitar en el fondo de los dulces y claros ojuelos de la niña, el día de la muerte de su padre.

Dilucidaremos esos problemas dolorosos; volveremos así, ó por otro camino, hacia nuestro amigo; volveremos siempre. Para decirle aquí adiós, pediré á Shakespeare, el poeta que todo lo supo y todo lo sintió, las palabras de Horacio ante el cadáver de Hamlet (también nuestro *Duque* era un príncipe del arte): «Buenas noches, dulcísimo príncipe mío; que los ángeles arrullen tu sueño con sus cantos.»

JUSTO SIERRA.

Manuel Gutiérrez Nájera

PARA ENTONCES.

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

—

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar á solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

—

Morir cuando la luz, triste retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

—

Morir, y joven; antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona; —
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona!

1887.

LUZ Y SOMBRA.

I

Yo soy el ave errante que solitaria llora,
y en áridos desiertos cruzando siempre va;
sé tú la verde rama que brinde bienhechora
al ave que ya muere dulcísimo solaz.

Yo soy brisa que pasa, yo soy hoja que rueda,
arista que arrebata furioso el huracán;
no sé por do camino, no sé ni en donde pueda
de mi incesante lucha el término encontrar.

Yo soy el sol que se hunde, allá tras la montaña,
envuelto en el sudario rojizo de su luz;
sé tú la blanca aurora que el horizonte baña
y rasga de las sombras el lóbrego capuz.

Yo soy la negra noche, sin luces, sin estrellas:
yo soy cielo de sombras, rugiente tempestad;
sé tú la casta luna que con su luces bellas
disipe de esa noche la horrible obscuridad.

Yo soy la navecilla que el aquilón azota,
y que, sin rumbo, en medio del anchuroso mar;
juguete de los vientos entre arrecifes flota
y sin timón ni brújula se mira zozobrar.

Sé tú la blanca estrella que alumbre mi camino,
el faro que me guíe al puerto de salud;
no dejes que en los brazos de mi cruel destino
me arroje en el abismo y olvide la virtud.

Yo soy la flor humilde sin galas ni belleza,
sin plácidos colores ni aroma embriagador;
tú, pálida azucena de eólica pureza
cuyo perfume casto es hálito de amor.

Mas si la flor humilde amara la azucena,
si venturosa viere premiada su pasión,
alzara su corola, tal vez de aroma llena,
irguiérase en su tallo al soplo del amor.

II.

Yo vivo entre sollozos, mi canto es el gemido,
jamás mi labio entona la estrofa del placer;
mi pecho siempre exhala tristísimo alarido,
mi rostro siempre abate terrible padecer.

Muy lentas son mis horas; muy tristes son mis días;
horribles horizontes limitan mi existir,
caverna pavorosa de obscuras lejanías,
preséntase á mis ojos el negro porvenir.

La luz que iluminaba mi lóbrego camino
y que tranquilos goces en la niñez me dió,
dejándome entre sombras, cual raudo torbellino,
ante mi vista atónita por el espacio huyó.

Tan triste es lo que siento, tan negro lo que veo,
que sólo me consuelan mi llanto y mi gemir;
ya no en la dulce dicha, ni en la ventura creo,
ya sólo me presenta la muerte el porvenir.

La duda con sus garras destroza mi creencia,
marchita con su aliento las flores de mi amor;
hay sombras en mi alma, hay luto en mi conciencia,
mi vida es una estrofa del himno del dolor!

III

Tu vida ángel hermoso, cual cándido arroyuelo,
deslízase entre flores con suave murmurar,
tu corazón es puro como el azul del cielo,
jamás tu frente empañan las nubes del pesar.

Tú ignoras, niña bella, del mundo los engaños,
no sabes cómo muere del alma la ilusión;
no sabes cómo agotan terribles desengaños
los sueños más hermosos del triste corazón.

No sabes cual se llora al contemplar perdida
aquella fe sublime que guió nuestra niñez;

no sabes cómo amarga las horas de la vida
la duda que nos cerca de eterna lobreguez.

Es blanca tu conciencia y azul tu pensamiento,
rosados horizontes te ofrece el porvenir,
ninguna nube empaña de tu alma el firmamento,
ninguna pena enluta tu plácido existir.

Cuando del sacro templo en las soberbias naves,
murmuras una tierna, purísima oración,
suspenden al oírla, sus cánticos las aves.
y un ángel la conduce al trono del Señor.

Los cielos te sonríen, la tierra te da flores,
las fuentes su murmullo, las aves su cantar;
tu corazón es nido de cándidos amores,
con tu mirada ahuyentas las nubes del pesar.

IV

Mi vida es un suspiro, tu vida una sonrisa;
mi alma negra sombra, la tuya blanca luz;
eres arroyo y ave, eres perfume y brisa;
yo lágrimas y duelo, tristísimo sauz.

Convierte los abrojos de mi cruel destino
con las hermosas flores de tu bendito amor;
y entonces, vida mía, al fin de este camino,
irán nuestras dos almas al trono del Señor.

Tal vez en mi alma existen en sombra aletargados,
los gérmenes sublimes de gloria y majestad:
sin ámbito ni norte dormitan cobijados
en el sudario lúgubre de horrible obscuridad.

Alumbra con tus ojos mi obscura inteligencia,
sé tú, mi vida, el norte que mire mi ambición,
y me alzaré gigante y arrancaré á la ciencia
el más hermoso lauro que anhela el corazón.

Si de tu amor el hálito mi espíritu alentara,
si de tu amor sintiera la llama celestial,
yo el vuelo poderoso con majestad alzara,
y un rayo alcanzaría del sol de lo inmortal.

1876.

SIEMPRE A TI.

A tí, tan sólo á tí, canta mi lira:
Ahogar quiero la voz en mi garganta,
Pero es en vano, que por tí suspira,
Y trémula de amor tu nombre canta.

Perdona, sí, mi sueño y mi delirio;
Perdona tanto amor, tanta ternura;
Mi alma expira en los brazos del martirio,
Y canta, como el cisne su amargura.

Bien sé que tú no escuchas mis querellas;
Bien sé que tú mi amor llamas quimera,
Y con tus plantas inclemente huellas
La casta flor de mi pasión primera.

Comprendo que tu amor que tanto anhelo,
Es sueño de mi loca fantasía,
Porque nunca el gusano llega al cielo,
Nunca se une la noche con el día.

Yo sé que la desgracia me acompaña,
Y sé que tu existencia es de ventura;
Ninguna nube tu horizonte empaña,
Y yo bebo la hiel de la amargura.

¿Mas qué quieres que haga, dicha mía,
Si el triste corazón nunca te olvida,
Si en tí piensa mi loca fantasía
Y enlazada á la tuya está mi vida?

¡La voluntad.....! ¡palabra mentirosa!
¡Quimérico poder el albedrío!
Yo siento que me impulsa poderosa
La mano helada del destino impío.

¡Si mientras lucho más por olvidarte
Crece más de mi amor el ansia fuerte!
¡Si aunque yo no lo quiera he de adorarte!
¡Si te he de amar, mi bien, hasta la muerte!

El llanto amargo que por tí derramo
Acrece de mi amor el vivo fuego:
Mientras más me desprecias, más te amo;
Mientras más me desdeñas, más te ruego.

Bien sé que con mi amor te causo enojos,
Sé también que tú nunca has de quererme,
Y que jamás tus celestiales ojos,
Amorosos y tiernos han de verme.

Mas no por eso de mi amor la llama
Se extingue como chispa pasajera,
De tu desdén el rayo más la inflama
Y se convierte en espantosa hoguera.

Que no es mi amor ligero sentimiento
Que dura sólo lo que dura un día,
La esencia es de mi propio pensamiento
Y el ambiente vital del alma mía.

¡Si pudiera olvidarte! ¡Si pudiera
Borrar del pensamiento tu memoria,
Ha largo tiempo que arrancado hubiera
La página más triste de mi historia!

¡Mas no!....¡Si yo jamás quiero olvidarte,
Aunque me cause tu desdén dolores!
¡Yo siempre quiero con locura amarte,
Y morir cuando mueran mis amores!

Yo no quiero las sombras del olvido,
De alma que muere fúnebre sudario:
Por más que el corazón solloce herido,
Quiero tocar la cumbre del calvario.

Despréciame; aborrece si lo quieres,
Este amor que encendiste, vida mía,
El triste corazón que siempre hieres
Morirá bendiciendo su agonía.

Por eso siempre á tí vuela mi canto,
Por eso el alma con amor te nombra;
Quiero regar tus huellas con mi llanto,
Y quiero darte mi alma por alfombra.

1876.

LIED.

Amé á una niña de ojos de cielo,
Pura cual brisa del platanal,
Y aquella niña tornó su vuelo
A la morada de lo inmortal.

Dejar yo quise grata memoria,
Lauros de poeta mi sien ciñó;
Pero punzante fué aquella gloria,
Y como el humo se disipó.

Vivir queriendo sólo entre flores,
En el retiro mi bien busqué;
Pero el recuerdo de mis amores
Como una espina, conmigo fué!

Sólo un camino me abre la suerte,
Sólo una estrella me da su luz;
Y es el camino que guía á la muerte,
Y es esa estrella la de la cruz!

1877.

ÉL.

Hay una sombra que la luz me oculta
Del ángel de mi amor;
Hay un espectro que mi ser sepulta
En tumba de dolor.

No es malvado y destroza mi esperanza,
Me da á beber la hiel;
Siento al verle la sed de la venganza
Y al verle.... ¡soy cruel!

Mas cuando recogido en el santuario
De mi propio pesar,
Me envuelvo en el reposo solitario,
Y me pongo á llorar,

Veo tan débil, tan bajo y tan pequeño
A mi feliz rival,
Que creo que en esta vida ó este sueño
Hay algo de fatal!

No es él, no, quien destroza mi esperanza,
Quien mata mi ilusión;
No le vibres el rayo de venganza,
No le odies, corazón!

Nunca el gusano detendrá en su vuelo,
Al águila caudal;
Nunca la larva se remonta al cielo,
Nunca trina el chacal.

Y es águila caudal que crece y sube
Mi delirante amor,
Y es el amor de mi rival la nube
Sin luces ni color.

El que es nube, y es larva, y es pigmeo,
Y sombras y capuz,
No detuvo mi vuelo giganteo
Y no extinguió mi luz!

Es abismo que corta mi camino
Y separa á los dos....
Pero es juguete débil del destino
Impulsado por Dios!

1877.

POBRE NIÑA.

¡Pobre niña! nacer y morir junto,
Vió la espuma que baña
La ribera del mar; y vió en un punto
Sin nieblas la montaña.

Y perderse en la atmósfera anchurosa
Del dulce canto el eco;
Y el capullo nacido al alba hermosa,
Roto á la tarde y seco.

Viólo, y luego soñó que á otras regiones
Por mejorar de estado,
Sus espumas la mar, eco sus sones,
Hubieran levantado.

Y que con ellos á juntarse fuera
La niebla antes perdida,
Y el capullo gentil que en la pradera
Vivió tan corta vida.

Y morir quiso, y remontóse al cielo
Su espíritu inocente
Por ser feliz; pero á nosotros, duelo
Dejónos solamente!

Volvió al jazmín la tez en él formada:
A la amapola bella
El carmín de los labios; la mirada
Quedóse en una estrella.

Y nada á la infeliz madre en consuelo,
Nada al doliente amigo,
Supo guardar en su sepulcro el suelo
Que fué de ello testigo.

Y en tanto á mí que corro y cruzo errante
Por las verdes riberas,
No me dejan ni voz para que cante
Las quejas lastimeras.

Son suspiros de ninfa enamorada,
Ayes de las corrientes
Del aura de los valles perfumada,
Del agua de las fuentes.

Son de la adelfa, que al amor del río
Creciera á la par de ella,
La lágrima temblante del rocío,
La fúnebre querella.

Y si allá en el boscaje al paso el viento
Algún ciprés inclina,
Como es murmullo triste, el pensamiento
Un suspiro adivina.

Y oigo su nombre en la robusta almena
Que entre flores asoma,
Donde el espacio de lamentos llena
La tímida paloma.

Por do quiera preguntan: ¿Dónde, dónde
Se oculta Eugenia? y lloran;
¿Por qué tan larga ausencia nos la esconde?
¡Es que su muerte ignoran!

Y yo no acierto á responder y exhalo
En silencioso llanto el dolor mío,
Y con la mano trémula señalo
Las bóvedas azules del vacío!

1877.

SOBRE EL SEPULCRO

DE

RAFAEL MARTINEZ DE LA TORRE.

Héle sin voz....! el que arrancó á la gloria
Cien lauros y otros cien con su palabra:
¡Héle cadáver! aun ayer sonaban
Entusiastas aplausos en su oído,
Y hoy, polvo y corrupción! Triste Polymnia,
Su postrer homenaje le tributa
Y no ya al gozo del ansiado triunfo
Responde el noble corazón latiendo.
La mentira pasó; pasó la vida,
Y la verdad eterna y absoluta,
La tremenda verdad, para él descorre
Su negro velo que rasgó la muerte.
Morir cuando se deja cual dejaste
Herencia de virtud y beneficios,
Como cauda luciente de cometa
Que el cielo cruza y las tinieblas hiende;
Morir cuando se deja por estela
El sepulcral lamento de los buenos,
Los fúnebres crespones de la Patria
Y de los tristes el doliente lloro;
Morir es quebrantar con dura mano
De esta cripta horrorosa las cadenas,
Sacudir las mortales ligaduras,
Traspasar de este mundo las barreras
Y desposarse con la eterna dicha
En el azúreo tálamo del cielo.

¡Así viviste tú! ¡tal conquistaste!
Humillada á tus pies cayó la muerte,
Y trocóse el sepulcro en blanca cuna
Y trocóse la sombra en arreboles.
Rafael! si de ese abismo inmensurable
Do gira la creación, tras la grandeza,
Tu espíritu me escucha, oye propicio
El postrimer adiós, que desde el fondo
De un corazón leal á tí se eleva,
Digno de lo que fuiste; yo no puedo
Consagrarte un gemido de mi lira,
Mas á do eterno vives, y no alcanza
La inmortal vanidad, mi afecto sube.
Otros de gloria en inspirado plectro
A tu génio inmortal egregio canto
Entonen más dichosos; yo tan sólo
Cuanto tu muerte de dolor me inspira,
Decirte quiero, y añadir inculta
Una pálida flor á la corona
Del lauro divo que tu sien rodea.
Fuérame en vez de lamentar tu ida
De un Dios dado el poder, y ¡alza, cadáver
Del polvo de la losa! te diría:
¡Alza! ¡toma! ¡el atónito concurso
Vuelva á escuchar tu voz! ¡Zumbe en tu oído
Una vez y otra vez el alto aplauso,
Y una vez y otra vez deba la patria
A tu elocuencia de titán la fama!.....
Mas sueños, sueños son; que la inflexible
Sentencia del Eterno nadie borra.
¡Rafael! ¡adiós, hasta el incierto día!
Tal vez el sol al fulgurar mañana
Aquí en reposo me verá contigo,
Hasta entonces, adiós! ¡en paz te quedas!

1877.

LA CRUZ.

A mi buen amigo J. L. Cortina.

Arbol divino, afortunado tronco,
Que al mecerte del viento al oleaje
Bañado por la luz, rota en colores,
Te inclinaste ante Dios en homenaje,
Su frente coronando con tus flores
Y alfombrando sus pies con tu ramaje!
Arbol celeste cuya esencia pura
En cándida espiral sube hasta el cielo;
Estrella de ventura,
Que oscilando del Gólgota en la cumbre
Derramas por el suelo
Ardientes rayos de perpetua lumbre;
Que viste de tu seno,
Al retemblar la tierra estremecida,
Brotar la fuente de cristal sereno,
Que entre sus linfas y raudal fecundo
Es á la vez que bálsamo de vida
Nuevo Jordán que purifica al mundo.
Arbol gigante que inspiró á un tirano
El negro crimen que estampó en tu frente;
Emblema del cristiano,
Símbolo santo de la fe potente
Que Jesucristo relegó á la historia,
Cuando al morir entre tus duros brazos
Las sombras del error hizo pedazos,
Negro cadalso convirtiendo en gloria.

Tú que viste vagar fieras, perdidas,
Como fantasmas que en la noche brotan,
Esas turbas de gentes descreídas
Que en la piedad el sentimiento embotan;
Mientras sentiste en silencioso giro
La muerte que á tu lado revolaba

Hasta beberse el postrimer suspiro
Del hombre que en tus brazos expiraba.
Tú que viste caer triste la tarde,
Medrosa, confundida
Entre los pliegues de la sombra vaga,
Llevándose el aliento de una vida
Que nunca el mundo con la suya paga.
Que miraste al sayón blasfemo y ronco
La cuchilla vibrar en su despecho,
Romper del Mártir el desnudo pecho,
Y en su sangre bañar su helado tronco;
Que sentiste del cáliz de la pena
Entre las nieblas de la noche fría,
Las lágrimas amargas de María
Y el llanto de la humilde Magdalena.

Tú que los ejes de la tierra viste
Crugir entonces como febles cañas,
Horrísonos silbar los huracanes
En la cima glacial de las montañas,
Y el hervir en sus cóncavas entrañas
La lava que engendraron los volcanes.
Tú que sentiste el vendabal y el trueno
Rodar sobre la bóveda sombría,
Que ahogó la luz en su profundo seno,
Que de la mar bravía
Las olas turbulentas
Quebrarse viste en la desierta playa,
Cuando al ronco bramar de cien tormentas
Lánguido el sol sobre el cristal desmaya.

Y entre las nubes que, al flotar, copiando
Iban las tintes del carmín y el lirio,
Viste á Jesús llevando,
Al impulso fatal del hado adverso,
El cielo por corona del martirio
Y por trono inmortal el universo.

Tú que viste las puertas celestiales
Abrirse entre el contento y la alegría
De las vírgenes puras, que en su canto
Al viento regalaban armonía,
Al mundo gloria y al Edén encanto.

Que viste aparecer brillantes nubes,
Recamadas de fúlgidas estrellas,

Y entre sus pliegues descender querubes
Pintando el iris con sus alas bellas.

Que el eco celestial de sus cantares
Viste volar, como flotante velo,
Brumas tal vez de perfumados mares;
Romper el sol la noche solitaria,
Bordar con perlas el azul del cielo,
Y entre el dosel de su purpúreo manto
Quebrantarse la losa funeraria
Y abrir sus puertas el sepulcro santo.

¿Quién eres tú para que así tranquilo
Velases desde el monte al santuario,
Penetrando á la vez ese misterio
Que pasó desde Herodes á Tiberio
Llegando de Belem hasta el Calvario?

Que en tu esplendor fecundo,
Que las tormentas de la vida calma,
Abarcas con tus brazos desde el mundo
Hasta los ayes últimos del alma?

¡Que veniste del bosque y de la selva,
Donde las auras gimen,
Los himnos á inspirar que te consagro,
Empezando tu vida con un crimen
Y acabando después con un milagro!

¿Quién eres tú que tu radiante lumbre
Recuerdo eterno de la fe divina
Abandona del Líbano la cumbre
Para llorar al fin en Palestina?

¿Quién eres tú, que en el feliz camino
Que los espacios llena,
De vida y esplendores
Alentaste el fervor del peregrino,
La fe de Santa Elena,
Los triunfos y el valor de Constantino?

¡La que á bordo de frágil carabela
Flotaba en las banderas españolas,
Y al tibio rayo de la blanca estela,
Del seno de los mares arrancaba

El mundo que ignorado palpitaba
Entre montones de encrespadas olas?

¡La que de Dios al soberano asiento
Voló como la enseña más sagrada
Extendiendo en las ráfagas del viento
La luz divina de su régio manto;
Y abarcando á la vez con su mirada
Desde el golfo de México á Granada,
Del Cantábrico mar hasta Lepanto?

¿Quién eres tú que por doquier contemplo
La humildad de tu imagen solitaria,
Desde la torre secular del templo
Hasta la triste losa funeraria?

¿Que, enseña del desdén y del encono,
Hallaste en el delito la fortuna;
Que al cadáver de Dios sirves de trono
Y á nuestra santa religión de cuna?

¿Que viste siempre las miradas fijas
De las madres en tí, puestas de hinojos,
Cuando imploraba con dolientes ojos
Perdón Jerusalén para sus hijas?

¿Quién eres tú, que como hermosa palma
Sobre el viento y el mar te balanceas,
Prestando al corazón ventura y calma?
¡Eres la Cruz..... La salvación del alma!
¡Signo de redención, bendito seas!

1877.

LA DUDA.

¡Aparta, sombra horrible,
Aparta de mi frente
Tus alas, que la cubren
Con fúnebre crespón!
¡Aparta, que á mis ojos
Asoma el llanto ardiente,
Y roto está en pedazos
Mi triste corazón!

¿Qué quieres, de las sombras
Espectro pavoroso?
¿Por qué junto á mi lecho,
Velando siempre estás!
¿Por qué inclemente turbas
Mi sueño y mi reposo?
¿Por qué, fantasma negro,
Conmigo siempre vas?

¿No sabes que mis dichas
Destruyes con tu aliento?
¿No sabes que mis ojos
Te miran con pavor?
¡Aparta, sombra horrible!
¡Aparta, que tu acento
Resuena en mis oídos
Cual grito del dolor!

¿Qué quieres, que así turbas
Mi paz, mis alegrías?
¿Por qué mis dichas vienes
En llanto á convertir?
¿Por qué marchitas todas
Las esperanzas mías?
¿Por qué cubres de sombras
Mi hermoso porvenir?

¿Acaso ignoras, dime,
Que el santo amor que siento
Es alma de mi alma
Y vida de mi ser?
¿No sabes que sin ella
La vida es un tormento,
La fe palabra vana,
Quimérico el placer?

¿Por qué á mi vida siempre
Tu ronca voz murmura,
Que es loca la esperanza
De coronar mi amor?
¿Por qué tu acento dice
Que es sueño la ventura,
Y que tan sólo es cierto
El llanto y el dolor?

¡Y siempre me acompañas!
Y siempre tu sonrisa
Como puñal agudo
Me hiere el corazón!
Y al contemplarte trueco
En lágrimas mi risa,
Y al contemplarte exhalo
Terrible maldición!

De sombras has llenado
Mi alma y mi conciencia;
En lánguido gemido
Trocaste mi cantar;
Con tu hálito de averno
Mataste mi creencia,
Y horrible panorama
Me obligas á mirar!

¡Ya basta! que mi frente
Doblégase abatida
Y presuroso late
Mi triste corazón:
Un caos es mi cerebro,
Tristísima guarida
De negros pensamientos
De luto y aflicción!

¡Ya basta, ser maldito!
No turbes más mi calma:
Mi mente es una hoguera,
Mi pecho es un volcán;
Como la corza herida
Agítase mi alma,
Y cruza en mi cabeza
Terrífico huracán.

Por desasirme lucho
De tus feroces garras,
Y libertarme quiero
De tu fatal poder;
Como velera nave
Que rompe sus amarras
Y el océano hirviente
Comienza libre á hender!

1877.

HOJAS SECAS.

¡En vano fué buscar otros amores!
¡En vano fué correr tras los placeres!
Que es el placer un áspid entre flores,
Y son copos de nieve las mujeres.

Entre mi alma y las sombras del olvido
Existe el valladar de su memoria.....
Que nunca olvida el pájaro su nido,
Ni los esclavos del amor su historia.

Con otras ilusiones engañarme
Quise, y entre perfumes adormirme:
¡Y vino el desengaño á despertarme,
¡Y vino su memoria para herirme!

¡Ay, mi pobre alma! ¡cuál te destrozaron
Y con cuanta inclemencia te vendieron!
Tú quisistes amar: ¡y te mataron!
Tú quisistes ser buena; y te perdieron!

¡Tanto amor, y después olvido tanto!
¡Tanta esperanza convertida en humo!
Con razón en el fuego de mi llanto
Como nieve á la lumbre me consumo.

¡Cómo olvidarla, si es la vida mía!
¡Cómo olvidarla, si por ella muero!
¡Si es mi existencia lúgubre agonía,
Y con todo mi espíritu la quiero!

En holocausto díla mi existencia;
La dí un amor purísimo y eterno;
Y ella en cambio, manchando mi conciencia,
En pago del Edén, dióme el infierno.

¡Y mientras más me olvida, más la adoro!
¡Y mientras más me hiere, más la miro!
¡Y allá dentro del alma siempre lloro!
Y allá dentro del alma siempre expiro.

¡El eterno llorar! Tal es mi suerte;
Nací para sufrir y para amarla;
Sólo el hacha cortante de la muerte
Podrá de mis recuerdos arrancarla!

1877.

RÁFAGAS.

La noche se acerca: ya asaltan al cielo
Cien nubes siniestras de negro color;
Las aves abaten, temblando, su vuelo,
Y en alto picacho se abriga el condor.

Eolo despliega sus alas gigantes
Y agítase y ruge tremendo huracán;
Las olas sollozan con tumbos sonantes
Y salta en las aguas el tardo caimán.

Su tronco altanero doblega la encina,
La selva robusta se humilla también,
Y al paso del viento sus ramas inclina
El cedro del monte con lento vaivén.

¡Qué negra es la noche! ¡qué triste el ruído
Del trueno que imita titánica voz!
Fosfórica lumbre de rayo encendido
Alumbra do quiera mi marcha veloz.

Corcel, al galope traspasa el sendero;
Cercano del valle se mira el confín;
Nervioso sacude tus miembros de acero
Y tiende á los vientos tu espléndida crín.

No tiembles si el rayo retumba en el cielo,
No tiembles si rugen las olas del mar,
Tus cascos ferrados estampa en el suelo
Y el eco repita tu ronco piafar.

La lluvia comienza: del agua las gotas
Con sordo ruído se miran caer;
Revuela en el viento tropel de gaviotas,
Y sombras envuelven la tierra do quier.

Oculto en el antro de negra guarida
Sus ojos ardientes asoma el león.....
Y el grito repiten de hiena perdida
Las cóncavas rocas dél negro peñón.

Los vientos silbando los troncos descuajan,
Serpientes de fuego derraman su luz,
Y cien y cien rayos las ramas desgajan
Del olmo robusto, del verde sauz.

Huyamos, huyamos; al viento tendida,
Piafando, sacude tu espléndida crín,
Y cruza los valles sin freno ni brida
Espuma brotando de tu ancha nariz

1877.

PRELUDIO.

Era la roca: el árido desierto
En torno cual sudario se extendía,
Y como triste lámpara de un muerto
La luna en el Oriente aparecía.

Tú eras el ángel: con tu luz heriste
De aquella roca el cavernoso seno,
Y del peñasco solitario y triste
Brotó el amor como raudal sereno.

Encadenado á tí mi pensamiento,
La órbita trazaste á mis ideas:
Tú me diste la fe: ¡por ella aliento!
Tú me diste el amor: ¡bendita seas!

1877.

MI CASA BLANCA.

Oculta en un valle de flores y aromas
Que el rayo acaricia de fúlgido sol,
Yo tengo una casa mansión de palomas
Que es nido de sueños, morada de amor.

Allí son más tibias las brisas suaves,
Allí de los astros más pura la luz,
Y trinos más dulces exhalan las aves,
Y prenden estrellas del cielo el capuz.

De tórtola amante los tiernos arrullos
Del aura se mezclan al blando gemir,
Producen las fuentes más suaves murmullos
Y es límpido y puro del cielo el zafir.

En medio de agreste, feraz ondonada,
Cubierta de acacias y flores de Abril,
Mi blanca casita se mira rodeada
De huertos floridos, de ameno pensil.

Los céfiros pasan rosando sus muros
Y un beso de amores temblando la dan;
Y forman en torno boscajes obscuros
Los blancos rosales y el verde arrayán.

Trepando en sus tapias el musgo y la yedra,
La esmaltan y cubren de fresco verdor,
Y brillan las aguas en taza de piedra
Cascadas de perlas lanzando en redor.

¡Qué bella se mira mi blanca casita
A orillas de un lago de límpido azul!
Parece paloma que oculta dormita
En nido amoroso de gasas y tul.

———

Allí cuando llega la luz de la aurora,
El cielo cubriendo de pálido albor,
La sacra campana parece que llora;
La tierra es entonces un canto al Señor.

———

Las gotas cuajadas de fresco rocío,
Relucen cual perlas del sol á la luz,
Y en medio á las nieblas que se alzan del río
Del blanco santuario se mira la cruz.

———

Las aves entonan sus trinos de amores,
Las ondas murmuran con lánguido son,
Las brisas susurran, perfuman las flores
Y escuchan al lejos doliente canción.

———

Y cuando las sombras envuelven la tierra,
Y cuando en los mares va el sol á morir,
La flor perfumada sus pétalos cierra,
Los lagos se aduermen, se enluta el zafir.

———

Qué bello es entonces mirar en el cielo
De innúmeros astros la pálida luz!
Mirar cómo vierten su luz de consuelo,
Mirar cómo rasgan el negro capuz!

———

Entonces vibrando las ondas del viento
La voz del santuario repiten también,
La tórtola exhala suavísimo acento,
Los pálidos lirios dormidos se ven.

———

Si cruza los cielos callada la luna,
¡Qué bello es entonces, tranquilo, mirar
En la onda apacible de clara laguna
Su pálido rayo temblando rielar.

———

Allí todo es bello, perfumes y brisas,
Arrullos y trinos, la fuente y la flor,
Parece que tienen los cielos sonrisas
Las auras suspiros, los campos amor.

———

Allí se levantan el cedro y la palma
La encina robusta y el alto bambú;
Mas ¡ay! Lola bella, que allí falta el alma,
Allí falta el cielo, allí faltas tú.

No tienen las aves cadencias ni arrullos
Que eres el canto y el ritmo les das,
Ni exhalan las aguas sus dulces murmullos,
Que nunca reflejan tu pálida faz.

Y todo te busca, te anhela y te llama,
La blanca azucena y el lirio gentil,
La luz que asomando los aires inflama
Las brisas de Otoño, las auras de Abril.

En vano por verte la luna se asoma,
En vano te busca la fuente y la flor,
Solloza en tu ausencia la amante paloma,
Le falta la dicha, le falta tu amor.

Ya mustias se doblan las flores marchitas,
Ya en páramo tornas el fresco jardín,
Se apagan del cielo las luces benditas,
Las aves ya miran cercano su fin.

¿Por qué nunca vienes á darles la vida?
¿Por qué nunca vienes su pena á calmar?
Tu blanca paloma que nunca te olvida,
Al ver que no vienes se pone á llorar.

Sudario de negra, profunda tristeza,
Envuelve á la blanca casita doquier,
No tienen las flores color ni belleza,
Faltándoles tu alma les falta su sér.

¿Por qué nunca vienes? Tal vez cuando llegues
Te encuentres marchito tu hermoso pensil,
Y entonces en vano con llanto lo riegues
Que ya no lo animan las auras de Abril.

Por tí me pregunta la pálida aurora,
Te buscan las flores mirándome á mí,
Y al ver que no vienes la tórtola llora,
Y el céfiro suave solloza por tí.

No tardes ¡Oh niña, que llega el invierno
Y el árbol sus hojas comienza á perder,
Y acaso ese luto será, Lola, eterno,
Y acaso esas flores no vuelvas á ver.

Tu rostro es, mi vida, de amor primavera,
Tus ojos, estrellas en limpio zafir,
Tus rubios cabellos, de luz cabellera
Y rayos perdidos del oro de Ofir.

Por eso tu blanca, tranquila casita,
Se envuelve en nocturno, profundo capuz;
Sin tí, primavera, la flor se marchita,
Sin tí, blanca aurora, no existe la luz.

No tardes, no tardes; traspasa la loma
La tierra y el valle, la selva y el mar:
¡Oh, ven que te espera tu amante paloma
Y al ver que no vienes se pone á llorar!

1877.

JUANA.

Rubio cabello cubre su cabeza,
Luz sideral en sus pupilas arde,
Tiene la palidez de la tristeza,
Y brillan de su rostro en la belleza,
Las luces moribundas de la tarde.

Creyérase una virgen arrancada
Del santuario á la gótica vidriera;
Acaricia su mano perfumada,
Y brilla en el fulgor de su mirada
La languidez de la pasión primera.

Entre sus rojos labios de corales
El dulce beso del amor palpita;
Tiene su voz arrullos tropicales
Y avergüenza á las noches estivales
De su alba frente la quietud bendita.

¡Qué bella está! sus ojos adormidos
Bajo el negro cendal de las pestañas,
Parecen, al mirar estremecidos,
Cocuyos que relucen escondidos
Bajo fresca techumbre de espadañas.

¿Conocerla queréis? Vuestra mirada
Espaciad un momento por la altura,
Y en medio de la bóveda estrellada
Encontraréis su imagen reflejada
En la pálida luz de Cinosura.

1877.

DEL LIBRO DE LOLA.

Eco dulce y armonioso
De música que se aleja;
Rayo de luz que refleja
El océano proceloso;
Ritmo suave y melodioso
De tórtola enamorada;
Blanca brisa perfumada,
De fuente lánguido arrullo;
Eres ola, eres murmullo,
Estrella, flor y alborada.

Crepúsculo de tristeza,
Rayo postrero de día;
Triste y fúnebre armonía,
Flor sin galas ni belleza;
Tumba que á cavarse empieza
En mitad de un cementerio,
Despedazado salterio
Que no exhala ningún canto,
Soy suspiro, grito y llanto,
Sauce, sepulcro y misterio.

Hermosa y luciente estrella,
Palma de flexible talle,
Azucena que en el valle
Entre mil otras descuella;
Paloma cándida y bella,
Nido de castos amores;
Guirnalda de resplandores,
Himno de dulce armonía,
Eres cadencia y poesía
Brisas, perfumes y flores.

Cielo enlutado y sombrío
Como manto funerario,
Arbol triste y solitario,
Desierto cauce de un río;
Astro que cruza el vacío
De su órbita desprendido;
Nimbus de rayos henchido,
Nave que flota al acaso,
Soy crepúsculo y ocaso
Sombra, capuz y gemido.

——

Sol fulgente que colora
De albor rosado mi vida,
Gota de luz desprendida
Del océano de la aurora;
Himno de amor que atesora
Todo un mundo de ternura,
Estrella en la noche obscura
Que siempre mi vista alcanza,
Es mi amor, fe y esperanza,
Ensueño, gloria y ventura.

1877.

MARIA.

Sonó la voz de Dios: «Tú, en cuya frente
Quise estampar de mi grandeza el sello,
Derramando sobre ella eternamente
La luz del claro sol; tú, en cuya mente
De mi gloria inmortal puse un destello;

Tú, que del polvo terrenal nacido,
Soberano de espléndido palacio
Te llegaste á mirar, y envanecido,
Mi amor y mi piedad diste al olvido,
A la humana ambición abriendo espacio;

Tú, errante seguirás en lo futuro
La estrecha senda que á seguir acierte
Con temeroso afán tu pie inseguro:
Tú, que la vida despreciaste, impuro,
Verás alzarse por doquier la muerte.»

¡Y errante caminó! ¡Cuán angustiada
Llegó á encontrarse en su primer jornada
La triste humanidad, hasta que el cielo
Piadoso quiso mitigar su duelo
En la cima del Gólgota, sagrada!

Allí fué donde el Dios que el orbe alienta,
El Dios del Sinaí que el rayo lanza;
Y hace escuchar su voz en la tormenta,
Víctima santa de mortal afrenta,
Derramó con su sangre la esperanza.

Aun resuena en los aires condolida
La agonizante voz del mártir fuerte,
Por la voz de los siglos repetida;
El ¡ay! postrero de su triste muerte
Abrió los mundos de la eterna vida.

Y desde entonces, madre cariñosa
El hombre tiene en la sin par María;
Ella calma sus penas bondadosa,
Y del mundo en la noche tempestuosa
Es faro de esperanza y alegría.

Ella es la madre del amor divino
Que sobre el mundo su bondad derrama,
Ella alienta al cansado peregrino,
Abrevia de los males el camino
Y en santo gozo el corazón inflama.

Enjuga el triste llanto del que llora,
Y alivia los dolores del que pena:
Por eso el hombre su favor implora,
Que ella es de todo mal consoladora,
Que ella es de todo bien fuente serena.

Su santo nombre es suave como gota
De avara lluvia en el sediento Estío;
Del arpa del amor mística nota
Que de los senos de la vida brota
Y llena de los seres el vacío.

Nombre que cual profética paloma
Del arca de los tiempos se desprende;
Azucena gentil de suave aroma,
Iris de paz que las borrascas doma,
Luz que la fe del corazón enciende.

Ese nombre los siglos nunca oyeron
Que la cuna del mundo rodearon,
Ni los sabios de Grecia lo entendieron,
Ni las damas de Roma lo tuvieron,
Ni las musas profanas lo cantaron.

Que ni el plácido arroyo que murmura
Bajo el ramaje de la selva umbría,
Ni el ruiseñor que canta en la espesura,
Tienen la suave y mística ternura
Del dulcísimo nombre de María.

¡María! dulce nombre y armonioso,
Primer acento que sonó en mi boca,
¡María! ser angélico y hermoso

Que como escudo fuerte y amoroso
Al hombre guarda que con fe lo invoca.

Casta mujer para sufrir nacida,
Grande cual monte, humilde como helecho,
Madre del que las fuentes de la vida
Al hombre ciego en su furor deicida
Clemente abrió desde el sepulcro estrecho.

No brilló como Venus Afrodite
Por belleza y lascivia de consuno,
Ni renombre gentílico transmite,
Ni el manejo partió, como Anfitrite,
Del húmedo tridente de Neptuno.

Fué una virgen humilde é ignorada,
Como rosa escondida en su capullo,
La madre de Jesús inmaculada,
Que aceptó sus dolores resignada
Y aceptó sus grandezas sin orgullo.

Hija del llanto y madre del consuelo,
Ella es la madre del linaje humano;
Ella ¡la reina mística del cielo!
Calma del hombre el padecer y el duelo,
Y con sublime amor y santo celo
Tiende hacia él su protectora mano.

***

¡Oh, reina inmaculada! Por tu sin par pureza
Tú fuiste la escogida Esposa del Señor,
Y rota y quebrantada por tí fué la cabeza
De la infernal serpiente que nos indujo á error.

Mis ojos te contemplan, hermosa cual ninguna
Subir hasta los cielos en busca de tu amor;
Y mírase á tus plantas la refulgente luna,
Y cércate la aurora con su rosado albor.

Tus ojos obscurecen la luz de las estrellas,
El aura es tu sonrisa dulcísima y fugaz,
Y el cielo que admiramos, la alfombra de tus huellas,
Y el sol resplandeciente, la sombra de tu faz.

Revélanos tu nombre el murmurar del río,
Repítenlo las aves en lánguida canción,
Y en el mundano suelo lo invoca el hombre impío
Cual dulce mensajero de paz y de perdón.

Te invoca el marinero en la borrasca ruda,
Invócate el soldado en la batalla cruel,
Y al mísero marino tu patrocinio escuda,
Y ciñes al guerrero con inmortal laurel.

Los ángeles te adoran en éxtasis sublime,
Los míseros mortales te elevan su oración;
Porque es tu nombre santo, consuelo del que gime,
Porque nos da tu nombre la paz del corazón.

¡Tesoro de esperanzas, promesa de cariño,
Iris resplandeciente del cielo espiritual,
Más blanca que los linos, la nieve y el armiño,
Mi fe te ha proclamado desde pequeño niño,
Sin mancha concebida de culpa original!

Al alumbrar mis ojos la luz del nuevo día,
Al toque religioso que invita á la oración,
Y al reclinar mis sienes del sueño á la porfía,
Te ha enviado siempre el alma, Purísima María,
Envuelta en sus plegarias, la fe del corazón.

A tí caminan siempre mis tristes confidencias,
Mis lúgubres suspiros se elevan siempre á Tí,
Y en los coloquios dulces de santas conferencias
Balsámicos consuelos de todas sus dolencias
El alma apesarada encuentra siempre en Tí.

¡Estrella de los mares! la nave de mi vida
Desmantelada y frágil te plazca dirigir;
Los últimos acentos de mi alma agradecida
Te llamen, virgen santa, sin mancha concebida,
Mis últimas miradas te encuentren al morir.

1877

ALBORES PRIMAVERALES

Otra vez á las puertas
De mi ventana
Tocan las golondrinas
Por la mañana;
Y allí cantando
De mi tranquilo sueño
Vánme arrancando.

Mensajeras de auroras
Primaverales,
Alados trovadores
De los rosales,
¡Bendito el día
En que llegó á mi oído
Vuestra armonía!

Venid; en aquel muro
Ya derruído,
Aun se conserva el hueco
De vuestro nido,
Y tras la loma
Con su canto os saluda
Tierna paloma.

¿Recordáis? Otro tiempo
Bajo la parra,
Escuchando los sones
De la guitarra
Yo os contemplaba,
Y al oir vuestro canto
Me embelesaba.

Bajo fresca techumbre
De limoneros,
Rodeada por bosques
De cocoteros,
Pobre cabaña
Mirábase en la orilla
De la montaña.

Sus blanquecinos muros
Lamía ansioso
El río que serpeando
Corre anchuroso,
Y á sus ventanas
La luz mandaba un beso
Por las mañanas.

En la puerta de aquella
Pobre casita,
Incrustada en el muro
La cruz bendita
¡Ay, parecía
Que con sus santos brazos
La protegía!

¡Ay, mi casita blanca,
Mis limoneros,
Mis bosques majestuosos
De cocoteros!
¡Ay, mis rosales
Mis dorados naranjos,
Mis cafetales!

Cucuyos escondidos
Entre el follaje,
Ruiseñores ocultos
En el boscaje;
Ondas del río
Reflejando las chozas
Del caserío;

Cielo diáfano y puro
De la montaña,
Humo blanco que sale
De mi cabaña;

Pálida luna
Que rïela en las ondas
De la laguna;

¿Por qué ya no os encuentro
Como solía?
¿Por qué doquiera miro
Nube sombría,
Y las campanas
No repican alegres
Por las mañanas?

¡Qué negro está el Oriente!
¡Qué triste el valle!
¡Cómo inclina la palma
Su esbelto talle!
¡Y los turpiales
Cómo lloran ocultos
En los juncales!

Murmuran los arroyos
Lánguida queja,
Se marchitan las flores
Que hay en mi reja;
Vésper no brilla
Y gimen las palomas
Junto á la orilla.

Negro sudario cubre
Mi pobre huerto,
Del templo las campanas
Tocan á muerto;
Y en los hogares
Cual antes no se escuchan
Tiernos cantares.

Agitan mil fantasmas
El aire denso,
El espacio semeja
Féretro inmenso,
¡Ya todo es ido!
Al perder la esperanza
Todo he perdido.

Golondrinas del alma,
Las ilusiones
Animan un momento
Los corazones;
Mas huyen luego
Dejando en las pupilas
Llanto de fuego.

Con las blancas auroras
Primaverales,
Vuelven las golondrinas
A los nogales;
Sólo el invierno
De alma sin ilusiones,
¡Ay, es eterno!

1877.

A MI PADRE.

Padre: en las recias luchas de la vida,
Cuando mi pobre voluntad flaquea,
¿Quién, si no tú, me alienta en la caída?
¿Quién, si no tú, me ayuda en la pelea?

Todo es mentira y falsedad y dolo,
Todo en la sombra por la espalda hiere;
Sólo tu amor ¡oh, padre! tu amor sólo
No tiene engaño, ni doblez, ni muere!

En mi conciencia tu palabra escucho,
Conmigo siempre por do quier caminas;
Gozas si gozo; cuando sufro mucho,
Sin que yo te lo diga, lo adivinas.

¡Ay! ¿Qué fuera de mí sin tu consuelo?
¡En este mundo mi ventura ¡oh, padre!
Consiste sólo en aspirar al cielo,
Tu dulce amor y el de mi santa madre!

1877.

DIOS.

Los mares en tormenta ó en bonanza
Nos revelan, Señor, tu omnipotencia;
Y los astros nos dicen tu alta ciencia,
Y las aves nos cantan tu alabanza.

La tempestad, Señor, es tu venganza;
Tu mirada amorosa, la clemencia;
Tu santuario del justo, la conciencia;
Y tu dulce sonrisa, la esperanza.

No puede el hombre concebir tu alteza,
Y el azul pabellón del firmamento
Un reflejo sólo es de tu grandeza:

En todo está tu poderoso aliento,
Y es un canto á tu amor Naturaleza,
Y un canto á tu saber el Pensamiento.

1877.

A MI MADRE

¡Madre, madre, si supieras
Cuántas sombras de tristeza
Tengo aquí!
Si me oyeras, y si vieras
Esta lucha que ya empieza
Para mí!

Tú me has dicho que al que llora
Dios más ama; que es sublime
Consolar:
Ven entonces, madre y ora;
Si la fe siempre redime,
Ven á orar!

De tus hijos el que menos
Tu cariño merecía
Soy quizás;
Pero al ver cual sufro y peno
Has de amarme, madre mía
Mucho más.

¡Te amo tanto! Con tus manos
Quiero á veces estas sienes
Apretar!
Ya no quiero sueños vanos:
Ven ¡oh, madre! que si vienes
Vuelvo á amar!

Sólo, madre, tu cariño,
Nunca, nunca, se ha apagado
Para mí!
Yo te amaba desde niño;
Hoy.....la vida he conservado
Para tí!

Muchas veces, cuando alguna
Pena oculta me devora
Sin piedad,
Yo me acuerdo de la cuna
Que meciste en la aurora
De mi edad.

Cuando vuelvo silencioso
Inclinado bajo el peso
De mi cruz,
Tú me ves, me das un beso
Y en mi pecho tenebroso
Brota luz!

Ya no quiero los honores;
Quiero sólo estar en calma
Donde estás;
Sólo busco tus amores;
Quiero darte toda mi alma.....
Mucho más!

Todo, todo, me ha dejado;
En mi pecho la amargura
Descansó;
Mis ensueños me han burlado,
Tu amor sólo, por ventura
Nunca huyó!

Tal vez, madre, delirante,
Sin saber ni lo que hacía
Te ofendí.
¿Por qué, madre, en ese instante,
¿Por qué entonces, vida mía,
No morí?

Muchas penas te he causado,
Madre santa, con mi loca
Juventud:
De rodillas á tu lado
Hoy mi labio sólo invoca
La virtud.

Yo he de ser el que sostenga
Cariñoso tu cansada
Ancianidad;

Yo he de ser quien siempre venga
A beber en tu mirada
Claridad.

Si me muero—ya presiento
Que este mundo no muy tarde
Dejaré,—
En la lucha dame aliento,
Y á mi espíritu cobarde
Dale fe.

Nada tengo yo que darte;
Hasta el pecho se me salta
De pasión:
Sólo, madre, para amarte
Ya me falta, ya me falta
Corazón!

Abril de 1878.

EN SU HUERTO.

Pasé ayer junto á tu puerta,
Ví la ventana desierta,
Tu blanca alcoba sin luz;
Volví á pasar, y llorando,
Ví dos flámulas temblando
Y en medio de ellas la cruz.

Antes sombras; luces luego;
Blancos cirios cuyo fuego
Alumbraba.....no sé qué;
Algo triste, tan sombrío,
Que de mudo pavor, frío,
Por la reja me asomé.

¡Ahí estabas; adormida
Como estatua desprendida
De algún nicho sepulcral!
Tus pupilas apagadas
Y tus manos encruzadas
Sobre el pecho virginal.

¡Ahí estabas! Parecía
Que tu boca sonreía
Murmurando una oración.
Tus mejillas, ya marchitas,
Y tus blancas manecitas
Oprimiendo el corazón.....

Una anciana de rodillas
Y las luces amarillas
Rodeando el ataúd;
La esquila estaba volteando
Y la tórtola llorando
De tu huerto en la quietud.

¡Pobre niña, me querías
Y en tus lentas agonías
Me llamaste acaso á tí!
Hoy tus ojos apagados
Y tus labios entornados
No se vuelven hacia mí.

Yo te amaba; tú me amaste;
Te olvidé, me perdonaste
Y por mí pediste á Dios.
Hoy, mi alondra, fuiste al cielo;
Yo padezco sin consuelo;
¿Quién ha muerto de los dos?

1878.

EN EL HOGAR.

Hay bajo el techo de mi hogar tranquilo,
Donde nunca penetra la tristeza,
Un ángel de virtud cuya cabeza
La nieve de los años coronó:
Él es el astro que mi vida alumbra,
Él es el tronco que me presta arrimo,
Él es el árbol cuyo fruto opimo
Mi inteligencia en la niñez nutrió.

Son blancos sus cabellos y parecen
Espejo de su límpida conciencia,
Su mirada revela la clemencia
Y sus labios se entreabren para orar.
Si él está allí, serénanse las penas
Y vuelve al pecho la amorosa calma;
Si él está allí, no hay dicha para el alma
Como la dicha santa del hogar.

Hay tanta mansedumbre en su semblante
Y es tan santa y tan pura su enseñanza
Que renace en el pecho la esperanza
Sus frases apacibles al oir.
Nunca el enojo con severo ceño
Turba su frente de quietud tranquila,
Y parece que guarda su pupila
El lontananza azul del porvenir.

Son sus consejos el timón seguro
Que dirige la nave de mi vida;
Entre sus labios la verdad anida
Y en sus palabras se refleja el bien.
Nunca en la lucha mundanal se abate
Ni arroja su bordón de peregrino,
Y cruza siempre el celestial camino
Que conduce á las puertas del Eden.

Alma del alma que á tu amparo vive,
Faro que alumbra el horizonte obscuro,
Hábil piloto que el bajel seguro
Conduces en las ondas de la mar.
Tú, en el desierto misterioso oasis,
Tú, en mi derrota la polar estrella,
Astro luciente que su luz destella
En el cielo bendito de mi hogar.

Nunca tu luz de mi camino apartes,
Nunca permitas que en la sombra luche;
Siempre tu acento cariñoso escuche,
Y beba en tus palabras la virtud.
Yo soy torrente que rugiendo salta
Y el valle todo con su voz atruena;
Tú con tu ejemplo poderoso enfrena
Mi indómita y ardiente juventud.

Yo quiero ser el báculo que apoye.
De tu cansada ancianidad el peso;
Yo quiero darte el amoroso beso
Que calma la borrasca del dolor;
Quiero vivir para prestarte abrigo
Para adorarte como tú me adoras,
Para llorar si por acaso lloras
Y para amarte con sublime amor.

Bien sé que no merezco de tus huellas
Pisar el polvo que levanta el viento,
Bien sé que mi mezquino pensamiento
Jamás se puede remontar á tí.
Yo soy el cardo que en la arena brota,
Tú la adorada y la fecunda espiga,
Yo la punzante y venenosa ortiga,
Que todo es negro y miserable en mí.

Pero tú, santo amparo de mi vida,
Tú, la existencia para el bien me diste;
Tú mis primeros pasos dirigiste,
Y me enseñaste en la niñez á orar.
Tú encaminabas mi insegura planta
A los altares del sagrado templo,
Y con tu santo y poderoso ejemplo
Enseñaste mi espíritu á esperar.

¿Cómo callar entonces, padre mío?
¿Cómo ahogar esa voz que se levanta

Y que en mis labios y mi lira canta
Con la estrofa sublime del amor?
¿Cómo poner sacrílega la mano
Y comprimir del pecho los latidos?
¿Cómo ahogar de mi alma los gemidos
Si estalla en un momento de dolor?

Si alguna vez con torpe desvarío
Aumenté de tu pecho la amargura,
Si alguna vez en criminal locura
Con mis ciegos desmanes te ofendí;
Perdona, padre, al que llorando viene
Para implorarte su perdón de hinojos,
Al que besando tus serenos ojos
Quiere pedirte su perdón así.

Enero de 1878.

LA FE DE MI INFANCIA.

A MI AMIGO EL SR. DON J. J. TERRAZAS.

¡Santa, tres veces santa la bendita
Sencilla religión: puro arroyuelo
Que su mansa corriente precipita
A través del mundano desconsuelo:
Nuncio feliz de paz, voz infinita
Que resuena en los ámbitos del cielo,
Y escucha el hombre en su penar profundo
Mientras va caminando por el mundo!

Niño, muy niño, en mi inocencia pía
La simiente de Dios brotó en mi pecho,
Y á Dios casi llorando le pedía
Paz en mi sueño sobre el blando lecho.
Ella, mi único amor, la madre mía,
Cuando bramaba el temporal deshecho,
También oraba con afán prolijo
A Dios pidiendo por su débil hijo.

Creció el niño después; con pie ligero
La senda del pesar fué caminando:
Con aliento y valor seguí primero,
Después con tardo paso suspirando;
La gloria, ese magnífico venero
Que el corazón anhela palpitando,
Con sarcasmo miré descolorida
Tras el cansancio de la estéril vida.

¡Oh! que es triste, muy triste, en la mañana
De nuestras encantadas ilusiones
Palpar la realidad, miseria humana
Amasada de impúdicas pasiones;
Sentir cómo se apaga soberana,
Enmedio de las danzas y canciones,
Esa llama inmortal de la existencia:
La castidad del alma, la inocencia!

¡Prueba terrible para el frágil hombre!
¡Supremo instante que somete á duda,
Sin que blasfemo el corazón se asombre,
Su fe que entonces se mantiene muda!
¡Hora menguada en que de Dios el nombre,
Postrero paladión con que se escuda,
Pronuncia nuestro labio indiferente,
Olvidando que es Dios Omnipotente!

Así la vida nuestra se asemeja
Al velero y fortísimo navío,
Que la onda pura, ribereña, deja,
Bajo del recio temporal sombrío;
Larga sus banderolas y se aleja
Adentro, en el fragor del mar bravío,
Y á poco sin timón perdido vaga
Y rebramando el mar le impele y traga.

Si entonces el mortal en su amargura
El crimen cree valor, lo cree arrogancia,
Si en medio á la corriente no procura
Por el Dios sacrosanto de su infancia,
Si no quiere tenaz volver la impura
Mirada al cielo, en criminal constancia,
Si el llanto no humedece su mejilla,
Ofrenda grata á Dios, pura y sencilla;

¡Ay del hombre infeliz! ¡Ay del que fuerte
Se juzga en su soberbia ó su cinismo!
Nave altanera, correrá la suerte
De ser tragada por el hondo abismo.
¡Ay del hombre infeliz! podrá su muerte
Con las palmas cubrir del heroísmo;
Pero serán, en su terrible duelo,
El signo de la cólera del cielo.

Yo fuí, Señor, en medio á mi camino
Semejante á la nave, débil pluma
Arrastrada del recio torbellino,
Rota y sin rumbo entre la hirviente espuma.
Pobre mortal, cuitado peregrino,
Volví la vista á tu grandeza suma,
Mi voz á tí elevé por vez postrera,
Y hallé mi fe de niño toda entera.

Próximo á perecer, la viva lumbre
Me hirió de tu grandeza y de tu gloria;
Y se tornó mi orgullo en mansedumbre
Al suave soplo de infantil memoria:
Me alcé, Señor, del cieno y podredumbre
De la mundana vida, que ilusoria
Por la fe que de niño me quedaba,
Mis instintos sublimes sofocaba.

¡Obra fué tuya ¡oh, Dios! Padre Supremo
Esa que yo sentí dulce esperanza;
¡Ay! desde entonce el corazón blasfemo
Quedó purificado en tu balanza;
Hoy te admiro, Señor, te adoro y temo,
Cuando entono postrado en tu alabanza
El himno de mi amor, que el alma ansiosa
Encomienda á la brisa rumorosa.

Por eso á solas con mi fe camino
Y al ver del hombre la fortuna varia,
Empuño mi bordón de peregrino
Y elevo á Dios mi férvida plegaria:
Voy entre sombras, sí; mas el destino
Hará brillar mi estrella solitaria;
Y en Dios confiando, con amor profundo,
Mi primera palabra daré al mundo.

¡Feliz aquel que sus creencias funda
En esta inmaculada fe cristiana,
En virtudes y bienes tan fecunda
Como el supremo Ser de quien emana!
Que cuando el universo se confunda
En la nada otra vez, la soberana
Luz, á aquel mundo servirá de guía
Do el amor es eterno y la alegría!

1878.

DESPUES DEL WALS.

Cuando tu rostro comienza
A teñir rojo color,
Dudo si es el del pudor
O si es el de la vergüenza.

Ya no me tienes que dar
Ni yo te puedo pedir;
Tú me enseñaste á mentir,
Yo te enseñaré á olvidar.

Después de lo que pasó
Y después de lo que ví,
Inútil tu amor quedó
Para el otro y para mí.

Ya pasó tu Abril y Mayo
Y miras á todos mal.....
No haces bien; mas..... cada cual
Hace de su capa un sayo.

Rezas por mi alma en la misa
Al decir el ofertorio,
Cuando rezas por las almas
Que están en el purgatorio.

El camino de tu casa
Tengo tan bien aprendido,
Que todas las noches corro
Hasta tu puerta dormido.

No me quieras cautivar
Ni me quieras sorprender

Que, si te vuelvo á querer
Te he de volver á olvidar.

¿Qué soy joven? En efecto;
Pero es tu reparo loco;
La juventud es defecto
Que se quita poco á poco.

Es cosa que da tristeza
Pensar en mi condición:
Tengo vieja la cabeza
Y joven el corazón.

No esperes con tu boato
Pescar al fin un marido,
Que, si tu amor, es barato,
Es muy caro tu vestido.

¿Crees que me gustan á mí
Las morenas? Puede ser.....!
Me gusta toda mujer
Que no se parezca á tí.....!

1879

PECAR EN SUEÑOS

POEMA EN UN CANTO.

Por más que tercamente te resistas
A creer lo que digo, sin remedio
Tu espíritu ha de ser mientras existas,
Un bostezo larguísimo de tedio!
Eres de esas castas soñadoras
A quienes nunca sacia lo visible,
Raza de visionarias encantadas
Que vienen y se van enamoradas,
Del amor.....; qué se yó. ....! ¡de lo imposible!
Yo sé de buena fuente
Que l cerrar por las noches tus balcones,
Sueles dejar abiertos los postigos,
Por donde entran todas las visiones.
Sé que de noche buscas temerosa
Si alguien se ocultó tras las cortinas,
Y que vas con tu lámpara medrosa,
Alumbrando del cuarto las esquinas,
Con miedo de encontrar tras el piano
Y hasta debajo de tu tibio lecho,
El hosco ceño de ladrón villano,
De honra ó de riquezas en acecho.
¡Inútil precaución! que cuando apagas,
Para dormir en calma, la bujía,
Miras en torno tuyo sombras vagas
Que salen de tu propia fantasía.
Huéspedes son de tu caliente alcoba,
Pueblan el aire mismo que respiras,
Retozan juguetonas en tu lecho,
Si duermes, se recogen en tu pecho,

Y vagan en la atmósfera si miras.
Vosotras, las mujeres,
Tenéis ya tristes, graves ó risueños,
Una turba fantástica de seres
Que se nutren de ansias y de sueños.
¿Quienes son? Dios lo sabe. Las pasiones
Acaso que despiertan y palpitan,
Andan, bullen, se agitan,
Su vaga muchedumbre te rodea,
Sientes al verlos bienestar extraño,
La misteriosa pubertad los crea
Y llegan á morir cuando clarea
En el alma la luz del desengaño.
No sueñes: ten, por Dios, el pensamiento
En la quietud y el corazón en calma:
El sueño es un vampiro para el alma.
Más tarde lo verás. Escucha un cuento.

II

Unieron á Beatriz, con mal consejo,
Llevados por el ansia de riqueza,
A un hombre bonachón y casi viejo
Capaz de entristecer á la tristeza.
De añejos gustos y de alma fría,
De condición raquítica y liviana,
Por olvido del tiempo no tenía
Aquel marido la cabeza cana.
Hay hombres como éstos que lo hacen
Todo tan impasibles y serenos,
Que se presume, á mi entender, que nacen
Con cincuenta Diciembres por lo menos.
Ella, era otra cosa;
Hermosa, sí por cierto, muy hermosa,
Con el candor de quince primaveras,
Y con gustos de niña consentida,
Entraba por las puertas de la vida
Con un gran equipaje de quimeras.
Tan niña era, y el adusto arreo
De la mujer tan mal se le ajustaba,
Que al andar, cuando iba de paseo,
Más que andar, parecía que saltaba.
Del buen marido con las manos secas,
Las manos de Beatriz contraste hacían:
Como que aún las de la niña olían

Al barniz con que pintan las muñecas.
Era Beatriz tan niña, que al casarse,
Obedeciendo al padre que mandaba,
No pensó ni siquiera en preguntarse
Si iba al matrimonio porque amaba;
Y en la víspera misma todavía,
Poco antes de ir á los altares,
Sólo pensó lo bella que estaría
Con su bella corona de azahares!
¡Oh, pueril inquietud de los placeres!
¡Oh, dichas juveniles y secretas!
Antes de ser mujeres las mujeres
Ya tienen algo, mucho, de coquetas.

III

Después de algunos meses,
En el hogar y la quietud pasados
Aquellos dos esposos que vivían
De alma y caracteres divorciados,
Comenzaron á ver cuán loco era,
Su consorcio formado sin acierto,
Y que, más que consorcio, parecía
Soldadura de un vivo con un muerto.
Las niñas se transforman de repente:
Beatriz fué despertando como todas,
Y discurriendo ya más cuerdamente,
Vió que los azahares de las bodas
Punzaban como espinas en su frente.
Casarse sin amor es horroroso;
Con la dicha del alma no se juega:
El amor es un huésped perezoso;
Suele tardar á veces, pero llega!
¿Ama Beatriz? Seguro.
¿Y á quién? Dios sabe! Para ser tan puro,
No ha menester Amor de los sentidos,
Sale del alma misma como salen
Las aves, gorjeando, de sus nidos.
Se ama sin saber á quién ni cómo,
A algo que nosotros componemos
Y que vive, nos mira,
Y en nuestra misma atmósfera respira:
Es el íntimo amor, es el deseo
En múltiples ficciones transmigrando,
De algo misterioso la venida,

Una sed insaciable de terneza,
La pregunta que hace á la pureza,
El monólogo eterno de la vida!
Ello es que la calma
Perdió Beatriz; mas fiel á sus deberes,
Vivió como muchísimas mujeres,
Sin pecar, pero adúltera del alma.
Comenzó la heroina
Por hacer un examen del marido,
Y amor que se detiene y examina
—Ténlo por gran verdad—está perdido!
Vió que sus rancios gustos
Eran harto distintos de los suyos,
Que cuando él dormía
Los dientes como viejo se quitaba,
Que sus canas teñía
Y que después de la oración tosía
Y con agua y aceites se curaba.
Y vió su hogar, tan solo, tan helado,
Como la torva celda del presidio,
Y oyó, como incitándole al pecado
La sarcástica risa del fastidio.
Cumpliendo su deber como cristiana,
Su cuerpo no manchó culpa ninguna,
Pero entraba su amor por la ventana
Traído por un rayo de la luna.
¡Inútil resistir! En vano quiso
Luchar con la corriente que nos lleva,
Y lloró, lloró tanto como Eva
Al caer con Adán del paraíso!

IV

Así Beatriz al confesor decía!
«Padre, padre, me muero de congoja,
«En mi pecho fermentan las pasiones
«Y salen de mi ser las ilusiones
«Como los muertos que la mar arroja.
«Decidme si mi empeño
«De querer lo ideal es criminoso.
«¿Porqué no tengo amor para mi esposo?
«¡Será pecado, padre, lo que sueño?
«Quiero ser buena, sí, quiero ser buena;
«Este aire me asfixia, padre mío,

«Y necesito amor cual la azucena,
«Necesito los besos del rocío.
«A ratos me parece
«Que una voz resuena en mis oídos
«Y que todo mi espíritu se mece
«En atmósferas tibias, impregnadas
«Del aroma que sale de los nidos.
«Ayer, hora tras hora,
«Poco después de clarear la aurora,
«Y cuando aun brillaban los luceros
«Estuve casi triste, contemplando
«Cuán alegres se estaban picoteando,
«Ocultos en su jaula, los gilgueros.
«Y sin saber la causa pensé luego
«En yo no sé qué goces ignorados,
«En el amor.....en todo,
«En mis sueños de joven sonrosados,
«En yo no sé qué más, pero de modo
«Tan terco, tan extraño, tan demente,
«Que ya los pensamientos me aturdían,
«Y sin poder quitarlos proseguían
«Pegados como sombras á mi frente
....
....
«Luego, mirando con delicia rara,
«Cómo jugaban juntos dos pequeños,
«En uno parecióme ver la cara
«Del fantástico novio de mis sueños.
«Es mi amante soñado:
«Es joven, es apuesto; me provoca
«Con la mirada dulce y adormida,
«Y al contemplarle muévese mi boca
«Con una convulsión nunca sentida.
«Ser, que por la existencia me acompaña,
«Le miro siempre con cariño santo,
«A través de las gotas de mi llanto,
«Que tiemblan, al caer, en la pestaña.
«Yo quisiera de mí desvanecerle:
«Cierro los ojos si mi fe vacila.....
«Qué haré, padre, qué haré para no verle,
«Si está en el interior de mi pupila?»

V

Al hablar la inocente pecadora
Era su angustia tanta

Que hinchábase, por grados, incolora,
Cargada de sollozos su garganta.
Sus ojos de las órbitas saliendo
De mirar tanto, tanto, no veían,
Y las calientes lágrimas corriendo
De un color rojizo los teñían;
Sus dedos enredándose de angustia,
Del rosario las cuentas apretaban,
Mientras, á fuerza de llorar, quedaban
Secos sus ojos y su cara mustia!

VI

Tormentos tan crueles padeciendo,
Amando sin amar á hombre ninguno;
La Beatriz de que te hablo..... fué viviendo
Un año, dos, y tres..... hasta veintiuno!
Su cuerpo enflaquecido
Era como de blanca porcelana,
Y su dulce mirar entristecido
El de una mártir de la fe cristiana;
En sus sienes que ansias juveniles
Golpeaban, á impulso de las penas,
Dibujábanse tristes los perfiles
De la red azulosa de las venas.

VII

En el cuerpo enfermizo,
Que la hermosura y el pudor aduna,
La forma terrenal se desvanece,
Y tanto, de tal suerte, que parece
Tejido con los rayos de la luna.

VIII

De tal modo Beatriz se fué extenuando;
Y, sin ser sombra ya de lo que era,
Fué tomando, tomando
El color amarillo de la cera.
En vano su marido, cien doctores
Llamó para curar daño tan fuerte;
Que hay en la vida males y dolores
Cuyo médico único es la muerte.
¿Y qué tenía? Nada,

Era una consunción inexplicable,
Era una enfermedad desconocida,
Lo cual quiere decir..... lo irremediable:
El divorcio del alma con la vida.
Esos ojos que tanto conversaron
En lenguaje ideal con las estrellas,
A fuerza de mirarlas, se quedaron
Inmóviles y tristes como ellas.
Para morir en su caliente nido
Vistió la esposa sus mejores galas,
Cerró los ojos, y se oyó un ruido,
Como ligero movimiento de alas!

IX.

No sueñes; ya lo ves, las que se entregan
A soñar, á soñar tan sin medida,
Atraviesan dolientes por la vida,
Esperando las cosas que no llegan.
No llegues á creer, como yo creo,
En el amor que de los cielos baja,
Ni mires en los aires cómo cuaja
El vapor impalpable del deseo.
Si quieres ser feliz en esta tierra,
Sin soñar en la dicha que no viene,
Has de ser como el agua que se aviene
Al molde de la taza que la encierra!

1879.

La noche de San Silvestre.

El libro abierto en la indolente mano,
Entre azuladas espirales de humo
El néctar apurando de un habano,
Mientras las doce dan, espero y fumo.

He cerrado las puertas y balcones,
Y arrojando mi cuerpo entumecido
En medio de dos blancos almohadones,
Los perezosos miembros he extendido.

Alegre el grillo en su agujero brinca,
Helado cierzo sopla por afuera,
Y hasta parece á ratos que alguien hinca
Su rodilla de hierro en la vidriera.

Dejo que el viento por entrar se esfuerce,
Escucho cómo crujen los cristales,
Y á veces una ráfaga retuerce
Del humo las azules espirales.

Lámpara tenue débilmente alumbra
Las páginas del libro que no leo,
Recortando medrosa en la penumbra
Las figuras exóticas que veo.

Esta es la hora, Sueño, en que desciendes
Mientras los astros pálidos se cuelgan;
Mientras las wilis danzan y los duendes
De la atmósfera negra se descuelgan.

¡Vete! yo no te llamo. Gozo en verme
Cubierto, Noche, por tu manto inmenso,
Y mientras todo en la quietud se duerme
Abro la urna de mi alma y pienso.

Surgen entonces de la oscura niebla
Seres extraños que contemplo y toco,
Y de mi alcoba el ámbito se puebla
Con los espectros pálidos que evoco.

Hago luego que tristes ó risueños
Mis pensamientos ateridos salgan;
Y llegan á mi espíritu los sueños
Que en el corcel de la ilusión cabalgan.

Vienen á acompañarme; su cortejo
En medio de las sombras aletea,
Y es entonces la atmósfera el espejo
Que retrata las formas de mi idea.

Furtivo, vergonzante, mi pasado
Se arropa en un rincón, entumecido,
Y de lejos, el rostro enmascarado,
Acecha el porvenir, como bandido.

Todos vienen á mí: ceñuda y negra
La fantasma del mal que no concluye,
Desde el recuerdo que la mente alegra
Hasta el amor que viene, pasa y huye.

Todos, uno por uno, se levantan;
La misteriosa procesión desfila,
Y á esos espectros que la mente espantan
Se afianza como inmóvil mi pupila.

Venid á mí; propicia os es la noche,
Las doce dan, un año nuevo empieza,
Abre la flor al céfiro su broche,
Como abro yo mi alma á la tristeza.

La última brasa en el hogar se apaga,
La temblorosa lámpara agoniza.....!
Hora es ya de que agites, sombra vaga,
Tus brazos de esqueleto en la ceniza.

Sacude tu sopor. .....á mi conjuro
Crujen los goznes de la herrada puerta;
Tibio fulgor proyéctase en lo obscuro,
¡Hola, turba fantástica, despierta!

***

Era rubia: su cuello transparente
Ya sombreaba delicado vello;
Un pétalo de lirio era su frente
Y del color del ópalo su cuello.

Yo he visto en el rincón de una capilla
Un cuadro más que místico, profano,
En cuyas líneas delicadas brilla
El colorido fresco del Ticiano.

Es una Magdalena: ya no sigue
Mostrando los impúdicos arreos,
Pero aún implacable la persigue
El liviano tropel de los deseos.

Tremenda debió ser aquella lucha,
Lo revelan sus ojos y su porte
Y con la oreja en tierra, triste escucha
El estruendo lejano de la corte.

Los luengos pliegues de su ropa flotan
Al soplo de la brisa pasajera,
Y en las arenas áridas se azotan
Los bucles de su rubia cabellera.

El sordo estruendo mundanal percibe,
El duro cardo sus rodillas hiere,
Y mientras aquel ruido dice: ¡vive!
Aquella soledad le dice: ¡muere!

Dios sabe por qué unión maravillosa
En mis sueños poéticos descuella,
Al lado de esa imagen, ruborosa,
Esa otra imagen de mis sueños: ella!

Era alta también, y rubia y blanca,
Algo de reina en el mirar tenía;
Nunca su imagen de mi ser se arranca,
Que aquel era un amor que se imponía!

Más de una vez al contemplarla leve,
No lejos de la gótica vidriera,
Temí que como á virgen de alba nieve,
Un rayo de la luz la deshiciera.

Cuando el regio salón atravesaba
Con su porte gentil de gran señora,
Alzando la cabeza, semejaba
La estátua de la Diana cazadora.

Enamorado el sol de sus hechizos
Quiso besar su inmaculada frente,
Tiñó de rosa el cutis transparente
Y en las redes quedóse de sus rizos.

Allí está: su hermosura soberana
Ilumina la luz del santuario,
Mientras piadosa y sin mirar desgrana
Las cuentas de su místico rosario.

Allí: su talle como acanto ondula,
Sus cabellos encréspanse soberbios,
Y un fluido magnético circula
Por la red misteriosa de sus nervios.

Soy joven: he obtenido sus amores,
Con la mirada trémula me llama:
¿Por qué se mueren las tempranas flores?
¿Por qué mi pobre espíritu no ama?

¡Oh, ven! es tiempo aún: yo haré que guarde
Mi corazón tu amor y lo sujete.....
Yo quiero amar, vivir.....es tarde, es tarde,
¡Vete,—yo no te quiero—vete, vete!

¡Ya estás aquí! Tú vienes, si conturba
Ese tropel fantástico mi calma;
No surges como aquella de la turba,
Brotas, como perfume, de mi alma.

Cuando te alzastes en la sombra fría,
Como á todas las otras avergüenzas,
Yo miré cómo aquella se escondía,
Ocultándose el rostro con las trenzas.

Yo no sé si eres bella: yo te amo
Y la conciencia de este amor me basta,
Y en mis sueños poéticos te llamo
Con este nombre solamente: casta.

Aquí desde mi pecho me respondes,
Eres como una lámpara secreta,

Y cuando verte quiero te me escondes,
Como en sus anchas hojas la violeta.

Sé que brota en los cielos un lucero
Cada vez que los miras, vida mía,
Pero tal es mi amor, tanto te quiero,
Que sin esa belleza te amaría.

Cuando en la urna de mi amor te escondo
Allí dejo mi espíritu dormido,
Porque es tu corazón hondo, tan hondo,
Que en él mi pobre alma se ha perdido.

¡Oh! ven á coronar mis ilusiones,
Tú que á la diosa del pudor igualas;
Necesita el amor dos corazones
Como el ligero pájaro dos alas.

***

Huyen medrosas las fantasmas todas,
Sus lentos pasos en la sombra sigo,
La luna alumbra nuestras castas bodas.....
Ya estoy solo por fin.... ....¡solo contigo!

1879

DESEO.

—

No ves cuál prende la flexible yedra
Entre las grietas del altar sombrío?
Pues como enlaza la marmórea piedra
Quiero enlazar tu corazón, bien mío.

¿Ves cuál penetra el rayo de la luna
Las quietas ondas sin turbar su calma?
Pues tal como se interna en la laguna,
Quiero bajar al fondo de tu alma.

Quiero en tu corazón, sencillo y tierno,
Acurrucar mis sueños entumidos,
Como al llegar las noches del invierno
Se acurrucan las aves en sus nidos.

1879.

IN MEMORIAM.

Bien nos está recordar
Aquella ruda porfía,
Aquella larga agonía,
Aquel noble batallar;
Bien nos está levantar
Templos de fábrica fiera,
A la memoria severa
De los que patria nos dieron
Y con su sangre tiñeron
Nuestra soberbia bandera.

Vencedores de la muerte,
Vencedores del destino,
Siempre siguió su camino,
Como una esclava, la suerte;
Y era su espíritu fuerte
De tal manera brioso,
Que su esfuerzo vigoroso,
Destinado á libertarnos,
Pudo por fin arrancarnos
A los brazos del coloso.

Y comenzó el batallar
Y la lucha comenzó
Y por doquier se escuchó;
Del cañón el resonar;
Sus olas detuvo el mar,
Callaron los huracanes,
Y se alzaron los titanes,
Y por ver lucha tan brava
Salió la candente lava
Al cráter de los volcanes.

El horizonte inundaba
Siniestra y rojiza lumbre,
De las montañas la cumbre
Blanco sudario velaba;
Sangre doquier goteaba,
Y al chocar de los aceros,
A los gritos lastimeros
Del soldado que moría,
Cada tumba que se abría
Arrojaba cien guerreros!

León que en el campo dormido
Indefenso pareciera;
Si urgan á su madriguera
Exhala ronco bramido;
En el follaje escondido
Ruge cual ruge la hiena,
Y agitando la melena
Hinca su afilada garra
Y las entrañas desgarra
Del cazador en la arena.

Tu afrenta, patria, vengaron
Los que por tí combatieron,
Y los laureles que hubieron
A tus altares llevaron:
Ante tí se doblegaron
Los extranjeros pendones,
Que no rasgan los arpones
El pecho de los atletas,
Ni rompen las bayonetas
Murallas de corazones.

Mueran los viejos rencores,
Cesen tenaces empeños,
Los pequeños, por pequeños,
Los mejores, por mejores;
Hoy los únicos traidores
Son los que en lucha homicida
Afrentan la patria herida
Buscando torpe victoria,
Los que ponen á la gloria
Careta de fratricida.

No acecha nuestras fronteras
La codicia no saciada,

Ni viene pujante armada
A ultrajar nuestras banderas;
Ya no hay huestes extranjeras
Que sedientas de botín,
Profanen nuestro confín;
Sólo hay un gran bandolero,
Sólo un eterno extranjero,
Y ese extranjero es Caín.

Estéril memoria hacer,
No es propio de heroicos pechos;
Nadie tiene más derechos
Que cumplir con su deber;
Es hora ya de romper
Con las tradiciones viles
De nuestras guerras civiles,
La paz á reinar empieza,
Aplastemos con fiereza
La frente de los reptiles.

No terminó la tarea,
La labor está empezada,
Donde termina la espada,
Surge á combatir la idea;
Fuerza es seguir la pelea
Contra las torpes legiones
De bastardas ambiciones
Y banderas diferentes,
Hacernos independientes
De todas las rebeliones.

No dejemos en quietud
Nuestra viril voluntad,
Si nos dieron libertad,
Conquistemos la virtud;
Otra nueva esclavitud
Vamos á romper al fin;
Agudo llame el clarín
A la lid del patriotismo,
Rompamos el despotismo
De la ambición y el motín.

No haya revuelta ninguna.
Enmudezca la metralla,
Que los campos de batalla
Sean la prensa y la tribuna.

¿Queréis vencer la fortuna?
Pues haced con noble aliento
De la paz el juramento;
Abrid, tranquilos y honrados,
Al comercio los mercados,
Y el cerebro al pensamiento.

Patria, la gran vencedora,
Alza tu frente serena,
La voz que lejos resuena
Es la canción de la aurora;
Alza su queja sonora
La alondra en la soledad,
Blanca y tenue claridad
Rasga la niebla sombría:
Para la tierra es el día;
Para tí la libertad!

1879.

FRENTE A FRENTE.

Oigo el crujir de tu traje,
Turba tu paso el silencio,
Pasas mis hombros rozando
Y yo á tu lado me siento.
Eres la misma: tu talle,
Como las palmas esbelto,
Negros y ardientes los ojos,
Blondo y rizado el cabello;
Blando acaricia mi rostro
Como un suspiro tu aliento;
Me hablas como antes me hablabas,
Yo te respondo muy quedo,
Y algunas veces tus manos
Entre mis manos estrecho.
¡Nada ha cambiado: tus ojos
Siempre me miran serenos,
Como á un hermano me buscas,
Como una hermana te encuentro.
¡Nada ha cambiado: la luna
Deslizando su reflejo
A través de las cortinas
De los balcones abiertos;
Allí el piano en que tocas,
Allí el velador chinesco,
Y allí tu sombra, mi vida,
En el cristal del espejo.
Todo lo mismo: te miro;
Pero al mirarte no tiemblo,
Cuando me hablas te escucho,
Cuando me miras no sueño.
Todo lo mismo: pero algo
Dentro de mi alma se ha muerto.

¿Por qué no sufro como antes?
¿Por qué, mi bien, no te quiero?

***

Estoy muy triste: si vieras,
Desde que ya no te quiero
Siempre que escucho campanas,
Digo que tocan á muerto.
Tú no me amabas, pero algo
Daba esperanza á mi pecho,
Y cuando yo me dormía
Tú me besabas durmiendo.
Ya no te miro como antes,
Ya por las noches no sueño,
Ni te esconden vaporosas
Las cortinas de mi lecho.
Antes de noche venías
Destrenzado tu cabello,
Blanca tu bata flotante,
Tiernos tus ojos de cielo;
Lámpara opaca en la mano,
Negro collar en el cuello,
Dulce sonrisa en los labios
Y un azahar en el pecho.
Hoy, no me agito si te hablo
Ni te contemplo si duermo,
Ya no se esconde tu imagen
En las cortinas del lecho.

***

Ayer, ví á un niño en la cuna;
Estaba el niño durmiendo,
Sus manecitas muy blancas,
Muy rizado su cabello.
No sé por qué, pero al verle
Vino otra vez tu recuerdo,
Y al pensar que no me amaste,
Sollozando le dí un beso.
Luego, por no despertarle
Me alejé quedo, muy quedo;
¡Qué triste que estaba el alma!
¡Qué triste que estaba el cielo!
Volví á mi casa llorando,
Me arrojé luego en el lecho;
Todo estaba solitario,

Todo muy negro, muy negro!
Como una tumba mi alcoba,
La tarde tenue muriendo,
Mi corazón con el frío
De los hogares desiertos!
Busqué la flor que me diste
Una mañana en tu huerto
Y con mis manos convulsas
La apreté contra mi pecho;
Miré luego en torno mío
Y la sombra me dió miedo.....
Perdóname, sí, perdóname,
No te quiero, no te quiero!

1879.

VALLETO Y Cª

A. AGUSTIN F. CUENCA.

Hundida la cabeza en la almohada
Y en silencio soñando largo rato,
Con el alma y la vida en la mirada
Amoroso contemplo tu retrato.

Eres tú: bien conozco esos hechizos
Y ese altivo mirar que me encadena,
La cascada opulenta de tus rizos,
Y tus hombros ebúrneos de Sirena.

Eres tú: mal cubierta por las blondas,
Artística y hermosa como Julia,
Te miro aparecer entre las ondas
De tu lujoso traje de tertulia.

Las gasas transparentes y los lazos
Tu seno de ángel con su velo encubren,
Pero besando tus torneados brazos
Tus hombros escultóricos descubren.

¡Qué bella estás! De tu belleza griega
Se adivinan los mágicos contornos,
Y hasta parece que la brisa juega
De tu traje gentil con los adornos.

Más te contemplo, y mientras más apuro
La copa del amor que tú me tiendes,
Más del retrato en el contorno obscuro
Como Venus hermosa te desprendes.

Alzas gallarda la serena frente,
En que tu casto espíritu reflejas,
Y enarcas, sonriendo dulcemente,
Las artísticas curvas de tus cejas.

Tus ojos de paloma que humedece
Soplo de amor que tu pupila empaña,
Que duermen melancólicos parece
Bajo el negro cendal de la pestaña

La brisa que á besarte no se atreve
Tu rosada mejilla apenas toca,
Y arco de grana sobre blanca nieve
El capullo parece de tu boca.

Tu opulenta y sedosa cabellera
Desciende en bucles de oro por tu espalda,
Y ciñen tu cintura de palmera
Los lazos donairosos de tu falda.

Un diamante titila como un astro
De tu pecho de virgen en el cielo,
Y ciñe tu garganta de alabastro
Un angosto collar de terciopelo.

¡Así te había soñado, entre el encaje
Que por alas ostentan los querubes,
Con ese blanco y vaporoso traje,
Como Ofelia perdida entre las nubes!

¡Así te había soñado! Tu pupila
Que el soplo del amor ha humedecido,
Buscando en los espacios intranquila
Del alma al amoroso prometido.

¡Así te había soñado! Como sombra,
En curvas voluptuosas ondulando,
Y del salón espléndido en la alfombra
Tus encajes y blondas arrastrando.

Tu rostro escultural, blanco capullo
En taza de alabastro perfumada:
Con majestad de reina en el orgullo,
Con algo de la corza en la mirada.

Entreabierta la boca; como ondina
Envuelta en las espumas de tu traje;

Temblando de pudor si se adivina
De tu seno el suavísimo oleaje.

Gallarda tu cintura balanceando
Entre mis brazos con delirio ciego,
Y juntos nuestros pechos palpitando
Del vals entre la ráfaga de fuego!

¡Así.....! Tiembla y vacila la bugía;
Cruje y se mueve la cerrada puerta:
¿Por qué miro la noche tan sombría?
¿Por qué miro mi alcoba tan desierta?

Vuelvo á la realidad..... se desvanece
El sueño: aún mi corazón palpita;
El pensamiento torpe se adormece.....
¡Era Fausto soñando en Margarita!

Reclino mi cabeza en la almohada,
En silencio medito largo rato,
Asomo toda el alma en la mirada,
Y sigo contemplando tu retrato!

1877.

LA PRIMERA.

DE COPPÉE.

No era bella; mas tenía
Veinte abriles, como yo;
Y, lo recuerdo, aquel día
En primavera cayó.

No era muy adusta; pero
Jamás fuí tan atrevido
Como al decirle rendido
Y en voz muy baja: te quiero!

No era amante; mas al verme
Con tanto cariño hablaba,
Que, sin poder contenerme,
Lloraba mucho, lloraba.....!

Mi vida, entonces tan grata,
Para siempre entristeció:
¡No era ingrata, no era ingrata!
Sin embargo .....me dejó!

1880.

.0881

LA CANCION DE FORTUNIO.

(A. DE MUSSET).

Si de la que amo con tal misterio
Pensáis que el nombre revelaré,
Sabedlo todos, por un imperio,
Por un imperio no lo diré.

Pero, si os place, cantad en coro
Que soy discreto, que soy leal;
Que yo la quiero; que yo la adoro,
Y que es tan rubia como el trigal.

Cuanto proyecte, cuanto decida
Mi caprichosa, sumiso haré;
Si necesita toda mi vida,
Gustoso y pronto se la daré.

¿Quién ha mirado mi oculto llanto?
¿Quién mis amores pudo advertir?
Padezco á solas y sufro tanto
Que, de callarlo, voy á morir!

Mas no por eso penséis que diga
A quién consagro mi amante fe:
La vida y alma doy por mi amiga,
Mas nunca, nunca la nombraré!

1880.

JUSTICIA SECA.

No pretendas que te diga
Cuál venganza, por terrible,
Sea mejor;
Sólo el tiempo bien castiga:
Ese es, Juan, el inflexible
Vengador!

En los conflictos de amores
Mal nos aconseja, herida,
La altivez;
De corazones traidores,
La vida y no más la vida
Es el juez.

Si te engaña la que quieres
O te abandona inconstante,
Ya verás
Cómo, sin que mucho esperes,
Se burla de ella otro amante
Mucho más.

Juzga el tiempo inexorable
Estos delitos de leso
Corazón,
Y aplica siempre al culpable
La dura ley sin proceso
Del Talión.

Y si es tan fiel su balanza,
Si no perdona ni olvida
Lo que fué,
¿Para qué tomar venganza
Ni esperarla en otra vida?
¿Para qué?

1880.

MIMÍ.

Llenad la alcoba de flores
Y solo dejadme aquí;
Quiero llorar mis amores,
Que ya está muerta *Mimí:*

Sobre su lecho tendida,
Inmóvil y blanca está;
Parece como dormida;
Pero no despertará.

En balde mi mano toca
Sus rizos color de té,
Y en balde beso su boca;
Porque *Mimí* ya se fué!

Dejadme: tal vez despierta
Pronto la veré saltar,
Pero cerrad bien la puerta
Por si se quiere escapar.

Mimí, la verde pradera
Perfuma el blanco alelí,
Ya volvió la primavera,
¡Vamos al campo, *Mimí!*

¡Deja el lecho, perezosa!
Hoy es domingo, mi bien,
Está la mañana hermosa
Y cerrado tu almacén.

Ata las bridas flotantes
De tu capota gentil,

Mientras cubro con los guantes
Tus manitas de marfil.

Abre tus ojos, despierta!
¿No sabes que estoy aquí?
¿Verdad que tú no estás muerta?
Despierta, rubia *Mimí!*

Quiero en vano que responda;
Ya nunca más la veré!
La pobre niñita blonda,
Que me quiso, ya se fué!

En sus manos, hoy tan quietas,
Deja ya mi juventud,
Y con azules violetas
Cubro su blanco ataúd.

Si alegre, gallarda y bella
La veis pasar por allí,
No os imaginéis que es ella. ..
¡Ya está bien muerta Mimí!

1880.

LÁPIDA.

Mucho silencio bajo los pinos,
La luz apenas se atreve á entrar
En esa calle de verdes tuyas
Donde se enreda la obscuridad.

¡Cuántos amigos en los sepulcros
De blanco mármol ó piedra gris!
¡Cuántas alfombras de «no me olvides»
Miro olvidadas en el jardín!

Abajo, siembras, techos y torres;
El panorama de la ciudad,
El terso lago que duerme inmóvil,
La caravana que lenta va!

Y en este cerro desnudo y triste,
El alta reja, la férrea cruz,
Y un jardinero que indiferente
Mira el cortejo del ataúd.

Y hemos llegado: ya abren la fosa,
Suenan los golpes del azadón,
Y el sacerdote, breviario en mano,
Reza las preces á media voz.

Los circunstantes, formando grupos,
Muy pensativos la fosa ven,
Y cada uno se dice triste;
¿Cuándo en su seno reposaré?

Otros recorren las avenidas,
Los epitafios leyendo van;

Hablan de aquella que ya no existe,
De la que llevan á sepultar.

¡Cuántos semblantes que nada dicen!
¡Cuántos dolientes de mal humor
Porque se alargan las ceremonias,
Corren las horas y quema el sol!

Unos se burlan de los sepulcros;
Otro contempla con ansiedad,
La tierra obscura, la blanca tumba
Donde sus padres durmiendo están!

Sobre la arena recien regada
Descansa inmóvil el ataúd.....
....
Y en esa caja negra y angosta,
Ya para siempre reposas tú!

1880.

MYRTOS.

—

Yo soy el que esperabas: ¡ven! gallarda
Surge con blanca túnica cubierta:
Adormido tu espíritu me aguarda,
Y yo digo á tu espíritu, despierta!

Yo soy el amoroso prometido
Que viene á coronar tus ilusiones:
Las aves buscan el caliente nido
Y buscan el hogar los corazones.

Es la hora propicia: ¡ven! su velo
Tiende la noche con soberbia calma:
Dios puso las estrellas en el cielo
Y guardó los amores en el alma.

Ninguno nos verá: sólo suaves,
Escucharemos trémulos, bien mío,
El erótico canto de las aves
Y la voz de las ondas en el río!

No tardes ¡ven! Dios quiso que te quiera
Y te cercó de ángeles risueños:
Vengo á ocupar el trono que me espera
En el mágico alcázar de tus sueños.

Quiero que nuestras almas abrazadas
Dejen la triste tierra del proscrito,
Y crucen por un vértigo llevadas,
Cual Paolo y Francesca, lo infinito!

Yo también te soñé cual me soñaste
Con el buril sublime de la idea;

Tus formas delineaba, y tú brotaste
Como surge del mármol Galatea.

Así..... morena, así; negro el cabello
Descendiendo en undosas espirales,
Con ese casto y torneado cuello,
Y esos trémulos labios de corales.

Así te soñé yo: nerviosa y alta,
Diáfano el cutis, sonrosado apenas;
Con yo no sé que luz que hierve y salta
En las azules curvas de tus venas.

Negros tus ojos que el amor agita
Con algo de Julieta enamorada,
Y más negros aun cuando palpita
Desdémona soberbia en tu mirada.

Así te ví; como la ninfa hermosa
Que del lago en el fondo se descubre,
Envuelta en tu pudor, como una diosa
Que con su augusta clámide se cubre.

***

¡Yo te amo! ¡ven conmigo! para amarte
Toda mi alma de poeta guardo,
Porque siento en mi espíritu al mirarte
La frenética fiebre de Abelardo.

Si buscas el amor, en mi pupila
Encontrarás sus castos resplandores:
¡Ven! Tú serás en el hogar, tranquila,
El ánfora de todos mis amores.

Nadie podrá decirte lo que ahora,
Quedo, convulso de pasión te digo:
Tú naciste con alma soñadora
Y no puedes vivir sino conmigo.

Tu rostro hermoso como flor temprana,
De púrpura y carmín se colorea,
Porque tienes el alma de Susana
En la plástica forma de Frinea.

Las sedosas pestañas entornando,
Arco de triunfo á tu mirada tienden

Y luego, las pupilas ocultando,
Tus satinados párpados descienden.

Tú me amas, ven: el bosque está sombrío;
Aquí hay secreto, libertad y calma,
En las hojas hay perlas de rocío
Como perlas de amores en mi alma.

Quiero estrechar tus manos palpitante
Y para darte al porvenir te llamo;
Que si me falta luz para ser Dante
Tú eres más grande que Beatriz, y te amo!

1880.

VERSOS.

Como es mi amor tan tímido y tan puro,
Esconde en el silencio sus querellas:
Así para brillar buscan lo obscuro
Esas pálidas reinas: las estrellas.

Yo no sé si comprendes que te quiero;
Me da miedo pensar en tu desvío,
Quisiera hablarte mucho, mucho, y muero
Sin desplegar los labios, sueño mío.

A veces, me entristece y me acongoja
Pensar en esta juventud menguada,
Y mirarla caer, hoja por hoja,
Sin que me deje ni un recuerdo..... ¡nada!

Corre un mes, y otro mes, y pasa un año,
Y todos hallan cariñoso abrigo;
Sólo yo quedo, soñador extraño,
A solas con mi espíritu y contigo.

Aquel que compañero de mis penas
Gozaba con sus muertas alegrías,
Hoy siente hervir en sus henchidas venas
La sangre generosa de otros días.

Unos hallan amor, otros olvido,
Este la indiferencia, aquél la calma;
Sólo yo como el pájaro su nido,
Busco tu alma, nada más tu alma.

Todos pasan alegres y se azoran
Al verme, y juzgan que jamás he amado;

Todos aman, olvidan ..... los que lloran
¡No lloran nunca como he llorado!

Aquél forma su hogar para el invierno,
Ha encontrado una perla en estos mares,
Y ya le manda con cariño eterno
La pálida corona de azahares.

Ya tiene un ser que cuando helada venga
La triste ancianidad, siempre la adore;
Que su cabeza lánguida sostenga
¡Y que llore piadoso cuando llore!

Tendrá un hogar en que sus sueños de oro
Revuelen, como en jaula delicada;
Un ánfora en que guarde su tesoro,
Un alma que cambiar en la mirada.

Ha tocado en la playa, y halagüeños
Le entreabren sus alas los amores,
Ya tiene un alma en que poner sus sueños,
Ya tiene estufa en que abrigar sus flores.

En tanto el porvenir, la vida entera,
Ante las aras de tu amor inmolo:
Todas las almas hallan compañera,
¡Mi espíritu está solo, siempre solo!

¡Oh, sálvame! Esta vida que en mí late
Necesita tu amor como rocío,
Dios engendró al león para el combate
Y á mi alma para amarte, sueño mío!

1880.

SICUT NUBES, QUASI NAVIS, VELUT UMBRA.

Los años pasarán, y en tu cabello
El tiempo sus escarchas dejará;
La juventud con sus hermosos sueños
De tí se alejará;
Y al caer de las tardes estivales,
Cuando como antes vuelvas á tu hogar,
Ya nada encontrarás de cuanto amabas,
Que todo ha de pasar!

En el sillón donde antes reposaba,
A tu padre amoroso no verás,
Y el bullicio y la voz de tus hermanas
Ya nunca escucharás;
Sola, con el pavor de las ruinas,
Tu alcoba misteriosa se alzará.....
Llamarás á tu madre, vida mía;
Pero ya no vendrá!

Un hombre ha de venir que te conduzca
Con blancos azahares al hogar,
Pero ese amor que por la cruz te jure
También ha de pasar;
Tú, sedienta de amor, de aquella hoguera
El apacible fuego buscarás,
Pero sólo has de ver ceniza fría,
Ceniza..... ¡nada más!

Tus hijos con sus rubias cabecitas
Y con sus rojos labios de coral,
Irán á consolarte acariciando
Tu seno maternal:
Pero luego, por ir tras las pasiones
De tu sencillo amor se olvidarán,

Y por otras mujeres, alma mía,
También te dejarán!

Vendrá luego la muerte cautelosa
Y tu frente de mármol besará;
La vida, como niebla pasajera,
De tí se alejará.....
Sólo el amor que te juré de niño
Y que tú no quisiste ni escuchar,
Sólo ese amor, cuando te dejen todos
Contigo ha de quedar!

1879.

EN BATA.

Todo pasa y algún día,
Al mirarme en el espejo,
Para mal de mi alegría,
Alguna arruga sombría
Me ha de decir: ya eres viejo.

Al despertar, la primera
Claridad de la mañana
Al deslizarse ligera,
Jugando en tu cabellera
Tal vez me enseñe una cana.

Y cuando las horas suenen
Y al vernos viejos riamos,
Quizá sin pena veamos
Que nuestros hijitos vienen,
Y que nosotros nos vamos!

Ya en el baile, cual te veo,
Entre las nubes de encaje,
No te vera mi deseo;
Que saldremos á paseo
Bien cubiertos y en carruaje.

Como temprano capullo
No te apoyarás graciosa
En mi brazo, y el murmullo
No escucharé con orgullo
De los que dicen: ¡qué hermosa!

Recorriendo los salones
No te volveré á mirar
De la música á los sones,
Porque ya tus ilusiones
Han de vivir en mi hogar.

Y viejos los dos, tú amando
A nuestros hijos y á mí,
Hemos de seguir gozando,
Tú con el alma adorando
Y yo mirándome en tí.

De la vida las mañanas
No han de llevar en sus fugas
Estas guirnaldas tempranas,
Porque Pablo con arrugas
Querrá á Virginia con canas.

Vendrán las noches de invierno,
Vendrán las castas veladas,
Y yo con cariño eterno
Seguiré buscando tierno
El calor de tus miradas.

Muy tempranito vendré
A recogerme en mi hogar,
Y mientras se hace el café,
A mis hijitos veré,
En tus rodillas jugar.

Si el fuego chisporrotea
Y los cristales opaca,
Muy junto á la chimenea,
Donde á mi lado te vea
Iré á poner mi butaca.

Y con un libro en la mano,
Contemplándote tras él
He de fumar un habano
Mientras toques al piano
Aquel vals.....¿sabes? ¡aquél...!

Pablo, que será ya un hombre,
Irá tal vez de visita
Con Lupe, que aunque te asombre
Por más que madre te nombre,
Será ya una señorita.

Nosotros nos quedaremos
A los chicuelos cuidando,
Y juntos platicaremos
Mientras contentos estemos
A Pablo y Lupe esperando.

Lupe será hermosa y buena;
Pablo, todo un gran señor,
De frente altiva y serena:
Ella, como tú, morena;
Él, como yo, soñador.

Ya verás cómo reímos
De mil quimeras charlando,
Y mil castillos fingimos,
Y en tanto así discurrimos
Pasan las horas volando.

Y locos de amor, uniendo
Nuestras dos almas en una,
Llorando á veces, riendo,
Así hablaremos meciendo
De nuestros hijos la cuna.
....
....
Ya ves si nuestras mañanas
Pueden llevar en sus fugas
Estas guirnaldas tempranas:
Si tu Pablo con arrugas
Querrá á Virginia con canas!

1880.

DEL LIBRO AZUL.

Si mi secreto queréis que os diga,
Cerrad, si os place, vuestro balcón:
Temo que un silfo, mi buena amiga,
En sus alitas llevar consiga
Átomos de oro de mi pasión.

***

¿Queréis que os hable de mis amores?
Pues aguardemos á que las flores
Quietas se duerman en el jardín;
Odio las brisas por lo curiosas,
Y me recato de aquellas rosas
Que aquí perfuman el camarín.

Ya véis, señora, si soy discreto,
Si avaricioso guardo el secreto,
De luz, de aroma, de brisa y flor;
Mi alma es sagrario y urna cerrada,
Donde lo llevo, perla guardada
En concha nácar, nido de amor.

Nadie lo sabe, nadie ha podido,
Luz ó silencio, sombra ó ruido,
Este secreto nunca saber.
Entre sus hojas, cual la violeta,
Va con mi alma, dormida y quieta,
La casta imagen de esa mujer.

Soy como avaro, que su tesoro
Sus ricas perlas, sus torres de oro,
Guarda en el fondo de viejo arcón;
Y cuando mi alma siente tristeza,
Para ahuyentarla con su riqueza
Va de puntillas al corazón.

Contempla el oro de su cabello,
Sus ojos claros, su terso cuello,
Sus brazos blancos de rosa-te;
Y porque no entre la luz curiosa,
Mis ojos luego cierra medrosa,
Pensando acaso que el sol nos ve!

***

Si mi secreto queréis que os diga,
Cerrad entonces vuestro balcón:
Temo que un silfo, mi buena amiga,
En sus alitas llevar consiga
Átomos de oro de mi pasión!

1880.

CREPÚSCULO.

La tarde muere: sobre la playa
Sus crespas olas la mar rompió;
Deja que pronto de aquí me vaya,
Que ya la tierra se obscureció.

Ven á mi lado; suelta los remos;
Ven, un momento reposa aquí,
Y los luceros brotar veremos
En ese manto de azul turquí.

No temas nada; la mar se calma,
Las olas duermen: aquí está Dios!
Ven, y juntemos alma con alma
Para que juntas digan adiós.

La noche llega: de joyas rica,
Sus negros cofres abre al volar,
Y tu flotante falda salpica
La blanca espuma que forma el mar

Corre la ola tras de la ola,
En pos de Vésper, Sirio brotó:
Todo se busca; la playa sola
Como enlutada despareció.

Deja que agiten tu negra trenza
Las frescas brisas al revolar:
Ya la tranquila noche comienza
Y entre las sombras se puede amar.

El alto faro su luz enciende,
Las anchas velas se pierden ya,
El pez saltando las olas hiende
Y la gaviota dormida está.

Dame tus manos: quiero tenerlas,
Para abrigarme con su calor:
Cárcel de conchas tienen las perlas,
Cárcel de almas tiene el amor!

En esta débil barca que oscila
Sobre el abismo vamos los dos:
Amor escondes en tu pupila,
Como en los cielos se oculta Dios.

Abre los ojos: no mires triste
Cómo las olas van á morir;
Se abre el abismo, como tú abriste
Tu alma de virgen al porvenir.

La blanca estela que el barco deja
Cual vía láctea del mar se ve,
Ven: mientras tibia la luz se aleja.
En mis rodillas te sentaré.

Entre corales, nereida hermosa
Su rubia trenza torciendo está;
Con verdes ojos nos ve envidiosa
Y á flor del agua se asoma ya.

Ufano riza tu cabellera
El aire blando que sopla aquí;
Las olas mueren en la ribera,
Mas tu cariño no muere en mí.

Si tienes miedo, secreto nido
Entre mis brazos te formaré,
Y como á niño que va dormido
Con anchas pieles te cubriré.

Gimiendo el agua la barca mece;
La blanda brisa te arrullará,
Mientras mi mano que se entumece.
Entre tus bucles se esconderá.

Mira: mi remo las olas abre,
Hacia la playa tuerzo el timón,
Su negro seno la mar entreabre,
Pero más negros tus ojos son!

1880.

A UNA ULTRA-RUBIA

(EN SU ÁLBUM).

Tengo tu álbum frente á mí,
Y, está visto, no me escapo
De poner mi nombre allí:
¿Qué flor voy á darte á tí,
Que no sea flor de trapo?

Entecos y mal traídos
Andan mis versos, Sofía,
Tristes y descoloridos,
Como rostros sorprendidos
En una noche de orgía.

Salen de mi entendimiento,
Ajado el cutis de grana,
Con el mirar soñoliento,
Cual de festín turbulento
Al despertar la mañana.

Manchan su negro vestido
Gotas de espeso cognac,
Y en ancho paltó escondido
Rugado y prostituído
Asoma mustio su frac.

Sin lustre el botín pequeño
Y desordenado el traje,
Hastiado, con torvo ceño,
Van bostezando de sueño
En el fondo del carruaje.

Déjalos, pues, descansar,
Tras tanto y tanto bullir,
Tras tanto y tanto danzar:
Como salen de bailar,
Sólo piensan en dormir.

Ya ni la impaciente espuma
Del Borgoña los arroba,
Y del alba entre la bruma,
Buscan el colchón de pluma
Que aguarda quieto en la alcoba.

¡Hasta mañana! dormíos
Huraños versos añejos
Que alardeastéis tantos bríos
En otra edad, versos míos
Que estáis enfermos y viejos!

Ya no sois como quisiera,
Que el triste mudar eterno
Os puso la faz de cera:
Ya el lienzo de Primavera
Es un paisaje de Invierno.

También, cual vosotros, yo,
Pronto, muy pronto cambié;
Mi musa se avejentó,
Y aunque hoy camina en landó
Va más despacio que á pie.

Ya de mi vida las olas
No besan lirios azules
Ni bermejas amapolas,
Y ya no pienso en corolas
Desde que pienso en curules!

Mi sien ya nunca decoro
Con verdinegro laurel,
Y huyeron de mí en tropel,
Los versos, abejas de oro
Que van en busca de miel.

¡Pobre inspiración que arroja
Mi voluntad con desvío
Sin besar su boca roja!

¡Pobre Ofelia que deshoja
Sus guirnaldas en el río!

Por ser tú pobre reñimos.
—Menguado amor me inspiraste!
Pero tan mal nos quisimos
Que, cuando á vernos volvimos,
Sin conocerme pasaste.

***

Ya vas mirando, Sofía,
Que no fué cordura en tí,
Requerir la musa mía,
Y que responder podría
Cuando llamas: no es aquí.

Es tu blancura nevada
De tal suerte, que dudar
Se puede de si formada
Fué con espuma cuajada
O con hojas de azahar.

Son tus ojos, por lo bellos,
Nardos que temblar se ve
De la luna á los destellos;
Y son tus rubios cabellos
Hilos de champagne frappé.

En tu hiperbórea hermosura
Y en tu cutis de camelia
Vaga claridad fulgura,
Y recuerda tu blancura
El cuerpo exangüe de Ofelia!

Tiene tu perfil sereno
La corrección que resiste
Al tiempo de vida lleno;
Eres hermosa, eso es bueno!
Eres casada, eso es triste!

Me encanta tu gallardía,
Pero ha tiempo repudié
De mi hogar la poesía;
Deja que cumpla, Sofía,
La ley de Monsieur Naquet.

1880.

¿PARA QUÉ?

Mi cuerpo soñoliento se rinde á la fatiga;
Secreta voz interna me dice que no siga.....
¡Dejadme sobre el césped exánime dormir!
Dejadme: idos vosotros en pos de la ventura;
De niño, me inspiraba pavor la sala obscura;
Hoy, hombre, me da miedo mirar el porvenir.

—

El barco va despacio: navego mareado;
Dejadme en una isla desierta, abandonado,
Sois jóvenes y fuertes ¿qué falta os hago yo?
Tal vez mañana surja la prometida tierra,
Seguid, seguid vosotros. ¡Mis párpados ya cierra
La mano de la sombra; mi antorcha se apagó!

—

¡Oh, nave de la vida, qué lenta que caminas!
¿Por qué no llegas nunca, por qué no me destinas
Peñasco solitario do pueda reposar?
¿Cómo podrán dejarte las míseras que gimen
Si tú no las escuchas ¡oh, nave! y es un crimen
Lanzarse desde el mástil, al seno de la mar?

—

Escucho de las olas espesas el ruído,
El rechinar constante del cable retorcido,
La tabla que se encorva bajo robusto pie;
Las velas que se inflan, del ábrego juguete,
Las voces del piloto, los cantos del grumete,
Y en la sentina echado, murmuro: ¿para qué?

—

¿Adonde navegamos? ¿quién rige la faena?
¿A qué las inquietudes, las luchas y la pena;
Si el capitán maltrata, y el término es ruin?
Cualquiera que sea el sitio, cualquiera que sea el puerto,
En los revueltos mares, igual que en el desierto,
Por mucho que luchemos, la muerte será el fin.

La góndola arrogante que sale de Missyra
Camina á los acordes sonoros de la lira,
Sus velas son de raso, de plata su timón;
El barco que abandona las playas de Noruega
Como cetáceo enorme, sobre la mar navega,
Hendiendo entre las olas su vientre de carbón.

—

Y el arrogante esquife, y el galeón pesado,
El aceitoso buque y el barco empavesado,
Los jóvenes remeros, y el viejo capitán,
Los que el amor impulsa ó la codicia mueve,
Buscando van la dicha. Su viaje será breve
Y al fin de la jornada la muerte encontrarán!

—

¿No veis bajo las olas profundas que se entreabren
Mil dientes que relucen, mil bocas que se abren?
¿El tiburón hambriento y el rápido delfín?
Esperan. Vais cantando. Sois jóvenes. ¿Qué importa?
La espera será larga, la espera será corta,
La mar es el camino! Su estómago es el fin!

—

¿A qué, si lo sabemos, luchar contra el destino?
Dejemos que nos marquen los vientos el camino,
Que á su capricho empujen las olas el bajel,
Si todo hemos de darlo á la implacable diosa,
Desnudos cual nacimos bajemos á la fosa,
Sin perlas en las manos ni olímpico laurel.

—

Quisiera de la nave salirme fugitivo;
No puedo y me resigno. Vivir es ser cautivo.....
Echado en la sentina mi vida pasaré!
No quiero entrar en lucha con hombres ni deidades;
Ya soplen los alisios ó rujan tempestades,
Aquí, sin agitarme, la muerte esperaré.

1880.

¡ANDA!

No temas que cobarde y vengativo
Ultraje por ultraje te devuelva:
Ni esperes, no, que el corazón altivo
Olvide tus agravios y te absuelva.

Ni perdón ni castigo te preparo;
Fuiste instrumento dócil de mi suerte,
Y de tu amor tranquilo me separo,
Como el alma del cuerpo, con la muerte!

Anda, vé, pues, ¡oh, blanca engañadora!
Lejos del alma que tu dicha quiso;
Anda, vé, como Eva pecadora,
Desterrada por Dios del Paraíso.

Ay! yo quisiera, tierno, enamorado,
Seguir tus pasos, escudar tu pecho;
Ser el ángel guardián que recatado
Te vela de rodillas, junto al lecho.

Bien sabes tú que mi mayor ventura
Era pedir que de la vida odiosa
Me reservara Dios la parte obscura,
Dejándote la parte luminosa.

Amaba tus dolores, y quería
Defenderte del mal cuando viniera,
Y estar contigo, pobrecita mía,
Cuando tu anciana madre se muriera.

Mi amor no te soñaba disoluto
En la alcoba nupcial, llena de flores;
Llorando penas ó vistiendo luto,
¡Así te imaginaban mis amores!

Tarde ó temprano los pesares llaman:
Se van los padres ó se muere el niño,
Y para entonces, los que bien se aman,
Atesoran avaros su cariño.

En esas horas en que surge el ruego
Y por Dios los espíritus preguntan,
Como cuerpos friolentos junto al fuego
Las almas se aproximan y se juntan.

Tú no conoces la espinosa vía,
Eres la juventud y la belleza,
Y á tu casa no llega todavía
Desnuda y solitaria la tristeza.

Pero las penas, huéspedes constantes,
Emprendieron temprano su camino,
Y no estoy á tu lado como antes
Para luchar por tí con el destino.

Ya no estaré contigo cuando llores
Y muda quede la apacible viola,
Cuando tu madre esté bajo las flores.....
Ya estás sola, mi vida, ya estás sola!

Vendrán las penas, la orfandad, el llanto,
La pobreza tal vez y la caída;
Y yo, mi sueño, que te quiero tanto,
No podré defenderte de la vida.

Tal vez entonces busques mi cariño:
Pero, ¡quién lo pasado desentierra!
¿Qué madre puede revivir al niño
Que duerme bajo el musgo de la tierra?

1881.

HAMLET A OFELIA.

A ALFREDO CHAVERO.

Get thee to a nunnery!—*Shakespeare.*

Mira: ven, voy á hablarte: voy á herirte:
Estoy maldito. Mancho lo que toco!
Tengo un secreto, Ofelia, que decirte:
Me juzgan loco y — oye! — no estoy loco!

¿Ves? mi cabello lacio y blondo crece;
Pocas sonrisas en mis labios quedan;
Tengo hundidos los ojos, y parece
Que en lo más hondo de sus cuencas ruedan.

Estoy enfermo; pálido; la brida
Tascando del deber, voy taciturno;
Y atravieso graznando por la vida,
Como un inmenso pájaro nocturno!

Mi ángel es la tristeza: nunca alegra
Mis labios secos risa de contento,
Es negro mi ropaje, y es más negra
El ala de mi torvo pensamiento!

Todo, todo en mi contra se concilia·
Las iras todas de la tierra arrostro;
Y revelan mis noches de vigilia
Los pómulos salientes de mi rostro.

Algo de espectro en esta faz se encuentra;
Soy una bruma que habla y que camina,

Y mi alma soñadora se concentra
En el azul polar de mi retina!

La triste noche en que nací, caía
Blanca la nieve sobre el pardo suelo,
Aullaban los lobos, y cubría
Su faz medrosa el enlutado cielo!

Allá en el bosque la corneja mustia
—¡Presagio triste!—chirríando estaba:
Mientras mi madre con terrible angustia,
En el lecho convulsa se agitaba.

La alcoba estaba triste: toscos leños
Quemábanse con áspero chasquido,
Y la tropa impalpable de los sueños
Revolando escapábase del nido!

En la angosta ventana aleteaba
El genio negro, y al nacer el día,
Un mendigo en la puerta agonizaba,
Y triste adelfa en el dintel crecía!

....
....

Tú, Ofelia, tú, las sonrosadas sienes
Coronas de ranúnculo serena:
La paz de un lago en la conciencia tienes,
Eres buena, sí, Ofelia, tú eres buena!

Tu frente es una ala de paloma;
Nunca tus cejas el enojo enarca,
Y para el alma en que tu luz asoma
Eres el ave mística del arca.

Mírate en el espejo de este río.....
Contemplándote á tí pasa muy quedo.
Yo no lo puedo ver: su lecho frío
Tiene algo voluptuoso que da miedo.

Sencillas flores en tu seno arrojas,
En tu frente tu espíritu medita,
Y con la mano trémula, deshojas
El cáliz de una blanca margarita.

No ames, Ofelia, no ames: ¡á un convento!
Aquí te acecha y te emponzoña todo.

Tú eres la gota de agua que sediento
Absorbe el suelo y la convierte en lodo.

Eres honesta, casta; bueno, vete!
Mercader de virtud es la hermosura,
Y la pureza en la mujer, juguete
Que en manos de un infante poco dura.

Yo no te puedo amar: en nada creo:
Ni de mi madre en el amor tampoco,
Todos me llaman ciego, porque veo.
¿Que estoy loco? ¡mentira! ¡no estoy loco!

Subí del ideal á la colina;
Miré el abismo en que el dolor se mide,
Y desde entonces en mi audaz retina
Hay un lugar en que el terror reside.

Los ojos del espíritu me duelen,
Tal cual los ojos de mi rostro, cuando
En una tarde abrasadora suelen
Estar al sol de frente contemplando.

¿La verdad? -¡No la sepas! tetra nube
Preñada de relámpagos la envuelve,
Y el espíritu audaz que á ella sube,
Deja su cuerpo en tierra, mas no vuelve.

Como cava el minero las montañas,
Del alma á las cavernas he bajado;
Y ví negras, tan negras sus entrañas,
Que negra mi pobre alma se ha quedado.

Mi enfermo corazón adentro llora;
Abismo abierto ante mis plantas veo,
Y amarrado á mi cuerpo, me devora
El buitre que mataba á Prometeo!

Yo soy el ave que perdió su nido,
La noche que quisiera unirse al día.....
Como águila sin alas he caído.....
¡Ay! si pudiera amar, cuánto amaría!

Yo sé el misterio del dolor eterno:
Yo sé el secreto de tu dulce calma:
No, Ofelia, yo no vengo del infierno,
Vengo de más allá, vengo del alma!

Ofelia, huye, huye! de mí mismo
Quisiera huir. Que tu ánimo se aquiete.
Estás enamorada del abismo.
Un vértigo es tu amor. ¡Oh! ¡vete, vete!

¡Se va! ¡se va! muy triste..... nada dice!
¡No brota de sus labios una queja!
¡He matado su alma, y me bendice!
¡Era mi único amor, y ya se aleja!

Parece que se apaga en su pupila
La luz del pensamiento: está llorando!
Contempla el agua que se va tranquila;
Ríe..... vuelve á llorar..... huye cantando!

Me da miedo mirarla, su semblante
Es cual de blanco mármol. ¡Se detiene!
Ve con fijeza! pero el alma errante
A sus ojos tristísimos se viene!

¿Qué has hecho? ¡mi pobre alma te quería,
Y tú la asesinaste! ¡Si volviera.....!
¡Ofelia, Ofelia! es tiempo todavía;
No, mejor..... ¡que se muera, que se muera!

Julio de 1880.

CRISÁLIDA.

Son las diez: voy corriendo á la alameda;
Entro.....llego.....¡allí está!
Ella junto á la fuente, y algo lejos
Sentado en una banca su papá!

No sé por qué me inspira aquel anciano
Un secreto cariño:
No sé por qué cuando lo miro, pienso
Que tiene el viejo aquél algo de niño.

Viste siempre de negro: lleva un libro
Que lee ó finge leer:
Cuando mira á su hijita, algún recuerdo
Su pupila parece humedecer.

—Padre, esas niñas.....¿ves?—la niña dijo—
Vienen con su mamá:
¿Porqué la mía no viene?—Tu madre, hija,
Ha ido lejos, muy lejos.....¡no vendrá!—

Ella tiene nueve años, y es hermosa
Como el naranjo en flor;
¡Qué casta es esa frente que aun no empaña
Con su aliento volcánico el amor!

Su cutis es muy blanco, transparente,
Terso, rosado apenas:
Se ve la sangre circular violenta
En vagas espirales por sus venas.

Ciñe un negro collar de terciopelo
Su cuello de paloma:

Y en sus pupilas húmedas parece
Que impaciente su espíritu se asoma.

Sus blondas trenzas con claveles rojos
Y con cintas compone,
Y creyérase aquella cabecita
La cabeza de un ángel de Giorgione.

¡Cuán bien dibuja de su pierna esbelta
La forma delicada,
Aquella media blanca que la cubre
Con un listón en la rodilla atada!

El pudor aun no alarga su vestido;
La deja aun correr
Como ligera corza, que una niña
Tiene de ángel más que de mujer.

Un traje de percal color de rosa
En sueltas ondas baja
Cubriéndola, y ostenta su cabeza
Un sombrerito de amarilla paja.

Un listón, recortando los contornos,
En el talle se anuda;
Y abierto el cuello contemplar permite
Su garganta blanquísima desnuda.

¡Allí va! juguetona, sonriendo,
Recogida su falda;
Con su blonda y sedosa cabellera
Cayendo en largas trenzas por su espalda.

Allí va tras el aro que se aleja
Corriendo descuidada.....
Tropieza.....¡va á caer!..... cómo se burla
De mi pueril temor su carcajada!

***

Yo no sé cuantos sueños encarnados
En esa niña veo;
No sé cuantas promesas de ventura
En esos ojos adormidos leo.

Pero siempre en el prado á donde viene
Mi corazón la aguarda,

Y si pasan las horas sin que venga
Me digo suspirando: ¿por qué tarda?

Otras veces, mirándola risueña
Por entre flores ir,
Que sobre ella se cierne me parece,
Como cuervo gigante el porvenir.

Mañana cuando rompa su capullo
Para trocarse en flor,
Con las azules alas desplegadas
Su frente de ángel tocará el amor.

Vendrá con su cortejo de ilusiones
La alegre juventud:
Pasará con sus dichas la inocencia:
¡Quiera Dios que no pase la virtud!

¿Será feliz? ¿qué páginas le guarda
El libro del destino?
¿Amará? ¡pobre niña que no sabe
Los abrojos que tiene su camino!

Hoy la corriente del vivir la arrastra
Cual á una planta inerme:
Dios no la manda el llanto todavía
Y á su espíritu dice: ¡duerme! ¡duerme!

¡Si nunca despertara de ese sueño!
¡Si pudiera vivir,
Sin que su frente de querub tocase
Con su mano de hierro el porvenir!

Quisiera entre mis brazos estrecharla,
Defenderla del mal,
Detener á la vida en su camino
Y que aquella niñez fuese inmortal!

***

Así paso las horas, y á los sueños
Mi espíritu se entrega,
Mientras murmura el agua blandamente,
Mientras la niña entre las flores juega.

Se levanta el anciano, y á la niña
El sombrerillo da;

Ella se pone triste, guarda un lirio,
Toma el aro, se aleja, ya se va!

Apenas miro ya su blonda trenza,
Las ondas de su traje.....
Ya llegan, se detienen un momento,
Y suben los dos juntos al carruaje.

Allí la miro aún, de aquellos árboles
Entre el follaje verde.....
Suena de pronto el látigo, y el coche
Se aleja, se ve apenas, y se pierde.

1881

DESPUÉS DEL TEATRO.

Salíamos del teatro: tú apoyada
Con languidez artística en mi brazo;
Muy cerca de mi pecho, tu regazo,
Muy cerca de mi alma, tu mirada.

Bajamos la escalera: enmudecían
Nuestros labios, tus ojos se entornaban,
Y los que así, tan juntos, nos miraban,
—¡Cómo se ve que se aman!—repetían.

Aun verte me parece, casta ondina,
Aun te contemplo púdica y esbelta,
Como una maga vaporosa, envuelta
Entre nubes de blanca muselina.

Aun me parece ver cómo cubría
Tus hombros rafaélicos, la nube
De aquel chal que en tu cuerpo de querube,
Una red de myosotis parecía.

¿Te acuerdas? Avanzamos muy despacio,
Por la angosta calleja, en oleajes,
Mirando deshacerse los celajes,
Kaleidoscopio inmenso del espacio.

A veces, con tu cuerpo junto al mío,
Velabas, tiritando, tu regazo,
Y apretando tu brazo con mi brazo,
Murmurabas muy quedo: tengo frío.

Cincel de luz que tus contornos labra
Era la luna, y á su luz temblante,

Un mármol de Canova tu semblante
Y un sueño de Bellini tu palabra.

Así cruzamos por la calle muerta,
Y en amorosa plática estuvimos,
Hasta que pronto por mi mal nos vimos
De tu escondido hogar junto á la puerta.

Un momento después, en la vecina
Pared, con indolencia reclinado,
Contemplaba tu sombra, enamorado,
Del balcón de tu alcoba en la cortina.

Lámpara opaca con su luz secreta,
El cortinaje aquel transparentaba,
Y en los blancos tapices proyectaba
Las líneas de tu artística silueta.

De aquella luz el misterioso rastro
Te dibujaba en vaporosa bruma,
Arrodillada en el colchón de pluma
Como pálida virgen de alabastro.

Luego, tus manos, oprimiendo el pecho,
Ya destrenzado tu cabello, oraste,
Sacudiste tus rizos, y saltaste
Como una corza blanca sobre el lecho.

....
....

Las sombras de la noche misteriosas
Tu alcoba virginal han protegido;
Sólo se oye el monótono ruido
De un paso que se aleja en las baldosas.

Ya todo yace en el reposo, inerme;
El lirio azul dormita en tu ventana:
¿Oyes?....desde la torre la campana
La media noche anuncia....¡duerme! ¡duerme!

1879.

CUADRO DE HOGAR.

A Pedro Castera.

Un gabinete octágono: las flores
En tiestos de alabastro transparente:
En los muros tapices de colores,
A lo lejos el eco de la fuente.

Un velador allí: luz sonrosada
Los blancos artesones alumbrando,
Un piano más allá, y en su almohada,
Dos niños abrazados dormitando.

Abierta la ventana; de la luna
Un rayo deslizándose en la alfombra;
Junto á la imagen del Señor, la cuna;
Bajo los olmos del jardín, la sombra.

Allí la esposa está: junto al piano
Que opalescente luz alumbra apenas,
Acaricia las teclas, y su mano
Parece un ramillete de azucenas.

Los largos pliegues de su bata cubren,
Como velo de virgen, sus hechizos,
Y dos rosas muy blancas se descubren
Entre la negra noche de sus rizos.

Gentil sacude de su talle esbelto
La vaporosa y perfumada falda,
Y arroja en trenzas el cabello suelto
Sobre el terso alabastro de la espalda.

Las ondas opulentas de su traje
Mal ocultan los hombros con su bruma,
Que aparecen, saliendo del encaje,
Como Venus brotando de la espuma.

A veces una ráfaga indiscreta,
Que penetra, agitando la cortina,
Con brazos impalpables la sujeta
Y sus formas de arcángel adivina.

Otras, la luna con fugaz reflejo
Se desliza á través de la ventana,
Y arroja su silueta en el espejo
Con los contornos plásticos de Diana!

¡Qué cuadro! Los pequeños sonriendo,
Grupo de querubines del Ticiano,
Dos seres en un éxtasis viviendo,
Y Schubert sollozando en el piano!

1879.

*
* *

¿Por qué, si no me quieres, me buscas y me llamas,
Y de pasión palpitas cuando me acerco á tí?
¿Por qué, si no me quieres, por qué, si no me amas,
Cuando tus labios callan, tus ojos dicen: *sí?*

Si nadie nos observa, te sientas á mi lado
En el rincón obscuro del rudo canapé,
Y siento poco á poco tu aliento perfumado
Y el tímido contacto de tu impaciente pie.

Y luego te retiras, te vas, como la ola
Que solitaria deja las rocas, al bajar;
Y mi alma queda triste, como la playa sola
Cuando su leve falda recoge lento el mar.

Me esquivas si te busco, me llamas si me alejo;
Te mofas de mis sueños y excitas mi pasión;
Me huyes cautelosa, y si tu casa dejo,
Entornas para verme la puerta del balcón.

¡Oh, blanca taciturna, la virgen y la obscura,
El éter impalpable, la sombra sin color,
El cáliz que no toca más que la mano pura,
El águila que en vano persigue el cazador!

¿Qué quieres de mi alma? Tu pecho impenetrable,
Con triple bronce escudas, burlando mi ansiedad,
Y tienes del espacio lo vago, lo insondable,
Y de la obscura noche, la densa obscuridad.

Quisiera ser la sombra para espiar tu sueño,
Y para ver qué escribes las hojas del carnet,
Para seguir tus pasos, el escarpín pequeño,
Para sentir si tiemblas, al verme, tu corsé.

1880.

EL AMOR DUENDE.

Tenue silfo tornadizo
Que por verte se transforma,
Soy el eco, soy la forma
Que te sigue por do vas;
Y en tan íntimo contacto
Existimos, que mi vida
Es la sombra desprendida
De la tuya: nada más.

En tu alcoba me acurruco,
Por sus ángulos transito,
Invisible te visito,
Por la atmósfera me voy;
Soy la luz que te acaricia
Cuando á despertar empiezas,
Y hasta el libro con que rezas
En el templo, también soy.

Soy la parda golondrina
Que te anuncia la mañana,
Golpeando tu ventana
Con alegre aletear:
Soy el lago luminoso
Que resbala por la alfombra,
Y si duermes, soy la sombra
Que te mira descansar.

¿En la noche pavorosa
Nunca viste como brilla
La rojiza lamparilla,
Tras el blanco velador?
Pues su luz agonizante

Es la luz de la mirada,
Que te busca enamorada
Para darte su calor.

Sopla el cierzo por las calles,
Tu ventana se estremece,
Y de súbito parece
Que en la alcoba alguno va:
Tú despiertas; sobre el lecho
Te levantas intranquila,
Y en la puerta tu pupila
Fija, inmóvil, torva está.

Duerme, duerme! Si esos pasos
Han podido amedrentarte,
Vuelve ahora á reclinarte,
Perezosa: nada fué!
Como duende sigiloso
En tu alcoba me escondía,
Mas por verte, vida mía,
Con la mesa tropecé.

Yo te busco, te rodeo,
Te acompaño, te persigo,
Por do quiera va contigo,
Transformándose, mi amor;
Cuando cantas, soy la nota
De tus labios escapada;
Para verte, soy mirada;
Para hablarte, soy rumor!

En la atmósfera invisible
Que te forma mi cariño,
Estás presa como un niño
En la jaula de su hogar:
Soy la música que escuchas,
El perfume que respiras,
Un suspiro, si suspiras
Ya cansada de soñar.

Tortolita de ojos dulces,
Ramillete de azahares,
Yo conozco tus pesares
Y tus sueños de mujer:
Si me miras, en tus ojos

Y en su fluido vago, incierto,
Como en libro siempre abierto
Cuidadoso sé leer.

Cuando á escape tu caballo,
La soberbia crin tendida,
Agil, suelto, á toda brida
Atraviesa el olivar;
Y tu rostro se enardece,
Y tus anchas ropas flotan,
Y las ráfagas te azotan
En el rudo galopar;

En los átomos de polvo
Que formando remolino,
En su rápido camino
Tu caballo levantó;
Y en la sombra que movible
Siempre cerca te persigue,
Este espíritu te sigue.....
Allí, mi ángel, estoy yo!

Tú podrás aborrecerme,
Mas huirme nunca puedes;
Dios nos liga con sus redes,
Ya mi alma no está en mí:
Por extraño poderío
Quiere el cielo que te ame;
Guarda mi alma, pero dame
La que amante vive en tí!

Sé ribera, seré ola;
Sé violeta, yo rocío;
Si eres mar, yo seré río;
Si eres luz, seré calor:
Quiero ser lo que á tí vaya,
Lo que mire tu faz bella;
Si eres cielo, seré estrella;
Si eres alma, seré amor!

1880.

SI TÚ MURIERAS.....!

Anoche mientras fijos
tus ojos me miraban
Y tus convulsas manos
mis manos estrechaban,
Tu tez palideció:
¿Qué hicieras, me dijiste,
si en esta noche misma
Tu luz se disipara,
si se rompiera el prisma,
Si me muriera yo?

Ah! deja las tristezas
al nido abandonado;
Las sombras á la noche,
los dardos al soldado:
Los cuervos al ciprés:
No pienses en lo triste
que sigiloso llega;
Los myrthos te coronan,
y el arroyuelo juega
Con tus desnudos pies.

La juventud nos canta,
nos ciñe, nos rodea;
Es grana en tus mejillas;
en tu cerebro, idea;
Y entre tus rizos, flor;
Tenemos en nosotros
dos fuerzas poderosas,
Que triunfan de los hombres
y triunfan de las cosas:
La vida y el amor!

Comparte con mi alma
tus penas y dolores,
Te doy mis sueños de oro,
mis versos y mis flores
A cambio de tu cruz;
¿Por qué temer los años,
si tienes la hermosura,
La noche, si eres blanca,
la muerte, si eres pura;
La sombra, si eres luz?

Seré, si tu lo quieres,
el resistente escudo
Que del dolor defienda
tu corazón desnudo;
Y si eres girasol,
Seré la parte obscura
que en hondo desconsuelo
Sin ver jamás los astros
se inclina siempre al suelo;
Tú, la que mira al sol!

La muerte está muy lejos;
anciana y errabunda,
Evita los senderos
que el rubio sol fecunda,
Y por la sombra va:
Camina sobre nieve,
por rutas silenciosas,
Huyendo de los astros
y huyendo de las rosas;
La muerte no vendrá!

La vida, sonriendo,
nos deja sus tesoros:
Abre tus negros ojos,
tus labios y tus poros
Al aire del amor!
Como la madre monda
las frutas para el niño,
Dios quita de tu vida,
cercada de cariño,
Las penas y el dolor!

Ahora todo canta,
perfuma ó ilumina;

Ahora toda copia
tu faz alabastrina,
Y se parece á tí;
Aspiro los perfumes
que brotan de tu trenza,
Y lo que en tu alma apenas
como ilusión comienza,
Es voluntad en mí!

Ah! deja las tristezas
al nido abandonado;
Las sombras á la noche,
los dardos al soldado;
Los cuervos al ciprés:
No pienses en lo triste
que sigiloso llega;
Los myrthos te coronan,
y el arroyuelo juega
Con tus desnudos pies.

1880.

EFÍMERAS.

¿Adonde van los sonidos
Cuando muere en los oídos
La postrera vibración?
El aire es mar: en él bogan
Y se hunden y se ahogan
En la móvil extensión.

¿Adonde vuela el perfume?
Se evapora, se consume
Y se disipa y se va:
Triste vampiro del orbe
El aire su esencia sorbe
Y muerto el perfume está.

¿Adonde su disco encierra
El rojo sol cuando cierra
La tiniebla su capuz?
¿Y adonde, triste y bellas,
Van las pálidas estrellas
Cuando aparece la luz?

El aire es tumba: devora
Lo que brilla, lo que llora,
El perfume, la canción:
Efímeras vibraciones,
Luces, perfumes y sones
Van al mismo panteón.

Pero la música blanda,
Revive, palpita y anda
Sumisa á la voluntad;
Está dormida, no muerta;

Si queréis verla despierta,
Tocad, artistas, tocad!

El perfume no se agota:
Cada molécula brota
Y se esparce en la extensión,
Vibra próxima á perderse
Y ondulando va á esconderse
En las hojas del botón.

Hay bajo el gran Océano
Un palacio soberano
Que habita de noche el sol;
Duermen los átomos rojos:
Los corales son sus ojos,
Y su alcoba un caracol.

Tras los témpanos polares,
En los hiperbóreos mares
Qué triste la Osa se ve;
En tanto que dura el día,
Descansa la estrella fría
De un monte nevado al pie.

Toda muerte es aparente;
El sol renace en Oriente,
Surge la luna del mar.
Los aires que soplan yertos
Están poblados de muertos
Que van á resucitar.

Pero, en qué limbo sepulto,
En qué caracol oculto,
En qué pétalo de flor,
En qué témpano escondido,
Mientras que dure el olvido,
Vive, Señora, mi amor?

1881.

Cómo murió Magdalena.

—

I

Magdalena, si eres buena
Pon cerrojo á tu balcón;
Ya te rondan, la harpa suena ....
Magdalena, Magdalena,
Cierra bien tu corazón.

—

Tus amantes rondadores
Son ladrones, nada más:
Tienes tiestos, tienes flores,
Si les abres, aunque llores,
Te los roban, ya verás.

—

Sé discreta, desconfía,
Nunca entornes el cristal,
Y á favor de la bujía,
Mira si alguien se escondía
Bajo el lecho virginal.

—

Magdalena, casquivana,
Se burló de mi consejo;
Y asomada á la ventana,
Por detrás de la persiana
Me gritaba: ¡Viejo! ¡Viejo!

II

Cierta noche, Magdalena
Muy temprano se acostó:
¡Qué, no reza? ¿Qué, no cena?
Magdalena estaba buena
Y enfermita despertó.

La ventana ví entornada,
Roto el lirio del Japón.....
¡Dios maldiga la nevada
Que azotó de madrugada
Los cristales del balcón!

Magdalena se levanta,
Pero triste, triste está;
De su propia voz se espanta,
Ya no baila, ya no canta,
Magdalena ya se va!

Era alegre, decidora,
Ya se muere de tristeza;
Todo tiene, todo ignora .....
Magdalena reza y llora:
¿Por qué llora? ¿Por qué reza?

Sufre mucho, pena tiene,
Algo espera que se tarda;
En la reja se detiene,
Y á la reja nadie viene:
Magdalena siempre aguarda.

Su hermanita, por traviesa,
Siempre teme que la riña;
Ya sus labios de frambuesa
Se marchitan, ya no besa.....
¡Pobres padres! ¡Pobre niña!

III

En su lecho Magdalena
Moribunda se acostó;
Volvió el mirto, la azucena,
La amapola, la verbena:
Magdalena no volvió.

Sofocada por el llanto
Estas frases dijomé:
—Ya no duermo; ¡sufro tanto!
Cuando esté en el Campo Santo,
¡Qué tranquila dormiré!

¡Cuántas rosas! dadme aquellas...
Una blanca.....roja.....¡dos!
Yo las tengo muy más bellas,
Porque sé que las estrellas
Son las rosas del buen Dios!

Dadme el libro de la misa,
Mi corona de azahar:
Buena estoy, ¿no oís mi risa?
Ved que el novio está de prisa....
No le hagamos esperar!

¡Ay! ¡Qué yerta que es la losa!
Ya me entierran, nada escucho:
No me dejen.....soy miedosa,
Y ese musgo de la fosa
Crece mucho, crece mucho!

Magdalena ya se abraza
De su madre.....sólo oí
Su gemir que despedaza,
Y los cuernos de la caza
Que gritaban: ¡halalí!

IV

Repicaban, repicaban
Las campanas á lo lejos,
Cuando el féretro clavaban:
Padre y madre sollozaban.....
¡Pobre niña! ¡Pobres viejos!

1881.

POBRE Y ENFERMA.

Todas corren y saltan bulliciosas;
Ella, sola se está,
Todas van tras aquellas mariposas,
Pero ella no.....no va!

¿Por qué ninguna niña la acompaña?
¿Por qué cuando las mira,
Una lágrima tiembla en su pestaña,
Baja el rostro, y suspira?

Como pájaros sueltos, sonriendo,
Las niñas juguetean,
Y al mirarlas alegres ir corriendo,
Parece que aletean.

Ella, pálida, inmóvil, escuchando
El roce de la seda;
Gorros, encajes, blondas contemplando,
Como absorta se queda.

Lejos entonces del alegre prado
Se detiene cobarde,
Tímida, como el torpe convidado
Que al festín llega tarde.

Siempre la miro así: siempre sentada
En la glorieta aquella,
Con un tápalo roto rebujada,
Enferma, triste, bella.

Es limpia su indigencia; con aseo
Sus harapos dispone,
Y el roto abrigo, sin color y feo,
Caprichosa compone.

A veces con su aspecto de tristeza
A donde juegan viene;
Pero al ver que repugna su pobreza,
Muy lejos se detiene.

Es muy pobre, muy pobre su vestido;
Roto está su calzado,
Y va pisando el suelo endurecido
Con el pie delicado.

Áspero y lacio su cabello crece
Que por peinar se afana;
Está su rostro pálido; parece
De blanca porcelana.

Triste, muy triste, con extraño miedo
De las gentes se aleja;
Y cuando habla, su voz suena tan quedo
Que parece una queja.

Tiene la amarillez de los que lloran;
Por ser pobre, es adusta;
Y como todos con placer la azoran,
Al ver gente se asusta.

Sufre mucho: una lágrima humedece
Su pupila escondida,
Y de sus labios lívidos, parece
Que se ausentó la vida!

No anda, se desliza. Silenciosa
Por todas partes vaga,
Y la luz de sus ojos temblorosa
Cada vez más se apaga.

Como mártir caído sin aliento,
Sin que tema ni espere,
En un rincón del alma, soñoliento,
Su espíritu se muere!

¡Tan nerviosa, tan débil, delicada
Como la sensitiva,
Yo no sé, pobre niña abandonada,
Cómo aún está viva!

¡Cómo puede vivir si se consume
Su alma taciturna!
¡Cómo puede escaparse así el perfume
Sin que rompa la urna!

¡Pobre niña! te llama el precipicio
Y no es la senda larga,
Que te arrojó sobre la tierra el vicio
Como cáscara amarga.

Venga el eterno sueño á protegerte
Antes que mal te venza:
Es una madre para tí la muerte;
Tu vida es la vergüenza!

Dios te hizo luz. El mundo te hará sombra,
Don Juan te acecha ufano.....
¡Tiende las alas! para huir la tromba,
Nunca, nunca es temprano.

Hoy tu dolor es el dolor sublime
De la víctima santa,
Hoy tienes la amargura que redime,
La pena que agiganta.

Eres un santüario de inocencia
Envuelto en densa nube,
Y Dios quiere que sufras la existencia
Para hacerte querube.

Como planta marchita, tu cabeza
A la tierra se inclina,
Y con mano de mármol la tristeza,
Cual madre, te encamina.

Mas tu apacible y puro pensamiento
Al del ángel iguala,
Porque para tu alma el sufrimiento
Es una inmensa ala!

¡Vete del mundo! no hay aquí defensa
Y el abismo te llama:
Si te entristece la partida, piensa
Que aquí nadie te ama!

1881.

JUGAR CON LA CENIZA.

(Poema en un canto).

A Franz Cosmes.

I

Cierto viejo, que es joven todavía,
Comerciante quebrado de ilusiones,
Escribió para ejemplo de varones,
Una epístola rara que decía:

***

¿Será verdad ó sueño? Nada importa
Y averiguarlo, al fin, vale muy poco,
Que es torpeza emplear vida tan corta
En saber si soy cuerdo ó si soy loco.
Tal confundo las fechas y las cosas,
De tal manera, al recordar, me aturdo,
Que, sin querer mentir, á veces urdo
Ficciones y aventuras prodigiosas.
¡Débil memoria, la memoria mía!
Guarda tantas mujeres, tantos hombres,
Que amagándola está la apoplegía
De penas y de goces y de nombres!
A veces me la finjo, cuando husmea
Mi despierto dolor, hechos pasados,
El antro de una negra chimenea
Repleta de tizones apagados.
¡Recordar! ¡recordar!.....¡valiente modo
De prolongar, sin fin, el sufrimiento!
¡Oh, cuán hermoso se mirara todo

Si pudiera matarse el pensamiento!
Se sufre por la dicha que se aleja,
Por la escoria que dejan las pasiones,
Por todo aquello que en el alma deja
El tiempo, barrendero de ilusiones.
Al recordar con aparente calma,
Llamando á voces la perdida gloria,
Miramos con tristeza la memoria,
Ese cuartel de inválidos del alma.
Si sólo porque pienso sé que existo,
Recordando demuestro lo pasado .....
Pero, ¿recuerdo sólo lo que he visto,
O recuerdo también lo que he soñado?

II

Bien me acuerdo, llovía:
Azotaba la lluvia los cristales,
Y el humo de mi pipa se torcía
En azules y vagas espirales.
Sentados frente á frente,
Ella, coqueta, de su amor me hablaba,
Mientras yo, distraído é impaciente,
Pensaba.....no recuerdo si pensaba.
A veces el espítitu pasea
Por limbos tan oscuros y escondidos,
Que sufre, como todos los sentidos,
Una total parálisis la idea.
¿Puede el alma del cuerpo desprenderse?
¿Qué remotos países visitamos,
Sin que pueda la carne ni moverse?
¿En qué pensamos cuando no pensamos?
Ella hablaba y hablaba;
Yo, mudo, casi muerto, proseguía;
Y, como en tal momento no pensaba,
Asegurar no puedo que existía.
Sin tener de mí propio la conciencia
Pasé una hora entera:
¡Con qué gusto pasara la existencia,
Si pudiera vivir de esta manera!
Era preciso hablarla, sin embargo;
Mas, entre un *yo te quiero* y un *me quieres*,
Abrí largo paréntesis, tan largo,
Que hasta pude pensar en diez mujeres.
Y mientras ella con audacia loca

Hablaba sin reparo ni tropiezo,
Yo pude nada más abrir la boca
Para trazar el arco de un bostezo.
Por Dios, que tal desvío
Me hizo cavilar inútilmente:
¿Se hace en el espíritu el vacío?
¿Puede morir el corazón de frío,
Como mueren las aguas de la fuente?
¡Locura! ¡necedad! Es liso y llano
Que se tenga el amor y que se pierda:
El corazón es un reloj humano
Al que á veces dejamos de dar cuerda.

III

Con voz entrecortada, balbuciente,
Estas palabras díjome al oído,
Mientras yo contemplaba embebecido
El humo que se iba lentamente:
«Hace un año, dos, tres.....¡Yo no sé cuantos!
Un siglo me parece todavía!
¡Han sido tantos, mi tesoro, tantos,
Como pocas las horas de aquel día!
¿Recuerdas? delirante, como loca,
Yo no sé que palabras murmuraba,
Sólo sé que mis frases, si te hablaba,
Salían á torrentes de mi boca.
Mis ojos por las lágrimas ya rojos,
En los tuyos clavaba con tristeza,
Queriéndote mirar con tal fijeza
Que nunca te borraras de mis ojos.
Era tal mi dolor, mi angustia tanta,
Tan convulsa tus manos apretaba,
Que el mismo corazón me sofocaba
Queriéndose salir por mi garganta.
Tú, pálido, sin lágrimas, temblando,
Con los ojos de mí te despedías,
Y luego, te alejaste sollozando
Sin hablarme, ni verme.....no podías!
Por verte una vez más, una siquiera,
Al balcón me lancé: tú me aguardabas:
Nos vimos largo rato.....¡aquella era
La última mirada que me dabas!
Después como arrancándote del suelo,
Anduviste.....la noche era sombría.....

Con la mano moviste tu pañuelo.....
Quise ver, pero ya no te veía!»

IV

La lluvia con monótono ruido
Azotaba violenta las vidrieras,
Pero en aquel salón había escondido
Un calor de catorce primaveras.
Fanny calló. Cuando dejé de oirla,
Sentí la intensidad de su mirada.....
Mas, como nada tuve que decirla,
Tosí dos veces, y.....no dije nada!

V

Nadie explicarme con acierto sabe
La causa de tan gran contrasentido:
¿Cómo en los mismos corazones cabe
Tanto amor, y después tan grande olvido?
Tenemos, por tal modo,
Alma tan movediza y tan mudable,
Que suele ser lo único durable
La variedad monótona de todo.
En pos de la garrida primavera
Viene triste el invierno;
Todo muere también: nada es eterno,
Ni los amores, ni el dolor siquiera!
La muerte no es la súbita ruptura
De cuerpos y de almas; escondida,
Nos acompaña por la tierra obscura
Como hermana gemela de la vida.
En torno nuestro siega
Pasiones y cariños y dolores,
Todo á la tumba entrega,
Los castos sueños, los dolores ciertos,
Y cuando al fin para nosotros llega,
Más que vivos estamos casi muertos!

VI

Así pensé la noche de aquel día,
Siendo la causa yo de mis enojos:
Ninguna estrella en el espacio había
Ni una chispa de amores en mis ojos.

En el amor, es situación extrema
La de quemar el último cartucho;
Se mide la extensión de este problema:
Amor que vive poco ¿vale mucho?

VII

Venciendo mi tibieza,
Mirándola primero con cariño
Mezclado con un poco de tristeza,
Hablé con voz muy clara,
Y con largos espacios, cual si hablara
De juguetes y trápalas á un niño.

VIII

—«Tú mientes y yo miento:
Mas siendo tú mujer, claro se mira
Que disfrazas mejor el sentimiento:
Es nombre femenino la mentira.
No pienses que te riño;
Pero ya que los dos nos olvidamos,
Bueno debe de ser que no sigamos
Haciendo simulacros de cariño.
¿Que me amas? ¡locura! ¡no lo creas!
Has viajado ya mucho para ello,
Y como tiñes de oro tu cabello
Sabes teñir de rosa tus ideas.
Aquel inmenso amor que nos tuvimos
Y que nosotros nada más gozamos,
Se fué de nuestro sér, y no lo vimos.....
Como nosotros á la vez nos vamos.
Ninguna ya de nuestras almas tiene
Aquel amor, hermano del contento;
El amor es, mi vida, como el viento:
No se sabe jamás de dónde viene.
Obstinada en creer lo que no era
Hiciste la parodia de esas cosas!
En todas las pupilas ardorosas
Hay una obstinación de primavera!

IX

«La noche en que de tí me despedía,
Nada más temeroso de tu olvido,

Al irte, yo creí que me moría.....
Mas luego.....ya lo miras .....¡he vivido!
Después de aquella ausencia,
Quisimos renovar hechos pasados,
Haciendo, como dos resucitados,
La parodia crüel de la existencia.
A veces, hablo aprisa
Como quien quiere concluir muy presto,
Y cuando te sonrío, mi sonrisa
Termina casi siempre con un gesto.
Mientras ayer en el jardín, parlera,
—¡Qué noche tan hermosa!—murmurabas,
En tus ojos leí lo que pensabas
Con inquietud secreta: ¡Si lloviera.....!
Estos pobres amores descubiertos
Por tus ojos de fuego tropicales,
Son como los espíritus vitales
Que hacen crecer la barba de los muertos!
¡Aun soñar nuestras memorias pueden,
Que los recuerdos sin piedad nos siguen!
¡De jóvenes, los sueños nos preceden,
Mas de viejos, los sueños nos persiguen!
Intentando querernos
Casi casi nos hemos repugnado:
Algo peor acaso, porque al vernos
Hundimos un puñal en el pasado.
Estás más bella ahora: te quería
Algo menos hermosa y elegante:
Aprendiste muy bien la ortografía.....
¡Yo te amaba ignorante!
Misterios en que el ánimo se abisma!
Al escuchar tu voz y ver tu cara,
Otra mujer de mi alma te separa
Y esa otra mujer, eres tú misma.
Todo cambia, se mueve, se transforma,
Y tú te transformastes igualmente:
Ha cambiado tu sér, hasta tu forma.....
Serás mejor, pero eres diferente.

X

—«No pidas, pues, á mi cariño exiguo,
Más que la hez amarga:
Mi corazón, como arcabuz antiguo
para un sólo disparo tiene carga.

Separémonos, pues; acaso, acaso
Volvamos á soñar cual otras veces:
Nunca movamos, al beber, el vaso,
Porque amargan muchísimo las heces.»

XI

Como quiera que ambos distraídos
Pasamos largo rato discurriendo.
No vimos que los leños encendidos
Poco á poco se iban extinguiendo.
Ella, tomando el hierro conque atiza
Quiso ver si sus chispas avivaba,
Y apagó, por jugar con la ceniza,
El último tizón que se quemaba!

1881

ESCÚCHAME, MAGDALENA!

(VICTOR HUGO).

Escúchame, Magdalena:
Dejó la nieve la amena
Campiña que ayer cubrió;
Y al son errante del cuerno,
Corrido por el invierno
Mi séquito se alejó.

Ven al bosque: Se dijera
Que la dulce primavera
Que va las rosas á abrir,
Por obtener tus favores
Su falda llena de flores
Quiso anoche sacudir.

¡Ah! Si yo fuera la oveja
Que suelto en tus dedos deja
Su blanco y fino vellón;
O el ave que viene, sigue,
Y en el espacio persigue
Tu melodiosa canción?

Magdalena, Magdalena,
Si el monje de Tombelena
Dichoso pudiera ser;
Cuando tu boca á su oído
Con acento conmovido
Cuenta el pecado de ayer!

¡Y si fuese, niña hermosa,
La nocturna mariposa
Cuando te vas á acostar,
Y con el ala indiscreta
De tu cámara secreta
Fuese al balcón á tocar,

Cuando saltan, Magdalena,
De tu corsé de ballena
Tus senos de tentación,
Y por no verte desnuda
Sobre el espejo, sin duda,
Lanzas el blanco jubón!

Si tú quieres cien vasallos
Y escuderos y caballos
Y palacios te daré;
Y en muelle reclinatorio
Contemplarás tu oratorio
Tapizado de moaré.

Y en vez de la mejorana
Que tu caperuza, ufana,
Adorna primaveral,
Con perlas en vez de flores
Ostentarás los fulgores
De la corona condal!

Si quisieras, vida mía,
Mi castillo te daría:
Yo soy Roger, tu Señor!
Deja por mí tus praderas
Siempre que tú no prefieras
Que yo me vuelva pastor.

1881.

CARTA ABIERTA.

Tiene el amor su código, señora,
Y en él mi crimen pago con la vida;
¡Así es mi corazón! ama una hora,
Es amado después, y luego..... olvida.

En este tren expreso en que viajamos,
Aman siempre al vapor los corazones,
Que así como el trayecto que cruzamos
Tiene el alma también sus estaciones.

¿Quién detiene en su giro á la veleta?
¿Quién á sus plantas encadena al viento?
¿Dónde se halla el Alcides que sujeta
Al Icaro inmortal del pensamiento?

¡Amor.....! Cada alborada que amanece
De nuestros sueños en la bruma vaga,
Se derrama en los aires, crece, crece,
Y cuando vamos á mirar se apaga.

Soñamos con amar, y nos agita
La volcánica lava del deseo:
Matamos nuestro amor, y resucita
Con las múltiples formas de Proteo.

Hoy es una mujer que nos adora;
Mañana una mujer que nos desdeña;
Y mientras más por el amor se llora,
Con más ahinco en el amor se sueña.

¡Así es el hombre! Tántalo que tiene
La sed del ideal, la poesía:
Una mujer á su camino viene
Y exclama el corazón: ¡esa es la mía!

Es suya esa mujer: los goces nacen,
La ve, la palpa, sus mejillas besa.....
Las alas del querube se deshacen,
Y exclama el corazón; ¡no! ¡no era esa!

No dañan las escarchas del invierno
Al árbol que sin hojas ha quedado,
Así el amor, para que viva eterno,
Tiene que ser por fuerza desgraciado.

Tú, sí, dolor, los sueños eternizas;
Tú, solo tú, de la creación monarca;
Tú que formar supiste con cenizas,
La escultórica Laura del Petrarca!

¡Qué estéril es la dicha! Si su nido
Al Tasso hubiera abierto tentadora,
¡Cómo se hubiera al fin desvanecido
La pálida silueta de Leonora!

¡Amor es un laúd, es una lira
Que vibra en el espacio y enmudece:
Amor es una Ofelia que suspira.....
No la queráis tocar..... ¡se desvanece!

Ya veis, señora, que si el crimen mío,
Fué el querellaros una vez de amores,
Me ha sorprendido de la noche el frío,
Sin una estufa en que abrigar mis flores.

Como es muy triste el sol en el Ocaso,
El apurar la dicha me da miedo:
Sois hermosa y feliz, me amáis acaso.....
Os quisiera querer..... pero no puedo.

Busco las dichas del hogar sencillas,
Para eso guardo mi postrer cariño,
Yo quiero que descanse en mis rodillas
La rubia cabecita de algún niño.

Dejad que busque luz para mi noche,
Si la pasión con sus fulgores pierdo,
Y no arrojéis la gota del reproche
En el sublime néctar del recuerdo.

1882.

EFÍMERAS.

Nadie lo toca; ningún sonido,
Ninguna risa, ningún quejido
Brota del piano, que mudo está.
Arrinconado, de polvo lleno,
Las notas guarda dentro del seno
Y oprime el alma que se le va.

En otro tiempo, sus armonías
Brotaban frescas todos los días
Ricas de vida, de juventud;
Hoy de sus cuerdas nada se escapa;
Abovedada, la negra tapa
Tiene la forma de un ataúd.

En cada tecla, dormida ahora,
Vibraba el alma que canta y llora,
Rossini, Thálberg, Gounod, Mozart;
El vals gallardo, de azules ojos,
Y la habanera de labios rojos
Que muerde y quema para besar.

Hoy en la copa de porcelana
Que sustentaba cada mañana
Las flores frescas de la estación,
Guardan novenas, libros devotos,
Tarjetas sucias y guantes rotos
Y angostas cajas de azul cartón.

Rota la pasta, descuadernadas,
Las partituras menospreciadas
Del rico estante yacen al pie;
Muerta ó casada la niña bella
Huyó de casa, pero con ella,
El alma errante del piano fué.

Así es mi alma como ese piano:
Mis sueños duermen, y alegre en vano
Pasa cantando la juventud:
Baten mi casa vientos adversos,
Como esas notas están mis versos,
Bajo la tapa del ataúd.

Pero mañana, graciosa mano
Las blancas teclas del mudo piano
Saltando alegre recorrerá:
Dejad que vuelva la Primavera,
La casta novia que el alma espera,
Y amante el verso despertará!

1882

EFÍMERAS.

Idos, dulces ruiseñores:
Quedó la selva callada,
Y á su ventana, entre flores,
No sale mi enamorada!

Notas, salid de puntillas:
Está la niñita enferma.....
Mientras duerma en mis rodillas
Dejad ¡oh notas! que duerma.

Luna, que en marco de plata,
Su rostro copiabas antes,
Si hoy tu cristal lo retrata,
Acaso, luna, la espantes.

Al pie de su lecho queda
Y guarda á que buena esté,
Coqueto escarpín de seda
Que oprimes su blanco pie.

Guarda tu perfume, rosa,
Guarda tus rayos, lucero,
Para decir á mi hermosa,
Cuando sane, que la quiero!

1882.

INVITACIÓN AL AMOR.

¿Por qué, señora, con severa mano
Cerráis el camarín de los amores,
Si hay notas de cristal en el piano
Y en los jarrones de alabastro flores?

¿Por qué cerrar la habitación secreta
Y atar las rojas alas del deseo,
A la hora misteriosa en que Julieta
Oyó crujir la escala de Romeo?

¿Habré sido tal vez en vuestra vida
Rápida exhalación, perfume vago,
Sombra de un ave, que en veloz huída
Se desvanece, sin rugar el lago?

¿Nada os habló de nuestro amor perdido
Ni el lirio azul, ni la camelia roja,
Ni la fuente de mármol esculpido
Que vuestras verdes parietarias moja?

¿Nada os habló de mí? Ni los carmines
Que os salen, si me véis, á la mejilla,
Ni vuestra alcoba azul, ni los cojines
Que dibujan, hundidos, mi rodilla?

¿No oís la voz del viento que se estrella
De vuestra reja en los calados bronces?
Muy negra está la noche..... como aquella!
Y desierta la calle..... como entonces!

¡Ah, vuestro labio sin piedad mentía,
No ha muerto aún nuestra pasión, señora;
No cantan las alondras todavía,
Ni se estremece en el cristal la aurora!

Vano temor, escrúpulo cobarde,
Nuestras almas desune y nos aleja:
Dejadme pues que silencioso aguarde,
Y que os vele de pie junto á la reja.

Permitid que tenaz y enamorado
Contemple vuestro cuerpo de sultana,
Y admire por la sombra recatado
Vuestro cutis de tersa porcelana.

Dejadme ver, inquietas y curiosas,
Vuestras pupilas á través del velo,
Y que me hablen de amor como á las rosas
Les hablan las estrellas desde el cielo.

No; no es verdad que nuestro amor ha muerto,
Por más que la borrasca nos desuna:
El niño vive aún, está despierto
Y nos tiende los brazos en la cuna!

Todo cual antes en la quieta alcoba
Mi vuelta aguarda y esperando queda:
Desde la obscura puerta de caoba,
Hasta el sitial de purpurina seda.

Todo os habla de mí: la tersa fuente,
Los cortinajes blancos y rojizos,
Hasta el peine de nácar transparente
Que detiene en la nuca vuestros rizos.

Todo secretas pláticas entabla
Y cuenta nuestras citas amorosas:
Todo, señora, de mi amor os habla,
Con la muda elocuencia de las cosas.

Es inútil huir: la noche cierra:
Tiende la sombra su callado velo:
Los pájaros se juntan en la tierra
Y los astros se buscan en el cielo!

¿Por qué luchar cuando al amor suave
Cantan los nidos y la estrella helada,
Si tenéis, al andar, algo de ave,
Y mucho de lucero en la mirada?

El parque humedecido por las lluvias,
El agua que aromó vuestro cabello,
Las brisas frescas, y las hebras rubias
Que tiemblan de pasión en vuestro cuello;

Todo, perfume, claridad ó nido,
Os habla de mi amor y nos alienta,
Hasta las cintas del corsé ceñido
Que mis esquelas de pasión calienta.

Todo me aguarda aún; la muelle alfombra,
La puerta franca, el cortinaje espeso:
En un rincón del canapé, la sombra,
Y en vuestros labios de carmín, el beso!

No queráis resistir: los sueños míos
Conocen vuestros íntimos pesares,
Y vos venís á mí como los ríos
Corren á confundirse con los mares.

¿Por qué la soledad en torno vuestro?
¿Por qué dejar el comenzado viaje?
¿Por qué la pena y el color siniestro
De vuestro negro y ondulante traje?

Todo para ayudarnos se conjura:
Las ondas melancólicas suspiran.....
¡Amad! Nos cubre la tiniebla obscura,
Los niños duermen y los astros miran!

1882.

ENTUMIDO.

—

Cuántas nieves en la cumbre,
En la cumbre del volcán.....
Y en la alcoba falta lumbre
Y en la mesa falta pan!
¡Qué doliente
Cae la noche!..... Blanca ausente,
Vuelve pronto; vuelve, luz!
Vuelve, anima al desgraciado
Que camina fatigado
Bajo el peso de su cruz.
Está helado el muchachito;
¿Quién su cuerpo arropará?
Y se queja el pobrecito.....
Mas se queja muy quedito
Porque no oiga su mamá.
¡Volverá.....
Sí, la luz consoladora
Con el alba llegará.....
Mas el niño, rubia aurora,
Ya tus rayos no verá!
Tiene hambre; tiene frío!
Está triste entre los tristes.....
Para que sepa que existes
Manda á la muerte, Dios mío!

***

¡Débil niño que pereces
Sin abrigo ni jergón,
Cuánto, cuánto te pareces
A mi pobre corazón!

1883.

DE LAS NEURÓTICAS.

—

Pálido cuerpo viajero
Que dejas la juventud,
Dí: ¿quién será el carpintero
Que labrará tu ataúd?
Alma triste y silenciosa
Que ya del mundo te vas,
¿En la tierra de qué fosa
Para siempre dormirás?
Ojos de llorar cansados,
¿A quiénes, decid, veréis
Junto al lecho arrodillados
Cuando apagándoos estéis?
Corazón lleno de penas
Que todos olvidarán
¿Qué almas buenas, qué almas buenas
En mi tumba llorarán?

***

De la gótica torre insomne buho
Con perezoso vuelo se desprende:
Es el alma de un monje que, penando,
El monasterio ronda.
Delante del altar, lámpara triste
Unica brilla iluminando el Cristo:
Es la novicia que murió sin mancha
Y en espíritu vela.
Por el roto cristal de la ventana
Entra veloz el pájaro nocturno,
En la lámpara cae, le sorbe el alma,
Cierra sus ojos la novicia pura,
Y en la tiniebla dice el monje torvo:
—¡Ya por fin eres mía!

***

Cuando en mitad de la torre
Miro brillar el reloj,
—Me está mirando la iglesia!—
Con espanto digo yo.
Juzgo que el templo me llama,
Y enmudezco de pavor.....
Porque el reloj tiene vida,
Nos ve, nos habla el reloj.....
¿Por qué me observas, espía?
¿Por qué me llamas, oh voz?

***

Los barandales de bronce limpio
Cercan y amparan aquel altar;
Allí gozoso, cuando era niño,
Fuí con mis padres á comulgar.
Súbitamente los cirios arden,
La campanilla suena otra vez,
Y me arrodillo como en las horas
Frescas y castas de mi niñez.
Ya viene el cura, viejito y blanco,
Y del Sagrario toma el copón.....
Ya viene el cura, viejito y blanco,
Y viene á darme la comunión!
Yo me arrodillo..... Pero ¿la hostia?
¿La hostia, oh padres, en dónde está?.....
Del viejo cura las manos deja,
Y por el aire blanca se va!

1883.

PRÓLOGO.

Aquel domingo, por la mañana,
La cuna vino del almacén,
Y el colchoncito, de blanca lana,
Para la cuna llegó también.
Junto del lecho de los esposos
El tibio nido se colocó,
Y con encajes voluptuosos
La colgadura se le formó.
¡Qué buen domingo! ¡que hermoso día!
A punto estaba de obscurecer,
Y alegre Clara, se divertía ..
Los cortinajes en componer.
Aquí las colchas, recién sacadas,
Blancas y tibias, de su baúl,
Y encima puestas dos almohadas
Transparentando su fondo azul.
Sobre la cuna, la cruz bendita
Con una palma pequeña al pie,
Y al otro lado, la virgencita
Que para el niño guardada fué.
Vino la noche, la casta cuna,
Ya concluída, puesta quedó;
Y un apacible rayo de luna
Entre sus ropas se acurrucó.
Abriendo Clara su costurero,
En la mesilla puso el quinqué,
Mientras, fumando rico veguero,
Alegre, Carlos, tomaba el te.
Junto á la mesa, Clara cosía,
Y el buen esposo fuera de sí,
La suelta cuna lento mecía,
De gozo lleno, diciendo así:

—Verás: mi alma no se equivoca,
Yo te lo digo, será mujer.....
Tendrá tus ojos, tendrá tu boca,
Cual la del sueño que tuve ayer.
Los ojos negros, grandes, rasgados;
Castaño el pelo también tendrá,
Y de sus labios, tan encarnados,
La misma fresa se encelará.
Cuando nos venga, luego, muy luego,
Cuando la mande nuestro buen Dios,
Como hace frío, junto del fuego
La velaremos siempre los dos.
Verás, mi vida, cómo sonríe
Por las mañanas, al despertar;
Verás, mi cielo cómo se engríe
Y con los ojos nos quiere hablar.
Irá creciendo; la llevaremos
Los dos del brazo por el jardín,
Y vueltos niños, retozaremos
Hasta que Vésper salga por fin.
Será muy bella.....¡Si ya la veo
Causando siempre la admiración,
Siendo de todos vivo deseo,
Y sólo nuestro su corazón!
He de ponerla tu mismo nombre .....
—No— dice Clara—¡qué loco estás!
¡Si lo presiento! ¡Si será hombre!
¡Rubio, gallardo, ya lo verás!
A esta alcoba le falta abrigo,
Ya los balcones mandé ajustar,
Que por la puerta, por el postigo
Un soplo de aire se puede entrar.
Será tan débil.....¡El pobrecito
Irá cobrando fuerzas después;
Pero cubriendo su cuerpecito
Calentaremos sus blancos pies.
Y su cabello rubio, rizado,
Yo con mis manos alisaré,
Y entre mis brazos aprisionado
Sin que me entienda le charlaré.
Verás al verle cómo reímos:
Por las alfombras gateando irá,
Y cuando advierta que le seguimos,
Verás si sabe decir *papá!*
Cuando se acueste, como una loca

Un beso largo daré en su sien,
Dos en el cuello, tres en la boca
Cinco en los ojos, diez.....hasta cien.
  Como cristiano, desde pequeño
Sus oraciones sabrá rezar:
¡Ver me parece con cuánto empeño
Su media lengua quiere ensayar!
  Y así diciendo, Clara soñaba
Tan á lo vivo su porvenir,
Que de alborozo llena, cantaba
Como si el niño fuese á dormir.
  Luego siguiendo con ansia rara,
Ambos hablaban como en tropel:
—¡Tus mismos ojos!—¡Tu misma cara!
¡Si será ella!—¡Si será él!

1883

EL PRIMER CAPÍTULO.

Cuando á la sala entré, la luz tenías
Del velador tras la bombilla opaca,
Y hundida muellemente en la butaca
Con languidez artística leías.
Cerraste el libro al verme; nos hablamos;
Con gracia seductora sonreíste;
Los pliegues de tu traje recogiste
Y los dos frente á frente nos sentamos.
Era blanca la bata que hasta el cuello
En sus ondas flotantes te arropaba,
Y blanca aquella rosa que ostentaba,
En sus bucles soberbios, tu cabello.
¡Cómo de aquellos ojos la negrura
Y tu morena y oriental belleza,
Contrastaban, mi bien, con la frescura
De tus húmedos labios de cereza!
¡Cómo aquel rizo que en ligeras ondas
Encrespaba, rozándolo, el ambiente,
Caía apartado de tus trenzas blondas
Sobre el mármol corintio de tu frente!
A veces, tu cabeza sacudiendo,
Los indóciles bucles recogías,
Y la bata, al moverte, desprendiendo,
Tu opalina garganta descubrías.
El pie, pequeño y tímido, escondido,
Cuando tu cuerpo mórbido ondulaba,
Impaciente rozando tu vestido
La punta delgadísima asomaba.
El ancha manga al levantarse suelta,
Mal detenida por inquieto lazo,
Dejaba adivinar la forma esbelta
Y el cutis satinado de tu brazo.

Luego ocultabas, púdica, la breve
Planta, que se asomaba tentadora;
Y era entonces tu rostro, cual la nieve
Teñida por los besos de la aurora.
Imperceptibles tintas nacaradas
Rodeaban tus párpados; tranquilas,
Las sedosas pestañas entornadas
Ocultaban tus púdicas pupilas.
Como nardos cuajados de rocío
Que estremecen los vientos de las tardes,
Tus hombros con ligero escalofrío
Tras el linón velábanse cobardes.
Tibia estaba la pieza; blanca y bella,
La luna en el espejo se veía:
Era digna de tí la noche aquella;
¡Tantos luceros en el cielo había!
Era una de esas noches en que suele
La turba aletear de los amores,
En medio de una atmósfera que huele
A nidos frescos y recientes flores;
Noches en que modulan un arrullo
Los mares y los bosques y las cuevas,
En que se abren, rompiendo su capullo,
Los sueños castos y las flores nuevas.
Noches en que el espíritu adormido
En los limbos del sueño queda preso:
En que se escapa el pájaro del nido
Y de los labios trémulos el beso!
Yo estaba junto á tí: yo, que te adoro;
Las estrellas alzábanse tranquilas;
Brotaban en el cielo lirios de oro,
Y yo miraba el cielo en tus pupilas.

1883

IGNOTA DEA.

Mon ame a son secret:
ma vie a son mystére;
Un amour éternel
en un moment conçu;
Le mal est sans espoir,
aussi j'ai du le taire
Et celle que l'a fait
n'en a jamais rien su.

ARBERS.

Como la azul violeta entre sus hojas,
Como el metal recóndito en la mina,
Como la esencia en urna cristalina,
Como la perla en el profundo mar;
Te escondes tú, la blanca habitadora
De mis ensueños, en el pecho mío,
Acurrucando el cuerpecito frío
En el caliente corazón: ¡tu hogar!

Nadie lo sabe: ni la sombra muda
Cuyos ojos de estatua nada miran,
Ni las brisas nocturnas que suspiran
Bajo los verdes tilos del jardín;
Ni la camelia que tu pecho besa,
Ni la gardenia que mi hojal decora,
Ni los ojos azules de la aurora,
Ni la tímida luz del camarín.

Extrañan todos mi apariencia fría
Y curiosos inquieren mi secreto,
Buscan, preguntan; pero yo, discreto,
Burlo con mi cautela su tesón;
Y soy como el cristiano vergonzante
Que de su Dios y de su fe reniega
Y en el silencio de la noche ciega
Implora, de rodillas, el perdón.

Conmigo vives: vas dentro de mi alma
Como en el arca santa del hebreo,
Yo solo te contemplo, te poseo
Y acaso nunca mi pasión sabrás.
Somos dos islas que la mar divide,
Trémulas hojas en distintas ramas,
No sabes que te quiero, y si me amas
Nunca tus labios lo dirán .....¡jamás!

Yo conozco tus íntimos dolores,
Lo más oculto, lo que nadie mira,
Tu lujo encanta, tu belleza admira
Y sólo yo compadecerte sé.
Y quisiera arrancarte tus congojas,
Como arranca la madre con cariño
La espina aguda que el descalzo niño
Lleva en la planta de su breve pie.

A veces, brotas pálida en mis sueños
Como la casta reina de la sombra;
Me ven tus ojos y tu voz me nombra
Y oprimes con tu sien mi corazón;
Y caliento tus plantas entumidas,
Y mi boca recorre tu cabello
Y las azules venas de tu cuello
Que hinchadas se estremecen de pasión.

Después, cuando la noche fugitiva
Corre á esconderse en sus cavernas mudas,
Mis amorosos brazos desanudas,
Me besas en los ojos, y te vas.
Roza tu falda de crujiente seda
El mármol de los anchos corredores,
Y sólo las estrellas y las flores
Supieron que viniste: ¡nada más!

Púdica Diosa—con amor te escondo
En el altar de triste catacumba,
Y allí, como en el seno de la tumba,
El culto que te rindo nadie ve;
Los cirios aromáticos chispean
Al rededor del místico recinto
Y la esencia del rojo terebinto
De tu divina imagen brota al pie.

En tanto, virgen de sospecha torpe,
Vas por el mundo indiferente y grave,
Como la sombra rápida del ave
Resbala, sin mojarse, por la mar:
Eres la estrella que ninguno alcanza,
Nieve de un cráter que ninguno pisa,
¡El ave que atraviesa la cornisa
Porque puede, salvándose, volar!

Sólo para mis sueños cobra vida
El mármol de la hermosa Galatea,
Sólo para mis ojos centellea
Su pupila de pétrea rigidez;
Y la Diosa, hecha carne, se desprende
De su alto pedestal, baja las gradas,
Y viene, con las trenzas desatadas
Cubriendo su marmórea desnudez.

Mas ¿quién profana la soberbia nave?
¿Quién pisa el templo por mi amor guardado?
¿Quién animarse ve lo inanimado
Y á mis soñadas nupcias asistió?
La Diosa permanece en el sagrario,
Los cirios son aún de virgen cera.....
De mis ensueños, pálida y ligera,
Como de fuente límpida salió.

El mundo desconoce mis amores,
Escucho tus palabras, y te veo,
Pero calla sumiso mi deseo
Encarcelado en férrea voluntad;
Armadura pesada de combate
Sus juveniles ímpetus estorba,
Mientras al dulce son de la teorba,
Van los barqueros murmurando: ¡amad!

Mis pobres ilusiones no gorjean,
Mi cariño detiene su perfume,
Esparcirse quisiera y se consume
En la cárcel estrecha del botón:
Como ocultan los témpanos polares
Una mar de tranquila transparencia,
Así, tras aparente indiferencia,
Se extiende, ilimitada, mi pasión.

Jamás te dije mis secretas penas,
Ambos callamos sin expreso pacto,
Y sólo de tus manos el contacto
Me comunica á veces tu calor;
Pero vive mi alma entre tus rizos,
Como ave prisionera en jaula de oro,
Y no hay en tu cuerpo un solo poro
Que no besen los labios de mi amor.

¿Conoces tú lo que por tí padezco?
¿Puedes leer en lo íntimo de mi alma?
¿Ama, por dicha, la africana palma
Al solitario pino boreäl?
Acaso ignoras mi pasión y pasas,
Como la luna indiferente deja,
El lago que amoroso la refleja
Y la besa y la abraza en su cristal.

Amor nunca pagado ni sabido,
Tal vez la que veneras como diosa
Ignora tu existencia, y silenciosa
Sin verte y sin sentirte pasará;
Y al leer estos versos llenos de ella,
En la penumbra de la alcoba quieta,
Pensando en los amores del poeta
Murmura pensativa: ¿quién será?

1884.

EN UN ÁLBUM.

Para calmar á aquellos que destierra,
Y darles la esperanza y el consuelo,
Dios puso las mujeres en la tierra
Y derramó los astros en el cielo.

Dió luz al valle y á los bosques bruma,
Nieve á los montes, y á los soles, llama;
A la entreabierta flor, dijo: *¡perfuma!*
Y al corazón de las mujeres: *¡ama!*

1882.

FRANCIA Y MÉXICO.

Francia, Francia, la urna transparente
En que el humano espíritu se agita;
Eco que al grito del dolor responde,
Inmenso, eterno corazón, en donde
Toda la vida universal palpita!
Eres la madre de los pueblos, eres
Como ánfora de amor inagotable,
Como bálsamo tibio que consuela;
Música que deleita los oídos,
La mano que levanta á los caídos,
Y el ala para todo lo que vuela!
Caliente hogar de todas las naciones,
En tí distintos pueblos se congregan,
Pobres, desnudos á tus puertas llegan,
Les das tu ciencia, tu saber, tu vida,
De tí reciben la soberbia palma,
Todo les das y cuando nada tienes
Como su eterna enamorada, vienes
A darles, Francia pálida, tu alma.
Tú eres el fluído que circula
Por las venas del mundo, sabia fuente
Que en flores y ramajes se transforma;
Hirviente sangre, chispa prometea,
Para el grave filósofo, la forma,
Para el artista y el cantor, la idea!

***

Ah! no seré yo nunca quien te injurie
Mofa haciendo y baldón de tus tristezas,
Siento el hervor del corazón latino
Y si me duele, á veces, tu destino,
Convierto la mirada á tu grandeza.
No la corona de punzante cardo

Quiero ceñirte sin piedad, primero
He de romper mi cítara de bardo
Y mi espada leal de caballero.
No te confundo, no, con esas huestes,
Para tu daño y nuestro mal venidas;
Esa no fué la Francia de la espada,
La señora de todas las naciones,
Era la pobre enferma devorada
Por la lepra de viles ambiciones
Tú, raza Bonaparte, en tu destino,
Vistes horrible dualidad, primero
El agusto y amplísimo camino
De laureles magnífico reguero;
Después la torva ruta
En mil ásperas quiebras dividida,
El declive forzoso de la suerte,
La absorción de las aguas de la vida
Por las aguas plomizas de la muerte;
Hallando el mundo á tu poder estrecho,
Quisiste altiva dominar la tierra,
Y tu caída, raza audaz, encierra
Las grandes represalias del derecho.
No es la suerte ciega la que trama
Las peripecias de tu vida loca:
Viene de Dios la fuerza que provoca
El desenlace trágico del drama.
Vencer creíste de soberbia llena,
Y tu ambición nuestro poder redujo,
¡Oh, pobre fuego fatuo que produjo
Un cadáver disyecto en Santa Elena!
Tus águilas, las águilas altivas,
Bajando al suelo con el ala rota,
Mejor quisieron perecer cautivas
Que volver anunciando la derrota;
Hoy pueden ya volver: su forma adusta
Atraviesa, cerniéndose, la sierra,
Y trágica se aleja en el espacio;
¡Ya no hay Césares, Francia, en el palacio,
Ni planta de invasor en nuestra tierra!

***

Los pueblos son hermanos: Dios no quiere
Este odio universal, esta locura,
Esta guerra implacable que convierte
Al mundo en un tablado en que pasea
Esa terrible trágica: la muerte.

Es preciso arrojar del santuario
A aquellos mercaderes de la tierra
Que juegan á los pueblos y si pierden
Pagan con la moneda de la guerra!
¡Despierta, Patria! Vigoroso arreo
Toma para el combate; sólo llora
La débil hembra sin valor; ya es hora
De romper tus cadenas, Prometeo.
Tus fuertes brazos de la cruz desclava;
Ni muda tiembles, ni cobarde llores,
No más guerras civiles; pobre esclava
Que tienes á tus hijos por señores!
Todos en tí, sacrílegos, las manos
Hemos puesto, mi Patria, todos, todos!,
De tu amargo dolor hemos reído,
Y en tu pecho cobardes y villanos
Cien veces el puñal hemos hundido.
Mas hoy, como pasados caballeros
De sus espadas por la cruz juraban,
Juramos, Patria, respetar tus fueros,
Secar el llanto que tu rostro quema,
Irnos á confundir en tu regazo,
Ser nada más en esta lid suprema,
Un corazón, una palabra, un brazo!
¿Qué, siempre habrás de ser eterna Dido,
Amante abandonada que suspira
Por sus justas y muertas libertades?
¿Con sangre siempre correrán tus ríos?
¿Qué, nunca han de torcer nuestros navíos
El Cabo de las negras tempestades?
Es fuerza pobre Antígone que veas
Trocadas en verdad tus ilusiones,
Abriendo tu cerebro á las ideas
Y tus puertos á todas las naciones:
Ha pasado la edad del odio eterno,
Surge nuevo horizonte de improviso,
Y aparece de súbito, en tu infierno,
La Beatriz que conduce al Paraíso.
Lejos de aquí las bizantinas luchas
De torpes ó serviles pretorianos;
No han de darte los Cides, Patria mía,
La honrada solución de la miseria,
Has menester la industria y el talento,
Las alas del vapor en la materia,
Y en la mente el vapor del pensamiento.

Que nunca ociosas la viriles manos
Guarden tus hijos, pálida matrona,
Si hombres son y nacieron mexicanos;
Les sobra aliento y ánimo forzado,
Y en esta lid suprema quien te ame,
Quien trabaje contigo, es el honrado,
Quien se alce en rebelión, es el infame!

1882.

VERSOS DE ORO.

—

De F. Coppée.

—

Por rubios trigales de espigas doradas
Al soplo primero del mes tentador,
Iremos buscando las cosas aladas,
Las áureas abejas, los versos de amor.

—

Los pinos enhiestos sus copas levantan,
Yo ciño tu talle de esbelto bambú;
Oigamos, mi vida, las cosas que cantan,
Yo ritmos sonoros y pájaros tú.

—

Siguiendo el arroyo donde ávidas toman
Frescura las aves después de volar,
Iremos buscando las cosas que aroman
Y versos y rosas podremos hallar.

—

Amor, si lo quieres, haré que ese día
La luz resplandezca cual nunca lució,
Seré yo poeta, y tu poesía,
Tú serás más bella, más amante yo!

1882.

NADA ES MÍO.

Me preguntas ¡oh, Rosa! cómo escribo?
De qué manera, con menudas hojas,
Cintas de seda y pétalos de flores,
Voy construyendo estancia por estancia?
Yo mismo no lo sé! Como la tuya
Es, Rosa de los cielos, mi ignorancia!

Yo no escribo mis versos, no los creo;
Viven dentro de mí; vienen de fuera:
A ese, travieso, lo formó el deseo;
A aquél, lleno de luz, la Primavera!

A veces en mis cantos colabora
Una rubia magnífica: la aurora!
Hago un verso y lo plagio sin sentirlo
De algún poeta inédito, del mirlo,
Del parlanchín gorrión ó de la abeja
Que, silbando á las bellas mariposas,
Se embriaga en la taberna de las rosas.
Los versos que más amo, los que expresan
Mis ansias y mis íntimos cariños,
Esos versos que lloran y que besan,
¿Sabes tú lo que son? Risas de niños.

Otras veces me ayudan las estrellas
Y sus rayos de luz trazan en mi alma
Líneas celestes y figuras de oro.
Aquel soneto á Dios, es del Boyero:
De Sirio deslumbrante, esa cuarteta,
Y ese canto á la rubia que yo quiero
Fué escrito por la cauda del cometa.

Yo escucho nada más, y dejo abiertas
De mi curioso espíritu las puertas.
Los versos entran sin pedir permiso;
Mi espíritu es su casa: Dios los manda
Con cédula formal del Paraíso
Para que aloje á la traviesa banda.
Algunos á mis castas ilusiones
Escandalizan con su alegre charla:
Esos son los soldados, los dragones,
Los que trae, en su clámide sombría,
«Húmeda noche tras caliente día.»
Otros de aquellos huéspedes pequeños
Se detienen muy poco: los risueños.
Cantan, mis penas con su voz consuelan,
Sacuden las alitas y se vuelan!

Los tristes.....¡esos sí que son constantes!
Alguno como lúgubre corneja
Posada en la cornisa de la torre,
Mientras la noche silenciosa corre
Hace ya mucho tiempo que se queja!

No soy poeta: ya lo ves! en vano
Halagas con tal título mi oído,
Que no es zenzontle ó ruiseñor el nido
Ni tenor ó barítono el piano!

1884.

TRISTISSIMA NOX.

A Manuel A. Mercado.

I

Hora de inmensa paz! Naturaleza,
Entregada en las horas de la noche
A insomnes trasgos y fantasmas fieros,
Breves instantes dormitar parece
En espera del alba. Cae el viento,
Con las alas inmóviles, en tierra:
Duerme la encina; el lobo soñoliento
Se tiende dócil y los ojos cierra.

Es el inmenso sueño, el sueño breve
Que no agitan las lluvias torrenciales,
Y sólo turban, en el duro invierno,
Lentas lloviznas ó menuda nieve.
Es el inmenso sueño: paso á paso
La pantera que ha poco devoraba
A la mísera res, busca en silencio
El hediondo cubil; ya no se oye
De la culebra rápida el silbido,
Y entre grandes lumbradas, que alimentan
Las rajas crepitantes de la encina,
Recuéstase el viajero de los bosques
Al lado de su vieja carabina.

Todo reposa: por los aires huye,
Tras diabólica bruja, el ágil duende;
Se aproxima la luz, el mal concluye,
Suben las almas y la paz desciende.

II

La noche es formidable: hay en su seno
Formas extrañas, voces misteriosas;

Es la muerte aparente de los seres,
Es la vida profunda de las cosas.

Dios deja errar lo malo y lo deforme
En las sombras nocturnas: de su encierro
Salen brujas y fieras y malvados;
En el dormido campo ladra el perro,
Maulla el gato negro en los tejados.
Pueblan el aire gritos estridentes:
Ya de infeliz mujer es el quejido,
Ya el trote de caballos invisibles
O de salvaje hambriento el alarido;
Plegarias, maldiciones y sollozos;
Cantos de bardo; cláusulas tremendas
De indignado profeta; el grito agudo
De las aves nictálopes que pasan;
El balar de la oveja en cuya nuca
El leopardo feroz las uñas hinca;
El confuso rumor de la hojarasca
Que remueve el venado cuando brinca;
Choque de escobas que en el aire azotan
Las malévolas brujas, y clamores
De dolientes espíritus que flotan
Como cuerpos de niebla entre las flores;
Todo en violento remolimo sube
Y al viajador errante aterroriza;
Todo en el aire negro se propaga,
Cuaja la sangre y el cabello eriza!
Bocas sin cuerpo gritan en la sombra;
Cruje la puerta de reseca tabla;
Los diablos llaman, el pavor nos nombra,
El monte quiere huir y el árbol habla.

III

La noche es formidable: las pupilas
Que en su profunda obscuridad se abren,
Aparecen sangrientas en el lobo,
De amarillo color en la lechuza.
Todas despiden luces infernales
É iluminan la marcha silenciosa
Del gato montaraz y los chacales,
La astuta comadreja y la raposa.
Sólo el fósforo brilla: en esos ojos
Que ardientes lucen como vivas fraguas,

En los fuegos errantes de los aires,
En las ondas plomizas de las aguas.
Cuando la luz expira, el color duerme:
Lo que vive en la sombra es negro ó pardo,
Tiene las cerdas ásperas del oso
O las manchas obscuras del leopardo.
Las plumas de los pájaros nocturnos
Con la densa tiniebla se confunden,
Y cual delgadas láminas, hirsutas,
En la carne se hunden.
Cuanto en la noche tenebrosa alienta
Es tardo en el andar, torpe en el vuelo:
La serpiente lucífuga se arrastra;
En el alto ciprés se para el buho;
El cuervo acecha; lo que vuela baja,
Y, cautelosa, la terrible hiena
Despacio marcha y vigorosa encaja
Las garras inflexibles en la arena.

IV

La noche no desciende de los cielos,
Es marea profunda y tenebrosa
Que sube de los antros: mirad cómo
Aduéñase primero del abismo
Y se retuerce en sus verdosas aguas.
Sube, en seguida, á los rientes valles,
Y, cuando ya domina la planicie,
El sol, convulso, brilla todavía
En la torre del alto campanario,
Y en la copa del cedro, en la alquería,
Y en la cresta del monte solitario.

Es náufraga la luz: terrible y lenta
Surge la sombra: amedrentada sube
La triste claridad á los tejados,
Al árbol, á los picos elevados,
Á la montaña enhiesta y á la nube!
Y cuando al fin, airosa la tiniebla
La arroja de sus límites postreros,
En pedazos, la luz, el cielo puebla
De soles, de planetas y luceros!

V

Y con ellas se van la paz amiga,
La dulce confianza, el noble brío
De quien, alegre, con vigor trabaja;
Y para consolarnos, mudo y frío,
Con sus alas de bronce el sueño baja.

Entonces todo tímido se oculta:
En el establo, los pesados bueyes;
En el aprisco, el balador ganado;
En la cuna pequeña, la inocencia;
En su tranquilo hogar, el hombre honrado,
Y el recuerdo impasible, en la conciencia!

Mil temores informes y confusos
Del hombre y de los brutos se apoderan;
En la orilla del nido, vigilante,
El ave guarda el sueño de su cría
Y esconde la cabeza bajo el ala;
El noble perro con mirada grave
Interroga la sombra y ver procura;
Los caballos, piafando, se encabritan
Y con pavor ó sobresalto evitan
Los altos montes y la selva obscura.

Si en la extensa llanada le sorprende
Con su cortejo fúnebre la noche,
El potro joven á su hermano busca
Y en su lomo descansa la cabeza.
Todo tiende á juntarse en esta hora,
Todo en la vasta soledad se hermana,
Hasta que la alegre, la triunfal diana
En el áureo clarín toca la aurora!

VI

También el alma se compunge ¡oh noche!
En tu ébano profundo. ¡Cuántas fieras,
A tu favor alzándose, ya graznan
Como torvas lechuzas; ya semejan
Endriagos fabulosos; ora rugen,
Ora con voz tristísima se quejan.

Son los sueños: habitan las cavernas
Invisibles del aire, ó bien se ocultan
Dentro del propio sér; la luz evitan,
Y para ser visibles y palpables
El fondo de la noche necesitan.

Se acercan: con sus garfios y tenazas
De retorcido bronce, al lecho llegan,
Y á nuestra boca, trémula de espanto,
Labios helados y viscosos pegan.
Éste, iracundo, con sus pies de cabra
Las sábanas araña; aquél, riendo,
Muestra los agudísimos colmillos;
Ése, felino mónstruo, nos contempla
Con sus enormes ojos amarillos.

Ya el toro rebramando nos persigue
Ya, vivos, en la fosa nos entierran;
Ya, como el ave, rápidos hendemos
El aire tenue, cuando abrupto flanco
Destroza nuestras alas y caemos
Al fondo pedregoso del barranco.

Otras veces también, sombras dolientes
Por soberano astrólogo evocadas,
Pasan ante los ojos impacientes
Las figuras amadas;
La madre que del seno de la fosa
Nos llama, y acorrerla no podemos;
El padre ausente, la culpable esposa
Que en otros brazos iracundos vemos!
Y si en lienzo obscuro se perfila
La casta sombra de la amada muerta,
Huye el sueño veloz de la pupila,
Y el dolor, sollozando, se despierta!

VII

En medio de la horrible pesadilla
Trazan, á veces, los traviesos duendes
Grotesca historia, lances inconexos,
Figuras que parecen retratadas
En espejos convexos.
Como frisos de gnomos que entrelazan

Canijas piernas, en tumulto cruzan
Enanos retozones que se abrazan
Y en el aire sus miembros desmenuzan.
Ata nuestra garganta férreo nudo,
Y entre el bullicio de la turba loca
Sentimos del murciélago velludo
Las repugnantes alas en la boca.

VIII

Cuando al enfermo espíritu no asaltan
Pueriles y fantásticos terrores,
Basta para amargar nuestra vigilia
El recuerdo tenaz de los dolores.
En tanto que la luz el cielo inunda,
Dormitan en sus celdas los recuerdos;
Mas, como hileras de callados monjes
Que el claustro cruzan y á rezar maitines,
Calada la capucha, entran al coro,
Así, ceñudos, los recuerdos vienen
Cuando la noche lúgubre promedia,
Y torvos junto al lecho se detienen
Levantando sus cantos de tragedia.

IX

¡Ah! Con cuánta ansiedad espera el alma,
Como el árbol y el pájaro, la hora
Que sobresaltos y temores calman,
Luctuosa madre de la rubia aurora!
También la prisionera, la cautiva
Del miserable cuerpo, luz desea,
Como la flor que en sótanos obscuros,
Buscando la enrejada claraboya,
Trepa difícilmente por los muros.

Un sosiego infinito se difunde
En alcobas y campos: el enfermo
Cierra, por fin, los párpados cansados;
Y la esposa, que vela diligente,
Ahogando los sollozos de su pecho,
Deja ya de rezar, dobla la frente,
Y duerme fatigada al pie del lecho.

Todo es blando rumor: en la cornisa
La golondrina matinal gorjea,
Y alegre llama á la primera misa
La aguda campanita de la aldea.
Cerrado está el cancel, la iglesia obscura;
Pero ya se oye en la pequeña nave
La tos cascada del anciano cura
Y el rechinar de la vetusta llave.
Se aproxima la luz: el gallo canta:
Pronto al primer agudo cacareo
Otro en la casa próxima contesta,
Y luego cien y mil: la ranchería,
Las dispersas cabañas, los corrales,
Elevan la sonora greguería
Con que saludan el albor del día
Los vigilantes gallos matinales.
A la voz de la alondra, en los encinos
Los zenzontles contestan: los pinzones
Con las tórtolas charlan en los pinos,
Y en el fresno rebullen los gorriones.
El leñador, de cuyo fuerte cincho
El hacha cuelga, deja su cabaña;
Y suena y se propaga en la montaña
De los nobles caballos el relincho.
El toro lentamente se endereza,
Alza el testuz, sacude la cabeza,
Y prorrumpe en mugido prolongado.
Corre el ágil lebrel. Madrugadores,
Se alejan los alegres cazadores
Por los límites verdes del poblado.

X

¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh día!
A tí se vuelve la creación entera!
De tu mirada brota la alegría;
De tu beso nació la primavera!
No apareces aún y ya presiente
Tu aparición la tierra jubilosa;
Escucha tus pisadas en la cumbre
Del nevado volcán; por cada poro
Quiere absorber la matinal frescura,
Y en tanto Venus sus pestañas de oro
Abre curiosa en la celeste altura.

No apareces aún, y todo canta!
Impaciente la vida ya despierta,
Más temprano que el alba se levanta
Para esperarte ¡oh virgen! en la puerta.
Te precede el perfume: los jilgueros
Se empinan en las ramas temblorosas,
Y tus heraldos, leves y ligeros,
Van derramando perlas en las rosas!
En la alcoba que aun tan sólo espías,
Bocas enamoradas cuchichean,
Y en los encajes de la luz que envías
Almas de nuevos seres aletean.
Solícitas bajando por las lomas
A la luz del lucero matutino,
Corren las brisas esparciendo aromas
En la atmósfera azul de tu camino.
Y como lluvia de purpúreas flores
Caída de las pálidas estrellas,
Bajan los sueños lúbricos, de amores,
Al lecho virginal de las doncellas!

XI

¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh día!
La tierra, como casta desposada
Que espera, en el umbral de la alquería,
De blancos azahares coronada,
Púdica y amorosa se estremece;
Los níveos brazos en el pecho junta,
Y con trémula voz, que desfallece,
Por su amado á los céfiros pregunta.

Vas á llegar! Estremecida y muda
La novia espera en el hogar abierto;
Y con voz formidable te saluda
El soberbio elefante en el desierto.
El carro solitario de la Osa
Halla en el mar incógnita guarida,
Y, vencedora al fin, surges radiosa
¡Oh luz! ¡oh claridad! ¡oh sol! ¡oh vida!

1884.

FIAT VOLUNTAS.

Al Sr. D. Alejandro Arango y Escandón.

¡Señor! á cada paso la dicha más se aleja
¿Por qué, por qué, Señor?
Todo en profundas sombras y obscuridad me deja,
Sí, todo, hasta el dolor!

De mis pupilas secas, el llanto ya no brota,
Se inclina mi cabeza,
Y como en hondo pozo, cayendo gota á gota,
Me baña la tristeza.

Ayer, lleno de orgullo, la frente alzaba al cielo
Desde la tierra, erguido;
Hoy, heme aquí en el polvo, mis brazos en el suelo,
Cual un cedro caído.

Ayer, el universo para mi gran destino
Creí pequeño espacio;
Hoy miro ya mi pecho, cual mira el peregrino
Las ruinas de un palacio.

Cual las hurtadas joyas en antro cavernoso
Repártese el bandido,
Así repartió el mundo mis penas codicioso,
Y nada fué escondido.

Mi alma que del mundo y el vano vocerío
Huyó siempre cobarde,
Es ya como taberna, do en olas el gentío
Se agolpa por la tarde.

Y pasan meneando con pena la cabeza
Los que antes hube amado,
Me ven, y no se curan de hablarme en mi tristeza,
Que todos me han dejado.

A solas con mi llanto ya no puede espantarme
Vivir conmigo mismo:
Los que de mí se alejan, murmuran al dejarme
Que vuelven del abismo.

Camino taciturno: mi labio sólo invoca
La santa fe cristiana,
Y mírame la noche de pie sobre la roca
Do vióme la mañana.

¿Cuyo será el misterio, Señor, que tú encerraste
En mi alma de culpado,
Si para abrir el surco que en mi ánima cavaste
Sirvió el dolor de arado?

Mi alma es como lirio que en la extensión desierta
No anima brisa blanda;
Mendigo de la dicha, yo voy de puerta en puerta,
Y todos dicen: anda!

Señor, ¿por qué enderezas hacia la luz mi paso,
Si nunca he de encontrarla?
¿Por qué pusiste en mi alma la sed en que me abraso
Si nunca he de saciarla?

La luz que iluminaba en antes mi camino
Ahora ya me deja,
Y digo yo á la dicha lo mismo que el marino
Al puerto que se aleja.

Señor, tú la amargura repartes al humano,
Al fuerte, al que flaquea;
Como amo cuidadoso, llegando muy temprano,
Divides la tarea.

Empero, nada importa: mis ansias ya no anhelan
Los lauros ni las palmas,
Y vivo contemplando el cielo á donde vuelan
Las alas y las almas.

No quieras que yo aparte de tí mi confianza,
En todo, Señor, brillas;
Y para ver tus obras que la mirada alcanza,
Me pongo de rodillas.

———

Respeto yo tus juicios: tal vez la dicha viene
Tras este amargo luto;
Cual la dorada poma á la raíz contiene,
Y la raíz al fruto.

———

La nube que fecunda regando blandamente
Los surcos de la tierra,
Al trémulo marino que asómase en el puente,
Con la borrasca aterra.

———

Lo que hoy yace en el fango cual una masa inerme
Será mañana rosa,
Y hasta la inmunda larva, que entre las sombras duerme,
Se torna en mariposa.

———

Por eso nunca, nunca, me espanta ni me asombra,
Señor, la adversidad:
Que todo en esta tierra por una parte es sombra;
Por otra, claridad.

———

Yo sé, señor, que ahora las penas y los males
En mi alma prevalecen;
Mas son como luciérnagas, que en torno á los rosales
Se agitan y perecen.

———

Mi alma será lavada; con tu divino aliento
La harás brillar un día,
Como se lava el mármol del blanco pavimento
Pasada ya la orgía!

Á UNA NIÑA.

Entras al mundo por ebúrnea puerta;
La calma tienes; el dolor ignoras;
Y hay en tu ser, que apenas se despierta,
La azul obscuridad de las auroras.

El ansia del placer, los sueños tristes,
Huyen tu tierno corazón dormido,
Y aún, cuando en la alcoba te desvistes,
No te hablan los amores al oído.

Alas ostentas y volar no sabes;
Rompes juguetes, voluntades juntas,
Y apenas, niña, como tiernas aves
Comienzan á agitarse tus preguntas.

Tus padres te despiertan, y de prisa,
Sin ocultar del seno la turgencia,
Andas por las alfombras en camisa,
Con el casto impudor de la inocencia.

Tú sólo lloras si tu madre llora,
Sufres..... cuando el canario se te vuela;
Te enfadas..... con la madre superiora,
Y riñes..... con las niñas de la escuela.

Como perfume de naciente rosa,
Pasas inmaculada por la vida;
Eres ángel; mañana serás diosa;
Tus padres te aman, y el dolor te olvida.

1882.

DE MARGARITA.

Un rizo tengo aquí de tu cabello:
Rizo que con malicia y travesura,
A la trenza que enroscas en tu cuello
Robé como reliquia de hermosura.

Para adquirir ¡oh, diosa! tal tesoro,
Rostchild y Vanderbilt son muy pequeños;
Con este breve pedacito de oro
Voy á comprar el mundo de los sueños.

Aquí está.....! Si me acerco, si respiro,
En el blanco papel bulle travieso;
Por eso, triste, sin hablar, lo miro,
Y con los ojos nada más lo beso!

1883.

PARA UN ÁLBUM.

El verso es ave: busca entumecido
Follaje espeso y resplandores rojos:
¿Qué nido más caliente que tu nido?
¿Qué sol más luminoso que tus ojos?

1883.

Á LA SEÑORITA

LUZ LANDERO.

Como una alcoba de virgencita,
Como una ermita,
Como la concha más tornasol,
Como la caja de blanco armiño,
Como la cuna de rubio niño,
Como la cárcel del caracol;

Así es tu álbum, nido escondido
Que por ser nido,
Buscan las aves para soñar;
Cofre de plata que guarda flores,
Lazos de seda, cartas de amores,
Versos escritos por tus cantores
Y perfumados con azahar.

Como en el coro monje sombrío,
Como en la alcoba lecho vacío,
Como el retrato del que murió,
Como mirada de hombre perverso,
Así en tu álbum queda este verso,
Y quedo yo!

Paso por tu álbum, como el profano
Cruza el solemne templo cristiano,
Bajos los ojos, lento el andar;
Mi fe renace, la frente humillo,
Tiendo los brazos y me arrodillo
Frente al altar!

***

Cuando del baile triste regresa,
Deja la hermosa sobre la mesa
El guante roto, la seca flor:
Así en tu álbum, mármol brillante,
Queda este verso, como ese guante
Entre las rosas del tocador!

1883.

RESURREXIT!

Tu amor no muere en mí! Su sien helada
Late junto á mi pecho dolorido:
Intacto está tu altar, blanca enlutada;
Tu amor no muere en mí: vive dormido.

1883.

LA ABUELITA.

Tres años hace murió Abuelita:
Cuando la fueron á sepultar,
Deudos y amigos en honda cuita
Se congregaron para llorar.
Cuando la negra caja cerraron,
Curioso y grave me aproximé,
Y al verme cerca, me regañaron
Porque sin llanto la contemplé.
Dolor vehemente rápido pasa:
Tres años hace que muerta está,
Llovieron penas, y nadie, en casa,
De mi Abuelita se acuerda ya.
Yo sólo tengo luto y trizteza,
Y su recuerdo fuerza cobró,
Como del árbol en la corteza
Se ahonda el nombre que se escribió.

1883

PARA EL ÁLBUM DE UN AMIGO.

¡Ay, cuantas cosas tengo en el pecho
Que en chorro inmenso quieren brotar!
¡Ay, y qué muda siento mi alma,
Y qué impotente mi voluntad!
Soy carcelero de mis quejidos,
Soy un avaro de mi dolor,
Mato á mis hijos y los entierro
En lo más hondo del corazón.
¿Por qué mis penas en celda viven?
A claustro y tocas las condené,
Y sé que tienen trizteza y hambre.....
Que tienen hambre, que tienen sed!
¡Oh mis reclusas! ¡oh monjas mías!
En el convento vivid en paz,
Que no hay consuelo para vosotras
Y es muy perversa la humanidad!
Si doloridas salís al mundo,
A risa y mofa provocaréis.....
¡Mejor la toca! ¡mejor el claustro!
Yo nunca, penas, os dejaré!
Para mis dichas, abro la jaula;
Ya sé que vuelan..... ¡aves al fin!
Pero vosotras no tenéis alas
Y sois constantes ¡quedad aquí!
Las dichas tienen rico plumaje.....

Esas que luzcan su juventud!
Para las penas que tanto lloran,
No hay más abrigo que el de la cruz.
¡Volved, mis monjas, al monasterio·
Velo muy negro siempre os cubrió;
Rezad llorosas lejos del mundo
Que allí se puede creer en Dios!
De mis dolores y desencantos
Dueño absoluto siempre he de ser;
Sólo á la muerte que es muy callada,
En un suspiro se lo diré!

1883.

A ISABEL.

¿Versos me pides? El desierto nido
No pueblan ya los pájaros cantores,
Las hojas de los cedros han caído
Y los versos huyeron con las flores.

En otro tiempo, como turba alada,
Llegaba á mi balcón la poesía,
Y de los versos la gentil parvada
Mi mesa y mis papeles revolvía.

Hoy en vano procuro detenerla
Y escucho sus canciones de cariño,
Como quien oye hablar, sin comprenderla,
Una lengua que supo cuando niño.

Pero lo quieres tú y en el piano
La música otra vez sus ondas mueve;
¿Qué otra mano, Isabel, si no tu mano,
Puede encontrar violetas en la nieve?

¿Qué bardo tu beldad no cantaría,
Si todo lo dominas y avasallas,
Si eres, cuando hablas, la armonía;
Y la luz y el perfume cuando callas?

Tuya es mi inspiración, y pues la nombras,
Alzándose del túmulo escondido,
Como brota la luna de las sombras,
Resurge lentamente del olvido.

Todo lo puedes: cuando el agua miras
Perlas se vuelven las brillantes gotas,

Y cada vez que cantas ó suspiras,
El aire todo transforma en notas.

Qué risco habrá tan árido y desnudo
Que no brote una flor bajo tu planta;
Si hasta la roca de granito mudo
Cuando la hieres con tu vista, canta?

Por ser lo que en tus rizos se consume,
Por ceñir tu garganta y poseerla,
La molécula aspira á ser perfume,
La gota de agua á convertirse en perla.

Pasas, y con unánime albedrío
La alondra enamorada pára el vuelo,
Asómanse los peces en el río,
Y las castas estrellas en el cielo.

Inspiradora de las buenas cosas,
La pena endulzas, los dolores calmas,
Y el perfume que robas á las rosas
Derramas en el seno de las almas.

Como á Homero la Grecia, de tu cuna
Dispútanse los astros el tesoro:
—¡Es blanca!—dice la apacible luna—
Y el sol—mirando tu cabello—¡es de oro!

¿De qué país color de rosa vienes?
En donde: ¡oh diosa! levantaste el vuelo?
Algo de Olimpo en la belleza tienes,
Y en tu excelsa virtud mucho del Cielo!

¿Qué alma no es tributaria de tu encanto?
¿Qué ave no te confunde con la aurora?
¿Qué lira puede acompañar el canto
Digno de tu alma y tu beldad, señora?

Antes de verte, las canciones mías
Sin fuerza ni calor, bogaban solas,
Como sirenas pálidas y frías
Postradas en el dorso de las olas.

Pero á tu vista, la onda se estremece,
El alba en las montañas se levanta,

Brilla el coral, la escama resplandece
La concha se abre y la sirena canta.
....
En vano intenta retratarte el hombre:
Si quieres tu belleza ver descrita,
Abre el «*Fausto*» inmortal, y pon tu nombre
En donde *Göethe* puso: *Margarita*.

1883.

MADRE NATURALEZA.

Madre, madre, cansado y soñoliento
Quiero pronto volver á tu regazo,
Besar tu seno, respirar tu aliento
Y sentir la indolencia de tu abrazo.

Tú no cambias, ni mudas, ni envejeces;
En tí se encuentra la virtud perdida,
Y tentadora y joven apareces
En las grandes tristezas de la vida.

Con ansia inmensa que mi ser consume
Quiero apoyar las sienes en tu pecho,
Tal como el niño que la nieve entume
Busca el calor de su mullido lecho.

¡Aire! más luz! una planicie verde
Y un horizonte azul que la limite,
Sombra para llorar cuando recuerde,
Cielo para creer cuando medite!

Abre, por fin, hospedadora muda,
Tus vastas y tranquilas soledades,
Y deja que mi espíritu sacuda
El tédio abrumador de las ciudades.

No más continuo batallar: ya brota
Sangre humeante de mi abierta herida,
Y quedo inerme, con la espada rota,
En la terrible lucha por la vida.

Acude, madre, y antes que perezca
Y bajo el peso del dolor sucumba;
O abre tus senos, y que el musgo crezca
Sobre la humilde tierra de mi tumba!

1881.

DESCONOCIDA.

Para amar una vez—¡una siquiera!—
Yo busco, pecador arrepentido,
A la inocente virgen que me espera,
Como cansada tórtola en su nido.

No sabe cuando llamaré á su puerta;
Antes de conocerme, ya me amaba;
Iré muy quedo, le diré: despierta!
Y ella contestará: Ya te esperaba!

Ver me parece la tranquila casa,
Llena de luz, de pájaros y flores,
La baña el sol, y murmurando pasa
El viento por los anchos corredores.

No hay en las salas bronces señoriales
Ni decoran sus muros los espejos:
Los antiguos y cómodos sitiales
Están raídos por el uso y viejos.

En cambio todo cuanto allí juntóse
La vida honesta y la virtud revela:
Esa es la silla en que la madre cose;
Ése, el sillón en que murió la abuela.

¡Ah! ¡Con qué gozo sentirá mi pecho
Aquel ambiente de quietud y calma,
Y mis ojos verán el casto lecho
Donde duerme la amada de mi alma!

Todas mis fuerzas para ella guardo,
La busco en lo más santo y escondido,
Y luego, al regresar con paso tardo,
Murmuro cada noche: ¡no ha venido!

Será hoy!—pienso alegre, si risueño
Hiere el rayo del alba mi ventana,
Y por la noche, al entregarme al sueño,
Me dice la ilusión: será mañana!

Sé como es: en el hogar dichoso
La finge cada noche mi cariño,
Estrechando las manos del esposo,
Clavadas las pupilas en el niño.

Púdica flor de solitario valle,
Vive inocente en dulce confianza,
Y ningún brazo rodeó su talle
En las curvas lascivas de la danza.

No ha tocado jamás mano ninguna
De su corpiño los sedosos nudos,
Ni retrató la veneciana luna
Sus hombros escultóricos desnudos.

La ignora el mundo: por la tierra pasa
Con el lirio del ángel en la mano,
Y los umbrales de su pobre casa
No pisan las sandalias del profano.

¡Oh dulce! ¡oh tierna! ¡oh casta prometida!
Te siento cerca sin poder mirarte!
Pero si tú no existes en la vida
Mi amor tiene la fuerza de crearte!

Si eres flor, ¿donde estás? ¿Qué tierra inculta
Abrirse vió tus hojas de alabastro?
¿En qué desierto neptuniano, oculta
Brillas para otros mundos, si eres astro?

Tal vez en un rincón del universo
Como yo quiero, quieres y deseas,
Y acaso, blanca virgen, este verso,
Sin conocerme, pensativa leas.

¿Con qué mística voz he de llamarte,
Para que acudas pronta á mi reclamo?
¿En qué cielo remoto he de buscarte?
¿Cómo podré decirte que te amo?

Contemplando el camino é impacientes
Te guardan mis sencillas ilusiones,
Como esperan los niños inocentes
La vuelta de la madre, en los balcones.

La casa, á recibirte preparada,
Adornaron mis genios tutelares.....
Ya verás la escalera salpicada
Con hojitas de rosa y azahares.

¡Ah! cuando vengas y tu breve paso
Resuene en los alegres corredores,
Sobre tu falda de crugiente raso,
En fresca lluvia bajarán las flores.

¡Ven! Purifica la existencia mía,
Envuélveme en la nube de tu velo;
Que mire á Dios, como antes le veía,
Á través de tus rizos, en el cielo!

Todos mis sueños sin cesar te llaman;
Serás en mi existencia, bien amado,
Como el óleo bendito que derraman
En el ara del templo profanado!

1884.

LA DUQUESA JOB.

A Manuel Puga y Acal.

En dulce charla de sobremesa,
Mientras devoro fresa tras fresa
Y abajo ronca tu perro Bob,
Te haré el retrato de la duquesa
Que adora á veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
Caricatura, ni la poblana
De enagua roja, que Prieto amó;
No es la criadita de pies nudosos,
Ni la que sueña con los gomosos
Y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
No tiene humos de gran señora:
Es la griseta de Paul de Kock.
No baila *Boston*, y desconoce
De las carreras el alto goce,
Y los placeres del *five o' clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta,
Ni los querubes que vió Jacob,
Fueron tan bellos cual la coqueta
De ojitos verdes, rubia griseta
Que adora á veces el duque Job.

Si pisa alfombras, no es en su casa;
Si por Plateros alegre pasa
Y la saluda Madam Marnat,
No es, sin disputa, porque la vista;
Sí por que á casa de otra modista
Desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita,
Pero es tan guapa, y es tan bonita,
Y tiene un cuerpo tan *v'lan* tan *pschutt*,
De tal manera trasciende á Francia
Que no la igualan en elegancia
Ni las clientes de Hélene Kossut.

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita, ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
En las baldosas! ¡Con qué meneo
Luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia
Mira á los hombres, y con qué gracia
Frunce los labios—¡Mimí Pinson!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
Ella, ligera como una cebra,
Sigue camino del almacén;
Pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!
Nadie le salva del sombrillazo
Que le descarga sobre la sien!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
Esprit rociado de Veuve Clicqot;
Talle de avispa, cutis de ala,
Ojos traviesos de colegiala
Como los ojos de Louise Theo!

Ágil, nerviosa, blanca, delgada,
Media de seda bien restirada,
Gola de encaje, corsé de ¡crac!
Nariz pequeña, garbosa, cuca,
Y palpitantes sobre la nuca
Rizos tan rubios como el cognac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
Nada hay más bello que el arremango
Provocativo de su nariz!
Por ser tan joven y tan bonita,

Cual mi sedosa, blanca gatita,
Diera sus pajes la emperatriz.

¡Ah! tú no has visto cuando se peina,
Sobre sus hombros de rosa reina
Caer los rizos en profusión!
Tú no has oído qué alegre canta,
Mientras sus brazos y su garganta
De fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos.....! ¡Con qué alegría
Oye en su lecho bullir el día
Y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurruca la perezosa,
Bajo la colcha color de rosa,
Mientras á misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
Cubre sus rizos, el limpio traje
Aguarda encima del canapé;
Altas, lustrosas y pequeñitas,
Sus puntas muestran las dos botitas,
Abandonadas del catre al pie.

Después ligera, del lecho brinca,
¡Oh quién la viera cuando se hinca
Blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
Las niñas ricas, la aristocracia,
Ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
Con apetito los dos tomamos
Un par de huevos y un buen beefsteak,
Media botella de rico vino,
Y en coche juntos, vamos camino
Del pintoresco Chapultepec.
.....
.....

Desde las puertas de la Sorpresa
Hasta la esquina del Jockey Club,
No hay española, yankee ó francesa,
Ni más bonita ni más traviesa
Que la duquesa del duque Job!

1884.

Para el álbum de una hermosa.

¿En qué verso, en qué mágica leyenda
De poeta gentil, hube entrevisto
De tu hermosura el resplandor? ¿Fué acaso
En un lienzo de Rubens? ¿En Virgilio?
¿De Bion de Smirna en el fragante idilio,
O en las estrofas del gallardo Tasso?

¿Eres la fresca y joven campesina
Que Anakreön cantó? ¿La virgen noble
Que al cruzado esperaba en el castillo?
¿De mirtos y de rosas la corona
Ciñe graciosa tus ebúrneas sienes?
¿O, fugitiva, del Olimpo vienes,
Y te llamas ¡oh prófuga! Pomona?

¿De qué rosas los ángeles formaron
Tu epidermis süave? Dí: las brisas
Nacen entre tus labios, y allí apuran
La frescura que tienen tus sonrisas?
¿Eres la hermosa y joven hechicera
Que abre las puertas del jardín de Armida,
O viniste entre flores á la vida
A la vez que nació la Primavera?

Sólo sé que tu encanto
Almas subyuga; que, por tí hechizada,
Vive la luz en tu pupila hebrea,
Y que, ufana, riendo, coquetea
En tu limpia mirada.
Sólo sé que al mirarte recordamos
Las altivas y jóvenes guerreras

De fuertes brazos y arrogante cuello,
Que cruzaban las árabes colinas,
Y que en tu negro, undívago cabello,
Aun proyectan su sombra las sabinas.
Sólo sé que formaron los amores
Tus pupilas, con noches tropicales;
Tus labios juguetones, con corales;
Y tu cuerpo, con flores!

1884.

EN SU ALCOBA.

¡Oh blanca alcoba de mi bien amado!
¡Cómo al sentirte el corazón palpita!
Quiero entrar..... y deténgome callado
Cual Fausto en el jardín de Margarita.

Todo en tu casto y amoroso ambiente
Respira calma, castidad, pureza:
Allí descansa la marmórea frente.....
En esa silla, por la noche, reza.

Dejad que aquí con avidez respire
El perfume de ella desprendido,
Que en el espejo en que se ve me mire,
Y que guarde la puerta de su nido.

Dejad que á su camita perfumada
Me acerque palpitante, y, de rodillas,
Los labios ponga al fin en la almohada
Que ha sentido el calor de sus mejillas.

Aquí, como la aurora entre celajes,
En la mañana, al despertar risueña,
Descorre poco á poco los encajes
Que la envuelven y cubren cuando sueña.

Las flores que la envié por la mañana
Están allí, con sus azules lazos,
Junto á la blanca y honda palangana
Que aun conserva el aroma de sus brazos.

Ese peine ha tocado su cabello,
Y ese níveo listón y aquéllos rojos,
Son los que ciñen su divino cuello
Y desato al mirarla con los ojos.....

¡Lámpara breve que su mano toca,
Cuéntame si á tus tímidos reflejos
Ves entornarse su carmínea boca
Esperando los besos que están lejos!

¡Cortina que la ves dormir en calma
Cuando reina la sombra muda y fría,
Dime si por las noches sale su alma
Para hablar un momento con la mía!

1884.

TRAS LOS MONTES.

—

¡Pobre alma! golondrina que no tiene
más nido que tu amor, dulce bien mío,
pájaro errante que á buscarte viene
empapadas las alas de rocío.

Deja, sí, deja que á tu choza vuelva:
hierven las aguas del arroyo inquieto
y extienden las encinas en la selva
sus inmóviles brazos de esqueleto.

El valle con la noche se ennegrece,
duermen las flores y las fresas rojas,
y á veces la luciérnega parece
una lágrima de oro entre las hojas.

Huyen las aves con medroso vuelo,
rozan sus alas la campiña muda,
y negra nube atravesando el cielo
como gigante vívora se anuda.

¡Ay! qué negra es la noche de la vida!
¡Qué largo este camino! Casi muerta
el ave de mi alma, entumecida,
á caído sin fuerzas en la puerta!

El bosque obscuro atravesar no quiere,
ya no puede volar á la montaña,
la lluvia moja su plumaje, y muere
sin sentir el calor de la cabaña.

Ábrele, que en sus alas han caído
las hojas, secas ya, de sus amores,
todas las tempestades del olvido,
y la lluvia de todos los dolores.

1884.

PARÍS, 14 DE JULIO.

(Cátulo Méndez).

I.

En camisa, el pie de Rosa
En el pantuflo escondido,
Entorna el balcón curiosa,
Fatigada y calurosa
Por lo mucho que ha dormido.

¿Lloverá? En la chimenea
La facunda tropa alada
No bulle ni travesea;
Todo en el plomo pardea
De la mañana nublada.

Y viendo las nublazones
En masa compacta y recia,
Rosa piensa en los balcones
Adornados con listones
Y faroles de Venecia.

Lloverá! Festones, galas,
La lluvia á mojaros va!
Y quedaréis en las salas
Como el ave que sus alas,
Herida, arrastrando va.

Globos rojos, vivas flores,
Por el chubasco bañados
Vais á quedar sin fulgores
Cual ojos de mil colores
De lágrimas empapados.

Y el idílico sombrero
Con que en la gran fiesta pública
Quisiste honrar con esmero,
Á tu querido primero,
Y después á la República,

Será en tu rubia cabeza
Tan gallarda y olorosa,
Flor de mágica belleza
Moribunda de tristeza,
Como tu espíritu, Rosa.

Con tus lágrimas sencillas
La pupila azul empañas;
Pero llega de puntillas
Tu novio, ve tus mejillas
Y te besa las pestañas.

Después, el índice alzando
En que tu alianza se ve,
Te va alegre señalando
Los rayos del sol flotando
En el espacio *ouaté*.

Ya el sol sus dardos arroja
Sobre los techos de enfrente,
Cesa tu infantil congoja
Y la inmensa gloria roja
De la luz, rompe el Oriente,

En tanto que el novio besa
Con beso franco y sonoro
Tu garganta de princesa,
Tus rojos labios de fresa
Y tus cabellos de oro.

Ya en el gracioso sombrero
Con que en la gran fiesta pública
Quisiste honrar con esmero,
Á tu querido primero,
Y después á la República,

Puedes alegre y ufana
Pensar, Rosa, sin temor,
Sonriendo á la mañana
Con la dicha soberana
De la luz y del amor.

II.

¡A los campos, á Versalles!
Convidan allí á beber,
Formando compactas calles,
Los fonduchos y tendalles
De otra nueva Brinviliers.

¡A las playas temblorosas
Que azotan los vientos urdos,
Y adonde acuden curiosas
Hasta las más pudorosas
Para ver hombres desnudos!

A los casinos alpestres
En que se toma cognac
Mientras músicas pedestres
En plataformas agrestes
Tocan polkas de Offembach!

Pollos, gomosos, cocotas,
Arlequín, Pierrot, Don Juan,
Sportmen, falsas mascotas,
Prostitutas y devotas
Olientes á Ylang-Ylang;

Id en trenes ó carruajes
A donde os plazca reir,
Luciendo cuerpos y trajes,
Que ni envidio vuestros viajes
Ni á Versalles he de ir.

Yo entre el pueblo tumultuoso
Que habla y canta sin reposo
Iré (¿) sólo con mi amor,
Viendo ondular orgulloso
El pabellón tricolor.

Ver la turba me recrea
Cuando bulliciosa ríe,
Brinca, blasfema, codea
Y como océano olea,
Y como París, sonríe!

No más cátedra. ¡Arrogantes,
Oh banderas, flamead!
Lucid, faroles; triunfantes,
Celebremos delirantes
La sublime Libertad.

Mi balcón como áscua de oro,
Incendio en que arden mil flores,
Guarda todo mi tesoro,
Y pongo en verso sonoro,
Oh bandera, tus colores!

Rosa, entre la turba espesa
Acudiendo á mi reclamo,
Conmigo marcha traviesa,
Y canta la Marsellesa
Mientras le digo: te amo.

¿Donde hay mayor hermosura?
En su voluble canción
El patriotismo fulgura,
Pues de la diosa Locura
Se hace la diosa Razón

Dan al aire sus sonidos
Los instrumentos de cobre;
Ven y valsemos unidos,
En la calle confundidos
Con el soldado y el pobre.

Quiero cumplir tus antojos
Y que en mis brazos ondules,
Y ver, griseta, en tus ojos
Los cohetes, astros rojos,
Y las estrellas azules.

En nuestra alcoba después,
Cuando el cansancio nos rinda,
Del peinador á través
Veré, postrado á tus pies,
Tu forma púdica y linda.

Cuando tu mano me apriete
Y amorosa me sujete,
Verás cómo, con malicia,
Celebra el postrer cohete
Nuestra primera caricia

1884.

EN UN ABANICO.

Pobre verso condenado
A mirar tus labios rojos
Y en la lumbre de tus ojos
Quererse siempre abrasar;
Colibrí del que se aleja
El mirto que lo provoca,
Y ve de cerca tu boca,
Y no la puede besar!

1884.

DE AMORES.

Para tus rizos son estas flores;
Son estas perlas para tu cuello;
Para tu oído, todos mis cantos;
¡Para tu boca todos mis besos!
Nada me pidan labios profanos!
Nada me pidan.....que nada tengo,
Que todo es tuyo, mi blanca reina,
Como los astros son de los cielos.

¡Cuánto me apiado de los esclavos!
¡Y no medito que eres mi dueño!
Odio cadenas ¡y me las ciño!
Combato reyes ¡y soy tu siervo!
De pie y erguido, frente á los grandes,
Su áurea corona miro altanero.....
Pero delante de mi reinita
Ya no soy libre, ni quiero serlo .....!

¡Dulce pobreza la que yo sufro
Porque te he dado cuanto deseo!

II

Un beso te quiero dar;
Pero, de fijo, no sé
Ni cómo lo he de empezar.....
Ni cuándo lo acabaré.

III

¡No morirás, oh virgen adorada!
Puede romperse nuestra frágil vida,
Pero tu nombre pasará á los siglos:
¡A quien ama el poeta nadie olvida!

Todo perece: en el inmenso espacio
Envejecen los astros y se apagan.
De los seres excelsos
Como ligera nube pasa el culto;
Y en todas las conciencias combatidas
Hay algún Dios sepulto.....!

Mas á la virgen que cantó el poeta,
La muerte, de rodillas, la respeta!
Mientras alienta una alma
Que tenga sed de amor y mientras busque
Para expresar sus ímpetus el canto;
Mientras tengan los años primaveras
Y las pupilas llanto;
Mientras amor y penas sienta el hombre,
Será eterno tu nombre!

1885.

EN LA ORILLA.

El tedio, del dolor hijo bastardo,
En mi espíritu habita como dueño,
Y sin gozar ni padecer aguardo
La barca muda del eterno sueño.
¿Cuándo, barquero, de mi afán te dueles?
Hiende, por fin, las olas rumorosas,
Ven pronto.....con los últimos claveles,
Se fueron las postreras mariposas.

1885.

DE MIS "VERSOS VIEJOS"

RICHTER-SALVATOR ROSA.

Nada receles: con ligero vuelo
Alegres ninfas á esta roca llegan,
No sin vencer la voluntad de nuestro
Padre Océano.
Luego vencimos virginal vergüenza
Y por el éter en alado carro,
Los pies descalzos, acudimos todas
A consolarte.

ESQUILO.

I

Recuerdas de Richter, de Richter sombrío,
El verso tan triste, tan triste, tan frío,
En que habla del mártir clavado en la cruz?
Blancura sin sangre, blancura nevada,
De estatua yacente blancura callada,
Entreabre en el verso sus ojos sin luz.

Nos pinta el poeta la cripta, la fosas;
Los niños reviven; levantan las losas,
Y á Dios suplicantes, le dicen:—Ya! ven!—
Y Dios, sollozando, responde:—¡Mis muertos!
¡Me tienen clavados los brazos abiertos;
No puedo abrazaros..... he muerto también!

—Jesús—le preguntan—¿sin padre nacimos?
Si no nos conoce, si ya le perdimos,
Si no quiere vernos, si todo olvidó,
Apiádate entonces, tú danos un padre,
En tí fervorosa creyó nuestra madre.....
Jesús les contesta:—Soy huérfano yo!

Un rayo de luna, silente, muy leve,
De luz ya sin vida, de luz toda nieve,
Alumbra impasible la eterna orfandad:
El Cristo, ya exangüe dobló la cabeza.....
Se acerca á las tumbas la pobre tristeza,
Y dice á los niños:—Dormid. Olvidad!
.....
.....

Así, como esos tan pálidos niños,
En mí resucitan amores, cariños,
Y trémulos tienden los brazos á tí .....
Tú, virgen, entornas los párpados rojos;
Crepúsculo tibio de amor, en tus ojos
Despídese triste, muy triste de mí!

II

¿Recuerdas los versos del trágico griego?
Las fraguas de Hefestos, matrices del fuego,
Retando á los dioses, profana un titán;
De Zeus, el fulmíneo, la mano se crispa:
El hombre le hurta la mágica chispa,
Y eleva su incienso al hombre el volcán.

Ya tiene la grande, la enorme potencia,
Secreto inviolado, recóndita esencia
De acción y de hechizo, de aliento y de luz.....
La Fuerza invencida, sorprende al furtivo
Ladrón de su alma, y clávale vivo
En cruz de titanes: el monte de Elbruz.

El Padre Océano se yergue, levanta
Su turba de olas y al mártir le canta
La inmensa elegía, que no morirá:
Del Cáucaso tremen los ecos más hondos;
Piadosas, erectos los senos redondos,
Oceánides blancas acércanse ya.

Susurro de alas palpita en el aire,
Murmurio de espuma prendida al desgaire
En ola traviesa que brinca gentil;
Ruido ligero de místico velo
Que mármoles roza, con tímido vuelo
Se eleva del negro y abrupto cantil.

El mar acaricia las trenzas de oro;
Cual niebla, se alza del trémulo coro
Un húmedo, lento, sollozo de amor,
Del pálido mártir la faz se ilumina,
Y lánguida mece la onda marina
Los cuerpos desnudos que tiñe el rubor.

Así, como ese Titán Prometeo,
Clavado á la roca te vió mi deseo!
Tus cantos de amores inmóvil oí:
¡Oh brisa, columpia, columpia la ola!
No está en el espacio mi alma tan sola.....
¡Oceánides blancas, cantad junto á mí!

1885

MARGARITA.

¡Sí; pasa, blanca virgen, y tu fragante ramo
Al templo lleva pura.....! ¡De tí me alejaré!
Tus húmedas pupilas me dicen: ¡yo te amo!
Y aunque pudiera amarte, me digo: ¿para qué?

No quiero ser quien turbe con alma dura y seca
La calma de tu vida, la dicha de tu hogar.....
Sigue soñando amores junto á la pobre rueca,
¡Oh, tierna Margarita que anhelas despertar!

Yo sé que cuando sales ¡oh virgen! de la misa,
Con avidez me buscas, pensando siempre en mí;
Y que á la anciana dices: —no vayas tan aprisa—
Creyendo darme tiempo de que te encuentre así.

Yo sé que cuando llegas á tu escondida casa,
El rostro vuelves siempre, por ver si llego yo!
Y pensativa dices: ¿por qué, por qué no pasa?
Si amor por mí no siente ¿por qué me enamoró?

Que buscas mil pretextos, disculpas y ocasiones,
Astuta y previsora, para salir después;
Que dejas siempre abiertos ¡oh niña! los balcones
Y coses junto á ellos, por si pasar me ves!

Te engañas, virgen pura, tú estás enamorada
No del amante esquivo, del misterioso amor;
Y tu ternura ofrece su copa delicada,
Como su cáliz fresco la solitaria flor.

Yo miro entre tus labios el beso que aletea
Como en su nido el ave que acaba de nacer;
Y que tu seno ebúrneo su forma redondea,
Y que se va la niña y nace la mujer.

Yo sé que me encontrastes á tiempo en tu camino,
Que en misterioso amante tu corazón soñó;
Y que pudiera ahora, malvado y libertino,
Ceñirte con mis brazos, diciéndote: ¡soy yo!

No quiero con mi boca cerrar tus claros ojos,
Ni en mi profano vaso verter tu juventud;
Que tomen otros labios de entre tus labios rojos
La blanca mariposa que llaman la virtud.

Sigue soñando amores ¡oh blanca Margarita!
De tu jardín la puerta jamás traspasaré!
No soy el que esperabas para la amante cita.....
En otras manos busca la copa de Thulé

1885.

MUSA BLANCA.

(A. E. Guasp de Peris).

Obscura está la noche; desierta la pradera;
Los cierzos invernales azotan mi vidriera;
El chorro de la fuente no salta, helado ya;
El encinar se agita cual mar de negras olas.....
Y, en el sillón de cuero, con mi dolor á solas,
Del humo sigo atento la espira que se va.

Mis libros predilectos aguardan en la mesa;
Mas de tristeza y tedio el alma siento opresa
Y ni sonoros versos ni prosa he de leer.
De mi candil la mecha carbonizada muere.....
¡Qué triste está la alcoba del hombre á quien no quiere
Ni estrecha entre sus brazos amantes la mujer!

En este mismo sitio, anoche todavía,
En el cojín de raso su codo blanco hundía,
Y juntos nuestros cuerpos, hablábamos de amor;
Hoy...sólo de la ingrata como recuerdo queda
El abanico roto junto al mitén de seda,
Y en el sofá las rosas sin vida ni color!

Como enlutado esposo, mi espíritu sombrío
Se oculta de los hombres; mi corazón vacío
Está como la cuna del niño que murió.
Celoso de mi pena, como antes de mi amada,
Yo quiero entre mis brazos tenerla aprisionada,
Y que ninguno sepa las horas que pasó.

Como feroz burgrave que mata justiciero
A la culpable esposa, y con el mismo acero

Abre un sepulcro, á solas, del torreón al pie,
Así, lejos de todo, del mundo y mis amigos,
Mi amor estrangulado, yo mismo y sin testigos
En el jardín pequeño llorando enterraré.

Son castos mis dolores, cual la mujer honrada
Que sus ebúrneos senos oculta á la mirada
Y nunca ante el espejo desata su cendal:
Jamás podrá ninguno con atrevida mano
Tocar su vestidura, ni pisará profano
Curioso ó compasivo, su alcoba virginal.

¡A solas y callados...! ¡A solas, dolor mío!
¡Entre los cuatro muros del camarín sombrío,
A solas y callados quedémonos tú y yo!
Mas ¿qué pisadas oigo? ¿qué sombra ven mis ojos?
Cerrada está la puerta.....corridos los cerrojos.....
Ni el perro vigilante en el jardín ladró.

¿Quién es el que me asalta? Con iracundia tomo
Su brazo con mi mano, la daga por el pomo;
Cuando mi alcoba alumbra celeste claridad.....
Y atónito contemplo, soberbia, esplenderosa,
De blanco revestida, la estatua más hermosa
Conque soñado hubiera pagana antigüedad.

Sobre sus blancos senos, erguidos y redondos.
Cae una trenza rica de sus cabellos blondos
Cuya delgada punta le llega casi al pie;
Sandalias marfilinas son cárcel de su planta;
Sin flores el cabello, sin perlas la garganta
Vestida de sí misma, mi espíritu la ve!

Más púdica que Venus, más joven que Diana,
Por lo gentil de Grecia, por el mirar cristiana,
Desnuda, pero casta, á mí se adelantó:
Tocóme cariñosa..... Sus labios se entornaron.....
Y el hálito de mirto que leves exhalaron
Como oreante brisa mi alcoba perfumó.

LA MUSA.

¡Despierta ya, poeta! Despierta, soy la ausente,
Muy pronto los cristales helados de la fuente
En la marmórea taza cantando bullirán;

Veremos nuevas rosas cubriendo la pradera,
Y atravesando lentos el amplia carretera,
Cargados ya de mieses, los carros crujirán.

¡Despierta ya, poeta! Yo soy la poesía:
Me despediste ingrato, cuando en lluvioso día
Tu pérfida querida del lecho me lanzó;
Hoy sufres, y me encuentras. Tú lloras, y regreso,
Entre mis frescos labios palpita aún el beso,
Anímate, despierta, conóceme, soy yo!

En tanto que dichoso y extático vivías,
Pasaba yo anhelante las noches y los días
De tu balcón enfrente y oculta en el sauz;
Mirando si besabas los labios de tu amada,
Y luego, por las noches, tu sombra perfilada,
En las cortinas blancas, por apacible luz.

Así viviste ufano y en éxtasis eterno;
Las nubes del otoño, las nieves del invierno,
¡Cuán breves y fugaces pasaron para tí!
Cerrada estuvo siempre, poeta, tu ventana.....
En balde los jilgueros, cantando en la mañana,
Quisieron despertarte y habláronte de mí.

—¿Qué importa que los campos alfombre la nevada?
Que el sol desaparezca, y entre la fronda helada
Cadáveres de alondras encuentre el cazador?
¿Qué importa que el arroyo cansado se detenga,
Y que la tarde expire y que la noche venga,
Si en el hogar hay leña y en nuestro pecho amor?

¡Enlútese, en buena hora, la gran naturaleza!
¿Hay una primavera mejor que la belleza?
¿Hay pájaros que canten cual canta mi laúd?
¡Que en el cristal se cuajen las gotas de la lluvia!
¡Mientras mi cuello ciña tu cabellera rubia
Un sol en nuestras almas hará la juventud!

Así dijiste entonces, y luego, cuando Mayo
Los témpanos deshizo con su caliente rayo
E innúmeras luciolas poblaron el juncal,
También inútilmente la pálida mañana
Bajaba á despertarte, tocando á tu ventana.....
Cerrado estuvo siempre, poeta, su cristal!

Las aguas balbucientes, los húmedos botones,
La púrpura del cielo, las nubes de gorriones
Y el heno perfumado, miraste con desdén:
No viste de la aurora los escarpines rojos
Ni á la apacible tarde, de los azules ojos,
En su almohada negra hundir la blanca sien.

Ya elástico venado con retorcidos cuernos
Las ramas apartaba; ya tímidos y tiernos
Volaban los zentzontlis que el fresno cobijó:
—La caza nos espera!—te dijo la escopeta.
—¡Respira el aire libre!—cantaba la veleta,
Y—¡Escribe nuevos versos! mi lira suspiró.

Los pájaros siguieron cantando en el encino;
La corza en la montaña, la liebre en el camino,
Y en ancha pesebrera piafando tu corcel;
La rápida veleta moviéndose en el techo,
Tu amada entre tus brazos, las sombras en el lecho,
.....Afuera la mañana.....y vírgen el papel.
.....
.....

Tu alcoba está desierta; tu hogar no tiene fuego,
Tu alondra ya no canta; pero piadosa llego
Y esparzo en torno tuyo la vida y el calor.
La esposa que dejaste por la querida aleve
Regresa fatigada, cubierta por la nieve,
Pero trayendo intactas las flores del amor!

EL POETA.

¡Oh Musa de los tristes! ¡Oh joven compañera!
De Apolo Musagetes divina mensajera,
Riqueza para el pobre, consuelo para mí!
Extiéndeme tus alas, y en ellas escondido
Calor y fuerza cobre mi espíritu entumido,
Y olvide, dormitando, las dichas que perdí!

Tú sola nunca engañas, ni olvidas, ni abandonas!
Deja en mi frente ¡Musa! tus lauros, tus coronas,
Como en la cruz marmórea de losa sepulcral.
En pie junto á mi lecho, velando mi reposo,
Serás como la estatua del angel silencioso
Que sin hablar nos dice: ¡Tu alma es inmortal!

DE VASALLO.

¡Con qué inquieto volar mis ilusiones
rondando están tu casa hospedadora!
¡cuán terco el pensamiento,
á las extrañas súplicas esquivo,
mal se aviene á habitar mi entendimiento
y quisiera seguirte fugitivo!

¡Como en delgada red de estrecho hilamen
y á manera de peces descuidados,
en tu gracia gentílica retozan
mis sueños para siempre cautivados!

Cayeron sin sentido; uno por uno:
los rehacios primeros;
luego los otros en tropel, cual brota
el agua de los pródigos veneros.
y cuantos nacen, ágiles y raudos,
corren á donde está la red tendida,
sin que haya escollo que la marcha ataje
ni mano á libertarlos prevenida!

Bien de grado, señora,
dócil acepta el blando cautiverio,
y cuantos sueños mi ánimo atesora
te doy para vasallos de tu imperio.

Más bella soberana
nunca entrevió mi joven fantasía,
ni fué tan pura la apacible Diana
que sólo en sueños á Endymion veía.

Anhele libertad el sin ventura
á quien sujeten vínculos de hierro,
y, soñando en la luz, ve más obscura
la entenebrida noche de su encierro;
mas no quien tiene por suaves lazos
las del trono gentil orlas de flores;
que si cadenas son tus blancos brazos,
yo quiero que estén presos mis amores!

Cuanto existe, señora, es prisionero:
la perla, de su concha nacarada;
de las nocturnas sombras, el lucero;
la vida, de la luz; yo, de mi amada.

1886.

CALICOT.

A Anselmo Alfaro.

—Abre la puerta, portero,
Que alguno tocando está.
—Es el amigo cartero.
—En su gran bolsa de cuero,
Mi buen amigo el cartero
Qué traerá?

Ha diez años vivo ausente
De casa: ¿me escribirán?
¡Abre, que estoy impaciente!
¿Qué dirán al pobre ausente
Los que tan lejos están?
¿Qué dirán?—

Entra á la pobre casucha;
Sube listo la escalera,
Y se quita la cachucha
Y desata la cartera.
¡Ya está aquí!
Ya está la carta cerrada
Que mi madre idolatrada
Habrá escrito para mí!
¡Ya está aquí!

Con ojos que nubla el llanto
Se pone el pobre á leer,
Pero á veces llora tanto
Que casi no puede ver.
¿Qué será
Lo que le escriben al mozo,
Cuando, lanzando un sollozo,
Grita: Mamá! mi mamá!

Las manos, lacias y flojas,
Abre en hondo desconsuelo,
Y de la carta las hojas
Caen arrugadas al suelo.
Ya no es posible que acabe
De leerla; ya no ve!
¿Para qué, si ya lo sabe?
¿Para qué?

Besa el enlutado sobre
Y rompe el mozo á llorar.....
¡Diez años hace que el pobre
Dejó su tierra y su hogar!
¡Diez años hace, diez años,
Salió á buscarse la vida.....
Bajo los altos castaños
¡Que triste es la despedida!

La madre le dió un rosario,
El padre un abrazo estrecho.....
Y hoy al verse solitario,
Con qué ansia el pobre rosario
Oprime contra su pecho!

Á América le mandaron,
Con ahinco trabajó,
Y meses y años pasaron
Para el pobre *calicot!*
¿Á qué seguir la porfía?.....
La madre que le quería
Se murió!
Vendiendo cintas y gorros
Fué su trabajo fecundo;
Pero ya solo en el mundo
¿De qué sirven sus ahorros?

¿Quién los ojos de mi anciana
Buena madre cerraría?
¿Quién la humilde cruz cristiana
En las manos le pondría?
Le esperaba mi buen padre.....
Á mirarlo no volví .....!
Hoy también mi santa madre
Duerme allí!

¿Por qué á América me enviaron?
Por qué el campo no labré?
Mis amigos me olvidaron,
A mis padres no enterré!
Los proyectos que formaba
La experiencia destruyó,
Y una joven que yo amaba
Ya con otro se casó.....!
Compañeros de montaña,
Que fortuna codiciáis,
Á la triste tierra extraña
No vengáis!

Así el mozo soliloquia,
Recordando en su quebranto
El humilde camposanto
Que domina la parroquia.
Ya los últimos luceros
La mañana disipó.....
Pasan ya tus compañeros.....
Al trabajo, *calicot!*

1886.

TO BE.

¡Inmenso abismo es el dolor humano!
¿Quién vió jamás su tenebroso fondo?
Aplicad el oído á la abra obscura
De los pasados tiempos.....
Dentro cae
Lágrima eterna!
A las inermes bocas
Que en otra edad movió la vida nuestra
Acercaos curiosos.....
¡Un gemido
Sale temblando de los blancos huesos!
La vida es el dolor. Y es vida obscura,
Pero vida también la del sepulcro.
La materia disyecta se disuelve;
El espíritu eterno, la substancia,
No cesa de sufrir. En vano fuera
Esgrimir el acero del suicida,
El suicidio es inútil! Cambia el modo,
El ser indestructible continúa!
¡En tí somos, Dolor, en tí vivimos!
La suprema ambición de cuanto existe
Es perderse en la nada, aniquilarse,
Dormir sin sueños.....!
¡Y la vida sigue
Tras las heladas lindes de la tumba!
No hay muerte! En vano la llamáis á voces,
Almas sin esperanza! Proeevedora
De seres que padezcan, la implacable
A otro mundo nos lleva. ¡No hay descanso!
Queremos reposar un solo instante
Y una voz en la sombra dice: ¡Anda!
Sí: ¡la vida es mal! Pero la vida

No concluye jamás. El dios que crea,
Es un esclavo de otro dios terrible
Que se llama el Dolor. Y no se harta
Él inmortal Saturno! ¡Y el espacio,
El vivero de soles, lo infinito,
Son la cárcel inmensa, sin salida,
De almas que sufren y morir no pueden!
¡Oh, Saturno inflexible, al fin acaba,
Devora lo creado y rumia luego,
Ya que inmortales somos, nuestras vidas!
Somos tuyos, Dolor, tuyos por siempre!
Mas perdona á los seres que no existen
Sino en tu mente que estimula el hambre.....
¡Perdón, oh Dios, perdón para la nada!
Sáciate ya. ¡Que la matriz eterna,
Engendradora del linaje humano,
Se torne estéril.....que la vida pare.....
¡Y ruede el mundo cual planeta muerto
Por los mares sin olas del vacío!

1886.

CONSEJOS.

Cuando se mueran tus ilusiones
Y ya no tengas fe en el amor,
Pliega las alas de tus canciones,
Busca en el cielo mundo mejor.

Nunca reniegues de tu creencia,
Nunca maldigas de tu existir,
Y por escudo ten la conciencia,
Por esperanza tu porvenir.

En los zarzales de este camino
Por donde cruza tu juventud,
Romper no dejes cual frágil lino
La veste blanca de la virtud.

Si sufres, piensa que en esta tierra
Todo entre sombras y duelo va,
Que es nuestra vida perpetua guerra
Y que muy lejos la dicha está.

Busca si lloras, el crucifijo,
Siempre tu madre contigo esté,
Sabe ser hombre, sabe ser hijo,
Espera, lucha, combate, cree!

1885.

POR LA VENTANA.

Prostituir el amor.....! llegar artero,
De noche, entre las sombras, recatado,
Esquivando los pasos, y, mañero,
La faz hundida, y el embozo alzado!

Tender la escala; con la vista alerta
Trepar por la pared que se desgrana,
Y á donde todos entran por la puerta,
Entrar como ladrón, por la ventana.

Apagada la luz, hablando quedo,
Temerosos, convulsos, vergonzantes,
Sintiendo juntos el amor y el miedo
Contar con avaricia los instantes.

Querer que calle hasta el reloj pausado
Que cuelga en la pared, alto y sombrío;
Ser joven, ser amante, ser amado,
Y, estando juntos, tiritar de frío!

Sentir el hielo que en las venas cunde
Cuando los nervios crispa el sobresalto;
Y maldecir la luna, si difunde
Su delatora luz desde lo alto.

Buscar lo más obscuro de la alcoba,
Y ver con vago miedo las junturas
Por donde entra la luz, como quien roba
Cobarde, vil, con antifaz y á obscuras.

Y temblar de pavor, si ladra el perro,
Y si las ondas de la fuente gimen;
De lo que es aire, sol, hacer encierro;
De lo que es un derecho, hacer un crimen.

Besar con miedo, sin rumor, aprisa,
Ir siempre de puntillas por la alfombra,
Y si el cristal hizo crujir la brisa,
Temblar, pensando que una voz nos nombra.

Cuando canta la alondra, retirarse
Atravesando la desierta sala,
Y suspenso en el aire, deslizarse,
Como vil bandolero, por la escala.

Haber envenenado una existencia,
Convertido en dolores el contento,
Y, huésped sepulcral de la conciencia,
Albergar un tenaz remordimiento.

Ver encenderse su mejilla roja
Temiendo acaso que el pavor la venza,
Y al hablarla, mirar que se sonroja
Y que baja los ojos de vergüenza.

Ese no es el amor, amor robado
Que se viste de falso monedero;
Ese no es el amor que yo he soñado,
Y si ese es el amor, yo no lo quiero.

1886.

TRES AMANTES.

I

¿Quién eres?—Un guerrero. Mi espada vencedora
Cien pueblos ha ganado.
Cuentan que no hay espejo más noble, mi señora,
Que el peto del soldado.
Creí ser indomable. ¡Mentira! Tu hermosura
Mi altiva frente humilla;
El paladín hercúleo de bélica armadura
Temblando se arrodilla.—
—Aparta! No me sirven, guerrero, tus laureles!
Busco mejor vasallo;
No estorbes mi camino. Apártate, que hueles
A crines de caballo!—

II

—Señora, soy el bardo. Poder ninguno iguala
Al noble poder mío;
Esmaltan las estrellas las plumas de mi ala
Cual gotas de rocío.
En mí reside y obra la potestad que crea
Espíritus y mundos;
No hay águila que vuele más alto que mi idea,
Ni abismos más profundos!
Yo haré de tu belleza la estatua de alabastro,
La Venus victoriosa;
De tu palabra, el himno; de tu mirada, el astro;
De la mujer, la diosa!
Como diamantes sueltos, en tus cabellos rubios
Titilarán luceros;

Y te daré por siervos, en vez de esclavos núbios,
Los siglos venideros!—
—Aparta! No con trovas ni voces de profeta
Molestes más mi oído;
Desprecio tus amores. ¡Apártate, poeta!
Remienda tu vestido!—

III

¿Quién eres?—El que mancha las almas, y el que roba
La honra y el decoro.
La cinta de tu veste, la llave de tu alcoba,
¡El oro..... soy el oro!
El viejo lujurioso que por la puerta espía
El baño de Susana;
La Celestina ronca, la repugnante harpía
Que ofrece cortesana.
Te espero. Yo soy Fausto. Como antes Margarita,
Del templo también sales:
Me acerco, y en tu oído, que trémulo palpita,
Murmuro: ¿cuánto vales?
Siebel enamorado te aguarda con un ramo
Para adornar tu pecho.....
¿Qué importa? Seré siempre para tu alma, el amo;
Para tu cuerpo, el lecho!
Tu castidad es cirio, respeto de los buenos,
Que yo al pasar apago;
De mármol son tus brazos; de mármol son tus senos.....
No importa: yo los pago.
Comercia con tus gracias, trafica tus hechizos
Y vende cuanto puedas;
Si amante me recibes, el oro de tus rizos
Convertiré en monedas
Se acerca el que esperabas. Entre mis áureos brazos
Todo placer se encuentra... .....

IV

La joven desanuda de su corsé los lazos
Y dice al crimen: Entra!

1886.

CON JULIETA.

¡Oh dulce ruiseñor, sigue cantando!
¿No ves cuán triste la apacible luna
Alumbra el bosque, y cómo, murmurando,
Se duerme la laguna!
¡Dulce poeta de brillantes alas
Que en el silencio de la noche velas,
Y cantas, para tí, cuando no te oyen,
Y á los tristes consuelas!
Sigue en la rama del gentil granado;
Nadie en el nido trémulo te llama.....
En el cielo, poeta enamorado,
Te está oyendo la estrella que te ama!

Tú, como yo, debes tener tristezas:
¿Por qué, á la hora del amor, el nido
Abandonas ligero?
¿Nadie te aguarda en él? ¿Nadie te quiere?
Estás enfermo como yo, y herido
Del imposible amor de que se muere!

Tu tierna serenata
La escucha sola, en el sereno espacio,
La casta Diana del carcaj de plata
Que vuelve pensativa á su palacio.....
Desdeñas á las aves: para ellas
Nunca tienes canciones,
Y cantas cuando brillan las estrellas
Y parecen dormidos los botones.
Escondes tu dolor y tu ternura
A las luces del día,
Y en el silencio de la noche obscura
Se abriga, como enferma, tu harmonía.

¿Quiénes oyen tus cantos? Los que sufren,
Los que no buscan el desierto lecho
Porque en él les aguarda la tristeza.....
¡O los que cantan himnos de terneza
Oprimiéndose pecho contra pecho!

La pena y el amor te escuchan sólo:
En el campo, las flores—esas mudas;—
En el espacio, las estrellas blondas;
Y bajo el terso manto de las ondas,
Las silenciosas náyades desnudas.

¡Sigue cantando, ruiseñor! Si cesa
Tu serenata, que al amor evoca,
La boca enamorada que me besa
Se apartará convulsa de mi boca

¡Oh, mi Julieta, la Julieta mía,
Bien sabe mi dolor que viene el día!

Hemos vivido un sueño muy hermoso,
Y yo no quiero despertar! Mañana,
Tal vez la escala que tendí afanoso
No colgará ya más de tu ventana!
Pero hoy, es hoy aún: el alma sueña,
Escucho al ruiseñor enamorado
Y en tu boca de grana, tan pequeña,
La canción de mi beso no ha cesado.

Tengo aún que decirte que te quiero.....
No lo he dicho bastante
Y necesito repetirlo ahora.....
Y ya viene el dolor..... viene la aurora!
¡Otro instante! ¡otro instante!

¡Oh, mi Julieta, la Julieta mía!
¿Por qué del grato sueño se despierta?
¿Por qué te he de mirar, pálida y fría,
Sobre la tumba de mis sueños muerta?

Sigue cantando, ruiseñor querido!
Nadie te espera en el desierto nido!

¡Déjame en sus cabellos esconderme.....
Déjame ver su rostro idolatrado.....
Sigue en las ramas del gentil granado,
¡Oh, canta, ruiseñor! ¡Alondra, duerme!

1886.

MONÓLOGO DEL INCRÉDULO.

A Emilio Rabasa.

La existencia no pedida
Que nos dan y conservamos,
¿Es sentencia merecida?
Decidme: ¿vale la vida
La pena de que vivamos?
Si es castigo, cuál pecado
Sin saberlo, cometimos?
Si premio, ¿por qué ganado?
Sin haberlo demandado,
Responded: ¿por qué vivimos?
Viva, en buena hora, el dichoso:
Si alegre en el mundo está,
Cuide su vida afanoso;
Pero el que sufre, el quejoso,
Decid: ¿por qué no se va?
Dióme el acaso la vida,
Y la muerte apercibida
Desde que nací me espera;
De modo que, cuando quiera,
Tengo franca la salida.
¿Por qué las penas afronto
Y en duro trabajo estoy,
Si puedo marcharme pronto?
Seré torpe, seré tonto,
Pero víctima, no soy!
Por mi voluntad batallo
Con los tropiezos que hallo;
Quejárame de la suerte
Si no existiera la muerte,
Pero como existe, callo!

¿Tengo miedo?.....¿Miedo á qué?
¿Al Dios cruel que me dió
Lo que no solicité?
Pues que sin quererlo entré,
Salgamos.....y se acabó!
Si de un Dios á la presencia
Llego, en saliendo de aquí,
Puedo decirle en conciencia
—No me gustó la existencia.....
¡Por eso la devolví!
Si es malo, aunque yo, obediente,
Soporte la vida acá,
Puesto que el dolor consiente,
Seguirá siendo inclemente.. ...
Y si es bueno.....premiará.
El combate es desigual:
Venga la muerte, mejor,
Y sabremos al final
Si ese Dios se llama el Mal
O si se llama el Amor.
¡Curioso es que soportemos
El trabajo y la aflicción,
Y, necios, nos asustemos
De seres, que no sabemos
Si existen, ni cómo son!
¿Es crimen para el forzado
Evadirse cuando pueda?
Pues el hombre condenado
Por no sabe cuál pecado,
Puede fugarse y se queda!
Bien está, si así le place,
Que la existencia no deje,
Si en padecer se complace,
Pero, por gusto lo hace,
Y entonces.....que no se queje.
No hay que culpar á la suerte
Ni su maldad reprocharla;
El hombre de ánimo fuerte
No llama tanto á la muerte:
Sale sin miedo á buscarla.
¿Por qué, no obstante, vacilo,
Cuando me brinda reposo
Ese hogar mudo y tranquilo?
¿Por qué de mi vida el hilo
No cortó al fin?.....¿Soy dichoso?

A medida que se avanza
En la senda del vivir,
Cual decrece la esperanza,
Va creciendo en lontananza
La esperanza de morir.
Mas la vida cautelosa
Nos ata con duros lazos,
Y en vano la muerte hermosa
Como una pálida esposa
Nos tiende siempre los brazos.
Con fin perverso y con maña,
Nos va enredando la vida
Entre sus hilos de araña,
Y, aunque la vida nos daña,
No encontramos la salida.
—Es verdad que no pedí
La existencia.....la encontré;
Pero luego que nací
A mis padres conocí,
Y, por fuerza, los amé.
Si el hombre, al nacer, pensara,
De fijo que se matara;
Para afianzar el tormento
Dijo Dios al pensamiento
Que ya muy tarde llegara.
Tarde.....cuando ya abrigamos
No esperanzas, sino amor,
Cuando á los padres amamos.....
De modo y forma que estamos
Bien clavados al dolor.
Tengo derecho á morir,
Mas no derecho á matar:
Y comprendo que al partir,
Si con la muerte he de ir
Me irá mi madre á buscar.
Puedo matarme sereno,
Pero mi madre adorada
Creerá que entre llamas peno;
Así es que no me condeno
Y á ella dejo condenada.
¿Cómo encontrar la salida?
¿Matarla al matarme?.....¡No!
Verdad que me dió la vida
Por mí tan aborrecida,
Mas ¡no supo que era yo!.....

aborrece la vida

Y cuando el cuello la ciño
Y me oprime el corazón,
Parece que su cariño
A mi alma amante de niño
Le está pidiendo perdón.
¡Oh, qué dolor tan artero!
Mas, por desgracia, bien sé,
Que todo aquí es pasajero.
Mi madre se irá primero.....!
Y entonces.....la seguiré!
Tengo aún que soportar
Ese infinito dolor.....
Pero luego .....¡á descansar!
¡Qué bueno sería marchar
En los brazos de su amor!
En este infinito anhelo,
En esta implacable guerra,
Los que nos atan al suelo
No son los monstruos del cielo,
Son los seres de la tierra.
¡Qué vida tan fementida!
¡Cuánta es su astucia! El placer
Nos obliga á dar la vida,
Y á la vida aborrecida
Nos encadena el deber!
Y este placer es fatal!
Es el instinto brutal
Que al destino darnos plugo,
Para asegurar el mal
Que será siempre verdugo.
Yo, que mido el hondo abismo
De la maldad y el dolor,
Con impiedad y cinismo
Quiero dar vidas.....yo mismo
Siento la sed del amor.
De suerte que engendraré
Otro ser tan desgraciado,
Y por fuerza lo amaré,
Y en seguida sentiré
Dolor de haberlo engendrado!
.....
¡Ah.....Me voy, y así sacudo
Este peso que me agobia!
¿Por qué tiemblo? ¿Por qué dudo?
¡Ay, que sollozando y mudo
Pienso en mi novia.....en mi novia!

¡Pobrecita! Casta y buena
Pasaba en su quieto hogar
La vida, siempre serena,
Y, por distraer mi pena,
Fuí su alma á despertar.
Mis promesas de venturas
Están en su mente fijas,
Consuelan sus amarguras,
Y esas esperanzas puras
Son mis hijas ¡son mis hijas!
Dí á sus ensueños calor:
Cuando mi existencia acabe
Verá burlado su amor.....
Yo sé que todo es dolor,
Pero ella no, ¡no lo sabe!
¿Por qué de su amor me escondo?
¿No me ama? Tiembla mi fe,
Y algo muy hondo, muy hondo,
De mi existencia en el fondo
Me contesta: ¡no lo sé!
Crédula acaso y prendada
De un verso noble y sonoro,
Creyó estar enamorada,
Y á un hombre que es humo, nada,
Dijo temblando: ¡te adoro!
¡Quién pudiera descubrir
El móvil de la pasión,
Con otra vida vivir,
Ser otra sangre y latir
Dentro de otro corazón!
Ver el ensueño adorado
Que ella en su pecho forjó,
Mirarse en él retratado
Y satisfecho y confiado
Poder exclamar: ¡soy yo!
Tal vez su amor es sincero.....
Tal vez con eterna fe
Me da su vida.....lo espero.....
Pero ¿la quiero.....? ¿la quiero.....?
Y más tarde, ¿la querré?
Amar y no ser amado
No es la pena mayor:
Ver el cariño apagado,
No amar ya lo antes amado
Es el supremo dolor.

Es como al sepulcro ir
Del pequeñuelo querido,
Y quererlo revivir,
Y la tristeza sentir
De hallarlo siempre dormido.
Es el pensar: ¡allí está!
Pero ya no, ¡ya no es!
Ya se fué donde se va
Lo que nunca volverá,
Lo que no tiene después!
.....
.....
Amor, si has de ver desvío,
Si no han de darte calor,
Tendrás hambre, tendrás frío,
Muérete pronto, amor mío,
Muérete, niño, mi amor!
Si pálido has de mirar
Tu puro y fresco semblante,
Si sólo has de agonizar,
Impotente para amar,
Muere, matando al amante.

***

¡Oh vida, la selva obscura
Por donde á tientas cruzamos
Con dolor y con pavura,
Si hay fieras en tu espesura
Despiértalas, y muramos!
En vano buscan salida
Las almas desesperadas,
Estás en mi alma, vida,
Como el puñal en la herida!
¡Yo, con las manos atadas!
Y tu poder es tan fuerte
Y tal luchamos los dos,
Que he llegado á aborrecerte:
O ven más aprisa ¡oh muerte!
O surge en mi sombra ¡oh Dios!

1887.

PARA EL ÁLBUM

DE UNA BELLA INCÓGNITA.

Oculta entre tus hojas
Cual la violeta,
Un canto me pediste:
¡Triste poeta!
Mi pobre lira
Sólo exhala sollozos,
Sólo suspira!

Para cantarte niña,
Tener quisiera
Los trinos melodiosos
De ave parlera,
Y los rumores
Del arroyo que cruza
Por entre flores.

Bella desconocida,
Violeta pura
Aunque la luz me ocultes
De tu hermosura,
Yo sé bien que eres
La más hermosa y buena
De las mujeres.

En vano del misterio
Con negro velo
Te cubristes, ¡oh niña!
¡Angel del cielo!
¡Casta paloma!
Ocultar nunca puedes
Tu dulce aroma.

Un ángel muy hermoso,
De faz serena,
Me dice que eres bella
Cual la azucena,
Y que tus ojos
A los mismos luceros
Causan enojos.

Y dice que de tu alma,
Cándida y pura
Es tan sólo un reflejo
Tu hermosura,
Por que es tu pecho
De amorosas palomas
Plácido lecho.

Que tus labios de grana
Son de ambrosía,
Y que es tu acento el ritmo
De la armonía,
Y tu sonrisa
Más dulce que el susurro
De suave brisa.

Ya ves cuál te conozco,
¡Oh niña bella!
Y sé que de este cielo
Tú eres estrella:
Bella encubierta,
Tu faz está á mis ojos
Ya descubierta.

Y puesto que lo quieres,
Albor del día,
De mi cantar escucha
La melodía:
Ángel de amores,
Mi canto es una ofrenda
De humildes flores.

Pintada mariposa, por en el jardín del mundo
Las flores de la vida te brindan con su olor,
Tranquila irás volando por el verjel fecundo
Siu que tus alas queme la llama del dolor.

No turbe la trizteza la paz de tu alma pura,
No vengan las pasiones tu pecho á emponzoñar,
El ángel de la guarda defienda tu hermosura,
Si duermes, niña hermosa, no anheles despertar.

No salgas de tu nido, castísima paloma;
No anheles el espacio cruzar con loco afán;
No olvides, niña bella, que oculto tras la loma
Con sus sangrientas garras acecha el gavilán.

Tú, virgen bondadosa, juzgando al mundo bueno,
En tu ardorosa mente te finges un eden:
De penas y amarguras tu corazón ajeno
Bendices á la vida como supremo bien.

Ignoras que el destino nos brinda con dolores,
Ignoras que se pierde del alma la ilusión;
No sabes que marchita la flor de los amores
No vuelve nunca, niña, la paz del corazón.

Mas no; no temas nunca que impíos los dolores
Conturben la que gozas dulcísima quietud,
Que no sufrieron nunca del hado los rigores
Las hijas amorosas y buenas como tú.

Cual plácido arroyuelo que corre sosegado
La tierra fecundando por donde quier que va,
Así la vida tuya, sin penas ni cuidado
Entre fragantes flores tranquila correrá.

La pálida gardenia por tí su aroma exhala
Las blancas azucenas se abren para tí,
Se inclina por mirarte la rosa de Bengala,
Las auras de la tarde perfuman tu pensil.

Hermana de esos seres que nacen á la hora
En que se tiñe el cielo de nácar y arrebol;
Aquí desde mi albergue te miro encantadora
Doquiera derramando aroma, paz y amor.

Por eso te consagro las notas de mi lira,
Que siempre de las flores las gracias yo canté;
Y lo que aquí á mi oído el céfiro suspira
En débiles estrofas te digo yo también.

Me dice que eres bella, que guardas en tu seno
Los gérmenes sublimes de santa inspiración,
Que al eco de una cítara, armónico y sereno,
Tu cáliz por beberlo se entreabre con amor.

Me dice que en tu tallo, tranquila, dulce, quieta,
La senda de tus padres perfumas con tu olor;
Me dice que coronas la frente de un poeta,
Que vives por que viva su amante corazón.

Me dice que de noche los mágicos luceros
Que saltan de las gasas de turbio nubarrón,
Derraman al mirarte más vivos reverberos
Y roban de tus hojas el pálido color.

Que al extender su manto la tenebrosa noche,
Cuando los astros vierten su desmayada luz,
Se ve que poco á poco cerrando vas tu broche
Y mustio y soñoliento te aduerme el aire azul.

Me dice que las ondas de fuentes cristalinas
Mas diáfanas se tornan al reflejar tu faz;
Y arrojan en tu cáliz sus gotas diamantinas
Y en plácidos murmurios su música te dan.

Que al desplegar sus velos azules la mañana,
Sacudes de tu cáliz el lánguido sopor,
Y te abres en tu tallo más pura y más galana,
La reina de las flores, la flor del corazón.

Me dice.....pero, niña, el céfiro ligero
Sus alas vaporosas empieza ya á batir.....
¡Huyó.....! quizá á tu oído se acerque lisonjero,
Y allá vaya á decirte lo que me calla á mí.

1876

La Cena de Noche Buena.

Á Manuel Zapata Vera.

Acercaos á la mesa,
Mis recuerdos, porque os llamo;
Id saliendo de la huesa
Muertecitos que yo amo!
Cosas idas, cosas muertas,
Ilusiones ya perdidas,
Acercaos á mis puertas,
Cosas muertas, cosas idas!
De la cena preparada
El salón está vacío,
Cae muy triste la nevada,
Tengo miedo, tengo frío!
Convidados á mi cena,
Muertecitos que yo amo,
Acudid á mi reclamo
Que esta noche es Noche Buena.
Está abierta mi ventana
Y la lluvia la salpica,
Mientras oigo la campana
Que repica.
Buen amigo, pobre hermana,
De mi casa los ausentes,
Venid todos tan aprisa
Como á esta hora van á misa
Los creyentes.

***

¡Pobre hermana que te fuiste,
Si vivieras todavía,

Cuando siento mi alma triste,
¡Cuántas cosas te diría!
¡Ven, y pronto, ven ahora!
Cuando llegue la mañana
Y á la misa de la aurora
Llame lenta la campana,
Terminada ya la cena,
Podrás irte, podrás irte,
Y tendremos que decirte:
¡Hasta la otra Noche Buena!
Pero ahora, mi hermanita,
Reina aún la noche obscura,
Deja, pues, ¡oh muertecita!
Tu callada sepultura.

***

Son las doce. Jesús nace;
Vuelvo el rostro al Nacimiento
Y la cera se deshace
Combatida por el viento.
Nadie cuida á los pastores,
Nadie canta villancicos,
Ni á la virgen llevan flores
Los ancianos y los chicos.
En el heno blanco y yerto
Está el Dios recién nacido,
Y al mirarlo allí dormido,
Me parece que está muerto.
¡Fe de niño, ven al punto!
Que tu voz me purifique.....
Y no viene, y me pregunto:
¿Por qué dobla ese repique?

***

Del árbol en las ramas
Mil velas arden,
¡Que no tarden los niños,
Que no se tarden!
¿Por qué no vienen
Si aquí tantos juguetes
Y dulces tienen?
Esta espada de acero
Para el más grande,

Y soldados de plomo
A quienes mande.
Y esta muñeca rubia
Tan bien vestida
Para la niña blanca,
Bien de mi vida.
Ya veréis cómo gritan
Los muy traviesos,
Y cómo los devora
Su madre á besos.
Pero el árbol se apaga,
Ninguno llega!
Y en la desierta alcoba
Ni un niño juega!

***

Seres que venís tan lejos,
¡Cómo ansían vuestros cariños
Los que tienen padres viejos
Y no tienen hijos niños!
¡Con qué impaciencia os imploro
Para mezclar con mis manos,
Vuestros rizitos de oro
Entre sus cabellos canos!
¡Amor que ennoblece y salva,
Ven pronto á mi hogar estrecho,
Que ya á la misa del alba
Están tocando en mi pecho!

***

Mis viajeros pequeñitos,
Mis ausentes adorados,
Los humildes muertecitos
A mi cena convidados;
Ya regresan de la misa
Los devotos, los creyentes.....
¡Mis amigos, mis ausentes,
Daos prisa, daos prisa!
Dejad ya con planta breve
Vuestro místico palacio,
Caminando tan despacio
Vendréis yertos por la nieve!
Mi esperanza que os desea

Como niña pobrecilla,
En la blanca chimenea
Puso ya la zapatilla.
Oir pienso vuestro paso,
Quiero ver, y no me atrevo,
¡Dejad pronto sobre el raso
Mi regalo de año nuevo!

***

¡No doblan las campanas,
No, que repican!
Plumas de alondra llueven
No nieve fría!
Dios ha nacido:
Jesús no yace muerto
Que está dormido!

***

¡Casta ilusión que me alientas!
¡Sueño de dicha sereno,
Si á mi cena te presentas,
Seré bueno, seré bueno!
Ya no vacilo ni dudo;
No miro mi hogar desierto,
Ni viendo al niño desnudo
Me imagino que está muerto.
Vive; con dulce sonrisa,
Entre sencillos pastores,
Ve á los que vuelven de misa,
Trayéndole muchas flores.
No pienso con desconsuelo
En los seres ya perdidos.....
¡Mis muertecitos queridos
Están cantando en el cielo!
El alba tibia clarea,
Venus en Oriente brilla!.....
¡Dejémos la zapatilla
En la blanca chimenea!

1886.

A CECILIA.

Busco en mi alma lo más obscuro,
Lo más secreto que exista en mí,
La estrofa virgen, el verso puro.....
¡Y nada encuentro digno de tí!

***

Llamo á mis versos y ya se han ido:
¿Por qué insensato los prodigué?
¿Por qué en mi alma, como en un nido,
Para este libro no los guardé?

***

Volved; oh versos de castos días!
Volved, alondras de la ilusión,
Y de perfumes y de armonías
Llenad de nuevo mi corazón!

***

Suave repique de la campana,
Toque del alba, místico acento,
Que la novicia por la mañana
Oye en la celda de su convento.....
¡Suave repique de la campana,
Llena de nuevo mi pensamiento!

***

Fresco perfume de aquellas huertas
Acurrucadas en la alquería,
Que de las rosas recién abiertas
Brotas apenas despunta el día.....
¡Fresco perfume de aquellas huertas,
Llena de aromas el alma mía!

***

Plumas de cisne, pieles de armiño
Copos de nieve, cutis de niño,
Alas intactas de tortolitas,
Pétalos blancos de margaritas,
Dadme un momento vuestra blancura,
Y mis estrofas de vida llenas,
Serán por castas, nobles y buenas,
Dignas, Cecilia, de tu hermosura!

***

Mi compañera, musa divina,
La del vestido de muselina,
¿Por qué no vienes? ¿en donde estás?
Ven un instante, baja ligera,
Lleva mis flores á donde espera,
Y luego, musa, mi compañera,
Ya para siempre me dejarás!

***

¡Ven tú la blanca, tú la inocente,
La que levantas limpia tu frente,
La que á mis padres canta en mi hogar,
La que á la virgen púdica reza,
Y en la guirnalda de su cabeza
Trae los botones del azahar!

***

Tengo otra musa, la profanada!
La que insensata, desesperada,
En los festines su canto alzó;
Pero esa musa, de suelto traje,
Llevar no puede ningún mensaje
Para la amiga que tengo yo.

***

Toma mis flores: llega á su puerta;
Pasa muy quedo los corredores;
Si está dormida, mientras despierta
Sobre su mesa deja mis flores.
Déjalas y huye; pasa de prisa,
Como las ondas, como las nubes.....
Sus labios abre dulce sonrisa.....
¡Es que está hablando con los querubes!

No te detengas á contemplarla:
¡Te diera envidia su gentileza!
Pasa de prisa sin despertarla
Y vuelve á casa con mi tristeza;
Rápida corre con pie ligero:
Lleva mis flores: aquí te espero!

***

Que no las toque, que no las mire;
Basta á mi anhelo que las respire!
¡Que abandonadas en esa estancia,
Mientras dichosa yace dormida,
Llenen la alcoba con su fragancia;
¿No es la fragancia toda su vida?
Nada la digas! Deja mis flores!
No las anhelan ni las esperan.....!
Pasa de prisa los corredores,
Y deja, musa, que allí se mueran!

1886

ONDAS MUERTAS.

Á LUIS MEDRANO.

En la sombra debajo de tierra
donde nunca llegó la mirada,
se deslizan en curso infinito
silenciosas corrientes de agua.
Las primeras, al fin, sorprendidas,
por el hierro que rocas taladra,
en inmenso penacho de espumas
hervorosas y límpidas saltan.
Mas las otras, en densa tiniebla,
retorciéndose siempre resbalan,
sin hallar la salida que buscan,
á perpetuo correr condenadas.

A la mar se encaminan los ríos,
y en su espejo movible de plata,
van copiando los astros del cielo
ó los pálidos tintes del alba:
ellos tienen cendales de flores,
en su seno las ninfas se bañan,
fecundizan los fértiles valles,
y sus ondas son de agua que canta.
En la fuente de mármoles níveos,
juguetona y traviesa es el agua,
como niña que en regio palacio
sus collares de perlas desgrana.
Ya cual flecha bruñida se eleva,
ya en abierto abanico se alza,
de diamantes salpica las hojas
ó se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
los peñascos abruptos asaltan:
al moverse, la tierra conmueven
y en tumulto los cielos escalan.

Allí es vida y es fuerza invencible,
allí es reina colérica el agua,
como igual con los cielos combate
y con dioses y monstruos batalla.

¡Cuán distinta la negra corriente
á perpetua prisión condenada,
la que vive debajo de tierra
do ni yertos cadáveres bajan!
La que nunca la luz ha sentido,
la que nunca solloza ni canta,
esa muda que nadie conoce,
esa ciega que tienen esclava!

Como ella, de nadie sabidas,
como ella, de sombras cercadas,
sois vosotras también, las obscuras
silenciosas corrientes de mi alma.
¿Quién jamás conoció vuestro curso?
¡Nadie á veros benévolo baja!
Y muy hondo, muy hondo se extienden
vuestras olas cautivas que callan!
Y si paso os abrieran, saldríais,
como chorro bullente de agua,
que en columna rabiosa de espuma
sobre pinos y cedros se alza!
Pero nunca jamás, prisioneras,
sentiréis de la luz la mirada:
seguid siempre rodando en la sombra,
silenciosas corrientes del alma!

1887.

EN EL CAMPO.

Me dijo la gardenia:—soy muy blanca!—
Y yo le contesté:—¡No como ella!—
—Es celeste mi luz!—murmura Sirio—
Y— ¡la suya es mejor! —digo á la estrella.

La alondra enamorada, en el encino,
Y el ruiseñor, oculto entre las flores,
Cantan alegres: los escucho y pienso
—¡Qué mal cantan los pobres ruiseñores!
No hay pájaro que iguale las cadencias
De la voz de mi amada: no hay lucero
Que brille cual sus húmedas pupilas
Cuando me dice con amor:—te quiero!—
Llévate todo ¡oh Dios! luz y perfumes,
El ruiseñor, las flores y la estrella,
Todo lo hermoso que á la tierra diste.....
¡Pero déjame á ella!

1886.

RESUCITARÁN.

Los pájaros que en sus nidos
Mueren ¿á dónde se van?
¿Y en qué lugar escondidos
Están, muertos ó dormidos,
Los besos que no se dan?

Nacen, y al punto traviesos
Hallar la salida quieren;
Pero como nacen presos,
Se enferman pronto mis besos
Y apenas nacen, se mueren!

En vano con raudo giro
Éste á mis lábios llegó,
Si lejos los tuyos miro.....
¿Sabes lo que es un suspiro?
Un beso que no se dió!

¡Qué labios tan carceleros!
Con cadenas y cerrojos
Los aprisionan severos,
Y apenas los prisioneros
Se me asoman á los ojos!

Pronto rompe la cadena
De tan injusta prisión,
Y no mueran más de pena,
Que ya está de besos llena
La tumba del corazón!

¿Qué son las bocas? Son nidos
Y los besos? Aves locas!
Por eso, apenas nacidos,
De sus nidos aburridos
Salen buscando otras bocas.

¿Por qué en cárcel sepulcral
Se trueca el nido del ave?
¿Por qué los tratas tan mal,
Si tus labios de coral
Son los que tienen la llave?

—Besos que, apenas despiertos,
Volar del nido queréis
A sus labios entreabiertos,
En vuestra tumba, mis muertos,
Dice: ¡Resucitaréis!

1886.

EL HADA VERDE.

(CANCION DEL BOHEMIO).

¡En tus abismos, negros y rojos
Fiebre implacable, mi alma se pierde;
Y en tus abismos miro los ojos
Los verdes ojos del hada verde!

Es nuestra musa glauca y sombría,
La copa rompe, la lira quiebra,
Y á nuestro cuello se enrosca impía
Como culebra!

Llega y nos dice:—¡Soy el Olvido;
Yo tus dolores aliviaré;—
Y entre sus brazos, siempre dormido
Yace Musset!

¡Oh, musa verde! Tú la que flotas
En nuestras venas enardecidas,
Tú la que absorbes, tú la que agotas
Almas y vidas!

En las pupilas concupiscencia;
Juego en la mesa donde se pierde
Con el dinero, vida y conciencia,
En nuestras copas, eres demencia.....
¡Oh, musa verde!

Son ojos verdes los que buscamos;
Verde el tapete donde jugué,
Verdes absintios los que apuramos,
Y verde el sauce que colocamos
En tu sepulcro, pobre Musset!

1887.

EN UN CROMO.

Niña de la blanca enagua
Que miras correr el agua
Y deshojas una flor,
Más rápido que esas ondas,
Niña de las trenzas blondas,
Pasa cantando el amor.

Ya me dirás, si eres franca,
Niña de la enagua blanca
Que la dicha es el amor;
Mas yo haré que te convenzas,
Niña de las rubias trenzas
De que olvidar es mejor.

1887.

MARIPOSAS.

A. J. M. Bustillos.

Ora blancas cual copos de nieve,
Ora negras, azules ó rojas,
En miriadas esmaltan al aire
Y en los pétalos frescos retozan.
Leves saltan del cáliz abierto,
Como prófugas almas de rosas,
Y con gracia gentil se columpian
En sus verdes hamacas de hojas.
Una chispa de luz les da vida
Y una gota al caer las ahoga;
Aparecen al claro del día,
Y ya muertas las halla la sombra.

¿Quién conoce sus nidos ocultos?
¿En qué sitio de noche reposan?
Las coquetas no tienen morada.....!
Las volubles no tienen alcoba.....!
Nacen, aman, y brillan y mueren,
En el aire, al morir se transforman,
Y se van, sin dejarnos su huella,
Cual de tenue llovizna las gotas.
Tal vez unas en flores se truecan,
Y llamadas al cielo las otras,
Con millones de alitas compactas
El arco-iris espléndido forman.
Vagabundas, ¿en dónde está el nido?
Sultancita, ¿qué harem te aprisiona?
¿Á qué amante prefieres, coqueta?
¿En qué tumba dormís, mariposas?

***

¡Así vuelan y pasan y expiran
Las quimeras de amor y de gloria,
Esas alas brillantes del alma,
Ora blancas, azules ó rojas!
¿Quién conoce en qué sitio os perdísteis,
Ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
Al caer en el alma la sombra!
Tú, la blanca, ¿por qué ya no vienes?
¿No eras fresco azahar de mi novia?
Te formé con un grumo del cirio
Que de niño llevé á la parroquia;
Eras casta, creyente, sencilla,
Y al posarte temblando en mi boca,
Murmurabas, heraldo de goces,
«¡Ya está cerca tu noche de bodas!»

Ya no viene la blanca, la buena!
Ya no viene tampoco la roja,
La que en sangre teñí, beso vivo,
Al morder unos labios de rosa!
Ni la azul que me dijo: ¡poeta!
Ni la de oro, promesa de gloria!
¡Ha caído la tarde en el alma!
¡Es de noche.....ya no hay mariposas!
Encended ese cirio amarillo.....
Ya vendrán en tumulto las otras,
Las que tienen las alas muy negras
Y se acercan en fúnebre ronda!
Compañeras, la cera está ardiendo;
Compañeras, la pieza está sola!
Si por mi alma os habéis enlutado,
Venid pronto, venid, mariposas!

1887.

EN LA MUERTE

DE

MANUEL ÁLVAREZ DEL CASTILLO.

El Borgoña en su copa aun le espera;
Vibrando están las cuerdas del piano...
Vinieron á llamarlo y está fuera;
Mas pronto ha de volver, es muy temprano!
Fragantes y purpúreas todavía
Están las rosas que dejó olvidadas,
Y resuena en la obscura galería
El eco de sus últimas pisadas.
Es acaso una cita misteriosa.....
Su repentina ausencia no extrañamos:
Mientras él habla á solas con la hermosa,
Sus amigos cantando le esperamos.

Ay! la enlutada que con negros ojos,
¡Oh amigo inolvidable! vino á verte,
No era la joven de los labios rojos,
Era una hermosa pálida: la Muerte.
Trémulo el labio, palpitante el seno,
En el umbral con ansia te esperaba,
Y como eras tan joven y tan bueno,
La taciturna pálida te amaba.
Y por fin eres suyo! Tristes flores
Ocultan ya tus éxtasis nupciales!
Hoy comienzan con ella tus amores.....
Los únicos amores inmortales!
Con la voz suplicante del deseo,
La vida enamorada te decía,
Como Julieta á su gentil Romeo:
—No te vayas.....no es tiempo todavía!

Y hoy cuando locos de dolor tocamos
El verde musgo, de la tumba alfombra,
Sólo entre los myosotis escuchamos
Como rumor de besos en la sombra.
¡Ni lamento, ni queja, ni reproche!
Ya duermes para siempre, amigo mío!
Era una tarde azul; vino la noche... ..
Plantad un sauce junto al lecho frío!

La puerta del salón no está cerrada;
Abierta la dejastes, oh viajero!
Ha de volver la pálida enlutada.....
¿Quién de nosotros marchará primero?

1887.

BLANCO.—PÁLIDO.—NEGRO.

—

A JUAN DE DIOS PEZA.

De la cartera de un buen amigo,
Que por ser bueno del mundo huyó,
Tomo estos versos..... ¡vayan contigo!
Por ser tan tristes los quiero yo!

I.

Entré en la alcoba con planta incierta,
Ella espiraba junto al sofá,
Pálida y blanca como una muerta.....
¡No.....! ¡Como un ángel que al cielo va!
Yo sentí dicha, miedo, ternura.....
¡Por fin ya solos, solos los dos!
¡Por fin ya dueño de su hermosura!
¡Por fin ya suyo! ¡Qué bueno es Dios!
Dí algunos pasos y vacilante
Hablarla quise..... ¡No pude hablar!
Y quedé inmóvil, de ella delante,
Como las aves en el instante
De abrir las alas para volar.
Después..... su talle preso en mis brazos,
Queriendo estarlo, queriendo huir.....
Los azahares hechos pedazos,
Y entre mis labios los blancos lazos
Con que sus hombros quiso ceñir.
Para esconderla, para ocultarla,
Su cabecita juntaba á mí;
Ví su garganta..... logré besarla,
Y no sé entonces lo que sentí!

Tiembla su cuerpo..... ya muy juntito
Sus rojos labios por fin besé.....
Lanzó ella entonces un débil grito.....
¡Ay, de ese grito, grito bendito,
Toda mi vida me acordaré!

II.

Otro más débil, avaro escondo
En el secreto del corazón,
Que se oye apenas, y de muy hondo
Sube como alma de una canción.
¡La misma casa! ¡todo estoy viendo!
También temblando cuando lo oí,
Entré en la alcoba, pero corriendo,
Y hacia su lecho me dirigí.
¡Por fin el ángel tan deseado
Sus blancas alas quiso plegar!
¡Por fin el ángel había bajado!
¡Qué inmensa dicha para mi hogar!
Ella, amorosa me sonreía.....
¡La pobrecita mucho sufrió!
¿Qué, en ese instante, no le daría?
El alma entera, la vida mía,
Cuanto en el mundo conquiste yo!
¡Con qué alborozo nos contemplamos!
¡Todo ha pasado!..... ¡Padres al fin!
¡Nada dijimos, y nos besamos
En los ojitos del querubín!
¡Qué delicioso para el oído,
Qué de ternezas inspirador,
Fué ese sollozo, fué ese vagido,
A que responde mi hijo querido
Con un inmenso grito de amor!

III.

¡Ay, de otro grito conservo el eco
Siempre vibrante dentro de mí,
Como en el fondo de un nicho hueco.....
.....¡Nadie pregunte cuándo lo oí!
Sentir que el alma se nos arranca,
Sentir la vida que se nos va,
Y al verla inmóvil, blanca, muy blanca,
Sin esperanza gritar: ¡Mamá!

Y de rodillas caer al suelo
Diciendo en vano frases de amor,
Caer á plomo, caer del cielo
A lo profundo de un gran dolor.
¡Ah! No es un grito, no es una queja,
Es toda una alma que ya se va,
Es nuestra madre que ya nos deja
Y nunca, nunca regresará!
Adiós me dijo quedo, quedito;
Besé sus labios, allí grité:
¡Qué sufrimiento tan infinito!
¡Con ese grito, con ese grito,
Toda mi vida sollozaré!.....

1888.

PARA EL CORPIÑO.

Las campánulas hermosas
¿Sabes tú que significan?
Son campanas que repican
En las nupcias de las rosas.
—Las campánulas hermosas
Son campanas que repican!

¿Ves que rojas son las fresas?
Y más rojas si las besas.....!
¿Por qué es rojo su color?
Esas fresas tan suaves,
Son la sangre de las aves
Que asesina el cazador!
Las violetas pudorosas,
En sus hojas escondidas
Las violetas misteriosas,
Son luciérnagas dormidas.
¿Ves mil luces cintilantes
Tan brillantes cual coquetas,
Nunca fijas, siempre errantes?
.....¡Es que vuelan las violetas!
La amapola, ya es casada;
Cada mirto es un herido;
La gardenia inmaculada
Es la blanca desposada
Esperando al prometido!
Cuando flores tú me pides
Yo te mando «¡no me olvides!»
Y esas flores pequeñitas
Que mi casto amor prefiere,
A las blancas margaritas
Les preguntan: ¿no lo quiere?—

«¡No me olvides!» Frescas flores
Te prodigan sus aromas,
Y en tus hombros seductores
Se detienen las palomas.
¡No hay invierno! ¡No hay tristeza!
Con amor, Naturaleza
Todo agita, todo mueve.....
Luz difunde, siembra vidas.....
¿Ves los copos de la nieve?
¡Son palomas entumidas!
Tiene un alma cuanto es bello;
Los diamantes,
Son los trémulos amantes
De tu cuello!
La azucena que te envío
Es novicia que profesa,
Y tu boca es una fresa
Empapada de rocío!

Buenos dioses tutelares
¡Dadme ramos de azahares!

.....Si me muero, dormir quiero
Bajo flores compasivas.....
¡Si me muero, si me muero,
Dadme muchas siemprevivas!

1887

PARA UN MENÚ.

Las novias pasadas son copas vacías;
En ellas pusimos un poco de amor;
El néctar tomamos.....huyeron los días.....
¡Traed otras copas con nuevo licor!

Champagne son las rubias de cutis de azalia;
Borgoña los labios de vivo carmín;
Los ojos obscuros son vino de Italia,
Los verdes y claros son vino del Rhin!

Las bocas de grana son húmedas fresas;
Las negras pupilas escancian café,
Son ojos azules las llamas traviesas
Que trémulas corren como almas del te!

La copa se apura, la dicha se agota;
De un sorbo tomamos mujer y licor.....
Dejémos las copas.....Si queda una gota,
Que beba el lacayo las heces de amor!

1888

CITA CON ELLA.

Cuando á mi lecho por la vez primera,
La triste muerte se acercó enlutada,
Con suplicante voz la dije: «¡Espera!
«¡Me ha prometido un beso mi adorada!
«En otros sitios el dolor te invoca;
«Busca á los que han gozado y han sufrido;
«No siento aún los besos de su boca.....
«¿Cómo puedo morir si no he vivido?
«Hay para todos unas cuantas flores
«Y muchos cardos: ¡el placer es breve!
«Dios me dió ya mi parte de dolores
«Mas la parte de dichas.....¡me la debe!
«No pido gloria.....¡nada más un beso!
«¡Ni lauros, ni tesoro codiciado!
«Quiero sentirme entre sus brazos preso,
«Y luego diré á Dios:—¡Ya estoy pagado!
«Deja, importuna, que aparezca el día;
«¡Irme no quiero con la noche obscura!
«Espera unos instantes todavía.....
«Un beso nada más.....¡tan poco dura!
«Luego vendrás como la triste aurora
«Tras la noche de amor surge en Oriente,
«Y bajaré á la tumba hospedadora
«¡A soñar con su beso eternamente!
«Para todas las flores hay rocío;

«Todos los años tienen primavera;
«Déjame á solas con el sueño mío.....
«¡Oh, muerte, buena amiga, espera.....espera!»
—Y la enlutada, pálida y hermosa,
Por mi súplica amante conmovida,
Se alejó de mis labios, y piadosa,
Como esperanza me dejó la vida.

***

Pasan los meses tristes y pausados;
El dulce peso á mi cariño niegas,
Y pensando en tus labios adorados,
Yo le digo á la muerte: ¿cuándo llegas?

1888

DE BLANCO.

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Que cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
De gótico altar?
De blancas palomas el aire se puebla;
Con túnica blanca, tejida de niebla,
Se envuelve á lo lejos feudal torreón;
Erguida en el huerto la trémula acacia
Al soplo del viento sacude con gracia
Su níveo pompón!
¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea,
Las tiernas ovejas triscando se van;
De cisnes intactos el lago se llena;
Columpia su copa la enhiesta azucena
Y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura;
De nieve parecen las canas del cura,
Vestido con alba de lino sutil;
Cien niñas hermosas ocupan las bancas,
Y todas vestidas con túnicas blancas
En ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
Escucha los rezos de casta novicia
Y el cristo de mármol expira en la cruz;
Sin mancha se yerguen las velas de cera;
De encaje es la tenue cortina ligera
Que ya transparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
Parece el arroyo de blancas espumas
Que quieren, cantando, correr y saltar;
Su airosa mantilla de fresca neblina
Terció la montaña; la vela latina
De barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa
Y el agua refresca sus hombros de diosa,
Sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
Cantando y risueña se ciñe la enagua,
Y trémulas brillan las gotas del agua
En su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura,
Que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
Tu estás en la estatua de eterna belleza;
De tu hábito blando nació la pureza,
¡Al ángel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega á la vida,
Coronas las sienes de fiel prometida,
Al paje revistes de rico tisú.
¡Qué blancas son, reinas, los mantos de armiño!
¡Qué blanca es, ¡oh madres! la cuna del niño!
¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

En sueños ufanos de amores contemplo
Alzarse muy blancas las torres de un templo,
Y oculto entre lirios abrirse un hogar;
Y el velo de novia prenderse á tu frente,
Cual nube de gasa que cae lentamente
Y viene en tus hombros su encaje á posar.

1888

EN EL ÁLBUM
DE LA
SENORITA PAZ BARROSO.

No tan gallarda ni gentil ni bella
Fué del placer y del amor la diosa,
Ni tanta luz se condensó en la estrella,
Ni aroma tanta en la naciente rosa!

¿Y quién ¡oh jóven inmortal! sería
Digno cantor de tu celeste encanto,
Si tú le das la claridad al día
Y á los luceros el nocturno manto?

Te dió la vida cuanto hermoso tiene;
La juventud de gracias te rodea;
La blonda Psiquis á besarte viene
¡Y el amor en tus hombros aletea!

Las flores brotan do la planta pones;
No hay alma que por verte no suspire.....
Si eres diosa, ¡la tierra no abandones!
Si¡eres mortal.....¡que el cielo no te mire!

1888.

LA SERENATA DE SCHUBERT.

¡Oh, qué dulce canción! Límpida brota
Esparciendo sus blandas armonías,
Y parece que lleva en cada nota
¡Muchas tristezas y ternuras mías!
¡Así hablara mi alma.....si pudiera!
Así dentro del seno,
Se quejan, nunca oídos, mis dolores!
Así, en mis luchas, de congoja lleno,
Digo á la vida:—¡Déjame ser bueno!
—¡Así sollozan todos mis amores!
¿De quién esa voz? Parece alzarse
Junto del lago azul, en noche quieta,
Subir por el espacio, y desgranarse,
Al tocar el cristal de la ventana
Que entreabre la novia del poeta.....
¿No la oís como dice: «hasta mañana»?
¡Hasta mañana, amor! El bosque espeso
Cruza, cantando, el venturoso amante,
Y el eco vago de su voz distante
Decir parece: «¡hasta mañana, beso!»
¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
¿Por qué la novia queda en la ventana,
Y á la nota que dice: «¡hasta mañana!»
El corazón responde: «quién lo sabe?»
¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡Qué azules brincan las traviesas olas!
En el sereno ambiente ¡cuánta luna!
Mas las almas ¡qué tristes y qué solas!
En las ondas de plata
De la atmósfera tibia y transparente,
Como una Ofelia náufraga y doliente,
¡Va flotando la tierna serenata.....!

Hay ternura y dolor en ese canto,
Y tiene esa amorosa despedida
La transparencia nítida del llanto,
¡Y la inmensa tristeza de la vida!
¿Qué tienen esas notas? ¿Por qué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan.....
Sueños amantes que piedad imploran,
Y como niños huérfanos, ¡se quejan!
Bien sabe el trovador cuán inhumana
Para todos los buenos es la suerte.....
Que la dicha es de ayer.....y que «mañana»
Es el dolor, la obscuridad, ¡la muerte!
El alma se compunge y estremece
Al oir esas notas sollozadas.....
¡Sentimos, recordamos, y parece
Que surgen muchas cosas olvidadas!
.....
¡Un peinador muy blanco y un piano!
Noche de luna y de silencio afuera.....
Un volumen de versos en mi mano,
Y en el aire ¡y en todo! ¡primavera!
¡Qué olor de rosas frescas! en la alfombra
¡Qué claridad de luna! ¡qué reflejos!
.....¡Cuántos besos dormidos en la sombra,
Y la muerte, la pálida, qué lejos!
En torno al velador, niños jugando.....
La anciana, que en silencio nos veía.....
Schubert en tu piano sollozando,
Y en mi libro, Musset con su «Lucía»
¡Cuántos sueños en mi alma y en tu alma!
¡Cuántos hermosos versos! ¡cuántas flores!
En tu hogar apacible ¡cuánta calma!
Y en mi pecho ¡qué inmensa sed de amores!
¡Y todo ya muy lejos! ¡todo ido!
¿En dónde está la rubia soñadora?
.....¡Hay muchas aves muertas en el nido,
Y vierte muchas lágrimas la aurora!
.....Todo lo vuelvo á ver.....¡pero no existe!
Todo ha pasado ahora.....¡y no lo creo!
Todo está silencioso, todo triste.....
¡Y todo alegre, como entonces, veo!
.....Esta es la casa.....¡su ventana aquélla!
Ése, el sillón en que bordar solía.....
La reja verde.....y la apacible estrella
Que mis nocturnas pláticas oía!

Bajo el cedro robusto y arrogante,
Que allí domina la calleja obscura,
Por la primera vez y palpitante
Estreché con mis brazos, su cintura!
¡Todo presente en mi memoria queda!
La casa blanca, y el follaje espeso.....
El lago azul.....el huerto.....la arboleda,
Donde nos dimos, sin pensarlo, un beso!
Y te busco, cual antes te buscaba,
Y me parece oirte entre las flores,
Cuando la arena del jardín rozaba
El percal de tus blancos peinadores!
¡Y nada existe ya! Calló el piano.....
Cerraste, virgencita, la ventana.....
Y oprimiendo mi mano con tu mano,
Me dijiste también: «¡hasta mañana!»
¡Hasta mañana!.....Y el amor risueño
No pudo en tu camino detenerte. ....!
Y lo que tú pensaste que era el sueño,
Fué sueño, ¡pero inmenso! ¡el de la muerte!
.....
¡Ya nunca volveréis, noches de plata!
Ni unirán en mi alma su armonía,
Schubert, con su doliente serenata
Y el pálido Musset con su «Lucía.»

1888.

A MI BUENO Y QUERIDO AMIGO

FRANCISCO DE GARAY Y JUSTINIANI.

Mientras ufana la risa
De tus labios no se aleje,
Si quieres que te aconseje,
¡Ama aprisa!
Con raudo mariposeo
Se va de ésta á aquella flor,
En las alas del deseo,
Libando el licor hibleo
Del amor!
¡Seres y cosas felices
Jamás tuvieron raíces!
Se ven marchitas las rosas
Y mustias las margaritas.....
¡Pero no se ven marchitas
Ni alondras ni mariposas!
Con gentileza y donaire
Se paran en donde quieren,
Y cuando al cabo se mueren
Su libre tumba es el aire!
¡Sé como ellas,
Mientras tu destino rijas!.....
Por verse en el cielo fijas
Están tristes las estrellas!
Ama á cuantas
Te quieran también amar,
Porque siendo tantas, tantas,
¡No las podrás recordar!
¡Ama al vuelo!.....
Que sólo las almas malas
Están prendidas al suelo:
¡Todo lo que sube al cielo
Tiene alas!

Hoy, aquí, mañana, allá;
Sin locura ni pasión,
Como quien de paso va
Y seguro de que está
En casa su corazón;
Haz la amorosa comedia
O la comedia divina.....
¡Mas córtala si declina
En tragedia!
¡Todo en risa, todo en risa!
¡Todo entre galán y dama!
Sin amar á todas ama....
Pero aprisa, muy aprisa!
Que así, yendo sin cesar
De esta flor á aquella flor,
Cuando te quiera buscar
No te encontrará el dolor!

Mas ¡ay! que en esa infinita
Mudanza eterna del alma,
Todo nuestro ser agita
Sed insaciable de calma!
Sé para el amor travieso
En labios de hermosas locas,
Y allí conoce las bocas .....
¡Pero no conoce el beso!
En las breñas del camino
Se queda el alma cansada,
Como túnica de lino
Por las zarzas desgarrada!
Noche helada
Cae al campo solitario,
Como las noches del polo,
Y envuelto en ese sudario,
Queda el espíritu solo!
Quiso Dios
Que abran las almas el vuelo;
Mas sólo llegan al cielo
Las que van de dos en dos.
Las otras vagan errantes,
En el espacio perdidas.....
Pero, muertos ó inconstantes,
Ya no vendrán los amantes
De esas blancas prometidas!

Busca, busca á la mujer
Que da paz al pecho herido,
Y, en llegándola á tener,
Forma un nido!
¡Los pájaros son muy sabios!
Huye la risa de prisa,
Y cuando se va la risa,
¡Qué secos quedan los labios!
No vuelan las ilusiones
Ni ostentan sus ricas galas,
Sino teniendo por alas
Dos alas de corazones!
Haz pues lo que te aconsejo;
Como la hermosa un espejo,
Así el alma busca ansiosa
Otra alma tierna y amada,
Y sólo se mira hermosa
Si en ella está retratada!
Intranquilo cazador
Que marchas entre las flores,
Sabe que huyen los amores
Y que es eterno el amor!
Y mientras para él no existe,
Pierde el mirto su follaje
Y aparece enfermo y triste;
Mas ya verás cual se viste
En Mayo, con rojo encaje.
Impacientes las palomas
Vuelan por valles y lomas,
De libres haciendo alarde,
Con caprichoso volar,
Pero, cuando cae la tarde,
Regresan al palomar

1888.

A JUSTO SIERRA.

Después de leer su «Epístola al autor de LOS MURMURIOS DE LA SELVA.»

¿Por qué á la musa del dolor, huraña,
Ha de volver el rostro quien tranquilo
En limpia fuente de Tibur se baña?

Si en pobre choza, de quietud asilo,
Vive en paz con la vida, cante ufano
Los amores de Myrtis y Batilo.

Sabio es quien logró, por modo arcano,
Redivivas mostrar las criaturas
Del arte más hermoso: del pagano.

Prudente quien no busca las obscuras
Bóvedas de los claustros ni sondea
Del triste corazón las desventuras.

¡Aspire luz la voladora idea
Y de Blandusia en el cerrado huerto
Abeja de oro entre los mirtos sea!

No pienses, nauta, en el ignoto puerto
Ni busques en el mar alborotado
De náufraga ilusión el cuerpo muerto.

Bien sé que nuestro espíritu, agitado
Por recias olas del dolor, combate
Con los recuerdos vivos del pasado.

Bien sé que el corazón instante late,
Como quien llama á la insensible reja
De su cárcel, ansioso de rescate.

¡Todo es clamor de angustia, todo queja,
Y el antiguo ideal flota lejano
Como vela muy blanca que se aleja

En la muda extensión del océano!
¡Todo es congoja en la conciencia y duda,
Todo es naufragio en el dolor humano!

¿No miras á la Fe? Virgen desnuda,
Cayó, del barco, á los revueltos mares,
Y no hay marino que á salvarla acuda.

La abandonan los dioses tutelares,
Y como á solitaria, única roca,
Se encarama convulsa á los altares;

Allí se acoge, compasión invoca,
Pero la mar rugiente sube fiera
Y ya sus plantas encogidas toca.....!

¡Ay! De salvarla el hombre desespera,
Y en tan profundo y triste abatimiento
La esperanza no sabe lo que espera!

A la tierra se inclina el pensamiento,
Como el sauce á la tumba; las zagalas
Ya su tierna canción no dan al viento.

Para subir al cielo no hay escalas
Y el alma enferma, que volar solía,
Fuerzas no tiene para abrir las alas.

Plañidera infeliz, la poesía
Lamenta con acento gemebundo
De sus dioses, ya idos, la alegría.

Guarda el Olimpo un ángel iracundo;
Y del espacio en la tiniebla inmensa
No asciende, rueda para siempre el mundo!

¿Para qué interrogar la sombra densa?
En medio del dolor y de la duda
El arte es nuestra sola recompensa.

La belleza es verdad: abra desnuda,
Como Fryné, los brazos, y olvidemos.....
La noche ha sido eternamente muda!

¿A dónde va la barca? No sabemos!
Arrástrela á su antojo la corriente,
Y tú, para cantar, suelta los remos.

No claves la mirada en el Oriente:
Ya no aguarda, cual antes, á la Aurora,
Y en tocas de viudez hunde la frente!

Busca á la soberana redentora
Que es luz en nuestra noche de tristeza,
De «murmurante selva», habitadora.

¿No es acaso divina la belleza
Y consuelo inmortal la poesía
Que brota de la gran naturaleza?

Ella vierte en los pechos alegría,
Y recostados en su blanco seno,
Dormir podemos al caer el día.

Si el aire tiembla con la voz del trueno,
Ella dice al poeta:—todo es canto,
Todo es amor y vida, todo es bueno!

Es verdad que del templo sacrosanto
A los verdes y ocultos bosquecillos
Ya no vienen las ninfas, suelto el manto.

La cigarra no canta en los tomillos,
Ni miramos, grabada en cornalina,
La imagen de Afrodita en los anillos.

No celebra las gracias de Corina
El tierno Ovidio, ni se llega al puerto
En voladora barca marfilina.

De Kipris el altar quedó desierto,
En largo sueño Anakreón reposa,
Y Eros agonizante, si no muerto.

¡Ay! A la musa del placer hermosa
Estro mil veces le pedí y amparo
Con suplicante voz y clamorosa.

—Huyan de tí—la dije—el mozo ignaro,
El que á bárbaros dioses obedece,
El sabio enjuto y el canijo avaro.

Muere la vida apenas amanece,
Y yo como el poeta venusino
Busco las dichas que el placer ofrece.

Deja, pues, que las cante y al divino
Apolo Smynteo, amor de los helenos,
Húrtale para mí laurel y encino.

Pueblan el bosque Ninfas y Silenos
Y, de pámpano y yedra coronados,
Vuelvan los viejos dioses, ¡que eran buenos!

—¡Así clamé! Los Númenes sagrados
Dejándome en el bosque entenebrido
Huyeron presurosos y callados.

Silente obscuridad había caído
De los cielos.....¡ni un astro ni una hoguera!
Y por los perros de Hécate seguido,

Engrifada la hirsuta cabellera,
Corvo y velludo sátiro corría
La hojarasca aplastando en su carrera.

Ninguno á mis clamores respondía,
Y el cedro, envuelto en toga tenebrosa,
Llamarme con sus brazos parecía.

Entonces exclamé:—¡Cuán venturosa
El alma del poeta á quien perfuma
La musa antigua con su olor de rosa!

¿Cómo ha de convertir á nuestra bruma
Los ojos, si los cisnes de Afrodita
Para que idilios trace, le dan pluma?

En él Virgilio, cual un dios, habita
Y cuando á Horacio sonriendo llama,
Horacio acude á la sagrada cita.

El dios de Klaros en verdad le ama,
Y ya su copa, de oro cincelado,
Hebé, para escanciársela, reclama.

¡Dichoso él, y mil veces desgraciado
Quien con la musa descreída brega
Y ver quiere, insensato, en el nublado!

Él con las Gracias y las ninfas juega,
Y es el rendido, venturoso amante
De la musa latina y de la griega.

Déjale, pues, en su Tibur fragante,
Mientras pensando en el problema eterno,
Nosotros vemos al obscuro Dante
Inclinado en la cima del infierno.

1888

El Dios Bueno y el Dios Malo.

El Dios Malo dijo al Bueno:
—Dividamos la tarea;
Haré cuerpos, daré formas,
¿Tú que haces?—Yo, la Idea!
Y el Dios Bueno y el Dios Malo
Empezaron á luchar:
Dijo el Bueno:—¡Yo hago el cielo!—
Dijo el Malo:—¡Yo hago el mar!—
Y clavando la mirada
En la sombra entumecida,
El Dios Bueno, de la Nada
Brotar hizo Luz y Vida;
Ya la pálida alborada,
Ya la estrella adormecida,
Ya la virgen, ya la hada,
Ya la fronda estremecida.
Arrancaron los querubes
A sus alas níveas plumas,
Y las grandes fueron nubes,
Y las breves fueron brumas.
Con sus rizos color de oro
Se formaron los celajes.....
Y guiaba Dios el coro
De sus pajes.
Poco á poco, cual un velo
De cerúleo terso tul,
Fué extendiéndose en el cielo
El gran manto de lo azul.
Y el Dios Malo en lo profundo
De su lóbrego barranco
Vió colérico, iracundo,
La victoria de lo Blanco.

Y al mirar á los querubes
Con ligeras, níveas plumas,
Hacer brumas, hacer nubes,
Con su rabia formó espumas.
¿En el mar, cual roto encaje,
Veis la espuma que serpea?
Es la espuma de coraje
Del titán que forcejea.
Dijo el Bueno:—Ven y sube;
Ve la nube que trae Mayo.—
Y el Demonio, en esa nube
Puso el rayo.
Miró Dios aquel flamígero
Corvo alfange de guerrero,
Y de él hizo nuestro alígero
Obediente mensajero.
—¡A la sima! ¡A lo profundo!
¡Tú en lo alto! ¡Yo en el mar!
¡Reinaremos á la par,
Tú, en el cielo; yo en el mundo!
Haz la luz que alegra y dora
Con su claridad el Orbe:
Yo haré la Noche que sorbe,
A la Aurora!—
Y de las hondas cisternas,
De las húmedas cavernas,
Como escuadrón de Titanes
Las sombras fueron brotando,
Pavorosas cabalgando
En crinados huracanes.
Miró Dios cómo subía
Aquel ejército mudo
A combatir con el Día,
Y puso el sol como escudo.
Corrida y avergonzada
La turba de los jigantes
Hizo la noche callada,
Y Él, á esa esclava enlutada
La salpicó de brillantes.
Vencido en aquella guerra,
Rabioso por impotente,
El Diablo su negra frente
Hundió con ira en la tierra.
Y tal cayó Leviathán
Y tal pavor infundió,

Que de lo hondo brotó
Lanzando un grito el volcán.
Ya en su barranco escondido,
Por las sombras custodiado,
El Dios Malo hizo el olvido
Y el pecado.
Para tener un tesoro
Con que brindar al mortal,
Guardó en minas el metal:
¡Guardó el oro!
Allá el diamante que excita
El amor á la riqueza.....
¡Al que vendió su pureza
Margarita!
¡Allí lo que se ha de hallar,
Si se quiere conseguir,
Nunca á fuerza de subir,
Siempre á fuerza de bajar!
¡No la luz que parpadea
En el espacio estrellado,
Sino la luz que chispea
En la noche del pecado!
Cuando, sepulto en el suelo,
Arder esas luces vió,
A Dios dijo el Diablo:—¡Yo
También ya tengo mi cielo!
Ya verás si las amantes
Y candorosas doncellas,
No prefieren mis diamantes
A tus pálidas estrellas.
—Al fin, seguro en mi encierro,
En poder ya no me igualas,
Armas haré con el hierro;
Y con el plomo, haré balas!
Tomó el Dios Bueno, Inmortal,
El plomo tosco, lo alienta,
Y de ese humilde metal
Hizo la letra de imprenta.

***

El Dios Malo, de ira ciego,
Por el Bueno ya vencido,
Cayó, cual de rayo herido,
En hirviente mar de fuego.

1888

ESPERA.

—¡Ay! ¡Cuánta sombra en mi ánimo aterido!
¡Cuánto silencio en torno de mi lecho!
El corazón con pertinaz latido,
Quiere romper la cárcel de mi pecho.

—¡Vámonos!—dice—deja que los clavos
De mis ferrados vínculos desprenda,
Y por la noche, prófugos esclavos,
Juntos dejemos la callada tienda!

Dormita el centinela.....todo calla.....
Solos, por fin, en el vivac estamos.....
Mañana será ruda la batalla.....
¡Tercia tu manto y en silencio huyamos!

¿A qué seguir? El ideal ha muerto.
Nos manda capitán desconocido,
Y vamos, por la arena del desierto,
A conquistar las tierras del olvido!

Abre mi cárcel! Si el temor te acosa,
A álguien acude que con brazo duro
Me hiera, como á negra mariposa,
Con su puñal clavándome en el muro!

—Déjame, corazón, que en Dios confíe.....
Viene tras la tormenta la bonanza.....
Allá lejos, ¡muy lejos! nos sonríe,
Con sonrisa muy triste, la esperanza!

—¡Nos engañan! ¡Huyamos! Impaciente
Vibra el puñal..... ¡Mañana será tarde!
¿Por qué con el dolor eres valiente
Y con la muerte tímido y cobarde?

Si al fin ha de llegar, vamos á ella
En la tibia estación de los amores,
Y así podrás decirla:—¡Esposa bella,
Tengo aún para tí versos y flores!—

—

Este fué entonces su postrer reproche;
Pero siguió, latiendo, la tarea,
Como viajero que en lluviosa noche
La ruda puerta del hogar golpea.

—

Y así, esperando la radiante aurora,
Pasó entre sombras la existencia mía;
Él repitiendo sin cesar:—¡Ahora!
Y yo:—¡Un instante nada más! ¡Un día!

—

Una mañana, del otoño gala,
En el pecho sentí nuevo latido,
Como ligero movimiento de ala
Que débil se alza estremeciendo el nido.

—

No era ya toque de violenta mano
Por la tardanza en el abrir rabiosa,
Era el impulso de botón lozano
Que quiere, erguido, convertirse en rosa.

—

«Hubo un ángel en medio de mi sombra:»
Ya, prófugo, á partir me preparaba,
Y la que sólo mi silencio nombra,
Me dijo sonriendo:—¡Te esperaba!

1888.

PARA UN ÁLBUM.

¡En estas hojas se columpian nidos!
Escucho entre la fronda hospedadora,
Como cantos suaves,
Los versos de tus bardos, de tus aves,
¡Oh rubia, oh blanca, oh sonriente aurora!
¿No los ves en tu álbum escondidos?
¡En estas hojas se columpian nidos!
Y te hablan de la tierra en que naciste,
De la que es isla porque el mar celoso
Quiso ardiente abrazarla,
Ser su dueño y señor, su regio esposo,
Y en todas partes, á la vez, besarla.
De aquélla que brotó dentro las ondas,
Como Afrodita la de trenzas blondas;
De la virgen cautiva,
Que en su hamaca pendiente de las palmas,
Aguarda silenciosa á que reviva
La justicia en las almas.
Y hablan de tí, la gracia juguetona,
La perla de esa concha purpurina,
La joven diosa de gentil corona,
Hada en el aire y en el mar ondina.
Celebran entusiastas tus hechizos,
Y son los versos que en tu elogio crean
Luciérnagas brillantes que chispean
En la rubia cascada de tus rizos.
¡Dichoso quien conoce tu hermosura!
¡Triste de aquél que como yo, la ignora!
Mas, pobre alondra entre la noche obscura,
Antes que surjas, te saludo, Aurora!

1888.

Á BENJAMÍN BOLAÑOS.

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

Te lo dije al mirarle..... ¡Si era un sueño
olvidado entre blandos almohadones!
—Oculta mucho al querubín risueño.....
y cierra bien las puertas y balcones!.....

¿No ves con cuánto afán los pequeñitos
en la cuna gentil se balancean,
y cómo alzan y mueven sus bracitos
y al moverlos parece que aletean?

Es que buscan sus alas, las extrañan,
las piden impacientes noche y día,
con cantos y columpios los engañan.....
¡Y ellos piensan que vuelan todavía!

¡El tuyo las halló! La inmóvil cuna
nido no es ya de celestiales goces.....
Partió en un rayo de la blanca luna.....
¡Su otra familia lo llamaba á voces!

Entorna tu balcón por si volviera;
tal vez, entrando en la mansión dichosa,
murmuró arrepentido: *¡mamá* era
más buena, más amante, más hermosa!

Si no vuelve el amor de tus amores,
en tu amor paternal halla consuelo;
¡no conoció del mundo los dolores,
y vivió sin vivir, y se fué al cielo!

1888.

EN ALTA NOCHE.

¡Señor, Señor! Los mares de la idea
tienen también sus rudas tempestades:
mi espíritu en la sombra titubea
como Pedro en el mar de Tiberiades.

Hierven las aguas en que yo navego,
mi pobre esquife á perecer avanza.....
Tú, que la luz le devolviste al ciego,
devuélvela á mi fe y á mi esperanza.

Surge, surge, Jesús, porque la vida
ágil se escapa de mis brazos flojos;
y el alma sin calor, desfallecida,
muy lentamente cierra ya los ojos.

Aparece en la inmensa noche obscura;
las conciencias te llaman.....están solas,
y pasa con tu blanca vestidura
serenando el tumulto de las olas.

1889.

DESPUÉS....

¡Sombra, la sombra sin orillas, esa
Que no ve, que no acaba.....
La sombra en que se ahogan los luceros.....
Esa es la que busco para mi alma!
Esa sombra es mi madre, buena madre,
Pobre madre enlutada!
Esa me deja que en su seno llore
Y nunca de su seno me rechaza.....
¡Dejadme ir con ella, amigos míos,
Es mi madre, es mi patria!

***

¿Qué mar me arroja? ¿De qué abismo vengo?
¿Qué tremenda borrasca
Con mi vida jugó? ¿Qué ola clemente
Me ha dejado en la playa?
¿En qué desierto suena mi alarido?
¿En qué noche infinita va mi alma?
¿Por qué, prófugo, huyó mi pensamiento?
¿Quién se fué? ¿Quién me llama?
¡Todo sombra! ¡Mejor! ¡Que nadie mire!
¡Estoy desnudo! ¡Ya no tengo nada!

***

Poco á poco rasgando la tiniebla,
Como puntas de dagas,
Asoman en mi mente los recuerdos
Y oigo voces confusas que me hablan.
No sé á qué mar cayeron mis ideas.....
Con las olas luchaban.....
¡Yo ví cómo convulsas se acogían
A las flotantes tablas!

La noche era muy negra.....el mar muy hondo.....
¡Y se ahogaban.....se ahogaban!
¿Cuántas murieron? ¿Cuántas regresaron,
Náufragos desvalidos, á la playa?
.....¡Sombra, la sombra sin orillas, esa,
Esa es la que busco para mi alma!

***

Muy alto era el peñón cortado á pico,
Sí, muy alto, muy alto!
Agua iracunda hervía
En el obscuro fondo del barranco.
¿Quién me arrojó? Yo estaba en esa cumbre.....
¡Y ahora estoy abajo!
Caí, como la roca descuajada
Por titánico brazo.
Fuí águila tal vez y tuve alas.....
¡Ya me las arrancaron!
Busco mi sangre, pero sólo miro
Agua negra brotando;
Y vivo, sí, mas con la vida inmóvil
Del abrupto peñasco.....
¡Cae sobre mí, sacúdeme, torrente!
¡Fúndeme con tu fuego, ardiente rayo!
¡Quiero ser onda y desgarrar mi espuma
En la piedras del tajo.....
Correr.....correr.....y al fin de la carrera
Perderme en la extensión del Océano.

***

El templo colosal, de nave inmensa,
Está mudo y sombrío;
Sin flores el altar, negro, muy negro;
¡Apagados los cirios!
Señor, ¿en dónde estás? ¡Te busco en vano!.....
¿En dónde estás, oh Cristo?
¡Te llamo con pavor porque estoy solo,
Como llama á su padre el pobre niño!.....
¡Y nadie en el altar! ¡Nadie en la nave!
¡Todo en tiniebla sepulcral hundido!
¡Habla! ¡Que suene el órgano! ¡Que vea
En el desnudo altar arder los cirios!.....
¡Ya me ahogo en la sombra.....ya me ahogo!
¡Resucita, Dios mío!

***

¡Una luz! ¡Un relámpago!.....¡Fué acaso
Que despertó una lámpara!
¡Ya miro, sí! ¡Ya miro que estoy solo.....!
¡Ya puedo ver mi alma!
Ya ví que de la cruz te desclavaste
Y que en la cruz no hay nada.....
Como esa son las cruces de los muertos.....
Los pomos de las dagas.....
¡Y es puñal, sí, porque su hoja aguda
En mi pecho se encaja!
Ya ardieron de repente mis recuerdos,
Ya brillaron las velas apagadas.....
Vuelven al coro tétricos los monjes
Y vestidos de luto se adelantan.....
Traen un cadáver.....rezan.....¡oh, Dios mío,
Todos los cirios con tu soplo apaga.....!
¡Sombra, la sombra sin orillas, esa,
Esa es la que busco para mi alma!

1889.

CASTIGADAS.....!

— —

Como turba de alegres chiquillas
que en tropel abandona la escuela,
y cantando, cual pájaros libres,
á su casa de tarde regresan,
tras el largo trabajo del día,
siempre vivas, garbosas y frescas,
regresábais á mi alma, ilusiones,
coronadas de mirto y verbena.
¡Qué de flores hermosas traíais!
¡Cuán henchida de frutas la cesta!
En los labios, ¡qué risas tan dulces!
En el alma, ¡qué nobles promesas!
Aun os miro, mis pobres hijitas,
impacientes tocar á la puerta,
y con ansia de hacerme cariños
muy aprisa subir la escalera.
—¿Qué me traes, botoncito de rosa?
—Este ramo de azules violetas.....
—¿Qué me da la señora de casa?
—Su boquita de grana que besa.
—Ya venís de cazar mariposas;
os aguarda caliente la cena,
y mañana, cantando felices,
volveréis muy temprano á la escuela

***

Hoy despacio venís y enlutadas,
poco á poco subís la escalera,
con los párpados tiernos muy rojos,
huerfanitas, calladas y enfermas.

Ilusiones ¡qué mala es la vida!
la esperanza del bien ¡qué embustera!
y ¡cuán tristes, con cuánto cansancio
volveréis de mañana á la escuela!

***

Ni una flor en el búcaro roto.....
Los que vienen aquí se las llevan!
Como todo en la casa está triste,
las palomas huyeron ligeras.....!
Ya no agitan sus alas de nieve,
despertando á la luz mis ideas;
no son aves de rico plumaje,
no retozan, ni cantan, ni vuelan!
¿No lo veis? Por un claustro sombrío
en la noche silente, atraviesan,
con la toca y el hábito negros
y en las manos la pálida vela.
Van al coro sin verse ni hablarse
sola, obscura, se mira la iglesia.....
¡Cuán heladas las losas de mármol
y cuán dura la fúnebre reja!
¡Oh mis monjas! del mundo olvidadas,
paso á paso volvéis á la celda,
y en el lecho, cruzados los brazos,
silenciosas quedáis como muertas.

***

¿Por qué en monjas de lúgubres tocas
se trocaron las niñas traviesas?
Ilusiones, ¿por qué os castigaron?
Pobrecitas! ..... yo sé que sois buenas.
Sólo amor y ternura pedíais,
sólo os dieron engaño y tristeza;
Ilusiones..... ¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas!..... yo sé que sois buenas!

1889.

UMBRÍA.

Á Antonio de la Peña y Reyes

Entre los copados fresnos
De verde y espesa fronda,
A la hora de la siesta,
¡Cuán apacible es la sombra!
¡Qué grato es colgar la hamaca
De las ramas vigorosas
Y sentir, al columpiarse,
Cómo crujen y se doblan!
Con su abanico las brisas
Mueven las húmedas hojas
Salpicando de brillantes
Los capullos de las rosas;
Y los álamos enhiestos
Que los ribazos decoran
Tienden su mantilla blanca
Sobre el cristal de las ondas!
La hamaca se balancea,
Como gallarda criolla
Que en los brazos de su amante
A la danza se abandona;
Y entre sus mallas tendido
Con indolencia sabrosa,
Dormita el joven poeta
Soñando amores y gloria.....
Bajo los copados fresnos
¡Cuán apacible es la sombra!

Para tiernos amadores,
Para doncellas hermosas,
Cuando la tarde se muere
¡Qué buena amiga es la sombra!
Cierra á la luz las pupilas,
Y así no mira celosa
Cómo se juntan los pechos,
Cómo se besan las bocas.
¡Qué bien saben las caricias
Que en la obscuridad se roban
Mientras la anciana sirviente
Enciende la veladora!
O al regresar de un paseo
Por la calle obscura y sola
¡Besar de pronto los rizos
Que en albo cuello retozan!
Entonces la blanca virgen
Con más languidez se apoya
En el brazo, que temblando
Un seno mórbido toca.....
Cuando la tarde se muere
¡Qué buena amiga es la sombra!

Pero ¡ay! qué mala y artera,
¡Qué sepulcral y qué torva,
Para quien teme desdichas
Y penas íntimas llora!
Viene, enlutada siniestra,
Y entra al hogar silenciosa,
Y en el ruedo, antes alegre,
Sin hablar, asiento toma.
Y apaga luces y risas,
¡Cuanto brilla, cuanto goza,
Claridad de ojos azules
Y fulgor de trenzas blondas!
¿Qué malas nuevas nos traes?
Dí ¿por quién vienes, ladrona.....?

Para quien desgracias teme
¡Qué mala amiga es la sombra!

No es verde, como en la siesta
Bajo el dosel de las hojas,
Ni como al caer la tarde
Tiene palidez de novia.
Es la hermana de la muerte,
La falaz encubridora,
No la que baja del cielo,
La que surge de las fosas.
¡Las otras son luz dormida.....
Pero ésta sí que es la sombra!

1889.

En el Álbum de una Dama.

PRIMERA PÁGINA.

—Señora: ya está abierta la arábiga ventana!
Abrirla me ordenaste y presto obedecí.—
Ahora ya que inunde la luz de la mañana
Tu camarín de raso, tu alcoba de sultana.....
El paje se retira: tus órdenes cumplí.
No impiden ya las altas vidrieras de colores
Que á tu retrete lleguen las almas de las flores,
Los cantos de las aves, los ecos del laúd;
De tu soberbio alcázar la puerta ya está franca
Al viejo peregrino, á la novicia blanca,
Al trovador errante que de su lira arranca
¡Mil himnos armoniosos de eterna juventud!
Seré, si tú lo quieres, su heraldo vocinglero,
Y te diré los nombres de cada caballero
Que el puente levadizo pretenda atravesar;
Con mi clarín de plata te anunciaré si llega
El príncipe de Atenas en su carroza griega,
O el arrogante y rudo Rodrigo de Vivar.
Que lleguen á admirarte tus huéspedes, señora:
El mago de Circasia, la reina de Bassora,
El opulento obispo y el pálido prïor;
Yo sólo abrí las puertas y preparé la entrada:
Por el rastrillo, al noble; por la ventana, al Hada;
Y por la azul escala, de seda recamada,
¡Al verso que te busca, cual joven trovador!
Alcázar es tu álbum: sus altos torreones
Habitan golondrinas y rondan los halcones.....
El agorero buho jamás reposa allí!
De gasa plateada revístelos la luna,
Y cuando el sol despierta, dorando la laguna,
Les prende de los hombros un manto carmesí.

En los marmóreos patios rebullen los vasallos,
Y piafan orgullosos los árabes caballos,
Y brillan los estoques y duerme el arcabuz;
Por ver á las meninas esfuérzanse los pajes,
Y agítanse las plumas y tiemblan los encajes,
Y en los bordados áureos de los lucientes trajes
Se truecan en diamantes los átomos de luz.
Asoma á tu ventana: contempla los jardines,
Los bosques de naranjos, los húmedos jazmines
En cuyas hojas calma su sed el ruiseñor;
El chorro de la fuente que cae desalentado,
Llorando y ya sin fuerzas, cual pobre enamorado
Que en vano subir quiso adonde está su amor.
¡Verás cómo se alegran en sus pequeños nidos
Los pájaros canoros que estaban entumidos,
Y piensan, si los miras, que empieza á amanecer;
Verás cómo te busca la inquieta mariposa
Y oirás cómo, volando, te dice que eres rosa,
Y aunque la riñas mucho, por terca y caprichosa,
Verás cómo tampoco la puedes convencer!

—

¡Cantad en estas hojas, oh pájaros poetas!
¡Venid aquí á esconderos, oh tímidas violetas!
¡Oh príncipes y bardos, en el castillo entrad!
¡Abierta quedó, alondras, la arábiga ventana!
¡Viajeras golondrinas, ya apunta la mañana!
Venid y en estas torres esbeltas anidad.
....
.....
El paje se retira: no suenan en la alfombra
Sus pasos, y se mira su vacilante sombra
Cruzar los gobelinos del gótico salón;
Después se aleja y huye por el jardín callado.....
¡Oh ruiseñor que cantas en el gentil granado,
.....Ya brillan los luceros: preludia tu canción!

1883.

PAX ANIMÆ.

DESPUÉS DE LEER A DOS POETAS.

¡Ni una palabra de dolor blasfemo!
Sé altivo, sé gallardo en la caída,
¡Y ve, poeta, con desdén supremo
Todas las injusticias de la vida!

No busques la constancia en los amores,
No pidas nada eterno á los mortales,
Y haz, artista, con todos tus dolores
Excelsos monumentos sepulcrales.

En mármol blanco tus estatuas labra,
Castas en la actitud, aunque desnudas,
Y que duerma en sus labios la palabra.....
Y se muestren muy tristes..... ¡pero mudas!

¡El nombre!..... ¡Débil vibración sonora
¡Que dura apenas un instante! ¡El nombre!....
¡Idolo torpe que el iluso adora!
¡Ultima y triste vanidad del hombre!

¿A qué pedir justicia ni clemencia
—Si las niegan los propios compañeros—
A la glacial y muda indiferencia
De los desconocidos venideros?

¿A qué pedir la compasión tardía
De los extraños que la sombra esconde?
¡Duermen los ecos en la selva umbría
Y nadie, nadie á nuestra voz responde!

En esta vida el único consuelo
Es acordarse de las horas bellas,

Y alzar los ojos para ver el cielo.....
Cuando el cielo está azul ó tiene estrellas.

Huir del mar y en el dormido lago
Disfrutar de las ondas el reposo.....
Dormir... soñar... el Sueño, nuestro mago,
¡Es un sublime y santo mentiroso!

...¡Ay! Es verdad que en el honrado pecho
Pide venganza la reciente herida.....
Pero... ¡perdona el mal que te hayan hecho!
¡Todos están enfermos de la vida!

Los mismos que de flores se coronan
Para el dolor, para la muerte nacen...
Si los que tú más amas te traicionan
¡Perdónalos, no saben lo que hacen!

Acaso esos instintos heredaron,
Y son los inconscientes vengadores
De razas ó de estirpes que pasaron
Acumulando todos los rencores.

¿Eres acaso el juez? ¿El impecable?
¿Tú la justicia y la piedad reunes?
...¿Quién no es fugitivo responsable
De alguno ó muchos crímenes impunes?

¿Quién no ha mentido amor y ha profanado
De una alma virgen el sagrario augusto?
¿Quién está cierto de no haber matado?
¿Quién puede ser el justiciero, el justo?

¡Lástimas y perdón para los vivos!
Y así, de amor y mansedumbre llenos,
Seremos cariñosos, compasivos.....
¡Y alguna vez, acaso, acaso buenos!

¿Padeces? Busca á la gentil amante,
A la impasible é inmortal belleza,
Y vé apoyado, como Lear errante,
En tu joven Cordelia: la tristeza.

Mira: se aleja perezoso el día.....
¡Qué bueno es descansar! El bosque obscuro

Nos arrulla con lánguida armonía.....
El agua es virgen. El ambiente es puro.

La luz, cansada, sus pupilas cierra;
Se escuchan melancólicos rumores,
Y la noche, al bajar, dice á la tierra:
—¡Vamos... ya está... ya duérmete... no llores!
.....

Recordar... Perdonar... Haber amado...
Ser dichoso un instante, haber creído.....
Y luego..... reclinarse fatigado
En el hombro de nieve del olvido.

Sentir eternamente la ternura
Que en nuestros pechos jóvenes palpita,
Y recibir, si llega, la ventura,
Como á hermosa que viene de visita.

Siempre escondido lo que más amamos;
¡Siempre en los labios el perdón risueño;
Hasta que al fin, ¡oh tierra! á tí vayamos
Con la invencible laxitud del sueño!

Esa ha de ser la vida del que piensa
En lo fugaz de todo lo que mira,
Y se detiene, sabio, ante la inmensa
Extensión de tus mares, ¡oh Mentira!

Corta las flores, mientras haya flores,
Perdona las espinas á las rosas.....
¡También se van y vuelan los dolores
Como turbas de negras mariposas!

Ama y perdona. Con valor resiste
Lo injusto, lo villano, lo cobarde.....
¡Hermosamente pensativa y triste
Está al caer la silenciosa tarde!
.....

Cuando el dolor mi espíritu sombrea
Busco en las cimas claridad y calma,
¡Y una infinita compasión albea
En las heladas cumbres de mi alma!

1890.

LAS ALMAS HUÉRFANAS.

A Ignacio M. Luchichí.

I

En las noches de insomnio medroso,
En el lecho, ya extinta mi lámpara,
Por la sombra, cual niño extraviado
Que no encuentra, y la busca, su casa,
Va llorando, pidiendo socorro,
Por la sombra infinita mi alma.
Desconozco los sitios que cruzo;
Yo no he visto jamás esas caras;
Tienen ojos y á mí no me miran;
Tienen labios y á mí no me hablan.
¡Qué ciudad tan hermosa y tan grande!
¡Cuánta gente por las calles y plazas!
¡Cómo corre hervorosa la turba
Y atropella, derriba y aplasta!
Ennegrece los aires el humo
Que en columnas despiden las fábricas.
¡Qué suntuosos palacios! ¡qué luces!
Y las torres ¡qué altas! ¡qué altas!
Y estoy solo, y á nadie conozco;
Oigo hablar, y no sé lo que hablan,
Si pregunto, no entienden y siguen.....
¡Oh mis padres! ¡mi casa! ¡mi casa!

¿Será sueño? ¿Fué cierto que tuve
Un hogar, la casita callada,
Tan alegre, tan fresca por fuera
Y por dentro tan pura, tan santa?
El balcón, siempre abierto de día
Y cruzado por mística palma,
A la luz semejaba decirle:

Aquí hay dicha y virtud: Pasa, pasa.
De mi padre el cabello muy blanco
Y los muros color de esas canas,
En los tiestos muy frescas las rosas
Y de rosa vestida mi alma.
¡Qué bien sabe, entre risas, la cena!
En el lecho albeaban las sábanas
Y allí el sueño y el beso materno
Y el tranquilo esperar la mañana!

¿Cómo fué? Yo salí con alguno.....
La viviente, brutal marejada
Me arrastró.....volví luego los ojos
Y estoy solo.....¡mi casa! ¡mi casa!

¡Pobre espíritu, débil, perdido
Entre gente egoísta y extraña!
¡Pobre ciego que cruzas tocando
Tristes cosas de amor en tu arpa!
Ya no sigas pidiendo limosna,
Ya no tiendas tus manos heladas,
Ya no cantes, que nadie te escucha,
Y en la tierra por siempre descansa.
Estoy solo, en tinieblas:—¡Dios mío!
¡Todo mudo!—¡Mi Dios! ¡Todo calla!
¿También tú, de los huérfanos padre,
Te quedaste, señor, en mi casa?
Habrá un Dios para estas ciudades;
Pero no es aquel Dios de mi alma,
No me oye, no entiende mi lengua,
Y también apartándome pasa.
¿Qué, soy otro? ¿Ya no me conoces?
¿Tal mi cuerpo cambió la desgracia?
¡Ah; tú no eres el bueno, ni el mío,
Falso Dios de las gentes extrañas!
Poco á poco la sombra poblaron
En tropel invadiendo mi estancia,
Seres mudos: tan sólo se oía
El rumor de sus trémulas alas.
Y después, cual si todos unidos
Consiguieran ligar la palabra,
Que dispersa en brevísimas plumas
De sonidos deshechos volaba,
Tenue canto de súbito alzaron,
Como el ramo despide fragancia,

Como se une la luz de los cirios
En el gran candelabro de plata,
Y juntando en el aire sus haces
Claridades intensas derrama.
Hubo luz en mi noche sombría,
No era, no, la maldita mi alma;
Sollozaba en la noche, errabunda.
Como triste molécula humana,
Como parte doliente del Todo
Que anda á tientas buscando su casa.
Y las ví, si, las ví, soñadoras.....
¡Eran ellas, mis buenas hermanas,
Las que abrieron los ojos en cunas
Por el padre ya muerto enlutadas,
Y de aquélla que dióles la vida
¡Sólo vieron las ultimas lágrimas!
Las que deja el Destino en el torno
Como expósitas tristes; las blancas
Criaturas que el vicio abandona,
Y, viniendo de noble prosapia,
Sienten luego crecer los impulsos
Que guardó el atavismo en su raza.
Son las hijas de padres muy ricos
Que en miseria dejó la desgracia.
Volar quieren, y tientan convulsas
El lugar do tuvieron las alas.
Llora más, llora más, pena mía,
Por las otras: no estás solitaria!

En la sombra lo blanco decía:
¡Oh mis padres! ¡mis padres! ¡mi casa!

II

Tú, poeta de pálido rostro,
El de húmeda y verde mirada,
Cual teñida con gotas de absintio,
¿Qué pedistes á Dios?—Esperanza.—
A tu lado, Mimí, juguetona;
La mantilla andaluza flotaba,
Y en sus góndolas áureas salían
Deslumbrantes los *Cuentos de Italia.*
Apurando la copa de ajenjo
¿Qué pediste?—¡Esperanza! ¡Esperanza!—

Ese es el filósofo austero;
Veces mil por la angosta ventana,
Por la ojiva del templo, le vieron
De rodillas las luces del alba;
Mas tocaron clarines de guerra,
Convocó la Verdad á batalla
Y la fe de aquel pecho creyente
Se alejó como ave asustada.
Quiso al templo volver; ¡pero en vano!
Á Jesús busca siempre; le ama,
Como se ama la rosa marchita
Que de amores pasados nos habla;
Con amor de recuerdo, muy triste,
Como luz vacilante de lámpara,
Con ternura de hijo que besa
Un retrato, un rosario, una lápida.
Labró en mármol la hermosa capilla
Donde yace el Jesús de su infancia,
Y quisiera decirle: ¡En tí creo,
Sé mi Dios y levántate y anda!
Pero el Cristo ¡qué exangüe! Sus ojos
¡Qué apagados! Su frente ¡qué pálida!
Ya no tiene más sangre su cuerpo
Para dar fuerza nueva á esa alma:
Pide al arte el filósofo austero
Una fresca, mullida almohada,
Duerme á veces y grita en el sueño:
¡Oh mis padres! ¡mis padres! ¡mi casa!
Y tú, italo de tétrico aspecto,
Amador de la musa pagana,
Tú, nacido á gozar como Ovidio
En el coro gentil de las gracias,
Y clavado, infeliz Prometeo,
En la cruz, para pasto de águilas;
Tú, que en torno á tu roca no viste
Las piadosas oceánides blancas,
¿Qué dijiste á la vida, poeta?
—Te aborrezco por dura y por mala.
¡Oh fortuna! Por dicha no engendro.
¡No te ayudo!—¿Qué pides?—¡La nada!

Mas también ¡oh, poeta! sentías
De otra luz, de otra fe la nostalgia;
Eras tú para Grecia; en las naves
De la Chipre riente soñabas,

En las rosas de Jonia; en las ninfas
Que desnudas riendo besaban;
En los dioses que fueron tan bellos,
En lo vivo que ahora es estatua,
Y también sollozando decías:
¡Oh mis dioses, mi Atenas, mi patria!
Como arcángel de negra armadura;
Retorcida, fulmínea la espada,
Gladiador en el suelo caído,
No de frente, no inerme, de espalda,
Endereza su busto apolíneo
Apoyado en la mano que sangra
El cantor de la ira, y osado
Con el cielo impasible se encara.
La blasfemia forceja en su boca,
Es de acero su aguda mirada
Que á cruzarse tal vez con el rayo
En certera actitud se prepara.
Ha caído, la tierra quemóle
Como bruja infernal una planta,
Mientras gráciles, leves reían
En alígera tropa las hadas.
Ha caído: ¿Qué pide?—La muerte,
El selvático potro que arrastra
A Mazzeppa infeliz en la selva,
Para huir entre espumas de rabia;
El barranco, el torrente, la tumba,
¡El puñal de Manfredo! ¡Venganza!

Busca á Dios: no le encuentra; iracundo
Llama al Diablo; tampoco le halla;
Y agoniza, diciendo á clamores:
¡Oh luzbel! ¡Oh mi dios, oh mi raza!

Y tú mismo, poeta marmóreo,
El olímpico, augusto monarca
De las quietas regiones en donde
Se disfruta el placer, no se ama;
Tú, feliz por amado, y no amante,
De las rubias muy rubias, muy blancas,
—¡Luz! ¡más luz! moribundo decías
Al entrar en la sombra tu alma.

¡Ay! es cierto que todos decimos
como Rückert: ¡Dadme alas! ¡Dadme alas!

III

¡Oh Destino! La lluvia humedece
En verano la tierra tostada;
En las rocas abruptas retozan,
Su frescor esparciendo las aguas;
Pero el hombre de sed agoniza,
Y sollozan las huérfanas almas:
¿Quién nos trajo? ¿De dónde venimos?
¿Dónde está nuestro hogar, nuestra casa?

1890.

Á LA SEÑORITA
ELENA ITUARTE Y MORENO.

EN SU ÁLBUM.

Como templo es tu álbum: por sus naves
Sólo deben cruzar las almas buenas:
En sus ojivas, anidar las aves,
¡Y erguirse en el altar las azucenas!

Como templo es tu álbum: en sus muros,
De mármol transparente fabricados,
Desde sus nichos, tímidos y puros,
Los ángeles te ven arrodillados.

Tú ocupas el altar: virgen hermosa,
Como el ángel Gabriel en la belleza,
Entre tus manos de marfil y rosa
Muestras el lirio azul de la pureza.

No soy digno de entrar en el Santuario:
No tocarán mis plantas su recinto,
Ni mi convulsa mano el incensario
Donde arde y se consume el terebinto.

Déjame, pues, que del cancel de plata
Abra la cincelada puertecilla
Y en el mármol de la ancha escalinata
Doble calladamente la rodilla.

1890.

MIS ENLUTADAS.

Descienden taciturnas las tristezas
Al fondo de mi alma,
Y entumecidas, haraposas brujas,
Con uñas negras
Mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,
De nieve son sus lágrimas:
Hondo pavor infunden... yo las amo
Por ser las solas
Que me acompañan.

Aguárdolas ansioso, si el trabajo
De ellas me separa,
Y búscolas en medio del bullicio,
Y son constantes,
Y nunca tardan.

En las fiestas, á ratos se me pierden
O se ponen la máscara,
Pero luego las hallo, y así dicen:
—¡Ven con nosotras!
¡Vamos á casa!

Suelen dejarme cuando sonriendo
Mis pobres esperanzas
Como enfermitas, ya convalecientes,
Salen alegres
A la ventana.

Corridas huyen, pero vuelven luego
Y por la puerta falsa

Entran trayendo como nuevo huésped
Alguna triste,
Lívida hermana.

Ábrese á recibirlas la infinita
Tiniebla de mi alma,
Y van prendiendo en ella mis recuerdos
Cual tristes cirios
De cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,
Mi espíritu descansa;
Y las tristezas, revolando en torno,
Lentas salmodias
Rezan y cantan.

Escudriñan del húmedo aposento
Rincones y covachas,
El escondrijo do guardé cuitado
Todas mis culpas,
Todas mis faltas,

Y urgando mudas, como hambrientas lobas,
Las encuentran, las sacan,
Y volviendo á mi lecho mortuorio
Me las enseñan
Y dicen: habla.

En lo profundo de mi ser bucean,
Pescadoras de lágrimas,
Y vuelven mudas con las negras conchas
En donde brillan
Gotas heladas.

A veces me revuelvo contra ellas
Y las muerdo con rabia,
Como la niña desvalida y mártir
Muerde á la harpía
Que la maltrata.

Pero en seguida, viéndose impotente,
Mi cólera se aplaca,
¿Qué culpa tienen, pobres hijas mías,
Si yo las hice
Con sangre y alma?

Venid, tristezas de pupila turbia,
Venid, mis enlutadas,
Las que viajáis por la infinita sombra,
Donde está todo
Lo que se ama.

Vosotras no engañáis: venid, tristezas,
¡Oh mis criaturas blancas
Abandonadas por la madre impía,
Tan embustera,
Por la esperanza!

Venid y habladme de las cosas idas,
De las tumbas que callan,
De muertos buenos y de ingratos vivos.....
Voy con vosotras,
Vamos á casa.

1890

EN UN ABANICO.

Ojos de negros espejos
Más que la mar agitados,
Decid si estáis enlutados
Por los que amando de lejos
Se mueren de enamorados;
¡Ojos de negros espejos
Más que la mar agitados!

1883.

VERSOS Á INCÓGNITA.

¡Y era verdad...! Aquel día
Pasó la ventura mía,
Cerca, muy cerca de mí!
Tuve tu amor á mi lado,
Todo de blanco ataviado,
¡Y yo entonces no lo ví!

Al compás de lenta danza
Habló quedo mi esperanza
Y los ojos entreabrió;
Pero luego, vergonzosa
Por humilde y haraposa,
Tristemente los cerró.

Id ahora, mis canciones,
Id, oh castas ilusiones,
Id, oh dichas que soñé,
Amorosas, compasivas,
A cubrir de siemprevivas
¡La esperanza que maté!

¡Ah! ¡Por eso lloro ahora,
Prometida soñadora
Al amor de un soñador,
Y mi vida enamorada,
Toda de negro ataviada,
Va llorando sin tu amor!

¡Alma, tuvistes un nido!
Alma, que nunca has creído
Y no te atreves á hablar:
En esa noche te oyeron.....
Y nido y alma cayeron
¡A lo más hondo del mar!

....

Atardece en el piano:
De la blanca, grácil mano
Ya la danza se escapó.....
Iba el bote en la laguna,
En el bote mi fortuna.....
Y ya el bote se perdió!

1891.

LA MISA DE LAS FLORES.

Á RICARDO DOMÍNGUEZ.

..Que fai-tu la? me dit Virgile.
...Maitre, je mets Pégase au vert.

VICTOR HUGO.

Boileau se queda en el aula
Y Voltaire en la ciudad.
¡Musa, al campo! ¡Abre la jaula!
¡Señores versos, entrad!

Alce la ola en el bosque
Su deslumbrante oriflama;
Que la sátira se enrosque
Y que brinque el epigrama.

Beba el madrigal coqueto
En los lirios vino blanco,
Y pensativo el soneto
Descanse en rústico banco.

Tenue, frígido remusgo
Entre los alcores sopla:
¡Cuántas perlas en el musgo
Hay para tu cuello, copla!

Despierta, perezosilla:
Despierta que viene el alba.....
Para hacerte una sombrilla
Cortó Robín esta malva.

Deja tu alcoba: el jazmín
No en blando reposo olvides
Que te aguarda tu escarpín,
Tu pequeño no me olvides.

La persiana de cristal,
Que anoche tejió la escarcha
En tu cámara nupcial
Rompe de un soplo, ¡y en marcha!

Ya no triste soliloquia
El nocturno ruiseñor,
Y el gorrión madrugador
Llama á misa en la parroquia.

Vamos al templo. Hoy es fiesta.
Tulipán dirá el sermón;
En la misa, gran orquesta;
Y en la tarde, procesión.

Palomas y codornices,
Con hojitas de azahares
Remiendan sobrepellices
Y componen los altares.

Un pobre topo, el más mandria
Y apocado, barre el coro.
¡Hoy va á cantar la calandria,
La calandria de voz de oro!

Será el zentzontle, tenor;
Jilguero, primer violín;
Y maestro director
El arrogante clarín.

La pila de agua bendita
Que está en el rincón umbrío,
Es silvestre margarita
Llena de fresco rocío.

El candelabro mayor
Es una hermosa araucaria,
Y aquel altar, siempre en flor,
Es de santa pasionaria.

Mil cazoletas de almendro
Perfuman el tabernáculo;
Ya viene con mitra y báculo
Monseñor el rododendro.

Van, los breves aretillos
Repicando cascabeles,
Y detrás, rojos claveles
Vestidos de monaguillos.

Doble sarta de corales
Parecen: mira al monago
Que marcha entre dos ciriales
Y alza la cruz de Santiago.

Otro, guapo y petimetre
Va con acetre é hisopo,
Y el hisopo de su acetre
Es un pompón de heliotropo.

Del coro bajo en las rejas,
Absortas en sus plegarias,
Se agrupan las trinitarias
Que tienen caras de viejas.

¿No miras los blancos cirios
De plateadas escamas?
Son encarrujados lirios,
Y de myrtho son las llamas.

A la camelia patricia
Y á la azálea pizpireta
Ve azucena la novicia
Con sus ojos de violeta.

En un sitial la dahalia
Como priöra se esponja,
Mientras la tórtola monja
Entra de sayo y sandalia.

Abajo, frescas irídeas
Cubren la arena del piso;
Y forman árido friso
En los muros las orquídeas.

¿No oíste parar un coche?
Es del alcalde. ¡Qué gruesa
Va la señora alcaldesa
Con su Dondiego de noche!

En cambio, ¡qué jubilosas,
Qué frescas y qué elegantes
Están las jóvenes rosas!
.....¡Qué indevotos sus amantes!

Aquél que de negro viste,
El de las grandes ojeras,
Es un Pensamiento triste.....
¡Sufre mucho....! ¡Si supieras!....

Mas ¡silencio! ¡De rodillas!
Ya el monago de roquete
Girar hace el rehilete
De azulinas campanillas.

Parece el altar brillante
Ascua de plata inflamada:
¡Ya levanta el oficiante
La gardenia inmaculada!

Luego, una ráfaga fría
Súbita baja del coro
Y apaga la luz que ardía
En el gran trébol de oro.

Los rojos myrthos, prendidos
En los cirios, azulean,
Se retuercen, parpadean
Y quédanse al fin dormidos.

Sus pábilos en hilera
Simulan negro rosario:
Por la torcida escalera
Baja el cuervo al santuario.

Frente al sagrario se hinca,
El agudo pico tiende
Y, lámpara azul, se enciende,
Tremulante, la pervinca.

Salgamos: la muda selva
Derrama dulce beleño,
Y esparce la madreselva
Su apacible olor de sueño.

——

Cierran las flores su broche;
Calla la breve campana:
Flores nuevas, buenas noches;
Musa azul, hasta mañana.

1892.

Á ALTAMIRANO.

(SUS VERSOS).

Los *Naranjos* están tristes,
y las *Amapolas* secas;
en el aire no retozan
bulliciosas las *Abejas*.
En el monte no hay lumbradas
de festiva *Noche Buena*,
y mirando al horizonte
pensativa está *Clemencia*.
¿Por qué todo está tan triste?
¿Quién nos deja?
Atoyac de zarcas ondas,
que entre guijas serpenteas,
¿Por qué pasas, por qué huyes
y te quejas?

LOS NARANJOS.

Bajo nuestras verdes hojas
cuyo perfume embelesa,
se buscan las bocas rojas
y muy quedito se besa.
Es cual virgen nuestra flor
que ansiosa á su novio aguarda,
y como su novio tarda,
está pálida de amor.
Pero hoy su palidez
no es la que colora un beso.....
se va su amado..... y por eso
es palidez de viudez.
Como del cisne las plumas
son los blancos azahares,

y hoy quisieran ser espumas,
ser espumas de los mares.
Ya cuando el aire los mueve
no figuran nupcial velo,
y parece que del cielo,
cae la nieve.

LAS ABEJAS.

¿En qué rosas posaremos
nuestros áureos breves pies,
en que versos libaremos
nuestra miel?
La colmena queda rota
puesto que huyes y te vas.
¡Oh! ¡quién fuera la gaviota,
la gaviota de la mar!

EL ATOYAC.

¿Tronco, aparta! ¡quita, roca!
¡Junco, ceja! ¡Sauce, atrás!
Con tus brazos no me anudes,
liana pérfida y letal.
¡A galope, mis corceles!
¡Mis hipógrifos, volad!
Vuestra blanca grupa azote
sin descanso el huracán,
y de espuma, jadeantes,
las orillas salpicad;
que se oculten mis nereidas
en sus urnas de cristal,
y con súplicas no atajen
al colérico sultán;
que mi séquito de monstruos
no interrumpa el galopar,
y á las barcas pescadoras
atropelle sin piedad.....
Corro en pos de mi poeta.
¡Voy al mar!

***

Y cual Safo, envuelto en blanca
ancha túnica imperial,
Al Océano turbulento
arrojóse el Atoyac.

LAS OCEÁNIDES.

¡Se acerca, ya viene!
¡De prisa, que llega!
¡Que adornen corales
las húmedas trenzas!
¡Ya viene el amado!
¡Ya viene el poeta!
¡Aquí todo es suyo!
¡Aquí siempre reina,
que á él le debemos
inmensa riqueza!
Decidle, cantando,
¡oh hermosas sirenas!
que aquí de sus versos
la mar está llena:
son versos en libro,
y en conchas son perlas.

LOS LAURELES.

Dijo un laurel solterón,
por solterón egoísta:
puesto que se va el artista,
ya se va nuestro ladrón.
Y un laurel que se respeta
contestó: ¿A qué nos quedamos?
¿ya se va nuestro poeta?
¡Pues nos vamos!

ANTE EL MAR.

¡Que espere el barco! La mañana fría,
con su túnica blanca y la corona
de húmedas rosas, á la mar desciende;
canta el gaviero; el marinero adusto
en su atezada pipa alegre fuma;
allá, doquiera, cual nevados cisnes
que de pie sobre el mar raudos caminan,
aparecen las velas de los botes;
se acerca el sol y puéblanse las ondas;
como de duendes áureos que traviesos,
luciérnagas acuáticas semejan;
los pescadores sus cabañas dejan,
y, cansados al fin, duermen los besos.
¡Que espere el barco! Siga la mañana

muy quedo y muy despacio su camino;
una joven, la musa americana,
llorando se despide en la ventana
del poeta divino.
Le dice: «¡No te vayas todavía!»
como á su amante la gentil Julieta,
y entre besos respóndele el poeta:
«Me voy y vas conmigo: ¡tú eres mía!»

1889.

LA MUÑECA (*)

MONÓLOGO.

A LA SRA. CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ
EN HOMENAJE DE RESPETO.

Decoración (si es posible): Una recámara.—Muebles indispensables: Un ropero.—Un sillón.—Una mesita.—Y en la mesita la caja en donde se supone que está guardada la muñeca.

Aquí la caja. El cartón
Sin una mancha. Está bien.
La rorrita en su colchón.
Falta cubrirla, y también
Un pedazo de listón.

¿Lo pondré color de rosa?
¿Azul?.....¿rojo?.... .¡Ya no dudo!
De rosa se ve preciosa
Mi hermanita primorosa;
Pues, ¡de rosa, y hago el nudo!

Tiene vestidos, sombrero,
Su sombrilla, su corsé,
Y me ha costado el dinero,
Porque es señor muy carero
Este señor Pivardier.

El vestido que vendí,
Lo que me dió mi mamá
En esta compra invertí;
Papá, al cabo, dice: ¡Sí!
Y.....¡Pedid y se os dará!

(*) Este monólogo fué escrito con motivo de la inundación de Consuegra).

Ya imagino qué bonita
Estará *baby* (hablo inglés)
Cuando mire la cajita
Y diga—Daca, hermanita,
Dámela pronto, ¿qué es?

Yo también, ¡qué tiempo ha!
—¡Ayer veinte años cumplí!—
Pedía rorros á papá.....
Desde que somos.....*así*
Ya imitamos á mamá.

Guardo en mi ropero aún
Una muñeca alemana
Que canta como *zint-zun*
Y fué regalo de un
Pretendiente de mi hermana.

Pues.....las hermanas menores
Aprovechan los noviazgos
De las hermanas mayores.....
Y así logran los señores
Evitar los reportazgos.

Le puse de nombre Rosa,
¿Verdad que es bonito nombre?
Me obedece, no es celosa.....
¡Vamos, si yo fuera hombre,
La quisiera para esposa!

Siempre que abro el ropero
Para sacar el dinero
Y dárselo á la modista,
La busco, porque no quiero
Perderla nunca de vista.

También conservo las rosas
Del primer baile, ¡ya secas!
Le dí unas á.....¡qué cosas!
¡Tal vez fuímos más dichosas
Cuando compramos muñecas!

¿No era muy feliz en esos
Tiempos apenas pasados?
Para mi muñeca, besos,
Cada domingo, tres pesos;
¡Y no hablaban de inundados!

¡Qué recuerdos! Me consuela
Revolver ese cajón.....
Allí guardo hasta la vela
Que llevé cuando chicuela
Para hacer mi comunión.

Era un viernes de Dolores,
Ibamos cuarenta.....¡más!
¡Qué vestidos! ¡Qué primores!
En las calles, ¡cuántas flores!
¡Y qué alegres mis papás!

***

¡Me saltan los pensamientos!
Allá cuando el tiempo pase,
¡Pasan los meses tan lentos!
¿Veré á mis padres contentos
La mañana en que me case?

Tengo todo preparado,
Porque la moda es muy rígida;
Me caso, por de contado,
Si no en el Arzobispado,
Un jueves en Santa Brígida.

El civil sin lujo—bien—
Una elegante tertulia.
¿Modista? La de Guerin
O la de Coblentz: También
Puede ser que escoja á Julia.

Después, si quiero y si puedo,
Un rápido viaje á Europa.....
No por el Paso ó Laredo.....
¡Al mar no le tengo miedo!
¡Y á París! ¡A comprar ropa!

Y después.....¡Otro después!
Tras de ir de Ceca en Meca,
Hablando inglés y francés,
Después .....¡qué vergüenza! pues,
Me darán otra muñeca.

¡Cuánto, cuánto se amará
A esas niñas tan *güeras*.....
O morenas.....¡Dios dirá!
Que saben decir ¡Papá!
¡Y que lo dicen de veras!

¡Qué placer el de vestirlas!
¡Qué alboroto de bañarlas!
Y por la noche cubrirlas,
Y en la mañana lucirlas
Y á la Alameda sacarlas.

Desdémona la de Otelo
Y Margarita en la rueca,
¿Qué le pidieron al cielo?
Lo que se pide al abuelo
Cariñoso:—¡mi muñeca!-

Porque en esto la mujer
Es constante: necesita
Una muñeca bonita,
Y hoy, lo mismo que ayer,
Hacerle la *comidita*.

Primero es el arlequín:
La mona llena de cerda;
Y la de cuerda.....y por fin,
La muñeca figurín.....
¡Y esa tiene mucha cuerda!

Después, ¿por qué ha ser malo?
Se aspira al dulce regalo
De muñecas que den beso:
Primero son las de palo;
Luego.....las de carne y hueso.

Hasta la madre, Señor,
Cuando ya se llama suegra,
Juega con su nieta, y por
Su salud y por su amor
Da á los pobres de Consuegra.

***

¡Santo Dios! ¡Qué habladuría!
La que charla mucho, peca;
Pero hay, ¡quién lo diría!
Muy honda filosofía
Adentro de mi muñeca.

Si alguna hijita tuviera
—Nadie diga *no* ni *sí*—
Así guardarla quisiera
Y deseara que estuviera
Como ésta: siempre así.

Siempre en su caja de raso
Acolchonado, escondida;
Sin correr, sin dar un paso,
Sin moverse.....por si acaso
Es como dicen la vida.

Cuando crecen, las cortejan;
Las halagan, las emboban,
Y de nosotras se alejan.....
Las muñecas no nos dejan;
¡A las hijas nos las roban!

Que en ningún hombre condense
Sus sueños de juventud.....
¡Que mi muñeca no piense!
Estas, de la Parisiense
¡Gozan de buena salud!

Abro el cajón. La veré.
Listones.....libros de escuela.....
Flores, guantes, mi bebé,
¡Jesús! ¡Y el polichinela
De mi hermano el que se fué!

¡Era tan rubio y bonito!
Y estaba tan palidito
Cuando mi papá le dió
El muñeco.....¡pobrecito!
¡De cinco años se murió!

No sé qué le recetaron
Y no lo quiso tomar,
Por más que le suplicaron,
El muñeco le compraron
¡Y ya no pudo jugar!

Con ojos muy tristes viendo
El muñeco, lo cogió;
Y ya alzarse no pudiendo,
Se fué yendo.....se fué yendo,
Hasta que, al fin, se murió,

Lo abrazaba mi mamá
¡Hijo! ¡Encanto! ¡Idolo mío!
—¡No! ¡No! ¡gritaba papá!—
¡Y el niño en su cama ya
Estaba rígido y frío!

....
¡Cuando recuerdo esas cosas.....!
Adornaron la capilla
Con lirios y blancas rosas,
Allí rezamos llorosas,
¡Y él se fué para la Villa!

Pensando en esa amargura
Ya de antemano me aflijo.....
¡Dios santo! si á mi ternura
Aguarda tal desventura,
¡No quiero, no quiero hijo!

¡Qué tonta! ¡Si me hace mal
Revivir memorias negras!
A ver: *El Universal*:
Carlos Gris.....Teatro.....Oficial...
Inundados y Consuegras.

¡Jesús! Ya es triste leer
Estos diarios noticieros:
Uno mata á su mujer;
En Chiapas no hay que comer;
Y en toda España aguaceros.

También cuántas desgraciadas
Habrán visto por allá
A sus niñitas amadas,
En las olas encrespadas
Morir gritando: ¡Mamá!

Díganme lo que dijeren,
Esta es injusticia á secas;
¿Por qué tantos niños mueren?
Pues qué ¿los ángeles quieren
Mil millones de muñecas?

Otros niños, sin embargo,
Me inspiran mayor terneza,
Y su llanto es más amargo:
Morir.....¡no es asunto largo!
¡Ser huérfano! ¡Qué tristeza!

¡Qué vida tan desvalida
La suya! Niños, y ya
Nadie los ama y los cuida;
¿Para qué quieren la vida
Los que no tienen mamá?

¿Qué porvenir les espera?
¿Quién les dará su cariño?
¿Habrá alguno que los quiera?
¡Nada! ¡Cuando yo me muera
Me llevo conmigo al niño!

No por su apacible encanto,
No por amable y bonita,
Sino porque enjuga el llanto,
Porque ama á los niños tanto
Quiero tanto á Carmelita.

Imitarla bien querría
Pero ¿cómo? Yo no sé.....
¿Qué daré.....¿Cómo podría?
¡Ah! ¡Que se aguarde María!
¡Voy á rifar la *bebé!*

No hay *cuelga* para mi hermana:
Rifo mis premios de escuela,
El *pierrot* de porcelana
Y la muñeca alemana.....
¡Pero no el polichinela!

Pongo en la caja más flores
Y los listones aprieto.
Que casen bien los colores.
—Ya está.—Pues, á ver, señores,
Si me compran un boleto.

1891.

A MATILDE OLAVARRÍA.

¡Cuán tarde llegas al cercado huerto
Do, enfermo de vivir, sueña el poeta:
Rosa ninguna su botón ha abierto
Y entumida se oculta la violeta!

Estaba el cielo muy azul; tenía
El fulgor de tu límpida mirada;
Cerró la noche, y al nacer el día
Cayó muy lentamente la nevada.

¿Por qué no tengo para tí más flores?
Siebel, pobre Siebel, hermano mío,
Dame aquel ramo, símbolo de amores,
Que trémulo dejaste en la ventana
De Margarita blanca; aquél tan casto
Que sólo tiene lirios de pureza.....
¡Dale ese ramo níveo á mi tristeza!

Y vosotros, mis versos de otros días,
Los que fuisteis mis pajes, mis vasallos,
Los de arrogante airón, los halconeros,
Resucitad, vivid, y que, sumiso,
Cante á la joven tímida, á la buena,
A la que ostenta pálida azucena,
El ave más gentil del paraíso.

Id, góndolas de vela inmaculada,
Sueños que tuve cuando yo era niño,
Id, como alegre flota empavesada
A llevarle mis flores de cariño.

Se acerca Mayo: leves mariposas
El aire pueblan; resurgid, canciones,
Y ofreced á Matilde muchas rosas
¡Que derramen aroma de ilusiones!

A VICENTE RIVA PALACIO

POETA—GENERAL—MINISTRO

Con túnicas blancas se acercan los niños,
De azules jacintos se cubre el altar,
Y rubias doncellas, de níveos corpiños,
Avanzan, ceñida la sien de azahar.

¿Quién es el que parte? ¿Por qué de Neptuno
Imploran las preces piedad y favor?
¿Por qué sacrifican palomas á Juno,
Y el coro preside severo lictor?

.....

.....

Poséidon cerúleo, con soplo suave
Los vientos alisios te plazca impulsar;
¡Al nauta protege! Protege la nave,
¡Señor del potente, velívolo mar!

A tí confiamos precioso tesoro;
Enfrena los vientos, ¡las olas detén!
Las blancas nereidas sus trenzas de oro
Ufanas columpian en blando vaivén.

Quien hoy, sonriendo, la playa abandona
Y surca tus senos de verde cristal,
Ostenta en sus sienes la verde corona
Del patrio guerrero, del vate inmortal.

El dios soberano del arco de plata
Con clámide blanca su cuerpo cubrió,
Y el manto soberbio de seda escarlata
La Guerra implacable, vencida le dió.

Él es nuestra gloria: si canta, sorprende
El son de su lira labrada en marfil;
Patriótico fuego los pechos enciende
Y el brazo sacude vigor juvenil.

———

¡Ampara, Poséidon, la barca viajera!
¡Tu férreo tridente sujete la mar!
¡Que le abra Neptuno la playa extranjera
Y quieran las Gracias sus pasos guiar!

———

....
.....

El coro enmudece; é impávida y grave
Se aleja del templo gentil procesión.
Anclada en el puerto se mece la nave.....
¡Poséidon escuche la tierna oración!

1894.

EN EL ÁLBUM

DE LA

SEÑORITA DOLORES MIRANDA.

Tan blanca vas por la existencia humana,
Tanta virtud tu espíritu atesora,
Que sólo ha de cantarte la mañana
Con los castos arrullos de la aurora.

La juventud te lleva en su barquilla,
Te prodiga sus flores la belleza
Y te alejas, cantando, de la orilla
Donde queda, enlutada, la tristeza.

¡Oh barca, la de vela inmaculada!
¡Oh brisa que columpias á las rosas!
¡Ola azul, de luceros salpicada!
¡Sonrientes nereidas amorosas!

¡Llevadla blandamente á la ribera
En donde crecen mirtos y azahares!
¡Id más aprisa, que el amor espera,
Y sed piadosos, implacables mares!

En la playa sombrosa que muy lejos,
Se ve desde la barca estremecida,
Amores santos y cariños viejos
Os piden protección para esa vida.

¡Abran las ondas al bajel camino!
¡Mar de la vida, tu furor enfrena!
¡Y que sea dichoso su destino,
Como ella es pura y apacible y buena!

1895.

NON OMNIS MORIAR.

¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso,
Algo en la urna diáfana del verso,
Piadosa guardará la poesía.

¡No moriré del todo! Cuando herido
Caiga á los golpes del dolor humano,
Ligera tú, del campo entenebrido
Levantarás al moribundo hermano.

Tal vez entonces por la boca inerme
Que muda aspira la infinita calma,
Oigas la voz de todo lo que duerme
¡Con los ojos abiertos en mi alma!

Hondos recuerdos de fugaces días,
Ternezas tristes que suspiran solas;
Pálidas, enfermizas alegrías
Sollozando al compás de las violas.....

Todo lo que medroso oculta el hombre
Se escapará, vibrante, del poeta,
En áureo ritmo de oración secreta
Que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso adviertas que de modo extraño
Suenan mis versos en tu oído atento,
Y en el cristal, que con mi soplo empaño,
Mires aparecer mi pensamiento.

Al ver entonces lo que yo soñaba,
Dirás de mi errabunda poesía:
Era triste, vulgar lo que cantaba.....
¡Mas, qué canción tan bella la que oía!

Y porque alzo en tu recuerdo notas
Del coro universal, vívido y almo;
Y porque brillan lágrimas ignotas
En el amargo cáliz de mi salmo;

Porque existe la Santa Poesía
Y en ella irradias tú, mientras disperso
Atomo de mi ser esconda el verso,
¡No moriré del todo, amiga mía!

1893.

SALMO DE VIDA.

A LA SRITA LUISA MERCADO.

Ya volvéis, mis amantes golondrinas;
Ya regresáis de vuestro largo viaje
Y en el atrio del templo, peregrinas,
Se estremece de júbilo el follaje.
De la rama que lenta balancea
Vuestros cuerpos ligeros,
Saltáis hasta el pretil de la azotea
O á los pardos aleros.
Y los santos de piedra, que en los nichos
De la vecina iglesia se levantan,
¡Parecen someterse á los caprichos
De las cosas que cantan!
Vuestro revuelto batallón parlero,
Juega del santuario en la cornisa,
Y, despertando al viejo campanero,
Le dice:
—¡Perezoso, llama á misa!

Ya vuelves, Primavera,
Ya vuelves con tu séquito de amores,
Y se oculta en los fresnos vocinglera
La turba de los pájaros cantores.
Ya vuelves, coquetuela fugitiva,
Y, al rumor de tus gráciles pisadas,
Huyen las penas, el amor se aviva,
Y se buscan los silfos y las hadas.

¿Por qué no vuelve en tu cortejo hermoso,
Entre flores y luz mi poesía?
¿Fuí su amante? Tal vez... Tal vez su esposo.....
¡Pero me dice el alma que fué mía!
Recuerdo que en campestres excursiones,
Para expresar mis ansias más secretas,
Me prestaban sus versos los gorriones
Y algunos consonantes las violetas.

El hábil mirlo y el pichón sedeño,
La matinal alondra y la paloma,
Mientras vagaba triste en algún sueño,
Me daban versos murmurando:
—¡Toma!
Hoy esas buenas hadas no me quieren,
Y mis enfermas, pálidas estrofas,
Abren los ojos, lloran ¡y se mueren!

Haz que vuelvan, amante Primavera,
Las que versos y cantos me enseñaron:
¡Dormida entre mis brazos las espera
La musa que dejaron!
Dame flores, perfumes y armonías.....
Pero no flores tuyas, ¡sino mías!
Pon en mi mano el fresco ramillete
Que llevaba Siebel á Margarita.....
Ya asoma, sonriendo, á su ventana,
La pálida enfermita.

¡Oh, qué invierno tan triste! ¡Cuán obscuras
Sus noches y cuán largas! De la muerte
Muy quedo nos hablaban;
La nieve, del sudario; y las estrellas
Como con muchas lágrimas brillaban.
Mudo el piano, y ávidas las flores
De fecundante riego;
En silencio los anchos corredores,
Triste las almas y el hogar sin fuego.
A la luz de muriente lamparilla
Anunciaba, vibrando, la mañana,
El toque de la taza de tisana
Herida por la breve cucharilla.....
Tímida la esperanza; siempre ausente
La risa amable de los labios rojos;
Pensamientos muy torvos en la frente
Y el sueño siempre lejos de los ojos.
Temblor de corazones palpitantes
Cuando el doctor venía;
Miedo de preguntar, en los semblantes,
Si pensativo el médico salía.....
¡Y cómo adivinaba el pensamiento,
En la atmósfera muda de la alcoba,
El vuelo cauto y el glacial aliento
De la que vidas y cariños roba!

Los amorosos padres, sin hablarse,
Con sólo una mirada se entendían,
Y sus tristes miradas, al cruzarse,
—¡No puede ser! ¡No puede ser, decían!—

Pero volviste al cabo, Primavera,
Y ya la enferma en su balcón te espera.
¿Qué, no tienes más flores? ¡Dale todas!
Hoy con la vida celebró sus bodas.

Dispón, como te plazca, alegre fiesta;
Escribiremos el MENU en las rosas;
Todas las aves formarán la orquesta
Y el BUFFET servirán las mariposas.
Ordena que de luz se vista el cielo
Y manda que despierten muy temprano
A tu tenor de gracia, el arroyuelo;
Y á tu bajo profundo, el Océano.
Dí á tus siervos los raudos colibríes
Que traigan flores de perfume llenas,
Haz platos con hojitas de alelíes
Y copas con las blancas azucenas.

La sombra queda atrás: no está invitada;
Envidiosa en la puerta se detiene:
Vendrá la noche, de astros coronada,
Pero aquélla.....la otra.....la enlutada.....
¡Esa, no puede entrar! ¡Esa no viene!

——

Sólo yo, Primavera azul y hermosa,
Para el festín no tengo ni una rosa.
Volviste; los botones se entreabrieron,
¡Pero mis pobres versos no volvieron!
¡Ve, pues, en mi lugar, tú que sí cantas,
Tú, que trajiste la salud, la vida,
Tú, Primavera, la de aladas plantas,
La que despiertas á la luz dormida.
En las sonoras alas de tus brisas,
Llévale alegre tus fragantes dones,
Y así como entreabres los botones,
Entreabre sus labios con sonrisas.
Tú, que las iras del invierno calmas,
Nuestra inquietud, nuestro temor serena.....
¡Qué gozo! ¡Ya está sana! ¡Ya está buena!
¡Ya estás, oh Primavera, en nuestras almas!

1893.

VERSOS DE ÁLBUM.

PARA LA SRITA. MARÍA TORRES RIVAS

Princesita de Cuentos de Hadas,
La gentil, la fragante, la esbelta,
¿En qué astro se abrieron tus ojos?
¿De cuál concha brotó la belleza
De tu cuerpo ondulante y gallardo
Como línea de ánfora griega?
¿De las ondas saliste cautiva,
Como búcaro fresco de perlas,
O saltaste, temblando de frío,
De la copa de blanca azucena?
¿En qué lirio labraron los genios
Ese cuerpo de hada, Princesa?

Cuando pasas, el aire se entibia
Y de aroma suave se impregna,
Se estremece de amor el follaje,
Palidece la nívea gardenia .....
Los botones de rosa, encendidos,
En voz baja murmuran: ¡es ella!.....

¿A qué Príncipe estás prometida?
¿Qué castillo en el bosque te espera?
¿Es acaso el de torres de oro,
O el ebúrneo del rey de Bohemia?

¿El que tiene diamantes por gradas,
En la ancha, triunfal escalera,
O el palacio de gotas de iris
Que en sus alas los cisnes elevan?
¿Lohengrin, en un rayo de luna
Baja á verte, cautiva Princesa?

Soñadora de dulce mirada,
De mirada profunda que sueña
Y que baja del alma á lo hondo
Y en lo hondo del alma se queda,
Las venturas, cual blancas palomas,
Revolando sumisas, te cercan,
Y tu mórbido cuello acarician
Y en tus hombros de nieve aletean.
.....Soñadora de dulce mirada
Y de cuerpo gentil de Princesa.

1894.

PARA LA CORONA FÚNEBRE

DE LA

SRA. JUANA DIEZ GUTIÉRREZ

DE DIEZ GUTIÉRREZ.

Venid, cantores, y de rosas frescas
Cubrid el ara sepulcral: suspire
La brisa tremulante su elegía;
Huya la luz..... y silencioso expire,
¡Sin esperanza, sin consuelo el día!
Si la muriente claridad suave
Ha de encontrar, al toque de oraciones,
El amoroso nido sin el ave,
Y en el rosal los huérfanos botones;
Si ha de ver á los niños enlutados
Muy tristes regresar por el camino,
Con los ojos diciéndose callados:
—¡Volvieron á engañarnos.....y no vino!
Si á la hora de amor y de reposo,
Cuando se busca en el hogar la calma,
No ha de traer para el amante esposo
Más que la inmensa soledad del alma;
¡Huya, que nadie su llegada espera,
Y todo en sombras y silencio muera!
¡Salid, salid, estrellas pensativas!
Nunca de vuestros rayos se recata

Quien llora por las dichas fugitivas
Que rápida la muerte le arrebata!
¡Salid, salid! A vuestra luz silente
Más diáfana se torna la blancura,
Y de la estatua funeral, viviente
Parécenos la pálida hermosura.
Hora de los encuentros milagrosos,
De las citas con seres ya perdidos,
Si te olvidan, gozando, los dichosos,
Te buscan con afán los afligidos.
Llega, tú, la que guardas el secreto
De la perenne, inextinguible vida;
¡Llega y despierta con tu beso casto
A la hermosa dormida!

1894.

Á LA CORREGIDORA.*

Al viejo primate, las nubes de incienso;
Al héroe, los himnos; á Dios, el inmenso
De bosques y mares solemne rumor;
Al púgil que vence, la copa murrina;
Al mártir, las palmas; y á tí—la heroína—
Las hojas de acanto y el trébol en flor.

Hay versos de oro y hay notas de plata;
Mas, busco, señora, la estrofa escarlata
Que sea toda sangre, la estrofa oriental:
Y húmedas, vivas, calientes y rojas,
A mí se me tienden las trémulas hojas
Que en gráciles redes columpia el rosal.

¡Brotad, nuevas flores! ¡Surgid á la vida!
¡Despliega tus alas, gardenia entumida!
¡Botones, abríos! ¡Oh mirtos, arded!
¡Lucid, amapolas, los ricos briales!
¡Exúberas rosas, los pérsicos chales
De sedas joyantes al aire tended!

¿Oís un murmullo que, débil, remeda
El frote friolento de cauda de seda
En mármoles tersos ó limpio marfil?
¿Oís?..... ¡Es la sabia fecunda que asciende,
Que hincha los tallos y rompe y enciende
Los rojos capullos del príncipe Abril!

¡Oh noble señora! La tierra te canta
El salmo de vida, y á tí se levanta
El germen despierto y el núbil botón;

El lirio gallardo de cáliz erecto;
Y fúlgido, leve, vibrando, el insecto
Que rasga impaciente su blanda prisión!

La casta azucena, cual tímida monja,
Incensa tus aras; la dalia se esponja
Como ave impaciente que quiere volar;
Y astuta, prendiendo su encaje á la piedra,
En corvos festones circunda la yedra,
Celosa y constante, señora, tu altar!

El chorro del agua con ímpetu rudo,
En alto su acero, brillante y desnudo,
Bruñido su casco, rizado el airón,
Y el iris por banda, buscándote salta
Cual joven amante que brinca á la alta
Velada cornisa de abierto balcón.

Venid á la fronda que os brinda hospedaje,
¡Oh pájaros raudos de rico plumaje;
Los nidos aguardan; venid y cantad!
Cantad á la alondra que dijo al guerrero
El alba anunciando: ¡Desnuda tu acero,
Despierta á los tuyos..... Es hora..... Marchad!

1895.

* Esta poesía, la última del Sr. Gutiérrez Nájera, fué escrita para ser pronunciada por una señorita al colocarse la primera piedra en el monumento que se está levantando á la Corregidora Domínguez en el jardín de Santo Domingo, de esta capital.

ODAS BREVES.

Á HIDALGO.

Mil veces, Padre, en la nocturna calma,
Del encinar bajo la sombra fría,
O en los mares del Trópico, tu alma
Habló calladamente con la mía.
Y veces mil junto al rojizo fuego,
En la verde planicie y en el monte,
Como la sombra de Elphenor el griego
Te he visto descender del horizonte.
A mí te acercas: hasta el cuello sube
Tu ropaje talar, blanco y sencillo;
Con religioso sobresalto avanzo,
Asir la fimbria de tu veste alcanzo,
Y besando tu mano, me arrodillo.
¡No, Padre, no! La voluptuosa Musa
Que mis cantos eróticos inspira,
Acobardada y trémula, rehusa
La pindárica lira.
Es ninfa alegre cuya breve planta
Huella los myrthos y el laurel en Creta,
Es parda alondra que amorosa canta
En el balcón abierto de Julieta.
Es la Musa del goce y de la vida;
Su labio moja lúbrico falerno,
No es la Musa robusta de los bravos
Que apura, en las veladas del invierno,
El áspero licor de los eslavos.
Déjala, pues, en su Tibur dormida,
O vagar, agitando el áureo tirso,
En la marmórea desnudez helena;
Su voz, á los amores consagrada,
Se eleva, como canto de sirena,
A los jónicos ritmos ajustada.

De Atenas y Hermes el secreto ignoro;
¡Pasa, Padre, de mí, tu caliz de oro!
Yo sé bien que la excelsa poesía,
Del encumbrado Olimpo guardadora,
No ha prorrumpido en cantos seculares
Dignos de resonar en tus altares:
Dulces panales de estival colmena
Son nuestros cantos, hálitos de flores;
Y nuestra inspiración, vana ó beoda,
Sujeta siempre á femenil tarea,
No sube á los espacios de la idea
En las alas frementes de la Oda.
¡Aún aguardas tu epopeya augusta,
Aún esperas el buril gigante
Que ha de trazar tu gran bajo relieve
En las cimas eternas de la nieve,
Y rebusca hervoroso el mar de Atlante
Al bardo que traduzca sus rumores
Y con ellos te cante!
No te dimos piadosa sepultura
En nuestros versos, cual á raudo Aquiles
Pentélico sepulcro dió la Grecia;
Tu sombra corre tras ignoto Homero,
Como la sombra del gallardo arquero
En las cumbres nevadas de la Helvecia.
Pequeños somos para empresa tanta:
¡A la intacta cerviz de los volcanes
Sólo sube el condor, y al viejo Olimpo,
Por escala de montes, los titanes!
Nuestra Musa, pueril y desmedrada,
La débil Musa del placer y el llanto,
Blandir no puede la terrible espada,
La alta espada del canto.
Sólo un poeta púgil, vigoroso,
De nuestras grandes luchas viejo Alcides
Que la corona de silvestre olivo
Ganó bizarro, presentar merece
En forma escultural que no perece
Tu espíritu gigante redivivo.
Sólo él, Patriarca á cuya tienda acuden
Dispersas tribus con filiales dones,
Puede pulsar la lira septicorde
A cuyo noble y entusiasta acorde
En tropel se levantan los tritones.
Es el poeta, ¡oh Padre! es el primero:

¡Alma sonora de tu pueblo, Homero!
Alce ya el canto secular y rompa
En la cláusula ardiente de la guerra,
Suene su voz como broncínea trompa
Retumbando en las cuencas de la sierra.
Infunda inspiración, vigor derrame,
Haga hervir nuestra sangre generosa,
Y los nobles espíritus inflame
Desde la cruz del Sur hasta la Osa.
¡Hiera, por fin, la tierra, el férreo paso
De tu egregio Tirteo,
Y piafe encabritándose Pegaso,
Domado por Orfeo!
Nosotros, los efebos sonrientes,
Llevaremos cantando á tus altares
Los jonios myrthos y las rosas sueltas,
Como iban las canéforas esbeltas
A los templos olímpicos de Ares.

Á UN AMIGO.

Mientras exhalen su lascivo aroma
Los myrthos á Afrodita consagrados,
Mientras espume generoso vino
En áurea taza, y corra enardecida
La sangre por mis venas—¡te lo juro!—
No dejaré jamás que en ocio grato
Repose el corazón. En vano quieres
Que del templo de Venus me desvíe
Y que á Hermes fecundo me consagre;
Filtro invencible mi vigor enerva,
Ajena voluntad mi pecho manda,
Y pues dueño no soy de mi albedrío,
Deja que en el retiro tiburiano
Abra todos mis poros al deseo,
Que yo, Felipe, como el gran pagano,
—¡Amo la forma y en la forma creo!
No son perpetuas las fragantes rosas
Ni es eterno el amor: pasan fugaces
Los juveniles ímpetus; rendido
Quedaré como púgil inexperto
Que en los ístmicos juegos se fatiga,
Y entonces, burla de la edad lozana,
Hurtándome las Gracias sus favores,
Miraré cómo esquivan mi ventana,
Con burlona sonrisa, los amores.

En tanto, amigo, que nerviosos puedan
Mis brazos apretar, y mis pupilas
Tengan á ratos resplandor de acero
Y malicia de víboras; en tanto
Que mis ruegos atiendan favorables,
Las Cintias, Lydias ó Gliceras, vano
Tu consejo ha de ser: húmedo césped
Tiende su alfombra en el retiro umbroso,
El sol la sangre juvenil caldea,
Zumban enamorados los insectos,
Cisnes gallardos pensativos siguen
Del lago azul en las dormidas linfas,
Y, enfurecidos, á las blancas ninfas
Los sátiros caprípedos persiguen!

*
* *

¿A quién la palma de hermosura toca
Si no á tí, la gentil ninfa hechicera,
En cuya fresca y purpurina boca
Nace el perfume y el amor espera?
Buscan tus labios revolando leves
Las abejas del ática: tu frente
Es predilecta de las jonias flores;
Alza, al copiarte, erótico murmullo
El arroyuelo que á tus pies resbala,
Y de tu voz el celestial arrullo
Al canto de las Piérides iguala.

De Apolo Smínteo las veloces flechas
Puso el amor en tus serenos ojos;
Atan las gracias tu virgínea zona,
Nunca por mano de mortal tocada,
Y Venus rubia envidia la corona
Por tus trenzas negrísimas formada.

¡A tí la palma, á tí la copa de ónix
Y el Eros de marfil; á tí las vidas!
¡A tí de Sycos las balantes greyes
Y del Tirreno abismo los corales!
¡A tí mi corazón! oh joven reina
Amada de los dioses inmortales!

¿Reina no eres? Tu celeste encanto
Al propio olimpo su poder extiende,
Y de tus hombros torneados prende
Un invisible y majestuoso manto!

¡Oh de la dicha casta iniciadora!
¡Aquí en mi corazón tu sien reclina!
¡Oh numen del amor! ¡joven divina!
¡No partas en el carro de la Aurora!

Á LYDIA.

¿A cuántos engañaron tus promesas
Oh Circe habilidosa? ¿Cuántos, dime,
Tus rojos labios de coral mordieron?
¿Cuántos de tus burlados amadores
Como propicias víctimas murieron?
Yo sé que todo cuanto dices, Lydia,
Es calculada red engañadora,
Que no hubo en el mundo más perfidia,
Ni mar, cerúlea ninfa, más traidora.
Pero disfrute yo de tus alhagos,
Y sienta de tu boca estremecida
La caliente humedad cuando me besas,
Y mientan en buen hora tus promesas,
Aunque me cueste el despertar, la vida.

Á KÁMER.

Versos rotundos de belleza antigua
Quisiera para tí: la griega lengua
Sobria y hermosa, y juvenal y fuerte,
Como la Diana Cazadora, fuera
La única digna de cantar tu gracia;
Por eso embebecido te contemplo,
Y mi canción, que tu beldad celebra,
Es como arroyo débil que se quiebra,
En las gradas de un templo!
En torno tuyo vagan los deseos,
Como abejas en torno de una rosa;
Tu mirada es el beso prometido,
Tu andar, es la cadencia silenciosa;
Cuando pasas, á labios y pupilas
En tumulto se asoman los amores
Para verte en silencio y admirarte,
Como al pasar el vencedor de Marte,
Salen los niños á arrojarle flores.
Y tú pasas ¡oh joven vencedora!
Terciado el arco en la marmórea espalda,
Mozos y viejos cantan tu hermosura
De pie sobre tu carro marfilino!
Mueven el aire sonorosas palmas,
Y cuando llegas, cual si un Dios llegara,
Se arrodillan las almas.
Nada á tu gloria falta: ni poetas
Que halaguen blandamente tus oídos,
Ni el doliente gemir de los vencidos
Que á tu carro magnífico sujetas.

*
* *

Jamás la forma que el poeta admira
Tuvo más noble encarnación humana,
Ni con blando compás y jonia lira
Te pudo enaltecer musa pagana.
Todo palpita en tu presencia, diosa;
No divides tu imperio con ninguna,
Y reinas en las almas por hermosa
Muy más que por sus dádivas, Fortuna.
¿Quién huye de tus dardos? ¿Quién no quiere
Ser víctima en tus aras ofrecida?
¿Quién, á la muerte con tu amor, prefiere
Los efímeros goces de la vida?
Sed insaciable de hermosura lleva
Mi voluntad á tí; tu forma veo,
Y con espasmos de placer se abreva
En tu mórbido encanto mi deseo.
El alma entonces de placer expira,
La boca tiembla, el seno se levanta,
Tus ropas huyen.....y la tierra gira
—¡Oh Venus inmortal!—bajo tu planta.....

Á UNA TÍMIDA.

Si no fuera tan breve
Esta que disfrutamos vida escasa,
Rogárate que en nieve
Trocaras ese fuego que te abrasa.

Mas son los inmortales
Muy avaros del tiempo: nos lo miden,
Y en partes desiguales,
Para que alcance á todos, lo dividen.

Y como nadie sabe
Si parte larga ó corta le concierne,
Por miedo de que acabe
Su vida, á los placeres la discierne.

Goza, pues, sin recelo,
De tu verde mañana, que premiosa,
Sin que lo estorbe el cielo,
Vendrá después la muerte sigilosa.

Tus ímpetus no acorte
El miedo de pasar por casquivana,
Pues el que más te exhorte,
Como los otros, morirá mañana.

¿Qué los plácemes valen
Ni las censuras agrias, si los hombres,
Aun los que sobresalen,
Viven un poco menos que sus nombres?

¿Ni cómo desconfías
De la bondad de Júpiter inmensa
Si, contados tus días,
No puedes inferir eterna ofensa?

Por efímeros unos,
Por inmortales otros, su dictamen
Nunca hará que ningunos
Amantes, por seguirlo, no se amen.

Rabie iracundo el triste
Que sus favores disfrutar no puede:
Tú, vive cual viviste
Y al blando influjo de mi ruego cede.

¿Qué nos importa el necio
Cuya envidia, rugiendo, nos amaga?
Su cólera desprecio:
Prende, fulmina, y al brillar se apaga.

A los dioses no insulta
Nuestro cariño: nunca su fiereza
Con suspicacia abulta
De los míseros hombres la flaqueza.

Con espíritu bravo
Sigue, pues, el camino de tu gloria,
Y ata, diosa, otro esclavo
A tu fulgente carro de victoria.

***

Parad el vuelo, taciturnas horas,
Raudos venid, ¡oh goces no sentidos!
¡Aun el Falerno tiñe de escarlata
El cristal de las copas! Aun sostengo
La jonia lira de brillante plata,
Y de la esquiva juventud ingrata
¡La voladora túnica detengo!

Deshojemos los lirios. Todavía
El canto epitalámico resuena,
Escancia Ganimedes ambrosía
Y Cintia con sus brazos me encadena;
Sus párpados no entorna soñoliento
El ávido placer; fragantes rosas
Alfombran el marmóreo pavimento,
Y hay lechos de marfil para las diosas!
Deshojemos los lirios. Y mañana
Cuando llegue el invierno entumecido,
En sus pálidos brazos de lesbiana,
Encuéntreme sin fuerzas y dormido!

ÚLTIMA NECAT.

¡Huyen los años como raudas naves!
¡rápidos huyen! Infecunda Parca
pálida espera. La salobre Estygia
calla dormida.
¡Voladores años!
¡Dado me fuera detener convulso,
horas fugaces, vuestra blanca veste!
Pasan las dichas y temblando llegan
mudos inviernos.....
Las fragantes rosas
mustias se vuelvan, y el enhiesto cáliz
cae de la mano. Pensativa el alba
baja del monte. Los placeres todos
duermen rendidos.....
En mis brazos flojos
Cintia descansa.

Á UN TRISTE.

¿Por qué de amor la barca voladora
con ágil mano detener no quieres,
y esquivo menosprecias los placeres
de Venus, la impasible vencedora?
A no volver los años juveniles,
huyen como saetas disparadas
por mano de invisible Sagitario;
triste vejez, como ladrón nocturno,
sorpréndenos sin arma ni defensa,
y con la extremidad de su arma inmensa,
la copa del placer vuelca Saturno.
¡Aprovecha el minuto y el instante!
Hoy te ofrece rendida la hermosura
de sus hechizos el gentil tesoro,
y llámandote ufana en la espesura,
suelta Pomona sus cabellos de oro.
En la popa del barco empavesado
que navega veloz rumbo á Citeres,
de los amigos el clamor te nombra,
mientras, tendidas en la egipcia alfombra
sus crótalos agitan las mujeres.
Deja, por fin, la solitaria playa,
y coronado de fragantes flores
descansa en la barquilla de las diosas!
¿Qué importa lo fugaz de los amores?
¡También expiran jóvenes las rosas!

Á UNA ARTISTA.

En vano busco la gentil guirnalda
que á mi frente ciñeron los Amores:
¡El tiempo la agostó! Mas, á tenerla,
súbito de mis manos la arrancara
é hincando la rodilla temblorosa
las flores de Corinto deshojara
en tu ancha copa de marfil ¡oh diosa!
¡Oh predilecta del divino Orfeo!
¡Oh reina de las brisas que susurran
en los délficos huertos! Para oírte
interrumpen los dioses sus banquetes,
calla suspenso el apolíneo coro,
y tu canto nupcial, en lira de oro
acompaña el gallardo Musagetes!
¿Quién á tu voz resiste, si encadenas
con vínculos de amor el albedrío?
Ulises para oir á las sirenas
atábase en el mástil del navío.

Á LYDIA.

Lydia: de tus encantos juveniles
Huyen los cautos: la ciprina diosa,
Maestra en amansar las voluntades,
En sus rodillas te alecciona astuta:
Miras y vences; hablas y fascinas,
Encubres tus intentos con cautela
Y cuando al bosque, Lydia, te encaminas,
Eros, en torno de tus hombros, vuela.

Mas no permitan los prudentes dioses,
Guardianes de de mi suerte, que deponga
Las armas en tu altar, porque tu ahinco
Es hacer tributario mi deseo,
Rendir mi voluntad, y ya logrado,
Huir mis brazos en ligero brinco
Dejándome convulso y desarmado.

Lydia: porque ciñeran mi garganta
Tus brazos tan flexibles como llenos;
Y por sentir con labios y mejillas
El ondular de tus calientes senos;
Por estrecharte en la musgosa alfombra,
Diera todo mi ser; pero contigo
Marcha la astucia, como tetra sombra.....
Lydia, divina Lydia, no te sigo.

A DYONISOS.

Nada mejor que el vino: Ya se apure
En pobre taza de pulido barro,
O ya lo escancie joven Gaminedes
En áurea copa, á su poder supremo
Huyen despavoridos los dolores;
Venus propicia nuestra voz escucha,
Y al clamor juvenil cediendo grata,
Vencida al fin en amorosa lucha
Las cintas de su túnica desata.
No tracéis en el gran bajo-relieve
Del templo secular, al buen Dyonisos
Con decrépito aspecto y luenga barba;
Sus ojos el imsomnio no sombrea,
Ni con mirada turbia ve impasible
La danza de las ninfas. Fuerte y joven
Persigue á las traviesas hamadriadas
Retoza con las náyades esbeltas,
Y Erígone gentil de trenzas sueltas
Le concede sus gracias codiciadas.
El ebrio que rojizo y mofletudo
Anda con paso soñoliento y tardo,
En nada se parece al dios gallardo
Que juega con las ménades desnudo:
Fresca la sangre por sus venas corre,
Húmedas rosas su cabeza ciñen,
Y de las gracias en el núbil coro
Sin áureo cetro ni flotantes ropas,
De la cratera cincelada en oro
Derrama el néctar en las hondas copas.
Sus pisadas alígeras despiertan
Al amor fatigado que dormita,

Sus dedos cierran, con suave peso,
Los párpados dolientes de la pena,
Y si al triclinio se aproxima, suena
En cada boca de mujer, un beso.
¡Oh, padre Anakreón, canta á Dyonisos!
Otros en honra del augusto Zeus,
De Poseidón cerúleo y Afrodita
El épodo triunfal canten sumisos;
Tú que á los vates del placer presides,
Celebra al dios de las jugosas vides:
Oh, padre Anakreón, canta á Dyonisos!

INDICE.

PÁGS.

Prólogo 1
Para entonces 3
Luz y sombra 4
Siempre á tí 7
Lied 9
Él 10
Pobre niña 12
Sobre el sepulcro de Martínez de la Torre 14
La Cruz 16
La Duda 20
Hojas secas 23
Ráfagas 25
Preludio 27
Mi casa blanca 28
Juana 32
Del libro de Lola 33
María 35
Albores primaverales 39
A mi padre 43
Dios 44
A mi madre 45
En su huerto 48
En el hogar 50
La fe de mi infancia 53
Después del wals 56
Pecar en sueños 58
La noche de San Silvestre 65
Deseo 70

PÁGS.

In memoriam 71
Frente á frente 75
Valleto y Cª 78
La primera 81
La canción de Fortunio 82
Justicia seca 83
Mimí 84
Lápida 86
Myrthos 88
Versos 91
Sicut nubes, quasi navis, velut umbra 93
En bata 95
Del libro azul 98
Crepúsculo 100
A una ultra rubia 102
¿Para qué? 105
¡Anda! 107
Hamlet á Ofelia 109
Crisálida 113
Después del teatro 117
Cuadro de hogar 119
*** 121
El amor duende 122
Si tú murieras! 125
Efímeras 128
Cómo murió Magdalena 130
Pobre y enferma 133
Jugar con la ceniza 136
Escúchame Magdalena 143
Carta abierta 145
Efímeras 147
Efímeras 149
Invitación al amor 150
Entumido 153
De las neuróticas 154
Prólogo 156
El primer capítulo 159
Ignota Dea 161
En un álbum 165
Francia y México 166

PÁGS.

Versos de oro 170
Nada es mío 171
Tristíssima nox 173
Fiat voluntas 181
A una niña 184
De Margarita 185
Para un álbum 186
A la señorita Luz Landero 187
Resurrexit 188
La abuelita 189
Para el álbum de un amigo 190
A Isabel 192
Madre Naturaleza 195
Desconocida 197
La Duquesa Job 200
Para el álbum de una hermosa 203
En su alcoba 205
Tras los montes 207
París, 14 de Julio 209
En un abanico 213
De amores 214
En la orilla 216
De mis «Versos viejos» 217
Margarita 220
Musa blanca 222
De vasallo 226
Calicot 228
To be 231
Consejos 233
Por la ventana 234
Tres amantes 236
Con Julieta 238
Mológo del incrédulo 240
Para el álbum de una bella incógnita 246
La cena de Noche Buena 250
A Cecilia 254
Ondas muertas 257
En el campo 259
Resucitarán 260
El Hada Verde 262

PÁGS.

En un cromo. 264
Mariposas. 265
En la muerte de Manuel Alvarez del Castillo. 267
Blanco.—Pálido.—Negro 269
Para el corpiño. 272
Para un Menú 274
Cita con ella. 275
De blanco 277
En el álbum de la señorita Paz Barroso 279
La Serenata de Schubert. 280
A mi bueno y querido amigo Francisco de Garay Justiniani. 283
A Justo Sierra 286
El Dios bueno y el Dios malo 291
Espera 294
Para un álbum 296
A Benjamín Bolaños. 297
En alta noche. 298
Después. 299
Castigadas!.. 302
Umbría 304
En el álbum de una dama 307
Pax animæ. 309
Las almas huérfanas. 312
A la señorita Elena Ituarte y Moreno 318
Mis enlutadas 319
En un abanico 322
Versos á Incógnita 323
La misa de las flores. 325
A Altamirano 330
La Muñeca 334
A Matilde Olavarría 341
A Vicente Riva Palacio 343
En el álbum de la señorita Dolores Miranda. 345
Non omnis moriar 346
Salmo de vida. 348
Versos de álbum. 351
Para la corona fúnebre de la señora Juana Diez Gutiérrez de Diez Gutiérrez 353
A la Corregidora 355
Odas breves 357

BINDING SECT. DEC 7 1972

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY